

DALLAS, 22 DE NOVIEMBRE DE 1963.
EL DÍA QUE CAMBIÓ A ESTADOS UNIDOS
Y QUE AÚN SIGUE SIN EXPLICARSE.

“La historia oficial
cerró el caso.
La evidencia sigue
planteando preguntas.”

EL CASO

KENNEDY

HISTORIA, INVESTIGACIÓN Y VERDADES PENDIENTES

LA INVESTIGACIÓN MÁS COMPLETA SOBRE EL MAGNICIDIO
QUE SACUDIÓ AL MUNDO Y SIGUE GENERANDO PREGUNTAS

- LOS HECHOS
- LAS INVESTIGACIONES
- LOS ARCHIVOS SECRETOS
- LAS TEORÍAS
- LA EVIDENCIA

DOCUMENTOS
DESCLASIFICADOS
TESTIMONIOS
EVIDENCIAS
ANÁLISIS

AGENCY

ANTON

NOV 22 1963

TOP SECRET

MICHEL ONIRIX

EDICIÓN REVISADA Y AMPLIADA

The Dallas Morning News
PRESIDENT KENNEDY
SLAIN IN DALLAS



EL CASO KENNEDY

*Reconstrucción histórica, investigaciones oficiales
y desclasificaciones del magnicidio*

Michel Onirix
Onirix Editorial

PRÓLOGO

Dallas, 22 de noviembre de 1963

Hay acontecimientos que pertenecen a la historia, y hay otros que, aun después de décadas, se resisten a convertirse del todo en pasado. El asesinato de John Fitzgerald Kennedy pertenece a esta segunda categoría.

El 22 de noviembre de 1963, poco después del mediodía, el presidente de los Estados Unidos recibió varios disparos mientras atravesaba Dealey Plaza, en Dallas, Texas. En pocos minutos, el hombre más poderoso de una de las dos grandes superpotencias del planeta había muerto. La noticia recorrió el mundo. Pero aquel día no terminó con la muerte de Kennedy: comenzó otra historia, hecha de investigaciones, documentos clasificados, testimonios contradictorios, fotografías, filmaciones, informes médicos, análisis balísticos, operaciones de inteligencia, relaciones con Cuba y la Unión Soviética, crimen organizado y secretos de Estado. Sobre todo, comenzó una pregunta que todavía no ha desaparecido: ¿qué ocurrió realmente en Dallas?

Durante más de seis décadas se han publicado miles de páginas sobre el asesinato. Se han escrito biografías de Kennedy y de Lee Harvey Oswald, se han estudiado los disparos, reconstruido la trayectoria de la caravana presidencial, examinado cada fotograma de las filmaciones de Dealey Plaza, analizado las fotografías, discutido la autopsia y revisado, una y otra vez, las conclusiones de la Comisión Warren. Después llegó la House Select Committee on Assassinations, y más tarde nuevas investigaciones, nuevos análisis científicos y nuevas desclasificaciones. Cada generación volvió a abrir el expediente, y cada apertura produjo, paradójicamente, dos resultados simultáneos: algunas preguntas encontraron respuesta; otras se hicieron todavía más difíciles.

Este libro nace de esa contradicción. No pretende demostrar una teoría elegida de antemano, ni defender por anticipado la conclusión de una comisión oficial. Su propósito es más sencillo y, al mismo tiempo, más exigente: reconstruir el caso a partir de la evidencia disponible y determinar qué puede afirmarse con seguridad, qué permanece discutido y qué pertenece todavía al territorio de la hipótesis. Ésa será nuestra regla fundamental, porque en el caso Kennedy existe un peligro permanente: confundir un hecho con una interpretación. Que Oswald estuviera en Dallas es un hecho. Que poseyera un rifle relacionado con el asesinato es una cuestión documentada por una extensa cadena de evidencia. Que la Comisión Warren concluyera que actuó solo es también un hecho histórico. Pero afirmar que una determinada organización ordenó el asesinato es otra cosa: para llegar a esa conclusión se necesita una cadena de pruebas, y esa cadena debe ser examinada.

El problema se vuelve más complejo porque el asesinato ocurrió en uno de los momentos más tensos de la historia contemporánea. Estados Unidos y la Unión Soviética se enfrentaban en una Guerra Fría que podía convertirse, en cuestión de horas, en una guerra nuclear. Cuba se había vuelto el punto más peligroso de esa confrontación: la invasión de Bahía de Cochinos

había fracasado, la Crisis de los Misiles había llevado al mundo al borde de la catástrofe, y la CIA desarrollaba operaciones clandestinas contra Fidel Castro mientras los servicios de inteligencia vigilaban a organizaciones cubanas y anticastristas. Lee Harvey Oswald había vivido en la Unión Soviética, había regresado a Estados Unidos y había desarrollado actividades públicas relacionadas con Cuba, todo esto antes de que su nombre quedara asociado para siempre con el asesinato del presidente. Nada de esto demuestra por sí mismo una conspiración, pero tampoco puede ser ignorado. El contexto no es una prueba: es el escenario en el que la prueba debe ser interpretada.

Hay otra dificultad. El asesinato de Kennedy fue investigado en circunstancias excepcionales. La Comisión Warren tuvo que reconstruir lo ocurrido después de la muerte de Kennedy y después de la muerte de Oswald: Jack Ruby había asesinado al principal sospechoso antes de que pudiera comparecer ante un tribunal. La sociedad estadounidense necesitaba una respuesta, y la necesitaba rápidamente. La Comisión la presentó en 1964. Años después, otras investigaciones cuestionaron aspectos de sus conclusiones; la HSCA llegó incluso a considerar probable la existencia de una conspiración, aunque una de las bases científicas más importantes de aquella conclusión —la evidencia acústica— sería posteriormente cuestionada. La historia del caso, por tanto, no es una línea recta, sino una sucesión de investigaciones, conclusiones, revisiones y correcciones.

Y aquí aparece otro protagonista de esta historia: el archivo. Durante décadas, los documentos relacionados con el asesinato permanecieron clasificados; algunos fueron publicados, otros parcialmente censurados, otros reservados durante años. La aprobación de la JFK Records Act en 1992 abrió una nueva etapa: desde entonces, sucesivas oleadas de documentos han permitido conocer mejor las actividades de las agencias de inteligencia, las relaciones de Oswald con determinados grupos, las operaciones vinculadas a Cuba y la Unión Soviética, y las actuaciones posteriores de distintas instituciones. Pero los archivos no proporcionaron una respuesta mágica. No apareció una página capaz de resolver por sí sola todas las controversias. Lo que apareció fue algo más complejo: más información. Y más información no siempre significa más certeza; a veces significa descubrir que una pregunta era mucho más complicada de lo que parecía.

Por eso esta investigación seguirá una regla sencilla: primero los hechos, después las fuentes, luego las interpretaciones y finalmente las conclusiones. Cuando una afirmación esté documentada, la trataremos como tal. Cuando exista controversia, mostraremos las posiciones enfrentadas. Cuando una conclusión pertenezca a una investigación oficial, diremos quién la formuló y sobre qué evidencia se apoyó. Y cuando una teoría no pueda demostrarse, no la convertiremos en un hecho solo porque resulte plausible o fascinante. La fascinación pertenece al misterio; la investigación pertenece a la evidencia.

Tampoco será éste un libro construido alrededor de una sola pregunta, porque el caso Kennedy contiene muchas. ¿Quién era realmente Lee Harvey Oswald, y qué sabemos de sus actividades antes del asesinato? ¿Qué ocurrió exactamente en los minutos que precedieron a los disparos, cuántos se produjeron, y qué muestran las películas y fotografías que los registraron?

¿Qué puede decirnos la evidencia médica, y es posible reconstruir con rigor la trayectoria de los proyectiles? ¿Por qué apareció Jack Ruby en el sótano de la policía, y qué relaciones tenía con el mundo del crimen organizado? ¿Qué sabían la CIA y el FBI sobre Oswald, qué ocurrió con la información obtenida en México, y qué papel desempeñaron Cuba y los grupos anticastristas? ¿Qué concluyeron realmente la Comisión Warren y la HSCA, y qué revelaron después las desclasificaciones? Y, finalmente, una pregunta que las contiene a todas: ¿hasta dónde puede llegar la evidencia y dónde comienza la especulación? Ése será nuestro límite.

Quizá el mayor error cometido durante décadas haya sido creer que el misterio solo puede resolverse de dos maneras: aceptando completamente la versión oficial, o rechazándola por completo. La realidad histórica rara vez es tan sencilla. Es posible que una investigación oficial haya acertado en algunas de sus conclusiones y se haya equivocado en otras. Es posible que las agencias de inteligencia hayan cometido graves errores sin haber organizado el asesinato. Es posible que determinados individuos hayan mantenido relaciones sospechosas sin que esas relaciones constituyan una conspiración criminal. Y es posible que algunas preguntas permanezcan abiertas simplemente porque la documentación disponible no permite responderlas de manera definitiva. Aceptar esa incertidumbre no debilita una investigación: la hace más honesta.

El 22 de noviembre de 1963 terminó una presidencia. Pero comenzó una de las investigaciones históricas más prolongadas del mundo contemporáneo. Sesenta años después, todavía seguimos mirando las mismas fotografías, escuchando las mismas grabaciones, leyendo los mismos testimonios, abriendo nuevos archivos, revisando antiguas conclusiones, y regresando, una y otra vez, a aquella plaza de Dallas. Quizá porque el verdadero misterio no reside solamente en saber quién disparó, sino en comprender por qué, después de tantos años, una sociedad entera continúa preguntándose si conoce realmente la respuesta.

Este libro no promete una certeza donde la evidencia no la permite. Promete algo distinto: seguir las huellas de los hechos hasta donde lleguen, y detenernos exactamente allí donde comiencen las sombras. Porque en el caso Kennedy, como en toda investigación histórica, la pregunta más importante no es solamente qué creemos que ocurrió. Es qué podemos demostrar que ocurrió.

CAPÍTULO I

John Fitzgerald Kennedy: el hombre, el presidente y su tiempo

Antes de convertirse en una imagen, antes de convertirse en un símbolo, antes de convertirse en el hombre cuyo asesinato cambiaría para siempre la memoria política de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy fue un político que llegó a la presidencia en uno de los momentos más peligrosos de la historia contemporánea. Tenía cuarenta y tres años cuando asumió el cargo: joven para la presidencia estadounidense, y joven también para cargar con el peso de una confrontación que podía destruir el planeta.

En enero de 1961, Kennedy recibió un país poderoso, pero profundamente comprometido en una disputa global con la Unión Soviética. La Guerra Fría no era una metáfora, sino una estructura política, militar y tecnológica que dividía al mundo en dos grandes bloques y convertía cada crisis local en una posible confrontación internacional. Kennedy entró en esa realidad con una combinación que definiría su presidencia: ambición, prudencia, idealismo, pragmatismo, y una permanente tensión entre sus objetivos políticos y las estructuras de poder que ya existían antes de su llegada a la Casa Blanca.

Una familia política

John Fitzgerald Kennedy nació el 29 de mayo de 1917 en Brookline, Massachusetts, segundo hijo de Joseph P. Kennedy y Rose Fitzgerald Kennedy. Su familia pertenecía a una nueva élite política estadounidense de origen irlandés; su padre había acumulado una considerable fortuna y desarrollado una intensa actividad política y diplomática. Los Kennedy no eran, por tanto, una familia que descubriera la política con John: formaba parte de su ambiente desde mucho antes de que él llegara a Washington. Joseph Kennedy fue embajador de Estados Unidos en el Reino Unido durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, y esa experiencia europea tuvo una influencia importante sobre sus hijos. John creció observando de cerca las tensiones que precedieron al conflicto mundial, formándose —como toda su generación— bajo la sombra directa de la guerra.

Harvard y la guerra

Kennedy estudió en Harvard. Su tesis universitaria sobre la política británica y los acontecimientos que precedieron a la Segunda Guerra Mundial sería publicada después bajo el título *Why England Slept*, un libro que contribuyó a construir su imagen pública. Pero sería la guerra misma la que transformaría radicalmente esa imagen: Kennedy ya no sería solamente el joven heredero de una familia política, sino un veterano.

En 1943, durante la campaña del Pacífico, Kennedy comandaba la lancha torpedera PT-109 cuando fue embestida por un destructor japonés. Él y los supervivientes quedaron expuestos en el mar; Kennedy ayudó a mantener unido al grupo y participó activamente en los esfuerzos para lograr su rescate. La historia contribuyó decisivamente a construir su figura pública, porque la guerra le proporcionó una credencial que ninguna universidad ni ninguna campaña electoral podían ofrecer: la experiencia personal del combate.

Del Congreso a la Casa Blanca

Después de la guerra, Kennedy entró en la política. En 1946 fue elegido para la Cámara de Representantes —tenía entonces veintinueve años— y permaneció allí tres períodos, hasta conseguir en 1952 un escaño en el Senado. La progresión fue rápida, aunque Kennedy todavía no era una figura nacional comparable a la que aparecería pocos años después; su carrera presidencial empezó a tomar forma recién durante la década de 1950.

Como senador, Kennedy construyó una imagen política propia: no era simplemente el heredero de una familia rica, ni un político tradicional de Massachusetts. Representaba a una generación que comenzaba a ocupar posiciones de poder después de la Segunda Guerra Mundial, en un país que había cambiado profundamente. Europa se reconstruía, la Unión Soviética había adquirido armas nucleares, China había pasado a estar gobernada por los comunistas, la Guerra de Corea había demostrado que la Guerra Fría podía convertirse en guerra abierta, y la carrera nuclear avanzaba sin pausa. Kennedy pertenecía a una generación que había crecido con la certeza de que otra guerra mundial era posible.

En 1960 se enfrentó al vicepresidente Richard Nixon en una elección extraordinariamente ajustada, que finalmente ganó. El 20 de enero de 1961 prestó juramento como presidente de Estados Unidos, y su discurso inaugural contenía una frase que se convertiría en una de las más recordadas de la política estadounidense: «No preguntes qué puede hacer tu país por ti; pregunta qué puedes hacer tú por tu país». El mensaje proyectaba juventud, responsabilidad y renovación. Kennedy quería representar una nueva generación, y le dio un nombre: la **Nueva Frontera**.

La Nueva Frontera y sus contradicciones

La idea de la Nueva Frontera no era simplemente una consigna de campaña. Kennedy pretendía presentar su presidencia como una etapa de renovación nacional: había que impulsar la economía, avanzar en derechos civiles, fortalecer la educación, competir con la Unión Soviética y, al mismo tiempo, mantener la capacidad militar estadounidense. Pero esas metas contenían contradicciones evidentes. La misma administración que hablaba de paz tenía que gestionar una carrera armamentística. El presidente que quería evitar una guerra nuclear debía demostrar que Estados Unidos no era débil. Y el político que deseaba modificar determinadas políticas heredadas debía trabajar dentro de una estructura de seguridad nacional que poseía sus propios intereses, procedimientos y objetivos.

Esa estructura tenía un actor central: la Agencia Central de Inteligencia, creada en 1947, en los primeros años de la Guerra Fría. Su función incluía la recopilación y el análisis de inteligencia extranjera, pero también había desarrollado una amplia capacidad de operaciones encubiertas. Para Kennedy, esa capacidad podía resultar útil, pero también podía convertirse en fuente de conflictos: la relación entre una presidencia y una agencia de inteligencia nunca es del todo sencilla. El presidente establece objetivos políticos; la agencia opera dentro del mundo de la inteligencia; y entre ambos existe una diferencia fundamental —quien toma la decisión política puede no controlar todos los mecanismos mediante los cuales esa decisión se ejecuta. Esta tensión será importante cuando más adelante estudiemos Cuba, a Oswald y las investigaciones del asesinato.

Bahía de Cochinos

La primera gran crisis de la presidencia Kennedy llegó rápidamente. En abril de 1961, una fuerza de exiliados cubanos desembarcó en Bahía de Cochinos con el objetivo de derrocar al gobierno de Fidel Castro. La operación había sido preparada durante la administración de Dwight Eisenhower y Kennedy la heredó; el desembarco fracasó, y la derrota tuvo consecuencias políticas enormes. Kennedy asumió públicamente la responsabilidad, pero la experiencia dejó una huella profunda en su relación con los organismos que habían planificado la operación. La CIA había presentado determinadas evaluaciones sobre las posibilidades de éxito; la realidad fue muy distinta. Para Kennedy, aquello representó una de las primeras grandes lecciones del poder: la información que llega al presidente puede no ser la misma realidad que encuentra cuando toma una decisión.

Cuba, punto de contacto entre dos mundos

Cuba se convirtió en uno de los principales problemas de la presidencia. La Revolución de 1959 había derribado al gobierno de Fulgencio Batista, y Fidel Castro consolidó progresivamente su poder mientras las relaciones con Estados Unidos se deterioraban. Washington impuso medidas económicas, la CIA desarrolló operaciones clandestinas, grupos de exiliados intentaron organizar la resistencia, y Cuba fue acercándose cada vez más a la Unión Soviética. La isla se transformó así en algo mucho más importante que un problema regional: se convirtió en un punto de contacto directo entre las dos superpotencias.

La Crisis de los Misiles

En octubre de 1962 apareció la evidencia de que la Unión Soviética estaba instalando misiles nucleares en Cuba. La respuesta estadounidense produjo la mayor crisis nuclear de la Guerra Fría. Kennedy tuvo que decidir entre varias alternativas —un ataque aéreo, una invasión, una negociación o un bloqueo naval— y cualquiera de ellas podía desencadenar una escalada incontrolable. El presidente optó finalmente por la llamada cuarentena naval. Durante varios días el mundo permaneció al borde de una confrontación que podía convertirse en guerra nuclear,

hasta que Nikita Jrushchov aceptó retirar los misiles soviéticos. La crisis terminó, pero Kennedy salió de ella con una comprensión todavía más profunda del peligro que representaba la confrontación directa.

Esa experiencia modificó algunos aspectos de su política exterior. El presidente comenzó a buscar mecanismos que redujeran el riesgo de una confrontación accidental: se estableció una línea directa de comunicación con Moscú, y en 1963 pronunció un importante discurso sobre la paz. Ese mismo año, Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética firmaron el Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares. El mundo no había dejado de ser peligroso, pero Kennedy parecía estar explorando una estrategia diferente: competir sin destruir la posibilidad de coexistencia.

La relación con la Unión Soviética siguió siendo profundamente conflictiva, pero la Crisis de los Misiles había demostrado que ambos gobiernos podían equivocarse al interpretar las intenciones del otro, y que un simple error de cálculo podía producir una catástrofe. Para Kennedy, evitar ese error comenzó a adquirir una importancia estratégica comparable a la de ganar una confrontación. Este cambio será relevante cuando más adelante analicemos a Lee Harvey Oswald y sus contactos con la Unión Soviética.

Vietnam y los derechos civiles

Cuba no era el único frente. Vietnam ocupaba un lugar creciente dentro de la política estadounidense: Washington apoyaba al gobierno de Vietnam del Sur frente al avance comunista, y durante la presidencia de Kennedy aumentó considerablemente el número de asesores militares destinados allí. Qué habría hecho Kennedy con Vietnam de haber sobrevivido a 1963 se convertiría, décadas después, en una de las grandes preguntas contrafactuales de la historia estadounidense. Pero conviene ser cautos: una decisión que nunca llegó a tomarse no puede convertirse en un hecho.

La política exterior tampoco era el único desafío. Dentro de Estados Unidos, el movimiento por los derechos civiles transformaba la sociedad: las protestas contra la segregación aumentaban, y el gobierno federal se enfrentaba a la resistencia de sectores políticos y sociales del sur. Kennedy comenzó con cierta cautela, pero la presión de los acontecimientos lo llevó hacia una posición más decidida. En junio de 1963 pronunció un discurso histórico sobre los derechos civiles, y presentó una propuesta legislativa que, después de su muerte, se convertiría en la Civil Rights Act de 1964.

El país que Kennedy presidía era poderoso, pero no era homogéneo. Había una profunda división racial, conflictos políticos, miedo al comunismo, tensión entre generaciones y una desconfianza creciente hacia determinadas instituciones. Existían sectores que consideraban insuficiente cualquier acercamiento a la Unión Soviética, mientras otros temían exactamente lo contrario: que la confrontación nuclear terminara destruyendo el mundo. Kennedy gobernaba dentro de ese ambiente cargado de tensiones.

Texas

Y entonces aparece Texas. No era simplemente otro estado dentro de la geografía electoral estadounidense: era una potencia política y económica, donde la industria petrolera tenía enorme influencia y el Partido Demócrata sostenía una estructura política compleja, atravesada por tensiones internas entre sus distintos sectores. Kennedy tenía motivos políticos concretos para visitar Texas en noviembre de 1963: la elección presidencial de 1964 se acercaba, la relación con los sectores demócratas del estado necesitaba fortalecerse, y la visita debía servir también para apaciguar disputas internas del partido. Nada de esto significa que Texas fuera un lugar especialmente peligroso para Kennedy, pero ayuda a comprender por qué el presidente estaba allí.

En noviembre de 1963, Kennedy inició una gira política por el estado: San Antonio, Houston, Fort Worth y, finalmente, Dallas. El viaje tenía objetivos políticos claros y era, además, una visita pública: la ruta presidencial fue anunciada, las calles permanecieron abiertas, las multitudes podían acercarse libremente, y Kennedy viajaba en un vehículo descubierto. Todo formaba parte de la lógica de una presidencia que necesitaba contacto directo con los ciudadanos.

El hombre antes del mito

Conviene detenernos aquí. Después de Dallas, Kennedy sería convertido rápidamente en un símbolo: el presidente joven, el líder carismático, el hombre cuya vida terminó demasiado pronto. La imagen televisiva del funeral, la bandera, Arlington, la familia, la nación conmovida: todo eso terminó formando parte de una memoria colectiva que, con el tiempo, oscureció parcialmente al hombre real. Kennedy no era un personaje sin contradicciones. Era un político: tenía ambiciones, cometió errores, cambió de posición, tomó decisiones discutibles, gobernó durante una de las épocas más peligrosas de la historia y estuvo rodeado por personas e instituciones con intereses propios, no siempre coincidentes con los suyos. Para comprender su muerte debemos recuperar primero a ese hombre. No al mito.

Quizá ésa sea la característica más importante de Kennedy en 1963: ya no era exactamente el mismo presidente que había llegado a la Casa Blanca en 1961. Bahía de Cochinos lo había transformado. La Crisis de los Misiles lo había transformado. La evolución de la cuestión racial lo había transformado. La Guerra Fría entera lo había transformado. Casi tres años de experiencia acumulada en la presidencia habían modificado su manera de enfrentarse al poder. Eso no significa que estuviera abandonando sus posiciones anteriores: significa que estaba aprendiendo. Y la historia de su último año debe observarse desde esa perspectiva.

Cuando Kennedy llegó a Dallas, llevaba consigo mucho más que la autoridad de la presidencia. Llevaba una historia: la de una familia política, la de la Segunda Guerra Mundial, la de su ascenso en Washington, la de la Guerra Fría, la de Cuba, la de Bahía de Cochinos, la de la Crisis de los Misiles, la de sus enfrentamientos y negociaciones con distintas instituciones, la de sus decisiones sobre Vietnam, la de los derechos civiles, y la de un país que se acercaba

nuevamente a una elección presidencial. Todo ese contexto viajaba con él, aunque ninguna de las personas que llenaban las calles de Dallas pudiera verlo.

El último día

El 22 de noviembre de 1963 comenzó como una jornada política más. Kennedy salió de Fort Worth después de pronunciar un discurso, y la caravana presidencial se dirigió hacia Dallas. El destino era el Trade Mart; el recorrido atravesaría el centro de la ciudad. Miles de personas se habían reunido para verlo, las cámaras estaban preparadas, los periódicos esperaban nuevas imágenes del presidente. Kennedy, sentado junto a Jacqueline en el Lincoln presidencial, avanzaba lentamente entre la multitud. A las 12:30, la caravana entró en Dealey Plaza. A partir de ese instante, la historia entraría en otra dimensión.

Pero todavía no estamos allí. Porque antes de reconstruir los minutos que cambiaron la historia, debemos comprender algo fundamental: el asesinato de Kennedy no ocurrió en el vacío. Ocurrió en el centro de una Guerra Fría, en una sociedad dividida, en un país políticamente complejo, en una ciudad de Texas, y dentro de una presidencia que había llegado a un punto de transformación. Comprender ese mundo no nos dirá quién disparó. Pero nos permitirá entender por qué las preguntas que surgieron después fueron tan numerosas y tan difíciles de responder.

El próximo capítulo será diferente. Ya no estudiaremos al presidente, ni el contexto que lo rodeaba. Nos situaremos dentro del automóvil presidencial, seguiremos la caravana, entraremos en Dealey Plaza, y reconstruiremos, paso a paso, los minutos que precedieron al momento en que John Fitzgerald Kennedy dejó de ser presidente de los Estados Unidos para convertirse en uno de los grandes enigmas de la historia contemporánea.

CAPÍTULO II

Dallas: los minutos que cambiaron la historia

El 22 de noviembre de 1963, John Fitzgerald Kennedy llegó a Dallas como presidente de los Estados Unidos. No había llegado para una ceremonia de Estado, ni para anunciar una guerra, ni para afrontar una crisis internacional. Había llegado para hacer política. La gira por Texas formaba parte de una estrategia destinada a fortalecer la posición del Partido Demócrata de cara a las elecciones de 1964 y, al mismo tiempo, a mejorar las relaciones entre los distintos sectores del partido en un estado políticamente complejo. Kennedy viajaba acompañado por Jacqueline Kennedy, el vicepresidente Lyndon B. Johnson y sus respectivas comitivas. La jornada había comenzado en Fort Worth, donde el presidente pronunció un discurso ante una multitud entusiasta; las imágenes conservadas lo muestran sonriente, rodeado de ciudadanos que se habían acercado para verlo. Poco después, la comitiva abandonó la ciudad. El siguiente destino era Dallas.

La llegada a Dallas

El avión presidencial aterrizó en Love Field poco después de las once y media de la mañana. Kennedy descendió acompañado por Jacqueline, y la recepción fue multitudinaria; la primera dama, vestida con el conocido traje rosa, se convirtió de inmediato en uno de los focos de atención. La visita tenía un carácter esencialmente público, y eso significaba algo muy concreto: el presidente debía atravesar Dallas prácticamente al alcance de la multitud, y la caravana no podía avanzar a gran velocidad. La ruta había sido preparada con anticipación: el recorrido debía llevar al presidente desde Love Field hasta el Trade Mart, donde estaba previsto un almuerzo. Entre ambos puntos se encontraba Dealey Plaza.

Kennedy viajaba en una limusina Lincoln Continental especialmente preparada para el Servicio Secreto, con el presidente y la primera dama en los asientos traseros, y el conductor junto a un agente en la parte delantera. El gobernador de Texas, John Connally, y su esposa, Nellie Connally, ocupaban otro automóvil dentro de la caravana. La disposición de cada vehículo sería, más adelante, fundamental para reconstruir las trayectorias de los disparos, aunque en ese momento nadie podía imaginar que la posición de cada persona terminaría formando parte de una controversia que duraría décadas.

La caravana salió de Love Field entre miles de personas situadas a lo largo de las calles. El presidente saludaba, Jacqueline también, y las cámaras registraban el paso de los vehículos. La escena tenía todos los elementos de una visita presidencial convencional: banderas, multitudes, carteles, fotógrafos, agentes de seguridad, automóviles oficiales y una ciudad entera observando el desfile. La ruta debía atravesar el centro de Dallas antes de llegar al Trade Mart, y para hacerlo, la caravana tenía que pasar por Dealey Plaza.

Dealey Plaza

Dealey Plaza se encuentra en el extremo occidental del centro de Dallas, rodeada por edificios y estructuras que, desde aquel día, adquirieron una importancia extraordinaria. Entre ellos estaba el **Texas School Book Depository**, un edificio de varios pisos situado junto a la ruta presidencial, y el área que después se conocería como **Grassy Knoll**, una elevación al noroeste de la plaza. El espacio era relativamente abierto, pero su configuración permitía observar la carretera desde distintas alturas y ángulos. La caravana se acercaba, el presidente iba sentado en el automóvil descubierto, la velocidad era reducida y las cámaras seguían funcionando.

Entre quienes filmaban la escena estaba Abraham Zapruder, que utilizaba una cámara Bell & Howell de 8 milímetros desde una posición elevada que le permitía observar la carretera. Sin saberlo, estaba registrando una de las secuencias cinematográficas más estudiadas de la historia: apenas poco más de veinte segundos de película, sin sonido, pero con algo mucho más valioso para una investigación —una sucesión visual de acontecimientos.

El momento

La caravana entró en Dealey Plaza poco después de las 12:29. El automóvil presidencial giró desde Houston Street hacia Elm Street, y Kennedy quedó situado frente al Texas School Book Depository. A partir de ese instante comienza la parte más controvertida de toda la reconstrucción, porque ya no basta con preguntar qué ocurrió: hay que determinar cuándo ocurrió cada cosa.

El número exacto de disparos y el momento preciso de cada uno han sido objeto de análisis durante décadas. La Comisión Warren concluyó que se produjeron tres: uno no habría alcanzado a ninguno de los ocupantes, y los otros dos habrían alcanzado a Kennedy y a Connally. Esa reconstrucción se convirtió en la explicación oficial, aunque investigadores y comités posteriores la discutirían ampliamente. Por eso, en esta etapa conviene distinguir con claridad entre la reconstrucción oficial y la evidencia que permite evaluarla.

En la película de Zapruder existe un momento en el que Kennedy parece reaccionar a un impacto, pero la interpretación de esos primeros fotogramas no es sencilla: la filmación fue hecha desde un ángulo lateral, el movimiento del automóvil modifica continuamente la posición relativa de los cuerpos, y la propia cámara se desplaza durante la toma. Por eso una imagen aislada no puede utilizarse como prueba completa de una trayectoria; la película debe estudiarse como secuencia.

Uno de los grandes problemas de la reconstrucción consiste en establecer con exactitud la posición de Kennedy y Connally en el instante de los impactos. La Comisión Warren sostuvo que una misma bala pudo atravesar a ambos: la trayectoria propuesta comenzaba en la espalda de Kennedy, atravesaba su cuerpo, salía por la parte frontal y entraba después en Connally. Ese

proyectoril sería recuperado posteriormente en el Hospital Parkland e identificado como **CE 399**, y la explicación de su trayectoria se convertiría en uno de los principales puntos de controversia del caso. No corresponde resolver aquí esa cuestión —eso pertenece al capítulo dedicado a la evidencia científica—; en éste solo nos interesa reconstruir la secuencia.

En algún punto de esa secuencia, Kennedy recibió el impacto que provocó las heridas mortales. La película de Zapruder muestra el instante en que su cuerpo se desplaza violentamente hacia atrás y hacia la izquierda, una imagen que se convertiría en una de las más conocidas del siglo XX y en uno de los principales argumentos de quienes sostienen que pudo existir un disparo desde una posición frontal. Pero la dirección del movimiento corporal no permite, por sí sola, determinar la dirección del proyectil; ésta es una de las cuestiones que deberemos estudiar más adelante desde la física, la medicina y la balística.

Parkland

Aproximadamente a las 12:30 del mediodía, Kennedy ya había sido alcanzado. La caravana aceleró, los agentes del Servicio Secreto reaccionaron de inmediato, y el automóvil presidencial abandonó Dealey Plaza con un único objetivo: llegar cuanto antes al **Parkland Memorial Hospital**. La distancia era corta, pero las lesiones que Kennedy había sufrido ya resultaban incompatibles con la supervivencia.

El automóvil llegó al hospital pocos minutos después. Los médicos de urgencias acudieron de inmediato y trasladaron al presidente a una sala de traumatología; el gobernador Connally, también herido, fue atendido en paralelo. Para Kennedy, sin embargo, las posibilidades eran prácticamente inexistentes: las heridas eran devastadoras. Los esfuerzos médicos se prolongaron varios minutos más, hasta que finalmente, a la 1:00 de la tarde, Kennedy fue declarado muerto. Tenía cuarenta y seis años, y había sido presidente durante menos de tres.

Mientras los médicos intentaban salvarlo, la noticia comenzaba a propagarse. Primero llegaron informaciones fragmentarias; después se confirmó que Kennedy había sido alcanzado, y luego empezaron a difundirse los primeros datos sobre su estado. La televisión interrumpió su programación, los periodistas comenzaron a transmitir desde Dallas, y la noticia se extendió por todo el país y, poco después, por el mundo entero. Una generación completa recordaría, durante el resto de su vida, dónde se encontraba en el momento de escucharla.

El primer sospechoso

Mientras Kennedy era trasladado al hospital, la policía de Dallas comenzó a reconstruir lo sucedido. El lugar de los disparos había quedado atrás, pero había que determinar desde dónde se habían efectuado. Los investigadores se dirigieron al Texas School Book Depository, donde pronto aparecieron los indicios que convertirían el edificio en el centro de la investigación: en

uno de los pisos superiores se halló un rifle, junto con varios casquillos, y comenzaron a establecerse las primeras conexiones con un empleado del edificio: **Lee Harvey Oswald**.

Oswald trabajaba allí, pero después del asesinato ya no se encontraba en el lugar; había abandonado el edificio, y la policía inició su búsqueda. Su nombre todavía no era conocido por el público, pero en cuestión de horas se convertiría en el más famoso del caso. La investigación que acababa de comenzar tendría que responder una pregunta en apariencia sencilla —¿había sido Oswald quien disparó contra el presidente?— y detrás de ella aparecerían muchas otras.

Mientras la policía lo buscaba, otro acontecimiento complicó aún más la situación: el agente J. D. Tippit fue asesinado en el barrio de Oak Cliff, aproximadamente cuarenta minutos después del atentado contra Kennedy. Varios testigos describieron al hombre que había disparado, y las investigaciones posteriores relacionaron a Oswald con ese crimen. Este segundo homicidio resultaría fundamental para la acusación en su contra, pero también para las futuras teorías de conspiración, porque si Oswald había participado en ambos hechos, era necesario reconstruir con precisión su recorrido por Dallas durante ese intervalo.

Lo que muestran las imágenes, lo que dicen los testigos

La investigación moderna dispone de algo que la mayoría de las investigaciones criminales de 1963 no tenía: una película continua de una parte de los acontecimientos. La de Zapruder permite observar el automóvil presidencial, el movimiento de Kennedy, el de Connally, las reacciones de la multitud, y reconstruir la secuencia temporal con mucha mayor precisión que un testimonio aislado. Pero tiene límites: no muestra toda Dealey Plaza, no contiene sonido, no permite ver directamente todos los posibles puntos de origen de los disparos. Una filmación no explica por sí misma lo que está mostrando; es un registro. La interpretación viene después.

Decenas de personas se encontraban en Dealey Plaza aquel mediodía: algunas en la calle, otras en los edificios cercanos; algunas con cámaras, otras como simples testigos. Los testimonios recogidos posteriormente no fueron uniformes. Algunos creyeron escuchar disparos procedentes del depósito; otros señalaron el área del Grassy Knoll. Algunos describieron tres disparos; otros recordaron cuatro o más. La memoria humana, especialmente después de un acontecimiento traumático, puede ser extraordinariamente vulnerable, y por eso todo testimonio debe compararse siempre con la evidencia material.

Una de las características más llamativas de esta investigación es que todo ocurrió en un intervalo brevísimo: los disparos, la reacción de Kennedy, la aceleración de la caravana, la confusión, la huida, la intervención policial —todo en segundos o minutos que los investigadores tardarían años en reconstruir. Y aquí aparece una de las grandes dificultades del caso: la historia de Dallas se construyó a partir de fragmentos —una película, una fotografía, un casquillo, una bala, una autopsia, un testimonio, una llamada telefónica, un informe, una declaración—, y ninguno de esos elementos explica por sí solo lo ocurrido. La investigación consiste, precisamente, en determinar si todos ellos pueden formar una misma secuencia coherente.

La muerte de Oswald

Dos días después del asesinato, cuando el país todavía se encontraba bajo el impacto de la muerte de Kennedy, Oswald fue trasladado por la policía de Dallas. No llegaría a ser juzgado: en el sótano de la sede policial, Jack Ruby se acercó a él y le disparó. Oswald murió poco después. La muerte del principal sospechoso tuvo una consecuencia histórica enorme —el hombre que podía haber sido interrogado públicamente en un juicio murió antes de poder declarar ante un tribunal—, y a partir de ese momento cualquier reconstrucción de sus intenciones tendría que depender de documentos, testimonios previos y evidencias indirectas.

Ésta es una de las características que hacen excepcional al caso: el sospechoso principal no fue juzgado, no pudo presentar una defensa, no pudo ser interrogado por abogados, no pudo explicar públicamente sus actos ni responder a las acusaciones. La sociedad tuvo que aceptar una conclusión basada en una investigación posterior. Esa investigación sería la Comisión Warren.

Lo que queda del 22 de noviembre

Al terminar aquella jornada había ocurrido algo extraordinario: el presidente estaba muerto, el vicepresidente había asumido el cargo, un oficial de policía había sido asesinado, un sospechoso permanecía bajo custodia, y la nación entera se encontraba en estado de conmoción. Una inmensa cantidad de evidencia comenzaba a reunirse —fotografías, películas, casquillos, armas, ropas, vehículos, testimonios, informes médicos, registros telefónicos, documentos de inteligencia— que con el tiempo formaría un expediente gigantesco.

Al cerrarse el 22 de noviembre, las autoridades necesitaban responder una pregunta urgente: ¿había actuado Lee Harvey Oswald solo? Pero contestarla exigía mucho más que demostrar su presencia en el lugar: había que probar que pudo efectuar los disparos, que el arma utilizada estaba relacionada con él, que la trayectoria de los proyectiles era compatible con su posición, que la secuencia temporal resultaba posible, que los disparos podían explicar las heridas, y que los acontecimientos posteriores encajaban con esa reconstrucción. Ésa sería la tarea de los investigadores, y también el origen de algunas de las controversias más persistentes de la historia estadounidense.

La tarde del 22 de noviembre no produjo una explicación: produjo un expediente. La noche tampoco trajo certezas: trajo preguntas, que en las semanas siguientes no harían más que multiplicarse. ¿Quién era realmente Oswald? ¿Por qué había muerto el presidente? ¿Desde dónde se disparó, y cuántos disparos hubo? ¿Quién había decidido la ruta? ¿Qué había ocurrido dentro del edificio, y por qué Oswald lo había abandonado? ¿Por qué había sido asesinado antes de poder ser juzgado? Y, sobre todo: ¿era posible que un solo hombre hubiera producido una tragedia de semejante magnitud?

La respuesta no podía encontrarse únicamente en Dealey Plaza. Había que seguir la evidencia: primero, las investigaciones oficiales; después, la ciencia; luego, la vida de Oswald; y

finalmente, las redes políticas, criminales y de inteligencia que rodeaban el caso. Porque el asesinato había terminado en Dallas. La investigación apenas comenzaba.

CAPÍTULO III

Las investigaciones oficiales: Warren y HSCA

El asesinato de John F. Kennedy no terminó en Dealey Plaza, ni terminó con la muerte de Lee Harvey Oswald. En realidad, en ese momento comenzó una segunda historia: la de las investigaciones destinadas a determinar quién había asesinado al presidente y si existían otras personas involucradas. La primera gran respuesta fue la **Comisión Presidencial sobre el Asesinato del Presidente Kennedy**, conocida universalmente como **Comisión Warren**, cuyo informe se publicaría en septiembre de 1964 y cuyas conclusiones se convertirían, durante años, en la referencia oficial sobre el asesinato. Pero también serían cuestionadas. Quince años después de Dallas, otra investigación del Congreso —la **House Select Committee on Assassinations**, conocida como HSCA— volvería a examinar el caso y llegaría a una conclusión distinta sobre la posibilidad de una conspiración.

Entre ambas investigaciones existe una distancia de casi quince años, y esa distancia es fundamental: entre 1964 y 1979 Estados Unidos cambió profundamente su relación con sus propias instituciones, su percepción de la CIA y del FBI, y el contexto político en el que cualquier conclusión debía interpretarse. Aparecieron, además, nuevas evidencias y nuevos testimonios. Para comprender la controversia Kennedy es necesario estudiar primero estas dos investigaciones por separado.

La creación de la Comisión Warren

Después del asesinato existía una necesidad política inmediata: el país necesitaba saber qué había ocurrido, pero también evitar una situación todavía más peligrosa. El asesinato de un presidente podía tener consecuencias internacionales; si aparecía evidencia de participación soviética o cubana, la crisis adquiriría una dimensión completamente distinta. Por esa razón, la investigación debía ser simultáneamente criminal, política e institucional.

El presidente Lyndon B. Johnson decidió crear una comisión especial, y el 29 de noviembre de 1963 —apenas una semana después del asesinato— firmó la orden ejecutiva que la estableció.

Su presidente sería **Earl Warren**, presidente de la Corte Suprema de Estados Unidos: una elección que no fue casual, porque Warren aportaba una enorme autoridad institucional. Junto a él fueron designados otros seis miembros —congresistas, juristas y figuras de gran relevancia política— con una composición que buscaba transmitir una idea: la investigación representaba al Estado estadounidense en su conjunto.

La Comisión quedó integrada por Earl Warren, Richard B. Russell Jr., John Sherman Cooper, Hale Boggs, Gerald R. Ford, Allen W. Dulles y John J. McCloy: una combinación políticamente diversa, con demócratas y republicanos, representantes del Congreso y figuras vinculadas al mundo judicial y a la seguridad nacional. Entre ellos había un antiguo director de la CIA, Allen Dulles, cuya presencia sería objeto de críticas posteriores —no necesariamente porque los comisionados estuvieran implicados en una conspiración, sino porque algunos de ellos pertenecían precisamente al sistema institucional cuya actuación debía ser evaluada.

La comisión recibió una misión amplia: establecer qué había ocurrido, quién había asesinado al presidente, si Oswald había sido el responsable, si Jack Ruby tenía alguna relación con él, y si existía evidencia de una conspiración. También debía determinar si alguna agencia gubernamental había fallado en sus responsabilidades. No era un tribunal —no debía juzgar a Oswald, que ya estaba muerto—; su tarea consistía en reconstruir los acontecimientos y establecer conclusiones históricas y administrativas.

Una investigación enorme

La Comisión Warren no fue una investigación superficial. Recibió una enorme cantidad de documentación; sus investigadores entrevistaron testigos, revisaron documentos del FBI, examinaron material de la CIA, estudiaron fotografías y películas, analizaron armas y proyectiles, examinaron informes médicos, e investigaron tanto la trayectoria de Oswald como los movimientos de Jack Ruby. El resultado fue un informe de cientos de páginas acompañado por numerosos volúmenes de evidencia. Pero precisamente la magnitud de la investigación generó una dificultad: el lector no tenía delante una simple conclusión, sino un archivo gigantesco, y comprenderlo exigía distinguir constantemente entre la evidencia original y la interpretación que la comisión hacía de ella.

La conclusión central

La Comisión Warren concluyó que Lee Harvey Oswald fue el único responsable del asesinato del presidente Kennedy, disparando desde el sexto piso del Texas School Book Depository. También concluyó que Oswald había asesinado al agente J. D. Tippit, y que Jack Ruby actuó solo cuando asesinó a Oswald. No encontró evidencia suficiente de que Oswald hubiera formado parte de una conspiración, ni de que Ruby hubiera actuado como parte de una. Ésta se convertiría en la explicación oficial.

Uno de los elementos fundamentales de esa reconstrucción fue la llamada **single-bullet theory**, o teoría de la bala única: la comisión sostuvo que un mismo proyectil —identificado como **Commission Exhibit 399**, o CE 399— había atravesado a Kennedy y al gobernador Connally. Esa explicación permitía hacer compatible el número de heridas con tres disparos: uno habría fallado, otro habría atravesado a ambos hombres, y el tercero habría producido las heridas

mortales de Kennedy. La cuestión tendría una enorme importancia posterior, aunque no la analizaremos aquí en profundidad —la trayectoria del proyectil, sus características y las objeciones científicas corresponden al capítulo dedicado a la evidencia forense. Por ahora basta con comprender que la conclusión de la Comisión dependía de una reconstrucción balística muy concreta.

La Comisión Warren no afirmó que la posibilidad de una conspiración fuera lógicamente imposible: su conclusión fue que no encontró evidencia suficiente para sostenerla. La distinción es importante, porque una investigación histórica rara vez puede demostrar que algo jamás ocurrió; solo puede establecer que determinada hipótesis no está respaldada por la evidencia disponible. Conviene, entonces, distinguir entre afirmar que «no existió una conspiración» y afirmar que «la investigación no encontró evidencia suficiente de una conspiración». La segunda formulación describe con mucha mayor precisión la naturaleza de una investigación documental.

Oswald y Ruby según Warren

La comisión reconstruyó la vida de Oswald desde su infancia: su paso por los Marines, su permanencia en la Unión Soviética, su regreso a Estados Unidos, su matrimonio con Marina, sus actividades políticas, su relación con el Fair Play for Cuba Committee, su viaje a México, su presencia en Dallas y, finalmente, sus movimientos del 22 de noviembre. Consideró que existía una combinación suficiente de evidencia circunstancial, física y testimonial para atribuirle el asesinato. Pero Oswald no estaba vivo para responder, y ese hecho acompañaría a toda la investigación como una sombra permanente.

También investigó a Jack Ruby, dueño de antecedentes en el mundo de los clubes nocturnos de Dallas: conocía policías, conocía empresarios, y tenía contactos con personas relacionadas con el crimen organizado. Pero la comisión no encontró evidencia suficiente para establecer que hubiera recibido una orden de la Mafia o de cualquier otra organización para matar a Oswald, y concluyó que actuó por iniciativa propia. La explicación oficial fue, por tanto, doble: Oswald actuó solo, y Ruby actuó solo.

La Comisión Warren también examinó el funcionamiento de las agencias de inteligencia, y allí comenzó a asomar una cuestión que adquiriría mucha mayor importancia con el paso del tiempo: tanto la CIA como el FBI habían poseído información sobre Oswald antes del asesinato. Pero disponer de información no significa necesariamente haber comprendido su importancia, y una parte considerable de las controversias posteriores surgiría precisamente de esa diferencia.

La Comisión trabajó, además, bajo enormes presiones: el asesinato había ocurrido hacía menos de un año, Oswald estaba muerto, la sociedad exigía respuestas, las agencias de inteligencia poseían información clasificada, la Guerra Fría seguía activa, y la comisión debía producir una conclusión institucional en un plazo limitado. Esto no demuestra que su informe fuera falso, pero sí establece el contexto en el que fue elaborado —y una investigación histórica seria debe estudiar tanto las conclusiones como las condiciones bajo las cuales fueron obtenidas.

El nacimiento de la desconfianza

El informe se publicó el 24 de septiembre de 1964. Su conclusión principal era clara: Oswald había actuado solo, Ruby también, y no existía evidencia de una conspiración. La publicación produjo una enorme atención internacional, y para el gobierno estadounidense el caso parecía cerrado. Pero socialmente no ocurrió lo mismo: las dudas comenzaron casi de inmediato.

Una parte de las críticas se concentró en la explicación de la bala única; otros investigadores cuestionaron la reconstrucción temporal, señalaron contradicciones entre testimonios, o se concentraron en las circunstancias de la muerte de Oswald. Otros comenzaron a estudiar las posibles conexiones entre Oswald, Cuba, la CIA, la Mafia y los grupos anticastristas. Durante los años siguientes aparecieron numerosas teorías, pero una teoría no es todavía una evidencia, y la pregunta debía seguir siendo la misma: ¿qué pruebas pueden sostener cada una de esas afirmaciones?

El cambio de los años setenta

La situación cambió radicalmente durante la década siguiente. Estados Unidos atravesó una profunda crisis de confianza institucional: la Guerra de Vietnam había dividido a la sociedad, el escándalo Watergate había debilitado la confianza en la Casa Blanca, y el Congreso comenzó a investigar las actividades de las agencias de inteligencia. Aparecieron revelaciones sobre operaciones clandestinas que hasta entonces habían permanecido ocultas, y la percepción pública de la CIA y del FBI cambió de manera radical. En ese nuevo contexto, el asesinato de Kennedy volvió a ocupar el centro de la discusión.

El Senado creó el **Senate Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities**, conocido como Comité Church, cuyas investigaciones revelaron actividades clandestinas de las agencias de inteligencia —entre ellas, planes y operaciones relacionados con Fidel Castro— que habían permanecido ocultas hasta entonces. Esto no demostraba que la CIA hubiera participado en el asesinato de Kennedy, pero modificó radicalmente el contexto en el que se interpretaba la información sobre Cuba y Oswald: la posibilidad de que las agencias hubieran ocultado información ya no parecía una cuestión puramente teórica, sino un fenómeno con antecedentes documentados.

La HSCA y la evidencia acústica

En 1976, la Cámara de Representantes creó la **House Select Committee on Assassinations**, con el mandato de investigar los asesinatos de John F. Kennedy y de Martin Luther King Jr. La HSCA comenzó a trabajar ese mismo año y publicó sus conclusiones en 1979. Para entonces habían pasado dieciséis años desde Dallas: el mundo había cambiado, la

tecnología había avanzado, se habían descubierto nuevos documentos, habían aparecido nuevos testigos, y la relación entre ciudadanos y gobierno era completamente distinta.

La HSCA no se limitó a repetir el trabajo de Warren. Reexaminó la actuación del FBI y de la CIA, analizó las relaciones de Oswald con Cuba, estudió a Jack Ruby y sus posibles vínculos con el crimen organizado, y revisó la evidencia científica. Uno de sus elementos más importantes fue el análisis acústico: recurrió a grabaciones realizadas por la policía de Dallas y utilizó técnicas específicas para intentar determinar si existían registros de disparos adicionales. El análisis llevó al comité a considerar que probablemente se habían producido cuatro disparos, uno de los cuales habría procedido de una posición distinta a la del Texas School Book Depository.

Esta conclusión tenía consecuencias enormes: si había existido un cuarto disparo desde otra posición, la posibilidad de una conspiración adquiriría, por primera vez, una base científica. La HSCA llegó a considerar que el asesinato probablemente había sido resultado de una conspiración. Sostuvo que Oswald había disparado tres veces, pero que existía una probabilidad de que un cuarto disparo hubiera sido efectuado desde el área del Grassy Knoll. Sin embargo, el comité no pudo identificar a un segundo tirador ni a quien hubiera organizado la conspiración. Éste es un punto fundamental: la HSCA modificó la conclusión oficial sobre la posibilidad de una conspiración, pero no proporcionó una respuesta completa sobre quién habría participado en ella.

Años después, ese análisis acústico sería sometido a una revisión científica independiente. En 1988, un panel de la National Academy of Sciences concluyó que los datos utilizados no demostraban que hubiera existido un cuarto disparo. La consecuencia fue importante: dado que la conclusión de conspiración de la HSCA había dependido en parte de esa evidencia, al quedar cuestionada la base acústica, la fuerza de esa conclusión también quedó debilitada. Esto no significa que toda la investigación de la HSCA perdiera valor; significa que una de sus principales bases científicas no pudo sostenerse tal como se había interpretado inicialmente.

Warren y HSCA: la paradoja

Llegamos así a una de las grandes paradojas del caso. La Comisión Warren dijo: no encontramos evidencia suficiente de una conspiración. La HSCA dijo: probablemente existió una conspiración. Pero la evidencia científica fundamental que llevó a la HSCA a esa conclusión fue posteriormente cuestionada. Por tanto, las dos investigaciones no pueden compararse de manera simplista, como si una hubiera estado sencillamente equivocada y la otra hubiera tenido razón. La realidad es mucho más compleja.

Warren investigó el asesinato en 1963-1964; la HSCA lo hizo en 1976-1979. Entre ambas investigaciones, Bahía de Cochinos ya era historia, la Crisis de los Misiles había pasado, Vietnam había dividido a Estados Unidos, Watergate había destruido buena parte de la confianza en el gobierno, el Congreso había descubierto operaciones clandestinas, y la CIA había sido sometida a investigaciones públicas sin precedentes. El ambiente político era completamente

distinto, y por eso las conclusiones de cada investigación deben analizarse dentro de sus respectivos contextos.

A pesar de sus diferencias, ambas compartieron algo importante: reconocieron que Lee Harvey Oswald desempeñaba un papel central en el asesinato. Ninguna consiguió identificar de manera concluyente a una organización responsable, ninguna produjo un documento que estableciera quién había ordenado matar a Kennedy, y ninguna pudo presentar ante el público a un segundo tirador identificado. La diferencia fundamental estuvo en la valoración de la posibilidad de una conspiración.

Las dos investigaciones deben estudiarse, entonces, en conjunto. Warren representa la primera gran reconstrucción oficial; la HSCA, una revisión posterior realizada en un contexto de mayor desconfianza institucional. La comparación entre ambas permite observar cómo una misma evidencia puede ser interpretada de manera diferente cuando cambian los métodos, la documentación disponible, la tecnología, el contexto político y las preguntas que los investigadores consideran relevantes.

La investigación debe continuar

Hasta este punto sabemos algo importante: tenemos una investigación oficial que atribuyó el asesinato a Oswald, una segunda investigación que consideró probable una conspiración, y una base científica de esta última conclusión que fue posteriormente cuestionada. Pero todavía nos quedan numerosas cuestiones técnicas por analizar: la trayectoria de las balas, la autopsia, las heridas, la evidencia médica, el rifle, los casquillos, la bala CE 399, la película de Zapruder desde una perspectiva forense, y la acústica. Precisamente por eso no debemos adelantarnos a ninguna conclusión.

Antes de decidir quién tiene razón, hay que estudiar la evidencia —no como símbolo, no como argumento político, no como herramienta para defender una teoría, sino en sí misma. ¿Qué dicen las radiografías? ¿Qué dicen los informes médicos? ¿Qué puede establecer la balística? ¿Qué puede establecer la película? ¿Qué puede establecer la acústica? ¿Qué contradicciones existen, cuáles objeciones han sido respondidas y cuáles permanecen abiertas? Ésos serán los interrogantes del siguiente capítulo. Porque antes de investigar a la CIA, a la Mafia, a Cuba o a la Unión Soviética, debemos hacer algo mucho más elemental: examinar los objetos, las heridas, los proyectiles y los registros que quedaron después de los disparos. La historia de Dallas comienza con una muerte. Pero una investigación comienza con la evidencia. Y ahora ha llegado el momento de examinarla.

CAPÍTULO IV

La escena del crimen: Dealey Plaza y la evidencia física

El asesinato de John F. Kennedy no ocurrió en un lugar aislado. Ocurrió en el corazón de Dallas, a plena luz del día, delante de miles de personas, mientras una caravana presidencial avanzaba lentamente por una de las zonas más reconocibles del centro de la ciudad. El escenario era abierto: había edificios, calles, ventanas, árboles, vallas, una vía férrea, un paso inferior, multitudes, fotógrafos, periodistas, policías, y decenas de personas que, sin saberlo, estaban registrando en fotografías y películas los segundos que cambiarían la historia de Estados Unidos. Precisamente por eso, Dealey Plaza constituye uno de los escenarios criminales más documentados de la historia contemporánea. Pero también uno de los más controvertidos. La razón es sencilla: la existencia de una gran cantidad de información no garantiza que su interpretación sea sencilla. Desde las primeras horas posteriores al asesinato surgieron preguntas sobre el lugar desde donde se disparó, el número de disparos, la posición de Kennedy, la trayectoria de los proyectiles y la posibilidad de que hubiera existido más de un tirador. Para comprender esas cuestiones debemos comenzar por el lugar mismo.

El Texas School Book Depository

Dealey Plaza se encuentra en el extremo occidental del centro de Dallas. La caravana llegó allí tras avanzar por el centro de la ciudad y giró desde Houston Street hacia Elm Street; en ese momento, el automóvil presidencial comenzó a descender suavemente por esa calle, con el Texas School Book Depository a la derecha de Kennedy y el resto de la plaza extendiéndose hacia su izquierda. Más adelante se encontraba el Triple Underpass. Esta disposición sería fundamental para todas las reconstrucciones posteriores: la Comisión Warren estableció que el automóvil avanzaba aproximadamente a 11 millas por hora —unos 18 kilómetros por hora— mientras descendía por Elm Street, y la película de Abraham Zapruder permitiría después reconstruir con extraordinaria precisión la posición del vehículo durante los segundos del ataque. Pero antes de analizar esa película —que merecerá un capítulo propio— conviene comprender la geometría básica de la plaza.

El edificio que domina la escena es el **Texas School Book Depository**, una construcción de varios pisos en la esquina de Houston Street y Elm Street que en noviembre de 1963 funcionaba como almacén y centro de distribución de libros escolares. Lee Harvey Oswald trabajaba allí: un hecho que inicialmente podía parecer una simple coincidencia laboral, pero que adquiriría una importancia extraordinaria. El edificio ofrecía varios puntos desde los que una persona podía observar la caravana, pero uno de ellos se convertiría en el centro de prácticamente todas las investigaciones: la ventana situada en el extremo sureste del sexto piso. La Comisión Warren concluyó que desde allí se efectuaron los disparos contra Kennedy y Connally, apoyándose en los casquillos encontrados en el sexto piso, el fusil Mannlicher-

Carcano localizado en el mismo lugar, los fragmentos y proyectiles relacionados con esa arma, los testimonios de personas que observaron el edificio, y la reconstrucción geométrica de las trayectorias. Pero conviene distinguir desde el principio entre dos afirmaciones diferentes: que desde aquella ventana se efectuaron disparos, y que Oswald fue necesariamente quien efectuó todos esos disparos. La primera cuestión pertenece a la escena física; la segunda requiere incorporar evidencia sobre Oswald mismo. Esa distinción será fundamental a lo largo de este libro.

El sexto piso y el «nido del tirador»

Después de los disparos, la policía registró el edificio y encontró en el sexto piso tres casquillos de cartucho de calibre 6,5 mm, asociados posteriormente con el fusil Mannlicher-Carcano hallado en el mismo piso. Esa evidencia balística sería examinada repetidamente durante las décadas siguientes, y para la Comisión Warren constituyó una de las bases fundamentales para situar los disparos en el edificio. También importaba el lugar exacto donde aparecieron los casquillos: no estaban distribuidos aleatoriamente por todo el piso, sino concentrados cerca de la ventana del extremo sureste, lo que permitía reconstruir una posible posición de disparo.

En las inmediaciones de esa ventana se encontraron además varias cajas colocadas de una manera que parecía crear un pequeño parapeto —la expresión «sniper's nest», o «nido del tirador», se incorporó rápidamente al vocabulario del caso. El término resulta visualmente poderoso, pero conviene manejarlo con cuidado: la presencia de cajas junto a una ventana no demuestra por sí sola quién las colocó ni con qué finalidad. La propia Comisión Warren investigó cómo habían llegado hasta allí, y estableció que algunos empleados las habían movido para despejar espacio con motivo de trabajos en el edificio. El significado real de su disposición, entonces, debía reconstruirse a partir de otros elementos.

La evidencia material del sexto piso no se limitaba al arma y a los casquillos: también se examinaron las cajas y otros objetos cercanos a la ventana, y el análisis posterior confirmó la presencia de huellas de Oswald en varios de ellos. La HSCA, al revisar la cuestión décadas después, identificó huellas de palma y digitales de Oswald en cajas próximas a la ventana y en una bolsa de papel encontrada cerca del lugar. Pero existe una precisión metodológica importante: Oswald trabajaba en el edificio, de modo que encontrar sus huellas en objetos del sexto piso no demuestra automáticamente que los hubiera manipulado durante los minutos inmediatamente anteriores al asesinato. La propia HSCA reconoció esa dificultad, señalando que su acceso habitual al sexto piso le daba oportunidades de haber tocado aquellos objetos con anterioridad. La evidencia tiene valor, pero ese valor depende del contexto.

Cerca de la ventana apareció también una bolsa de papel de dimensiones compatibles con el transporte de un fusil desmontado, que la Comisión Warren relacionó con el traslado del Mannlicher-Carcano hasta el edificio; la cuestión adquirió importancia porque Oswald había llevado consigo un paquete el día de su llegada al trabajo. El análisis completo de esa evidencia

pertenece, en realidad, a la investigación sobre la trayectoria de Oswald y la procedencia del arma, que retomaremos más adelante; aquí basta con registrar el elemento físico: una bolsa de papel encontrada cerca de la posición desde la que, según la investigación oficial, se realizaron los disparos.

El objeto más importante encontrado en el sexto piso fue, sin duda, un fusil italiano

Mannlicher-Carcano calibre 6,5 mm, con número de serie C2766. La Comisión Warren concluyó que era el arma utilizada contra Kennedy y Connally, apoyándose en los casquillos hallados en el mismo piso y en la comparación balística con los fragmentos y proyectiles recuperados. El fusil se convertiría en una de las piezas centrales de la investigación, pero también en fuente de controversia: su capacidad de fuego, el tiempo necesario para accionar el cerrojo entre disparos y las trayectorias posibles serían fundamentales para evaluar si la secuencia reconstruida por la Comisión resultaba físicamente posible. Esas cuestiones las examinaremos en el capítulo dedicado específicamente a la balística.

Los testigos de la plaza

Dealey Plaza estaba llena de testigos: algunos muy cerca de la caravana, otros observando desde edificios, otros en las inmediaciones del paso inferior. Algunos escucharon disparos; otros afirmaron haber visto personas con rifles; otros describieron movimientos en las ventanas; y otros señalaron hacia el llamado **grassy knoll**, el montículo ajardinado situado al noroeste de la plaza. El problema de estos testimonios es que todos fueron registrados en condiciones extraordinarias: un presidente acababa de ser alcanzado por disparos, la reacción fue inmediata, el ruido se propagó por la plaza, las personas corrieron, los agentes comenzaron a moverse, y muchos testigos no sabían exactamente qué estaban observando. La propia HSCA advirtió, décadas después, que los testimonios presenciales debían manejarse con cautela debido al tiempo transcurrido y a la naturaleza fugaz y emocional de los acontecimientos.

Uno de los testigos más conocidos fue **Howard L. Brennan**, que se encontraba en la plaza y afirmó haber visto a un hombre con un rifle en la ventana del sexto piso, identificando posteriormente a Oswald como esa persona. Su testimonio fue considerado por la Comisión Warren como uno de los elementos para situar a un hombre en aquella ventana, pero conviene analizarlo con cuidado: una cosa es observar una figura en una ventana, y otra muy distinta es identificar inequívocamente a una persona a distancia, durante apenas unos segundos y en circunstancias extraordinarias. La calidad del testimonio, el tiempo transcurrido y las condiciones de observación son elementos que deben pesar en la evaluación.

Otro testimonio adquirió especial importancia por razones opuestas. Arnold Rowland afirmó haber visto a un hombre con un rifle en otra zona del sexto piso, con una descripción que no coincidía con la figura que la Comisión terminó identificando con Oswald. La Comisión investigó la posibilidad de que hubiera existido otra persona en el edificio, pero tras estudiar las declaraciones de los empleados y las circunstancias del lugar, descartó ese testimonio como base

suficiente para establecer la presencia de un segundo hombre en la ventana. El episodio es importante por una razón metodológica: demuestra que la investigación oficial no ignoró completamente los testimonios que parecían contradecir su reconstrucción, sino que los examinó y decidió rechazarlos. La pregunta histórica, entonces, consiste en determinar si las razones para ese rechazo fueron suficientes.

El edificio, por lo demás, no estaba vacío: numerosos empleados se encontraban allí durante la mañana del 22 de noviembre, lo que obligó a la Comisión Warren a investigar si alguien había ayudado a Oswald o si podía existir un segundo tirador en su interior. Tras examinar a los trabajadores y sus movimientos en los distintos pisos, la Comisión concluyó que no encontró evidencia suficiente de un cómplice. Pero, nuevamente, conviene distinguir: ausencia de evidencia de un cómplice no equivale a una demostración absoluta de que nadie pudo haberlo ayudado. La solidez de esa conclusión depende, en última instancia, de la calidad de la investigación que la sustenta.

El grassy knoll y el Triple Underpass

En el lado opuesto de la plaza se encontraba la pequeña elevación ajardinada conocida como grassy knoll, un lugar que adquiriría una importancia extraordinaria en las teorías posteriores. Algunos testigos afirmaron haber escuchado disparos procedentes de esa zona; otros dijeron haber visto movimientos, y algunos corrieron hacia allí inmediatamente después del ataque. La ubicación tenía, además, una característica psicológica relevante: se encontraba delante y a la derecha del automóvil presidencial en el momento del disparo mortal, y la película de Zapruder mostraría después que la cabeza de Kennedy se desplaza hacia adelante y luego hacia atrás tras el impacto. Para muchos investigadores, ese movimiento parecía incompatible con un disparo procedente de detrás; pero su interpretación balística y biomecánica exige un análisis mucho más especializado, que no corresponde resolver todavía en este punto.

Otro punto relevante era el **Triple Underpass**, situado delante del automóvil presidencial. En las primeras horas posteriores al asesinato surgieron especulaciones sobre la posibilidad de que también desde allí se hubieran realizado disparos; la Comisión Warren estudió esas hipótesis y concluyó que no existía evidencia creíble de que los disparos hubieran procedido del paso inferior ni de ninguna ubicación distinta a la ventana del sexto piso. La cuestión volvería a aparecer en testimonios y teorías posteriores, pero una investigación rigurosa debe distinguir siempre entre una posibilidad espacial y una evidencia que efectivamente permita establecer que alguien disparó desde allí.

El número de disparos y la película de Zapruder

Uno de los primeros problemas surgidos en Dealey Plaza fue, en apariencia, sencillo: ¿cuántos disparos se produjeron? La respuesta no fue uniforme entre los testigos. La Comisión Warren señaló que el consenso general apuntaba a tres, aunque algunos hablaron de dos, otros de

cuatro, y unos pocos incluso de cinco o seis. La dificultad era comprensible: los disparos de un rifle producen ecos, y Dealey Plaza está rodeada de edificios y estructuras capaces de reflejar el sonido; además, los testigos no estaban preparados para contar disparos, sino presenciando un ataque. Por eso el número de testimonios no puede convertirse automáticamente en una medición acústica fiable, y precisamente por esa razón, décadas después, se intentó resolver la cuestión mediante análisis científicos de las grabaciones de radio policial —un episodio que trataremos por separado.

Dealey Plaza ofrecía, sin embargo, una característica extraordinaria para la época: había fotógrafos y cámaras filmando la caravana. Abraham Zapruder grababa desde una posición elevada, y otros fotógrafos registraron distintos momentos del recorrido, de modo que la investigación no dependía únicamente de la memoria humana. Existían imágenes tomadas antes de los disparos, durante el ataque y después de él, que permitían reconstruir la posición del automóvil, la de Kennedy, la reacción de los espectadores, la ubicación del edificio y ciertos movimientos de personas. Pero las fotografías también tienen límites: una imagen bidimensional no revela automáticamente la profundidad, una figura parcialmente oculta admite lecturas distintas, y una película puede mostrar un movimiento sin revelar su causa. Las imágenes constituyen evidencia. No una explicación automática.

La película de Zapruder se convertiría en la pieza visual más importante de toda la investigación. El propio informe Warren la utilizó para establecer la posición aproximada de la limusina durante el ataque, y el análisis del FBI determinó que la cámara registraba aproximadamente 18,3 fotogramas por segundo, lo que permitía calcular con precisión los intervalos temporales entre imágenes. Este dato resultó extraordinariamente importante, porque transformaba la película en una suerte de reloj visual: en lugar de preguntar simplemente en qué momento Kennedy recibió el disparo, era posible preguntar en qué fotograma exacto había ocurrido, y dónde se encontraba el automóvil en ese instante preciso. El método cambiaría por completo la naturaleza de la investigación.

Uno de los momentos más famosos de la película corresponde al impacto mortal en la cabeza: el fotograma 313, que se convertiría en uno de los elementos más discutidos de toda la historia del asesinato. En él, la cabeza de Kennedy parece desplazarse violentamente hacia atrás, y para los defensores de la teoría del tirador situado en el grassy knoll, ese movimiento constituye una de las principales razones para sospechar de un disparo frontal. Pero la dirección del movimiento corporal después de un impacto no permite, por sí sola, determinar la dirección de procedencia del proyectil: el problema exige considerar la trayectoria del disparo, la transferencia de energía, los movimientos musculares, la posición del cuerpo, la aceleración del vehículo y la secuencia exacta de los fotogramas. Por eso el fotograma 313 no debe utilizarse de forma aislada como prueba de un segundo tirador.

La geometría del disparo

La reconstrucción geométrica fue uno de los instrumentos principales empleados por la Comisión Warren, que combinó mapas, fotografías, planos, mediciones de la plaza, la posición del automóvil, la altura de la ventana, la distancia entre el vehículo y el edificio, y la trayectoria de los proyectiles. El objetivo era determinar si las heridas de Kennedy podían ser compatibles con un disparo efectuado desde la ventana del sexto piso, y la Comisión concluyó que sí: en uno de sus análisis estableció que, en el momento del impacto mortal, Kennedy se encontraba aproximadamente a 265 pies —unos 80,8 metros— del rifle, con un ángulo aproximado de declinación de 15 grados. Estos cálculos son importantes porque sustituyen la percepción por mediciones, pero tienen una condición ineludible: la geometría solo es válida si las posiciones iniciales y las trayectorias están correctamente establecidas.

La posición exacta de la limusina durante cada disparo se convirtió, por eso, en uno de los elementos esenciales de todo el análisis. La película de Zapruder permitió correlacionar la posición del automóvil con puntos reconocibles de la plaza, lo que a su vez permitió reconstruir distintos momentos del ataque; la HSCA utilizaría después la misma película para relacionar los tiempos de los posibles disparos con fotogramas específicos. Así comenzó a desarrollarse una investigación mucho más precisa, que ya no se limitaba a preguntar desde dónde se disparó, sino desde qué punto exacto, en qué instante y con qué ángulo era posible alcanzar al presidente.

Aquí aparece uno de los principios fundamentales de esta investigación: cuando un testimonio contradice una evidencia física sólida, es necesario analizar ambos elementos con el mismo rigor. No se puede aceptar automáticamente el testimonio, pero tampoco descartarlo simplemente porque contradiga una conclusión oficial. Si un testigo afirma haber escuchado un disparo desde el grassy knoll mientras los casquillos y las trayectorias apuntan hacia el sexto piso, la pregunta correcta no es «¿a quién creemos?», sino «¿qué evidencia independiente permite decidir entre ambas posibilidades?». Éste será uno de los criterios metodológicos que guiará los capítulos siguientes.

Dos investigaciones, una misma escena

La Comisión Warren llegó a una reconstrucción coherente del escenario: los disparos procedieron del sexto piso del Texas School Book Depository; el arma utilizada fue el Mannlicher-Carcano; se encontraron tres casquillos en el lugar; Oswald poseía el rifle y había tenido acceso al sexto piso; y los disparos contra Kennedy y Connally se realizaron desde esa posición. La Comisión consideró, además, que no existía evidencia creíble de disparos desde el Triple Underpass ni desde ninguna otra ubicación. Ésta es la estructura básica de la explicación oficial. Pero la historia no terminó con Warren.

Cuando la HSCA volvió a investigar el asesinato en los años setenta, no descartó la evidencia física principal relacionada con el sexto piso; al contrario, su resumen de conclusiones mantuvo que Lee Harvey Oswald disparó tres veces contra Kennedy, que dos de esos disparos lo alcanzaron, que los disparos que lo alcanzaron desde atrás procedieron del sexto piso del Texas

School Book Depository, y que Oswald poseía el rifle utilizado. Esta afirmación es especialmente importante porque demuestra que la HSCA no llegó, sin más, a la conclusión de que todo lo establecido por Warren era falso. La controversia apareció en otro punto muy concreto: si, además de esos disparos, pudo haber existido otro tirador.

La HSCA llegó a considerar probable una conspiración basándose principalmente en la evidencia acústica: según su reconstrucción, además de los disparos atribuidos al sexto piso, habría existido uno más, procedente del área del grassy knoll. Esa conclusión sería posteriormente cuestionada por un análisis de la Academia Nacional de Ciencias, y la historia de esa evidencia acústica merece un capítulo propio. Lo importante, para la reconstrucción de Dealey Plaza, es que la hipótesis del segundo tirador no surgió porque se hubiera encontrado un arma en el grassy knoll —allí nunca apareció un fusil relacionado de manera concluyente con el asesinato—, sino de la combinación de testimonios, interpretaciones de imágenes, análisis de heridas, trayectorias y, finalmente, evidencia acústica.

Una escena con dos lecturas

Dealey Plaza puede observarse, entonces, desde dos perspectivas. Desde la primera, es el escenario de un asesinato cometido desde una ventana del Texas School Book Depository, donde la evidencia material —rifle, casquillos, huellas, posición del edificio y reconstrucción geométrica— forma una cadena coherente. Desde la segunda, existen elementos que, según diversos investigadores, no quedaron satisfactoriamente explicados: testimonios sobre disparos desde otras zonas, la reacción de algunos espectadores, la interpretación de determinadas imágenes, las controversias sobre las heridas, y más tarde la evidencia acústica. La diferencia entre ambas perspectivas no puede resolverse mediante una impresión general; necesita un análisis pieza por pieza.

Al finalizar esta primera reconstrucción física podemos establecer varios elementos con un grado elevado de seguridad documental: el presidente fue atacado mientras la caravana avanzaba por Elm Street; el Texas School Book Depository se encontraba en una posición dominante respecto de la ruta; en el sexto piso se halló un rifle Mannlicher-Carcano junto con tres casquillos del mismo calibre; había cajas y una bolsa de papel cerca de la ventana sureste; se encontraron huellas de Oswald en objetos relacionados con esa zona; numerosos testigos observaron el edificio durante el ataque; y la película de Zapruder registró toda la secuencia desde una posición privilegiada. La Comisión Warren concluyó que los disparos procedieron del sexto piso; la HSCA mantuvo que Oswald disparó tres veces y que dos de esos disparos alcanzaron a Kennedy, aunque posteriormente consideró probable una conspiración a partir de la evidencia acústica. Hasta aquí estamos hablando de evidencia y de conclusiones institucionales. No todavía de una explicación definitiva del asesinato completo.

Quedan, en efecto, varias preguntas abiertas: ¿fue realmente la bala CE 399 la que atravesó las heridas que le atribuyó la Comisión Warren? ¿Es físicamente coherente la trayectoria propuesta para ese proyectil? ¿Las heridas de Kennedy fueron documentadas correctamente

durante la autopsia? ¿Qué muestran exactamente las fotografías y las radiografías? ¿El movimiento observado en la película de Zapruder permite establecer la dirección del disparo? ¿Cuántos disparos fueron realizados realmente, y demuestra la evidencia acústica un cuarto? ¿Existió, finalmente, un tirador en el grassy knoll? Estas preguntas no deben mezclarse entre sí: cada una posee su propia evidencia, requiere su propia metodología, y puede producir una respuesta distinta.

De aquí en adelante regirá una regla fundamental: no utilizar una anomalía de una disciplina para demostrar una conclusión perteneciente a otra. Una discrepancia médica no demuestra automáticamente un segundo tirador. Una trayectoria balística no demuestra una conspiración política. Un testimonio no demuestra una orden de asesinato. Un documento de inteligencia no demuestra quién disparó. Y una teoría conspirativa no puede convertirse en hecho simplemente porque existan documentos secretos relacionados con el caso. Cada pieza debe permanecer dentro de su ámbito hasta que pueda relacionarse con las demás mediante evidencia independiente.

Dealey Plaza sigue existiendo. El edificio sigue allí; Elm Street sigue descendiendo hacia el Triple Underpass; la ventana del sexto piso continúa siendo visible; el grassy knoll permanece al otro lado de la plaza. La topografía puede medirse, las distancias pueden comprobarse, las fotografías pueden compararse, las películas pueden estudiarse fotograma a fotograma, y los documentos pueden confrontarse entre sí. Precisamente por eso el caso Kennedy ofrece una oportunidad excepcional para la investigación histórica: el escenario no desapareció. Podemos regresar a él, medirlo, reconstruirlo, y comparar las distintas hipótesis con el espacio real en el que ocurrieron los acontecimientos.

Pero la escena física es solamente el comienzo. Porque entre todos los objetos encontrados después del asesinato existe uno que adquirió una importancia extraordinaria: una bala, la denominada **Commission Exhibit 399**, que según la Comisión Warren atravesó primero a Kennedy y después al gobernador Connally antes de caer prácticamente intacta sobre una camilla del Parkland Memorial Hospital. Para los defensores de la explicación oficial, esa bala constituye una pieza esencial para demostrar que un solo tirador pudo haber producido las heridas de ambos hombres. Para sus críticos, representa uno de los puntos más difíciles de aceptar de toda la reconstrucción. La controversia no es menor: si la CE 399 realizó realmente el recorrido que le atribuyó la Comisión Warren, una parte importante de la secuencia de disparos queda explicada; si ese recorrido resulta físicamente imposible, o si la evidencia no permite identificarla con seguridad como el proyectil que produjo todas esas heridas, la reconstrucción entera necesita ser reconsiderada. Por eso no la trataremos como una simple subsección de este capítulo. La examinaremos por separado.

CAPÍTULO V

La bala CE 399: la teoría de la «bala única»

Una bala. Dos hombres. Siete heridas. Y una de las mayores controversias forenses de la historia estadounidense.

Entre todos los objetos relacionados con el asesinato de John F. Kennedy existe uno que adquirió una importancia casi simbólica. No es el fusil, ni una fotografía, ni una película. Es una bala. La **Commission Exhibit 399**, conocida simplemente como **CE 399**, fue encontrada en el Parkland Memorial Hospital después del traslado del gobernador John Connally. Según la reconstrucción de la Comisión Warren, aquella bala había atravesado primero el cuerpo de Kennedy y después el de Connally, produciendo una cadena extraordinaria de lesiones antes de detenerse finalmente en el muslo del gobernador. Fue recuperada prácticamente completa, y ahí comenzó una controversia que continúa hasta hoy. Para sus defensores, constituye una pieza fundamental de la evidencia física; para sus críticos, su estado de conservación parece incompatible con el recorrido que se le atribuye. Pero la cuestión no puede resolverse mirando simplemente una fotografía de la bala. Hay que reconstruir su trayectoria.

El objeto y su hallazgo

CE 399 era un proyectil de calibre 6,5 mm, del tipo de munición utilizado por el Mannlicher-Carcano encontrado en el Texas School Book Depository. Pesaba aproximadamente 158,6 grains después de ser recuperada, frente a unos 160-161 grains para un proyectil nuevo del mismo tipo: una diferencia relativamente pequeña que llamó la atención de inmediato, porque el proyectil no presentaba la deformación que muchas personas esperarían de una bala que hubiera atravesado dos cuerpos y golpeado un hueso. Pero una bala militar completamente encamisada no se comporta necesariamente como una de caza de punta blanda, y la naturaleza exacta del proyectil resultaría fundamental para entender su comportamiento.

Fue encontrada en el Parkland Memorial Hospital, adonde Connally había sido trasladado tras el ataque: en medio de la actividad de emergencia, el proyectil apareció sobre una camilla relacionada con su traslado. La procedencia de una evidencia hallada en una escena hospitalaria sometida a semejante actividad resulta naturalmente delicada —no se trata de una bala recuperada directamente del cuerpo, ni de una bala encontrada en el automóvil, sino de un objeto localizado en el hospital— y eso hizo que muy pronto surgieran preguntas sobre su cadena de custodia y sobre la posibilidad de que hubiera sido colocada allí. La investigación oficial descartó esa posibilidad, pero el hecho de que apareciera en una camilla y no directamente en el cuerpo de Connally se convertiría en uno de los argumentos preferidos de los críticos.

Toda evidencia física tiene que responder una pregunta básica: ¿podemos demostrar de dónde procede? En un proceso judicial, la cadena de custodia es un elemento esencial, y en el

caso Kennedy la extraordinaria rapidez de los acontecimientos complicó la documentación de varios objetos: los hospitales atendían a Kennedy y Connally, los médicos trabajaban bajo presión extrema, la policía intentaba preservar pruebas, agentes federales comenzaban a intervenir, y todo eso sucedía mientras el mundo observaba el asesinato de un presidente. La bala hallada en Parkland fue entregada posteriormente a las autoridades y examinada; la Comisión Warren aceptó que se trataba del proyectil relacionado con las heridas de Connally, mientras que sus críticos cuestionaron la seguridad de esa identificación. Conviene, sin embargo, establecer una diferencia importante: cuestionar una cadena de custodia no equivale a demostrar que una prueba fue plantada. La segunda afirmación necesita evidencia propia.

Las heridas y el recorrido propuesto

Para comprender CE 399 hay que comenzar por el primer cuerpo que habría atravesado. La Comisión Warren concluyó que una bala entró en la espalda de Kennedy, cerca de la base del cuello, y salió por la parte anterior de éste; esa herida no habría sido necesariamente mortal, y el proyectil habría continuado su trayectoria después de abandonar el cuerpo del presidente. Ese detalle resulta esencial, porque la teoría de la bala única no afirma simplemente que CE 399 atravesó a Connally: afirma algo mucho más específico —que el mismo proyectil que atravesó a Kennedy continuó en una trayectoria capaz de alcanzar al gobernador.

John Connally viajaba sentado delante de Kennedy, en el asiento auxiliar situado frente a él y ligeramente hacia la izquierda, con su esposa Nellie a su lado. La posición de ambos hombres en la limusina resultaba crucial: si hubieran estado perfectamente alineados, una bala que atravesara al presidente podría continuar directamente hacia el gobernador, pero no lo estaban. La cuestión era, entonces, geométrica —¿podía una bala salir del cuerpo de Kennedy y entrar en el de Connally siguiendo una trayectoria coherente?—, y tanto la Comisión Warren como la reconstrucción posterior de la HSCA respondieron afirmativamente.

Connally sufrió múltiples heridas: el proyectil que penetró por la espalda atravesó su tórax, salió por la parte anterior del pecho, alcanzó después su muñeca derecha y finalmente penetró en el muslo izquierdo. La reconstrucción de la Comisión Warren atribuía todas esas heridas a un único proyectil —Kennedy, luego Connally, luego la muñeca, luego el muslo—, y ésta es la esencia misma de la teoría, tan controvertida precisamente por su ambición explicativa. El recorrido propuesto puede resumirse así: entrada en la espalda de Kennedy, salida por el cuello, entrada en la espalda de Connally, salida por el pecho, impacto en la muñeca derecha, entrada en el muslo izquierdo, detención del proyectil y recuperación en Parkland. Si esta secuencia es correcta, un solo proyectil explica un número extraordinario de lesiones; si no lo es, hay que buscar otros proyectiles, y esa diferencia repercute directamente sobre la cantidad total de disparos necesarios para explicar el asesinato.

Por qué era necesaria la teoría

La teoría de la bala única no nació simplemente porque la Comisión quisiera explicar una bala: surgió de un problema temporal. La Comisión consideró que los disparos habían sido efectuados con el Mannlicher-Carcano, y las pruebas realizadas con el rifle indicaban que existía un intervalo mínimo entre disparos —aproximadamente entre 2,25 y 2,3 segundos—. Por otra parte, la secuencia de la película de Zapruder parecía mostrar que Kennedy y Connally reaccionaban a sus heridas en un intervalo demasiado corto para que dos disparos separados hubieran producido ambas reacciones. La consecuencia lógica era clara: si los dos hombres fueron alcanzados dentro de ese intervalo, ambos impactos no podían proceder de dos disparos consecutivos del mismo rifle. Por tanto, uno de los disparos debía haber alcanzado a ambos. Ése fue el fundamento temporal de la teoría.

La película de Zapruder desempeñó, en este punto, un papel fundamental. La Comisión utilizó sus fotogramas para reconstruir la posición de Kennedy y Connally durante el recorrido, aunque una parte de la secuencia quedaba oculta por una señal de tráfico que bloqueaba parcialmente la visión de la cámara: Kennedy desaparece momentáneamente detrás de ella, y Connally queda también parcialmente oculto. Cuando ambos vuelven a aparecer, presentan reacciones que pueden interpretarse como consecuencia de impactos, y la reconstrucción temporal dependía, en gran medida, de lo que podía observarse antes y después de esa obstrucción —un problema que la HSCA volvería a estudiar décadas más tarde.

Uno de los puntos fundamentales es determinar exactamente cuándo fue alcanzado cada hombre: Kennedy presenta signos de reacción antes de desaparecer detrás de la señal, mientras que Connally no muestra una reacción claramente identificable hasta después. Esto permitió plantear dos posibilidades: que ambos fueran alcanzados por el mismo proyectil, o que lo fueran por proyectiles diferentes cuyos impactos ocurrieron en momentos tan próximos que la película no permite diferenciarlos con precisión absoluta. La Comisión Warren eligió la primera explicación, apoyada centralmente en esa evidencia temporal.

La geometría de la limusina

La otra gran pieza del rompecabezas era la geometría. Los investigadores reconstruyeron la posición relativa de Kennedy, Connally, la ventana del sexto piso y la limusina misma, y la Comisión concluyó que esas posiciones eran compatibles con una trayectoria capaz de atravesar a ambos hombres; la HSCA, con sus propios estudios fotográficos y geométricos, llegó a una conclusión similar. Esto es importante: la teoría de la bala única no depende únicamente de la posición de las heridas, sino también de la posición exacta de los cuerpos dentro del vehículo.

Durante años se presentó la teoría como si Kennedy y Connally hubieran estado sentados uno directamente detrás del otro, pero no era así: Connally estaba sentado más abajo, su cuerpo estaba girado, y su postura durante el recorrido tampoco fue completamente estática. Este hecho alimentó numerosas críticas —si una línea recta atraviesa el cuerpo de Kennedy, ¿cómo puede alcanzar exactamente la espalda de Connally?—, y la respuesta depende de reconstruir

tridimensionalmente la posición del vehículo y de sus pasajeros. La Comisión Warren sostuvo que esa alineación era posible; los críticos sostuvieron que la reconstrucción utilizada resultaba demasiado ajustada, o dependiente de posiciones corporales muy específicas. La cuestión, entonces, no es simplemente si estaban alineados, sino qué posiciones exactas ocupaban en el instante preciso del disparo.

Connally declaró que, antes de ser alcanzado, estaba girando hacia la derecha para mirar hacia atrás, un movimiento que podía modificar significativamente la orientación de su torso. El propio gobernador reconstruyó después su postura ante la Comisión, explicando que había intentado comprender cómo un solo proyectil podía producir las diferentes heridas que sufrió; su conclusión personal fue que probablemente había sido alcanzado por una única bala. Este testimonio resulta interesante: no demuestra la teoría, pero tampoco la contradice. Es evidencia testimonial que debe incorporarse a la reconstrucción como una pieza más.

Los médicos que atendieron a Connally en Parkland también desempeñaron un papel importante. La Comisión Warren recogió el testimonio de los especialistas que trataron sus heridas, y según ella, consideraron compatible que una única bala hubiera atravesado el tórax, alcanzado la muñeca y producido la herida del muslo. La importancia de este testimonio debe entenderse correctamente: los médicos podían describir las heridas que observaron, pero no necesariamente habían presenciado el recorrido del proyectil. La reconstrucción completa requería combinar medicina, balística, fotografía, geometría y evidencia física.

La muñeca, el «yaw» y la velocidad

La muñeca derecha de Connally constituye uno de los puntos más importantes de toda la discusión. El proyectil fracturó un hueso, se recuperaron pequeños fragmentos metálicos, y sin embargo CE 399 apareció con una deformación relativamente limitada. Surge entonces una pregunta natural: ¿cómo puede una bala atravesar una muñeca y conservarse prácticamente completa? La respuesta de los especialistas de la Comisión fue que el proyectil ya había perdido una cantidad importante de velocidad después de atravesar el cuerpo de Kennedy y el tórax de Connally; además, al tratarse de una bala completamente encamisada, podía comportarse de manera muy distinta a un proyectil diseñado para expandirse. Los experimentos balísticos realizados para la Comisión intentaron reproducir esas condiciones: se efectuaron disparos con proyectiles del mismo tipo sobre materiales destinados a simular las características de las heridas, estudiando la penetración, la velocidad, la deformación, el comportamiento del proyectil y los daños producidos sobre estructuras óseas. Uno de los resultados relevantes fue que un proyectil que atravesara directamente una estructura ósea a alta velocidad podía sufrir una deformación considerablemente mayor que la observada en CE 399; pero los expertos consideraron posible que un proyectil que ya hubiera perdido velocidad y comenzado a desviarse o a girar sobre su eje pudiera producir una lesión compatible con la de la muñeca de Connally.

Aquí aparece un término técnico importante: **yaw**. Un proyectil que avanza perfectamente alineado con su eje longitudinal presenta una determinada superficie de contacto, pero si

comienza a girar o a desviarse respecto de ese eje, puede presentar una superficie de impacto mayor. La Comisión Warren utilizó esta explicación para interpretar las características de la herida de Connally: según los experimentos, el proyectil podría haber comenzado a perder estabilidad después de atravesar a Kennedy, y haber alcanzado después a Connally en una condición distinta a la de un proyectil nuevo. Esta hipótesis permitiría explicar por qué CE 399 no presentaba una deformación tan grande como algunos críticos esperaban.

La velocidad, en definitiva, resulta fundamental. Un proyectil disparado desde un rifle tiene una energía considerable, pero esa energía disminuye a medida que atraviesa tejidos. La Comisión estimó que el proyectil habría perdido velocidad al atravesar primero a Kennedy y después el tórax de Connally, lo cual explicaría que la lesión de la muñeca pudiera producirse con un proyectil ya parcialmente desacelerado. Los experimentos realizados en Edgewood Arsenal intentaron establecer si las heridas podían reproducirse bajo condiciones similares, y el resultado de la Comisión fue afirmativo.

El peso, la «bala mágica» y los fragmentos

Uno de los argumentos utilizados contra la teoría fue precisamente el peso: si la bala había atravesado tantos tejidos y huesos, ¿por qué había perdido tan poco? La Comisión respondió que la pérdida de masa era compatible con la pequeña cantidad de metal desprendido —el proyectil recuperado pesaba 158,6 grains, frente a los 160-161 grains de uno nuevo, una diferencia de apenas unos pocos grains—. Para los críticos, esa conservación resultaba extraordinaria; para los expertos consultados por la Comisión, no era incompatible con una bala militar completamente encamisada.

Con el paso de los años, CE 399 adquirió un apodo entre sus críticos: «la bala mágica». La imagen de una bala aparentemente casi intacta después de atravesar dos cuerpos y producir múltiples heridas resultaba intuitivamente difícil de aceptar. Pero la palabra «prístina» puede inducir a error: CE 399 no estaba completamente intacta, presentaba deformaciones, y la parte posterior del proyectil mostraba características que fueron examinadas detalladamente por los expertos. La cuestión correcta no es si estaba intacta, sino si su grado de deformación resulta compatible con el recorrido que se le atribuye.

Durante el asesinato se recuperaron también fragmentos metálicos del automóvil y de los cuerpos, y la investigación intentó determinar qué fragmentos procedían de qué proyectiles. La Comisión Warren consideró que la mayor parte de las heridas podían explicarse mediante dos proyectiles principales —uno correspondiente a la bala que habría atravesado a Kennedy y Connally, y otro al disparo mortal en la cabeza—, más un tercer disparo que habría fallado a los ocupantes y producido un impacto en la calzada. Esta reconstrucción permitía explicar toda la evidencia con solo tres disparos.

La HSCA volvió a estudiar la composición de esos fragmentos utilizando el **análisis de activación neutrónica**, una técnica que permitía comparar la composición elemental de los

fragmentos recuperados con la de CE 399. Según el análisis presentado por el comité, existía una alta probabilidad de que CE 399 y los fragmentos extraídos de la muñeca de Connally procedieran del mismo proyectil, lo cual constituyó uno de los principales argumentos a favor de la teoría de la bala única. Pero el análisis de fragmentos no puede reconstruir por sí solo toda la trayectoria: puede establecer relaciones materiales, no determinar automáticamente qué cuerpo atravesó primero el proyectil.

Lo que dijo la HSCA, y lo que no dijo Warren de manera unánime

La HSCA no rechazó la teoría de la bala única. Su panel de patología consideró que las heridas de Kennedy y Connally eran compatibles con un proyectil que atravesara primero al presidente y después al gobernador, y el análisis de fragmentos apoyaba la posibilidad de que CE 399 hubiera producido las lesiones de la muñeca. El comité concluyó que la conservación relativamente buena del proyectil no era incompatible con el tipo de munición utilizado. Pero la HSCA llegó posteriormente a una conclusión distinta de la de Warren respecto de la existencia de una conspiración, y esta diferencia es importante: aceptar la teoría de la bala única no obliga necesariamente a aceptar toda la reconstrucción de Warren.

Incluso dentro de la propia Comisión existieron dudas. El senador Richard Russell, uno de sus miembros, no aceptó la teoría de que una única bala hubiera alcanzado a ambos hombres, tal como confirman los documentos conservados por los Archivos Nacionales. Este dato es importante porque demuestra que la teoría no fue aceptada de manera absolutamente uniforme ni siquiera entre los propios comisionados: existió debate interno, y no debemos presentar la conclusión de Warren como si hubiera sido una verdad incontrovertida desde el primer momento.

El problema de la secuencia

La teoría de la bala única resuelve un problema, pero crea otro: si CE 399 fue el proyectil que atravesó a Kennedy y Connally, hay que determinar exactamente cuándo ocurrió ese disparo. La respuesta tiene consecuencias directas, porque si ocurrió cuando ambos hombres estaban alineados, puede explicarse mediante una trayectoria relativamente sencilla; si ocurrió en otro momento, la geometría cambia por completo. Por eso la teoría está estrechamente ligada a la película de Zapruder, y no puede analizarse de forma aislada.

La Comisión Warren estimó que los tres disparos se produjeron dentro de un intervalo de entre 4,8 y algo más de 7 segundos. Esto es importante porque el rifle necesitaba tiempo para ser accionado entre disparos, y si existían tres, la secuencia debía ser compatible con la capacidad mecánica del Mannlicher-Carcano. La bala única permitía resolver el problema, porque dos impactos sobre los cuerpos podían proceder de un mismo disparo; sin esa posibilidad, el intervalo temporal se volvía mucho más difícil de explicar con un solo rifle.

¿Es «mágica»?

La expresión es atractiva, pero científicamente poco útil. CE 399 no necesita ser «mágica» para constituir evidencia: necesita ser examinada. ¿Qué masa tenía? ¿Qué deformación presenta? ¿Qué marcas conserva? ¿Qué tipo de munición es? ¿Qué experimentos se realizaron? ¿Las heridas son compatibles? ¿La geometría es posible? ¿La cadena de custodia es suficiente? ¿Los análisis químicos apoyan su relación con los fragmentos? Ésos son los interrogantes adecuados.

Los principales argumentos en contra de la teoría pueden agruparse en varias categorías: la conservación del proyectil —¿cómo pudo permanecer relativamente intacto después de atravesar tantos tejidos?—; la trayectoria —¿la posición de Kennedy y Connally permitía realmente una trayectoria común?—; las heridas —¿la descripción médica original coincide con la trayectoria propuesta?—; la cronología —¿los movimientos de ambos hombres en la película de Zapruder permiten situar los dos impactos en el mismo instante?—; la evidencia material —¿los fragmentos recuperados pueden relacionarse inequívocamente con CE 399?—; y la cadena de custodia —¿puede demostrarse de manera suficiente cómo llegó el proyectil a manos de los investigadores? Cada uno de estos argumentos necesita examinarse individualmente; no basta con reunirlos todos y concluir, sin más, que «la bala es imposible».

Del otro lado existe también una cadena de evidencia a favor: el tipo de proyectil, una bala militar completamente encamisada; su peso, que había perdido relativamente poca masa; los experimentos, que mostraron que un proyectil de ese tipo podía producir daños compatibles con las heridas descritas; la geometría, que permitía una trayectoria común entre Kennedy y Connally; la cronología, con un intervalo entre las reacciones de ambos demasiado corto para dos disparos consecutivos del mismo rifle; y la evidencia química, con los resultados de la HSCA que apoyaban una relación entre CE 399 y los fragmentos de la muñeca de Connally. La teoría, por tanto, no depende de una única evidencia, sino de una combinación de varias.

Una distinción fundamental

Aquí conviene introducir una distinción que será fundamental durante toda la investigación: que «la bala única sea físicamente posible» no equivale a que «esté demostrada más allá de toda duda». La primera afirmación puede apoyarse en experimentos y reconstrucciones; la segunda requiere que todas las piezas independientes converjan de manera suficiente. Del mismo modo, que «la teoría presente dificultades» no equivale a que «sea imposible». Una investigación rigurosa debe mantenerse siempre entre ambos extremos.

Con la documentación oficial disponible, podemos afirmar lo siguiente: la Comisión Warren consideró que CE 399 había atravesado a Kennedy y Connally, y realizó experimentos balísticos para comprobar esa posibilidad; los médicos de Connally consideraron posible que un solo proyectil hubiera producido sus heridas; la HSCA volvió a estudiar la cuestión, y su panel médico consideró compatible la trayectoria, mientras que su análisis de fragmentos proporcionó apoyo adicional a la identificación de CE 399 con las lesiones de Connally. Pero también sabemos que existieron desacuerdos: Richard Russell rechazó la teoría desde dentro de la propia

Comisión, y numerosos investigadores posteriores cuestionaron la interpretación oficial. La teoría pertenece, entonces, al núcleo de la evidencia del caso, pero no puede presentarse como una cuestión históricamente incontestable.

Lo que CE 399 no puede demostrar

Incluso aceptando la teoría de la bala única, CE 399 no demuestra por sí sola que Oswald actuara solo. Esto es fundamental: la bala puede establecer una trayectoria, puede relacionar heridas, puede ayudar a determinar el número mínimo de proyectiles necesarios. Pero no puede responder quién ordenó el asesinato, ni si existió una conspiración. La evidencia física y la evidencia de inteligencia pertenecen a niveles distintos, y no debemos mezclarlos.

La verdadera importancia de esta bala no reside únicamente en su aspecto, sino en lo que permite hacer con ella. Si CE 399 produjo las heridas de Kennedy y Connally, entonces dos impactos aparentemente separados pueden reducirse a un único disparo, lo cual simplifica enormemente la reconstrucción: permite que tres disparos procedentes de un único rifle expliquen las principales heridas de los ocupantes, y proporciona así una base física para la conclusión de que Oswald podía haber efectuado el ataque sin necesidad de un segundo tirador. Por eso CE 399 ocupa un lugar tan importante. No es simplemente una bala. Es una pieza estructural de toda la explicación oficial.

Pero una bala no habla sola. Necesitamos saber quién la disparó, desde dónde, cuándo, qué atravesó, dónde terminó, quién la recuperó, cómo fue trasladada, cómo fue examinada, y cómo se relacionó con las heridas. Cada una de esas preguntas añade una capa, y si una sola de ellas presenta una contradicción grave, la reconstrucción completa debe revisarse. Por eso el estudio de CE 399 no puede terminar con la afirmación de que «la bala podía hacerlo». La verdadera pregunta es si toda la evidencia disponible indica que efectivamente lo hizo.

Conclusión provisional

La teoría de la bala única no es una fantasía inventada para salvar una conclusión previamente establecida. Tiene una base documental y experimental real: la Comisión Warren la construyó a partir de la combinación de la cronología, la película de Zapruder, la posición de los pasajeros, las heridas, la evidencia balística y los experimentos realizados con proyectiles del mismo tipo. Décadas después, la HSCA volvió a examinar esos elementos y encontró apoyo adicional para la posibilidad de una trayectoria única. Pero tampoco puede afirmarse que el asunto esté exento de controversia: la apariencia del proyectil, la interpretación de determinadas heridas, la reconstrucción exacta de las posiciones, la cadena de custodia, y los desacuerdos existentes desde la propia Comisión Warren mantienen abierta la discusión histórica.

La conclusión más rigurosa, por ahora, es ésta: CE 399 puede ser compatible con la trayectoria que le atribuyeron la Comisión Warren y la HSCA. La cuestión de si esa trayectoria fue efectivamente la que ocurrió debe examinarse junto con la evidencia médica, fotográfica y

temporal. Y ahí encontramos el siguiente gran problema, porque para saber qué hizo realmente la bala necesitamos saber con precisión qué heridas recibió John F. Kennedy. Y para saberlo hay que entrar en uno de los episodios más controvertidos de toda la investigación: la autopsia. No solamente porque existen dudas sobre la interpretación de las heridas, sino porque la propia historia de la autopsia está marcada por testimonios contradictorios, diferencias entre los médicos de Dallas y de Bethesda, fotografías, radiografías, documentación incompleta, cambios en las descripciones de las heridas, y posteriores reconstrucciones forenses.

La autopsia de John F. Kennedy: heridas, fotografías y controversias

La muerte de John F. Kennedy no terminó en el Parkland Memorial Hospital. Allí terminó el intento de salvarle la vida. Pero la investigación médica apenas comenzaba. El cuerpo del presidente fue trasladado desde Dallas hasta Washington y, esa misma noche, sometido a una autopsia en el National Naval Medical Center de Bethesda. Lo que ocurrió durante aquellas horas tendría consecuencias extraordinarias, porque la autopsia debía responder una pregunta aparentemente sencilla: ¿qué hicieron exactamente las balas al atravesar el cuerpo del presidente? De esa respuesta dependían otras: desde dónde habían sido disparadas, en qué dirección, cuántas balas habían alcanzado a Kennedy, si alguna había atravesado también a Connally y, finalmente, si la reconstrucción de Dealey Plaza podía sostenerse. La dificultad fue que la autopsia no quedó registrada de una única manera: existieron observaciones realizadas en Parkland, el examen de Bethesda, radiografías, fotografías, un informe escrito, testimonios posteriores de los médicos, y también documentos que no sobrevivieron. La historia de la autopsia se convirtió así en una investigación dentro de la investigación.

El traslado a Bethesda y la causa de la muerte

Después del asesinato, el cuerpo de Kennedy fue trasladado a Washington. Jacqueline Kennedy decidió que la autopsia se realizara en Bethesda, debido al vínculo de su esposo con la Marina; el cuerpo llegó aproximadamente a las 7:35 de la tarde, y la autopsia comenzó alrededor de las 8:00 p. m. del mismo 22 de noviembre. Los médicos responsables fueron los comandantes James J. Humes y J. Thornton Boswell, junto con el teniente coronel Pierre Finck, especialista en patología de heridas de guerra. Era una tarea extraordinariamente difícil: no se trataba de una autopsia ordinaria, el paciente había sido presidente de Estados Unidos, había sido asesinado pocas horas antes, el cuerpo había sufrido graves lesiones craneales, y los médicos que lo examinaban no habían estado presentes en Dallas. Dependían, en buena medida, de la información que llegaba desde Parkland.

El informe de autopsia estableció como causa de muerte una herida por arma de fuego en la cabeza. La lesión craneal era obviamente devastadora, pero el examen reveló también otra herida de bala: una pequeña lesión situada en la parte posterior del cuello, cerca de su base y ligeramente a la derecha de la columna vertebral. La existencia de esta segunda herida sería fundamental, porque si la bala había entrado por la espalda y salido por delante, entonces existía una trayectoria corporal que podía relacionarse con el gobernador Connally. La autopsia se convirtió así en una pieza esencial para la teoría de la bala única.

El problema de las heridas de Parkland

Cuando los médicos de Bethesda comenzaron su trabajo, existía un problema: no conocían todavía toda la información disponible en Dallas. Allí, los médicos habían observado una gran herida en la cabeza y una lesión en la parte anterior del cuello, pero la herida de entrada situada en la espalda no había sido documentada de la misma manera durante la emergencia. Además, el procedimiento de traqueotomía había ampliado considerablemente la lesión de la parte anterior del cuello, lo que significaba que parte de la evidencia original había quedado alterada por el propio tratamiento médico. La situación era, en cierto modo, inevitable: los médicos de Parkland tenían que salvar al presidente, no preservar una escena forense.

Durante la autopsia se identificó una pequeña herida en la parte posterior del cuello, de aproximadamente 7 por 4 milímetros, con bordes limpios y bien definidos, que los médicos interpretaron como una herida de entrada. Su localización era aproximadamente 14 centímetros desde el extremo de la articulación del hombro derecho, y una distancia similar por debajo de la apófisis mastoides derecha. Lo que llamó la atención de los patólogos fue su aspecto: no era una herida desgarrada, sino pequeña, limpia, y compatible, según los médicos, con una entrada producida por un proyectil a distancia.

Los patólogos reconstruyeron el recorrido del proyectil: según su conclusión, la bala había entrado por la parte posterior del cuello, pasado entre dos grandes músculos, producido una contusión en la parte superior de la cavidad pleural sin penetrarla, afectado la parte superior del pulmón derecho, y desgarrado la tráquea. No había golpeado ningún hueso —un dato particularmente importante, porque una bala que no encuentra hueso puede conservar una parte considerable de su estructura, lo cual tendría relevancia cuando se comparara esta trayectoria con la de CE 399.

La dificultad estaba en el extremo anterior: la herida de salida del cuello había quedado alterada por la traqueotomía realizada en Parkland, de modo que los médicos de Bethesda no podían examinar directamente una herida intacta de salida. Tuvieron que reconstruirla a partir de la información obtenida en Dallas, la trayectoria interna, la anatomía y la localización de la incisión quirúrgica. Posteriormente, el doctor Humes habló por teléfono con el doctor Malcolm Perry, de Parkland, quien confirmó que había realizado la traqueotomía utilizando la propia herida producida por el proyectil en el cuello. Esta comunicación resultó fundamental para la reconstrucción posterior.

Antes de obtener toda esa información, los médicos de Bethesda contemplaron otra posibilidad: que la bala hubiera entrado en el cuello y se hubiera detenido allí, e incluso consideraron si podía haber salido posteriormente como consecuencia de las maniobras de reanimación. La presencia de una bala completa encontrada en Parkland —que inicialmente se creyó relacionada con la camilla del presidente— contribuyó a generar esa hipótesis. Pero la exploración anatómica no encontró un canal que terminara dentro de los músculos del cuello; los médicos concluyeron que el proyectil había pasado entre ellos, y la información proporcionada por Perry sobre la traqueotomía reforzó esa conclusión.

La ropa de Kennedy proporcionó otra fuente de información: la camisa y la chaqueta presentaban agujeros cuya posición permitía compararlos con la herida de entrada del cuello, y la Comisión Warren utilizó posteriormente las prendas como evidencia adicional de la trayectoria. La ventaja de la ropa era que constituía una evidencia física independiente de las observaciones médicas: una herida podía discutirse, una fotografía podía interpretarse de diferentes maneras, pero una perforación en una prenda podía medirse. La combinación de ambas evidencias permitía reconstruir una línea de fuego.

La cabeza: el orificio occipital y el gran defecto craneal

La segunda gran zona de lesiones era el cráneo. La autopsia identificó dos heridas principales: una pequeña herida en la parte posterior de la cabeza, de aproximadamente 6 por 15 milímetros, y una enorme pérdida de tejido en la región derecha del cráneo, con una abertura de aproximadamente 13 centímetros en su mayor dimensión —aunque la medición resultaba difícil debido a las múltiples fracturas radiadas desde el defecto—. Los médicos interpretaron la primera como entrada, y la segunda como salida.

La pequeña herida posterior se encontraba aproximadamente 2,5 centímetros a la derecha y ligeramente por encima de la protuberancia occipital externa; su tamaño era compatible, según los patólogos, con un proyectil de 6,5 milímetros que hubiera impactado el cráneo en un ángulo determinado. Pierre Finck observó allí el fenómeno conocido como **biselado interno**: el proyectil produce una abertura relativamente pequeña en el punto de entrada, y un ensanchamiento de la superficie interna del hueso. Para Finck, esa característica indicaba que la bala había entrado desde atrás; Humes llegó a la misma conclusión.

El segundo defecto era completamente diferente: una gran porción del lado derecho del cráneo había desaparecido. Durante la autopsia llegaron al hospital fragmentos óseos recuperados en Elm Street y en la limusina presidencial, y los médicos pudieron unirlos para reconstruir aproximadamente tres cuartas partes de la porción ausente del cráneo. La evidencia era importante porque demostraba que parte del material óseo había sido expulsado violentamente del cráneo y había terminado fuera del cuerpo.

Las radiografías mostraron, además, numerosos fragmentos metálicos: según el informe de Warren, se observaron entre treinta y cuarenta pequeños fragmentos distribuidos en una línea desde la región posterior del cráneo hacia la parte frontal, junto con un fragmento de mayor tamaño sobre el ojo derecho. Dos pequeños fragmentos fueron recuperados durante la autopsia y entregados al FBI; esta evidencia tendría posteriormente importancia balística, porque podía compararse con los fragmentos hallados en la limusina.

La dirección del disparo y el problema del movimiento

Los médicos de Bethesda concluyeron que la bala mortal había entrado desde atrás, y la Comisión Warren aceptó esa interpretación. Décadas después, la HSCA volvió a estudiar las

radiografías y fotografías, y su panel de patología concluyó también que Kennedy había recibido dos impactos, ambos procedentes de atrás: uno en la parte superior derecha de la espalda que salió por la parte anterior del cuello, y otro en la parte posterior derecha de la cabeza que salió por la región frontal-derecha del cráneo. Este punto es especialmente importante, porque la HSCA no encontró evidencia médica de un disparo que hubiera entrado por la parte frontal de la cabeza.

Aquí aparece una de las grandes contradicciones aparentes del caso. La película de Zapruder muestra que, después del impacto fatal, la cabeza de Kennedy se desplaza violentamente hacia atrás, y para muchos investigadores ese movimiento parece sugerir que el proyectil procedió desde delante. La HSCA conocía perfectamente esta objeción, y de hecho reconoció que su conclusión médica parecía entrar en tensión con el movimiento observado en la película; por esa razón recurrió a especialistas en balística de heridas. La cuestión ya no era solamente desde dónde entró la bala, sino si el movimiento del cuerpo puede determinar por sí solo la dirección del disparo. La respuesta requiere un análisis biomecánico que trataremos en el capítulo dedicado a Zapruder.

Las fotografías, su acceso restringido y la cuestión de la transparencia

La autopsia fue fotografiada, y también se realizaron radiografías: imágenes que constituyen una fuente primaria extraordinariamente importante, pero que durante años no estuvieron disponibles para una revisión pública ordinaria. La familia Kennedy entregó posteriormente las radiografías y fotografías al National Archives bajo un acuerdo firmado en 1966, con el acceso sujeto a restricciones. Esto tuvo una consecuencia histórica: durante muchos años, gran parte del público tuvo que aceptar las conclusiones de los investigadores que habían visto las imágenes, sin poder examinarlas directamente.

Éste es uno de los puntos más importantes de la historia de la autopsia: la Comisión Warren basó sus conclusiones médicas principalmente en el testimonio de los médicos, sin utilizar directamente las radiografías y fotografías como material examinado por sus propios expertos independientes. La HSCA señaló expresamente esta circunstancia: según su informe, Warren no examinó los originales porque la Comisión había decidido no hacer públicos materiales que consideraba una invasión de la privacidad de la familia Kennedy. Esto tuvo una consecuencia metodológica relevante: la Comisión estaba evaluando evidencia primaria sin verla directamente, y dependía de la descripción de quienes sí la habían examinado.

No hace falta recurrir a una teoría conspirativa para identificar aquí un problema; existe una cuestión institucional objetiva. Una investigación criminal de máxima importancia intentaba determinar el número de impactos, la dirección de los proyectiles, la localización de las heridas y las trayectorias, y las fotografías y radiografías eran precisamente las pruebas que podían ayudar a resolver esas cuestiones. Sin embargo, los investigadores de Warren decidieron no examinarlas directamente. Eso no demuestra que sus conclusiones fueran falsas, pero sí significa que la base

documental disponible para la Comisión era más limitada de lo que podría haber sido, y esa limitación contribuyó posteriormente a la desconfianza pública.

Existe, además, otro problema: durante la autopsia el doctor Humes tomó notas que fueron posteriormente destruidas. La HSCA señaló este hecho al describir las razones por las que la autopsia había generado sospechas. La destrucción de esas notas no demuestra que el contenido del informe final fuera falso, pero constituye, desde el punto de vista histórico, una pérdida documental: las notas contemporáneas pueden contener observaciones, medidas, dudas, correcciones y secuencias de razonamiento que, una vez destruidas, ya no pueden examinarse.

El informe escrito de la autopsia constituye, por tanto, una pieza central, pero debe entenderse como un documento elaborado después de la observación directa del cuerpo y dentro de una situación extraordinaria. La Comisión Warren lo utilizó junto con los testimonios de los médicos; la HSCA también lo estudió, pero incorporó además una revisión directa de las radiografías y fotografías. La diferencia metodológica entre ambas investigaciones es importante: Warren trabajó principalmente a partir de testimonios y documentación médica, mientras que la HSCA añadió una revisión científica directa de los materiales.

El panel de la HSCA y la autenticidad de las imágenes

La HSCA creó un panel de nueve especialistas en patología forense —ocho de ellos médicos examinadores principales de grandes jurisdicciones estadounidenses, que en conjunto habían realizado más de cien mil autopsias—. La composición del panel buscaba reducir la dependencia respecto de los médicos que habían realizado la autopsia original, introduciendo así una revisión independiente. Además, el comité autenticó previamente las radiografías y fotografías: no dio simplemente por supuesto que eran auténticas, sino que las sometió a análisis. Forenses antropólogos compararon las fotografías con imágenes anteriores de Kennedy, analizando características faciales y anatómicas; las radiografías fueron comparadas con radiografías anteriores, y también se utilizaron los registros dentales del presidente. La conclusión fue que las radiografías y fotografías correspondían efectivamente a John F. Kennedy —un paso importante, porque algunas teorías posteriores habían sugerido que las imágenes podían haber sido manipuladas o sustituidas.

Los expertos fotográficos y radiológicos de la HSCA examinaron los originales, los negativos, las transparencias y las radiografías, y no encontraron evidencia de alteración. Por tanto, cualquier reconstrucción seria de las heridas debe partir de una premisa: las imágenes conservadas en los Archivos Nacionales fueron consideradas auténticas por la investigación científica de la HSCA. Esto no significa que toda interpretación de esas imágenes sea necesariamente correcta —autenticidad e interpretación son cuestiones diferentes.

La HSCA llegó a una conclusión médica muy clara: Kennedy fue alcanzado por dos balas, y ambas entraron desde atrás. Pero existe una precisión importante: el voto no fue unánime. Ocho de los nueve especialistas apoyaron las principales conclusiones; el doctor Cyril Wecht discrepó sistemáticamente. Este desacuerdo merece conservarse en el registro histórico, no porque

demuestre que Wecht tenía razón, ni porque demuestre que los otros ocho estaban equivocados, sino porque demuestra que incluso después de disponer de las radiografías y fotografías, existía desacuerdo profesional sobre determinados aspectos de la reconstrucción.

La herida de la espalda y la controversia de los diagramas

La localización de la herida de entrada en la espalda de Kennedy fue uno de los elementos más controvertidos. La Comisión Warren la situó cerca de la base del cuello, con una descripción compatible con una trayectoria que avanzaba hacia la parte anterior; la dificultad surgía al intentar relacionar exactamente esa posición con la herida de salida y con la posición del cuerpo dentro del automóvil. Aquí volvemos inevitablemente a la geometría: la medicina identifica las heridas, la balística reconstruye el comportamiento del proyectil, la fotografía establece la posición, y la geometría intenta unir las todas.

Uno de los argumentos más repetidos por los críticos del informe Warren fue que el proyectil parecía haber entrado demasiado bajo en la espalda para salir por el cuello, una objeción que se hizo especialmente fuerte porque algunos diagramas posteriores mostraban una posición diferente de la herida. Sin embargo, las reconstrucciones deben basarse en las mediciones originales y no en dibujos populares. La Comisión Warren y la HSCA utilizaron distintas fuentes para reconstruir la posición; la HSCA consideró que la evidencia médica era compatible con un disparo que entrara por la parte superior derecha de la espalda y saliera por el cuello. La controversia no desapareció del todo, pero conviene evitar convertir una discrepancia de diagramas en una prueba automática de manipulación.

La lesión de la tráquea también tiene importancia: el proyectil que atravesó el cuello había producido un daño interno, y la incisión de la traqueotomía complicó posteriormente la observación de la herida de salida. Este detalle explica por qué durante décadas existieron discusiones sobre si la herida frontal del cuello era una salida de bala, una lesión quirúrgica, o una combinación de ambas. La respuesta médica de la Comisión Warren y de la HSCA fue que originalmente había existido una herida de bala, y que la traqueotomía la había ampliado.

Parkland frente a Bethesda

Los médicos de Parkland son fundamentales porque fueron los primeros profesionales que examinaron a Kennedy: vieron el cuerpo inmediatamente después del ataque, y no habían sido influenciados todavía por las conclusiones de Warren. Pero también trabajaron en condiciones extremadamente distintas a las de una autopsia; su prioridad era salvar al paciente, y la descripción de las heridas que realizaron durante esos minutos tiene valor histórico y médico, pero no puede tratarse automáticamente como una reconstrucción forense completa. Cada observación debe situarse en su contexto.

Ésta es una de las aparentes contradicciones que más alimentaron las teorías conspirativas: en Dallas, algunos médicos describieron una herida posterior en la cabeza y una gran lesión en la

parte anterior; en Bethesda, los patólogos reconstruyeron las heridas de manera diferente. A primera vista, parece que dos grupos de médicos estaban describiendo cosas incompatibles. Pero una parte de la discrepancia puede explicarse por las circunstancias: Parkland examinó un cuerpo vivo durante una emergencia, Bethesda examinó un cuerpo varias horas después, la traqueotomía había modificado la lesión del cuello, y el daño craneal había producido una pérdida masiva de tejido. Las dos observaciones, entonces, no son necesariamente equivalentes.

La pregunta correcta no es si los médicos se contradijeron, sino si las diferencias entre sus descripciones son compatibles con las circunstancias en las que cada grupo examinó el cuerpo. Ésa es una cuestión mucho más exigente: si la respuesta fuera negativa, tendríamos una contradicción médica grave; si fuera afirmativa, algunas aparentes contradicciones podrían explicarse sin recurrir a una manipulación. La HSCA intentó resolver precisamente ese problema utilizando las imágenes originales y un panel independiente.

Una conclusión provisional

La conclusión médica de la HSCA fue inequívoca en sus elementos principales: Kennedy recibió dos impactos, ambos entraron desde atrás; uno entró en la parte superior derecha de la espalda y salió por el cuello, y el otro entró en la región posterior derecha de la cabeza y salió por la zona derecha y frontal del cráneo. No existía evidencia médica de un proyectil que hubiera entrado por la parte frontal de la cabeza, y la posibilidad de que una bala hubiera alcanzado al presidente sin dejar ninguna evidencia física fue considerada extremadamente remota. Esto constituye uno de los puntos más sólidos de la investigación médica oficial posterior.

Pero la conclusión médica no resolvió todas las preguntas. Quedaba una cuestión visual: ¿por qué la cabeza de Kennedy se mueve hacia atrás en la película de Zapruder, si el proyectil mortal entró desde atrás? La respuesta no puede obtenerse solamente de la autopsia: ésta determina las heridas, la película registra el movimiento, la balística estudia el proyectil, y la biomecánica intenta relacionar el impacto con el movimiento corporal. Por eso este problema quedará trasladado al capítulo dedicado a Zapruder.

La autopsia también guarda una relación directa con la teoría de la bala única. Si el proyectil entró por la parte posterior del cuello y salió por delante, existía una trayectoria compatible con que continuara hacia Connally, y la HSCA consideró que la forma de la herida del gobernador era compatible con un proyectil que hubiera comenzado a desviarse —a sufrir yaw— después de atravesar a Kennedy. Por tanto, la evidencia médica no destruye la teoría de la bala única: al contrario, la apoya como posibilidad. Pero la medicina tampoco puede demostrar por sí sola que CE 399 fuera exactamente el proyectil que recorrió esa trayectoria; eso requiere combinarla con la evidencia balística.

La autopsia puede establecer la causa de muerte, la naturaleza de las heridas, la localización aproximada de los impactos, la dirección de determinadas trayectorias, la existencia de fragmentos, y determinadas características compatibles con entrada o salida. Puede ayudar a determinar si un proyectil entró desde atrás, y puede contribuir a reconstruir una trayectoria. Pero

no puede identificar por sí sola al tirador, el arma, la posición exacta desde donde se disparó, ni la existencia o inexistencia de una conspiración política. Es una pieza de la investigación. No es toda la investigación. Tampoco puede responder qué ocurrió en Dealey Plaza, cuántos disparos escucharon los testigos, si hubo otro tirador, si existió una operación de inteligencia, o quién pudo haber ordenado el asesinato: esas cuestiones pertenecen a otras disciplinas, y por eso debemos resistir la tentación de convertir una evidencia médica en una explicación total.

Sin embargo, la historia de la autopsia sí plantea una cuestión legítima sobre la calidad de la investigación. Tenemos un examen realizado bajo circunstancias extraordinarias, documentación médica, fotografías, radiografías, notas que fueron destruidas, acceso restringido durante años, y diferentes generaciones de expertos interpretando los mismos materiales. Esto explica por qué la autopsia se convirtió en uno de los centros de la controversia. Pero también explica por qué una investigación moderna puede avanzar: las imágenes originales han sido preservadas, las radiografías existen, los documentos se conservan, y los informes de Warren y la HSCA permiten comparar sus respectivos métodos.

La evidencia médica disponible permite establecer, con bastante firmeza, que Kennedy recibió dos impactos de bala, y que las investigaciones oficiales posteriores determinaron que ambos proyectiles entraron desde atrás. La HSCA llegó a esa conclusión después de que un panel independiente examinara directamente las radiografías y fotografías de la autopsia, y la misma investigación concluyó que la evidencia era compatible con que uno de esos proyectiles hubiera atravesado a Kennedy y después producido las heridas de Connally. Esto refuerza la teoría de la bala única. Pero no elimina todas las controversias: persisten preguntas sobre la documentación original, las diferencias entre las observaciones de Parkland y Bethesda, la destrucción de las notas de Humes, la interpretación exacta de determinadas heridas, y, especialmente, la relación entre las heridas y la película de Zapruder.

El punto en el que nos encontramos

Hasta ahora hemos reconstruido tres niveles de evidencia: primero, Dealey Plaza, el escenario físico; segundo, CE 399, la evidencia balística relacionada con la teoría de la bala única; tercero, la autopsia, la evidencia médica. Las tres líneas convergen parcialmente. Pero todavía falta una pieza fundamental: la película que registró los acontecimientos. Porque, por primera vez, podemos observar el ataque no a través de un testimonio ni de un informe escrito, sino mediante una secuencia de imágenes tomadas mientras ocurría. Y esa película contiene algo extraordinario: permite reconstruir la posición del automóvil prácticamente fotograma por fotograma, observar los movimientos de Kennedy y de Connally, establecer intervalos temporales, y analizar el momento exacto del impacto mortal. Pero también creó una de las imágenes más perturbadoras y debatidas del siglo XX: el instante en que la cabeza de Kennedy se desplaza violentamente hacia atrás.

La película de Abraham Zapruder será, por tanto, nuestro siguiente objeto de estudio. No la utilizaremos como una prueba automática de conspiración, ni tampoco como una simple

ilustración del asesinato. La trataremos como evidencia: fotograma por fotograma, tiempo por tiempo, movimiento por movimiento. Analizaremos qué puede demostrar realmente, qué no puede demostrar, qué interpretaron Warren y la HSCA, qué dijeron posteriormente los especialistas, y si el movimiento observado en la película puede utilizarse legítimamente para determinar la dirección del disparo.

La película de Zapruder: 486 fotogramas que cambiaron la historia

Entre las numerosas fotografías y películas realizadas en Dealey Plaza el 22 de noviembre de 1963, una adquirió una importancia incomparable. La había filmado un hombre que no trabajaba para ningún periódico ni para ninguna agencia gubernamental: **Abraham Zapruder**. Su cámara registró la caravana presidencial durante unos segundos que terminarían convirtiéndose en uno de los documentos visuales más estudiados del siglo XX. La película no contiene sonido, no identifica por sí misma a ningún tirador, y no muestra directamente el origen de los disparos. Pero registra la posición de la limusina, la reacción de sus ocupantes y la evolución de la escena con una precisión que ningún testimonio humano podía igualar. Por eso constituye una pieza fundamental. Y también una pieza peligrosa: porque una imagen parece hablar por sí misma, pero una imagen puede ser mal interpretada.

El hombre detrás de la cámara

Abraham Zapruder era un fabricante de ropa que se encontraba en Dealey Plaza aquel mediodía, con una cámara cinematográfica Bell & Howell de 8 milímetros. Su intención original era registrar el paso de la caravana presidencial: no estaba realizando una investigación periodística, ni sabía que estaba filmando un asesinato. La cámara estaba situada en una posición elevada, cerca de Elm Street, desde donde podía observar la ruta de la limusina, y esa posición resultaría extraordinaria, porque la película registraría el movimiento del automóvil desde un ángulo lateral y elevado.

La película original fue entregada posteriormente a las autoridades y examinada por la Comisión Warren, que la identificó como **Commission Exhibit 904**; los Archivos Nacionales conservan actualmente el original como parte de la John F. Kennedy Assassination Records Collection. Además de la película se realizaron copias y diapositivas de sus fotogramas individuales para facilitar el análisis, y los archivos de la Comisión incluyen también las películas de Orville Nix y Mary Muchmore, que proporcionaron perspectivas adicionales del ataque. Esto es importante: la investigación no dependió exclusivamente de Zapruder, aunque su película fue, con diferencia, la más completa.

El FBI examinó la cámara utilizada por Zapruder, y sus ensayos establecieron una velocidad aproximada de **18,3 fotogramas por segundo** —cada fotograma representa, por tanto, aproximadamente 1/18,3 de segundo, unos 0,055 segundos—. La diferencia entre diez fotogramas equivale aproximadamente a medio segundo, y cien fotogramas a unos 5,46 segundos: la película podía convertirse, así, en una auténtica escala temporal, y esa posibilidad

cambiaría radicalmente la investigación. La película completa contiene **486 fotogramas**

numerados, y el número de cada uno se convirtió en una especie de lenguaje propio del caso: ya no era necesario decir «unos segundos antes del disparo», sino «aproximadamente en el fotograma 190», o «en el fotograma 313». Esta precisión permitió relacionar la película con la posición del automóvil, los movimientos de Kennedy y de Connally, las posiciones de los fotógrafos, las trayectorias, y posteriormente los registros acústicos.

El valor espacial de la película

Al comienzo de la secuencia relevante, la caravana avanza por Houston Street, la limusina gira hacia Elm Street, y el presidente saluda a la multitud. Todo parece normal; la película no contiene ninguna señal evidente de lo que está a punto de ocurrir, y precisamente esa normalidad inicial permite utilizarla como referencia: la posición del automóvil puede compararse con elementos permanentes del escenario, y los investigadores pudieron reconstruir dónde se encontraba la limusina en determinados fotogramas.

La primera aportación fundamental de Zapruder fue, en efecto, espacial. La Comisión Warren utilizó la película para determinar la posición de Kennedy a lo largo de Elm Street, reproduciendo las posiciones del automóvil y de los ocupantes para estudiar la visibilidad desde la ventana del sexto piso. La prueba mostró que existían determinados intervalos durante los cuales árboles y otros obstáculos ocultaban parcialmente el cuerpo del presidente desde el punto de vista del tirador, lo que permitió transformar una pregunta abstracta —¿podía verse Kennedy desde la ventana?— en una pregunta geométrica: ¿en qué fotogramas podía verse determinada parte de su cuerpo desde aquella posición? Según la reconstrucción del FBI, alrededor del fotograma 166 el cuerpo de Kennedy comenzó a quedar oculto por el follaje de un árbol desde la línea de visión del sexto piso; existió una breve ventana de visibilidad alrededor del fotograma 186, y el automóvil volvió a quedar completamente expuesto aproximadamente desde el fotograma 210. Esto tiene importancia balística, porque una trayectoria de disparo no puede estudiarse sin considerar si el objetivo estaba realmente visible, y la película permitió determinarlo con precisión.

Las dos reacciones: Kennedy y Connally

La película no contiene un marcador que indique «aquí impactó la primera bala»; los investigadores tuvieron que inferir los impactos a partir de las reacciones corporales, lo que introduce un grado inevitable de incertidumbre. Una reacción corporal no ocurre necesariamente en el mismo instante en que el proyectil penetra: puede existir un pequeño retraso, movimientos voluntarios o involuntarios, o un desplazamiento producido por el impacto antes de que sea visible en un fotograma. Por eso la película puede establecer límites temporales, pero no siempre puede proporcionar un instante exacto.

En una parte de la secuencia, Kennedy comienza a llevar las manos hacia la zona de la garganta, su torso cambia de posición y su cabeza se inclina; la Comisión Warren relacionó ese movimiento con el impacto que habría atravesado su cuello. Este gesto resulta particularmente importante porque aparece antes de la reacción final de la cabeza, de modo que la película muestra dos fases visualmente diferenciables: una reacción corporal inicial, y el impacto craneal posterior.

En un momento determinado, sin embargo, una señal de tráfico situada junto a Elm Street oculta buena parte del automóvil desde la posición de Zapruder —uno de los principales problemas de interpretación de toda la secuencia—: durante varios fotogramas el observador no puede ver completamente a Kennedy ni a Connally, y una parte fundamental de los cuerpos queda fuera del campo visual. Esto impide determinar visualmente el instante exacto de determinadas reacciones. La película, por tanto, es extraordinariamente precisa. Pero no es omnisciente.

Aquí aparece uno de los problemas centrales de la teoría de la bala única: Kennedy viajaba detrás de Connally, pero no sentados exactamente uno detrás del otro. Sus posiciones relativas cambiaban —Connally podía girarse, Kennedy podía inclinarse, el vehículo estaba en movimiento—, de modo que la alineación entre ambos no era constante. La Comisión Warren tuvo que determinar si existió un momento en el que una línea procedente de la ventana del sexto piso pudiera atravesar a ambos, y la HSCA realizó posteriormente un estudio fotográfico específico sobre esta cuestión, prestando especial atención a los fotogramas inmediatamente anteriores a la obstrucción producida por la señal: utilizó los fotogramas 187 y 193, junto con fotografías tomadas aproximadamente en el mismo momento desde el lado sur de Elm Street. Mediante análisis estereoscópico de profundidad, el panel fotográfico concluyó que la alineación de Kennedy y Connally era compatible con la hipótesis de la bala única. Esto es importante: no se trató simplemente de mirar la película y decir que «parecen estar alineados», sino de reconstruir la profundidad espacial mediante la fotografía utilizada como instrumento geométrico.

Connally presenta en la película una reacción distinta a la de Kennedy: su cuerpo adopta una postura rígida, su expresión cambia. La HSCA consideró esta reacción compatible con el momento aproximado del impacto, pero el comité también reconoció una limitación importante: durante un intervalo de aproximadamente 0,82 segundos, Connally estaba oculto por la señal, y no podía determinarse con seguridad el inicio exacto de su reacción. Esta observación es fundamental, porque significa que la película no permite afirmar con absoluta precisión cuándo fue alcanzado Connally: permite, únicamente, establecer una ventana temporal. La HSCA

terminó situando aproximadamente en el **fotograma 190** el momento del disparo que habría alcanzado a Kennedy y Connally, una estimación que surgió de la combinación de la reacción de Kennedy, la reacción de Connally, la alineación de los cuerpos, y posteriormente la correlación con la evidencia acústica. El fotograma 190 se convirtió así en un punto de referencia fundamental, aunque conviene ser precisos: la HSCA no afirmó que la película mostrara

físicamente la bala, sino que las reacciones observables permitían situar aproximadamente el impacto.

El impacto craneal: los fotogramas 312 y 313

El segundo impacto es visualmente mucho más evidente. La cabeza de Kennedy sufre una violenta destrucción, y la secuencia comienza inmediatamente antes del famoso fotograma 313. La HSCA determinó que el momento real del impacto debía situarse aproximadamente en el **fotograma 312**, mientras que el 313 muestra el efecto explosivo ya desarrollado. Esta distinción es importante: cuando se habla del «fotograma 313», normalmente se está hablando de la imagen más famosa, pero el impacto no necesariamente ocurrió exactamente en el centro temporal de ese fotograma.

El fotograma 313 es, probablemente, la imagen individual más famosa del caso Kennedy. Muestra una gran explosión de tejido y material craneal hacia la derecha de la cabeza de Kennedy; es una imagen extremadamente perturbadora, pero también extraordinariamente informativa, porque permite observar la posición de la cabeza, la dirección aparente de determinados fragmentos, la reacción corporal, y la relación temporal con el movimiento del automóvil. Para los investigadores que defendieron un disparo desde atrás, el fotograma es compatible con una entrada posterior y una salida frontal; para muchos críticos, el movimiento posterior de la cabeza constituye una indicación de un disparo frontal. El debate continúa porque ambas interpretaciones dependen de supuestos biomecánicos distintos.

La cabeza de Kennedy parece desplazarse, en efecto, violentamente hacia atrás después del impacto, y éste fue uno de los argumentos visuales más poderosos utilizados por los críticos de la Comisión Warren. La interpretación intuitiva parece sencilla: si la bala vino desde delante, la cabeza debería moverse hacia atrás. Pero la biomecánica no funciona necesariamente de manera tan simple. El movimiento de una cabeza alcanzada por un proyectil depende de múltiples factores —la localización exacta del impacto, el ángulo, la transferencia de energía, la posición del cuerpo, la reacción neuromuscular, el movimiento del vehículo, y la expulsión de tejido—, de modo que la dirección del movimiento posterior no constituye por sí sola una prueba concluyente de la dirección del disparo.

La HSCA fue consciente de este problema. Su investigación médica concluyó que los dos impactos que alcanzaron a Kennedy procedieron desde atrás, pero el comité reconoció que la reacción observada en la película había sido utilizada por los críticos para defender un disparo frontal. Su solución fue recurrir a una combinación de patología, balística de heridas, fotografía y análisis de movimiento, y su conclusión fue que la película no demostraba un impacto frontal. La película también muestra la dispersión de material procedente de la cabeza, y la dirección de esos fragmentos ha sido estudiada repetidamente; pero aquí conviene evitar otra simplificación, porque un fragmento visible en una película puede desplazarse por múltiples razones y no conserva necesariamente la dirección exacta del proyectil que lo expulsó —el hueso puede fragmentarse, el tejido puede ser proyectado, la velocidad del automóvil puede modificar la

percepción del movimiento—. Por eso la película debe utilizarse conjuntamente con las radiografías y la balística.

Ésta es una distinción esencial: Zapruder no muestra el disparo. La película registra el momento en que los cuerpos reaccionan, pero no muestra la bala viajando, ni al tirador, ni el proyectil entrando en Kennedy. Cualquier afirmación sobre el origen de los disparos es, por tanto, una inferencia basada en la combinación de imágenes con otras evidencias. Esto no reduce el valor de la película; simplemente define sus límites.

El valor cronológico y el problema de la velocidad

La principal fortaleza de Zapruder es, probablemente, la cronología. La película permite ordenar la entrada de la limusina, la posición del automóvil, la reacción de Kennedy, la reacción de Connally, el impacto craneal, y la salida del automóvil de la zona. La Comisión Warren utilizó esa cronología para establecer la secuencia de disparos, y la HSCA hizo lo mismo, aunque combinó la película con análisis científicos adicionales.

La velocidad de la película, sin embargo, no era perfectamente constante: el FBI determinó un promedio de aproximadamente 18,3 fotogramas por segundo, dentro de un rango de 18,0 a 18,5. Esto parece una diferencia insignificante, pero cuando se intenta correlacionar una película con una grabación de audio separada por décimas de segundo, puede adquirir importancia: cuatro fotogramas representan menos de un cuarto de segundo. Por eso la HSCA señaló expresamente que una correlación absoluta entre la grabación y la película no era posible.

La película y el sonido

Aquí llegamos a una cuestión fundamental. La película de Zapruder no tiene sonido, pero existe una grabación de radio de la policía de Dallas realizada durante el asesinato, y la HSCA intentó sincronizar ambos registros. La intención era sencilla: si una determinada señal acústica correspondía realmente a un disparo, debería ser posible comprobar si la reacción de los ocupantes de la limusina aparecía aproximadamente en el momento correspondiente de la película. Este procedimiento sería fundamental para la investigación de la HSCA.

Los especialistas acústicos contratados por el comité identificaron cuatro impulsos que consideraron compatibles con disparos. Cuando el cuarto impulso se hizo coincidir con el disparo fatal de la cabeza, situado aproximadamente en el fotograma 312, los otros tres se correspondían aproximadamente con los fotogramas 157-161, 188-191 y 295-296. La HSCA atribuyó el primero, el segundo y el cuarto al área del Texas School Book Depository, y el tercero al grassy knoll, de acuerdo con su análisis de origen. Esta conclusión sería extraordinariamente importante, pero también sería posteriormente cuestionada.

Los impulsos identificados como primero y segundo estaban separados por aproximadamente **1,66 segundos**. El problema era que las pruebas realizadas para la Comisión Warren habían

establecido que el intervalo mínimo promedio entre disparos con el rifle de Oswald era de aproximadamente **2,3 segundos**, lo que generaba una contradicción evidente: si los dos primeros impulsos eran realmente disparos, ¿cómo podía el mismo rifle haberlos producido con una diferencia de solamente 1,66 segundos? La HSCA tuvo que abordar este problema, y precisamente aquí la película de Zapruder adquirió un nuevo papel: ya no se la utilizaba únicamente para observar el asesinato, sino como una especie de reloj, sincronizada con la grabación acústica, correlacionada con las reacciones de Kennedy y Connally, y combinada con las posiciones del automóvil para estudiar la posibilidad de cada trayectoria. Éste fue uno de los primeros intentos de combinar de manera sistemática distintos tipos de evidencia —imagen, sonido, geometría, medicina y balística—. La idea era poderosa, pero su validez dependía enteramente de la autenticidad y precisión de cada elemento involucrado.

La tercera señal acústica, según la HSCA, correspondía aproximadamente a los fotogramas 295-296, y el análisis la identificaba con una posición próxima al grassy knoll —lo que parecía coincidir con una parte de los testimonios recogidos durante décadas, algunos de los cuales habían señalado precisamente aquella zona—. El problema era que la evidencia médica y balística no mostraba que Kennedy hubiera sido alcanzado por un disparo procedente de allí, y la propia HSCA terminó enfrentándose a esa contradicción. Los investigadores consideraron una alternativa: ¿qué ocurriría si el disparo del grassy knoll correspondiera al fotograma 312, es decir, al impacto fatal en la cabeza? En ese caso, el cuarto impulso acústico tendría que corresponder a un momento posterior, aproximadamente alrededor del fotograma 328-329. Pero la evidencia médica, balística y de fragmentos indicaba que el disparo que destruyó el cráneo de Kennedy procedía de un rifle situado detrás, y la HSCA concluyó que la hipótesis del disparo frontal en el fotograma 312 no podía conciliarse con el resto de la evidencia científica.

Esto produjo una situación peculiar: la HSCA concluyó que probablemente existió un cuarto disparo, pero también que ese supuesto cuarto disparo no alcanzó ni a Kennedy ni a Connally. Es decir, la evidencia acústica podía sugerir cuatro disparos, la evidencia médica indicaba dos impactos sobre Kennedy, y la evidencia balística vinculaba esos impactos con el rifle del sexto piso. La existencia de un cuarto impulso acústico no equivalía automáticamente a la existencia de una cuarta bala que alcanzara a alguien. Esta distinción es fundamental para todo lo que sigue.

Otras películas y fotografías

Zapruder no fue el único fotógrafo que filmó la caravana: Orville Nix realizó otra película, y Mary Muchmore también registró parte de la secuencia. La Comisión Warren utilizó estos materiales como fuentes complementarias para determinar la posición del automóvil y del presidente. La existencia de varios registros independientes es una ventaja: permite comprobar determinadas posiciones desde diferentes ángulos, y ayuda a descartar interpretaciones basadas exclusivamente en una sola perspectiva.

Mary Moorman tomó, además, una fotografía instantánea aproximadamente en el momento del impacto craneal, que se convirtió posteriormente en uno de los elementos más estudiados de

la escena. El análisis fotográfico de la HSCA examinó esta imagen junto con fotografías de Philip Willis, Orville Nix y otros registros, con el objetivo de determinar si podía observarse alguna persona o arma en la zona del grassy knoll. La cuestión era particularmente sensible, porque una figura identificable detrás de la valla podría modificar completamente la investigación. Numerosos investigadores han señalado, en efecto, figuras visibles en fotografías de la zona: algunas fueron interpretadas como posibles personas ocultas, mientras que otras investigaciones concluyeron que se trataba de espectadores, sombras, vegetación u otros elementos. La HSCA examinó fotográficamente el área, pero el hecho de que una imagen sea ambigua no permite convertirla en evidencia de un tirador: una fotografía puede demostrar que existe una forma en determinado lugar, no necesariamente quién es esa forma.

Las técnicas de ampliación y mejora de imagen pueden revelar detalles, pero también pueden introducir artefactos, y la HSCA tuvo especial cuidado con este problema: sus expertos utilizaron materiales fotográficos originales, porque las copias podían introducir distorsiones que dificultaran la interpretación. Esta precaución es importante, porque una imagen ampliada no contiene necesariamente más información que el original: puede simplemente mostrar los píxeles, el grano o las imperfecciones con mayor tamaño.

La cuestión de si la película de Zapruder fue manipulada ha sido objeto de numerosas teorías, pero la documentación conservada y los análisis oficiales no proporcionan evidencia sólida de que la película original hubiera sido alterada para modificar la secuencia del asesinato. El original se conserva actualmente en los Archivos Nacionales, lo que no impide discutir interpretaciones de sus fotogramas, pero sí establece un punto de partida: la investigación debe trabajar sobre el material original conservado.

La película tuvo, además, una historia política y cultural extraordinaria: durante años no estuvo disponible libremente para el público, y su propietario original mantuvo los derechos. Con el tiempo, se convirtió en un símbolo de la necesidad de preservar y hacer accesibles los registros del asesinato. Hoy el original forma parte de la colección de los Archivos Nacionales, mientras que los derechos de autor pertenecen al Sixth Floor Museum de Dallas, y su conservación permitió que nuevas generaciones de investigadores pudieran volver a estudiar el mismo acontecimiento.

Lo que realmente podemos ver, y lo que la película no puede decidir

Si eliminamos todas las interpretaciones posteriores y nos limitamos a lo que la película muestra, podemos establecer varias cosas con seguridad: la limusina avanza por Elm Street; Kennedy saluda a la multitud; se produce una reacción corporal antes del impacto craneal; Connally muestra una reacción posterior; la limusina continúa avanzando; el impacto craneal se produce aproximadamente en el área del fotograma 312; el fotograma 313 muestra el efecto explosivo del impacto; y después de ese momento, la caravana continúa hacia el Triple Underpass. Eso es lo que la película permite observar directamente. Todo lo demás requiere interpretación.

No puede decidir por sí sola si fueron tres o cuatro disparos, si existió un cuarto tirador, si hubo un tirador en el grassy knoll, si CE 399 fue el proyectil que alcanzó a Kennedy y Connally, si Oswald actuó solo, o si existió una conspiración. Para responder esas preguntas necesitamos incorporar otras líneas de evidencia.

La película de Zapruder es extraordinariamente poderosa porque transforma el asesinato en una secuencia temporal observable. Pero precisamente por eso también puede convertirse en una fuente de errores: una imagen impactante puede producir una conclusión intuitiva, y la investigación científica exige algo diferente. Hay que determinar qué muestra, qué no muestra, qué puede medirse, qué debe inferirse, y qué depende de evidencia externa. La película no debe utilizarse para demostrar una teoría previamente elegida. Debe utilizarse para poner a prueba todas las teorías.

El punto de convergencia

Hasta este momento tenemos cuatro grandes líneas de investigación: la escena física de Dealey Plaza, la evidencia balística de CE 399, la evidencia médica de la autopsia, y la evidencia visual de Zapruder. Las cuatro convergen en determinados puntos: la película muestra dos grandes reacciones compatibles con dos impactos; la evidencia médica establece dos impactos sobre Kennedy, ambos desde atrás; la evidencia balística relaciona los proyectiles con el rifle del sexto piso; y la geometría de Zapruder permite una alineación compatible con la teoría de la bala única. Pero aparece una quinta línea de evidencia —la acústica— que introduce una complicación inesperada.

La HSCA concluyó que el análisis acústico identificaba cuatro impulsos compatibles con disparos, y que uno de ellos parecía proceder del grassy knoll. Pero la propia investigación encontró que ese supuesto cuarto disparo no había alcanzado a Kennedy. Quedaba entonces una pregunta: ¿era realmente un disparo? Si lo era, ¿quién lo efectuó, desde dónde, y por qué no produjo una herida? Y si no lo era, ¿qué produjo el impulso acústico? Estas preguntas nos llevan directamente al siguiente capítulo.

La evidencia acústica fue, probablemente, la pieza más importante que llevó a la HSCA a modificar la conclusión de la Comisión Warren. Warren había concluido que Oswald fue el único tirador; la HSCA, en cambio, concluyó que probablemente existió una conspiración. Pero la diferencia no se originó principalmente en la evidencia física del sexto piso. Se originó en una grabación de radio: una grabación aparentemente rutinaria de las comunicaciones de la policía de Dallas. Y si esa grabación realmente contiene los sonidos de los disparos, podría proporcionar algo que ningún testimonio podía ofrecer —una huella temporal del ataque—. Pero para utilizarla debemos responder primero a una pregunta esencial: ¿la grabación realmente contiene los disparos?

CAPÍTULO VIII

La evidencia acústica: el cuarto disparo y la hipótesis del grassy knoll

La película de Zapruder proporcionó una dimensión que hasta entonces ningún investigador había tenido a su disposición: el tiempo. Pero faltaba algo. El sonido. La película no tenía pista sonora, pero la policía de Dallas había registrado sus comunicaciones por radio durante aquel día, y en esas grabaciones podía existir una información extraordinaria: si los disparos habían sido registrados accidentalmente por el sistema de comunicaciones policiales, sería posible establecer su número y su separación temporal, y si esos sonidos podían sincronizarse con la película de Zapruder, quizá sería posible determinar qué estaba ocurriendo en cada momento. La posibilidad era revolucionaria. Pero también planteaba un problema fundamental: ¿los sonidos registrados eran realmente disparos?

El Dictabelt y el análisis acústico

El Departamento de Policía de Dallas utilizaba un sistema de radio con dos canales: el canal 1 para las comunicaciones habituales, y el canal 2 para determinadas operaciones y unidades especiales. La grabación que posteriormente adquirió importancia procedía del canal 1, registrado mediante una grabadora automática —no se trataba, por tanto, de una grabación realizada por alguien que hubiera decidido registrar el asesinato, sino de un registro rutinario de las comunicaciones policiales, y precisamente por eso podía contener información accidental.

Estaba realizada en un soporte conocido como **Dictabelt**, un disco de grabación —no una cinta magnética convencional— cuya calidad de sonido era limitada: había ruido, interferencias, voces superpuestas y sonidos mecánicos, de modo que identificar un disparo dentro de aquella grabación no era una tarea sencilla. Los investigadores tenían que distinguir entre voces, ruidos del motor, interferencias, golpes, ruido de fondo y posibles detonaciones.

La existencia de la grabación no se convirtió inmediatamente en una pieza central de la investigación; su importancia aumentó años después, cuando fue sometida a análisis acústico. La HSCA recurrió a especialistas para determinar si algunos impulsos presentes en el registro podían corresponder a disparos: el objetivo no era simplemente escuchar la grabación, sino convertir el sonido en información mensurable. Los expertos analizaron la duración, la forma y la amplitud de los impulsos, así como su relación temporal entre sí, e intentaron compararlos con patrones acústicos obtenidos en pruebas de disparo. La cuestión era determinar si determinados sonidos eran compatibles con disparos de rifle, pero existía un problema adicional: incluso si un sonido era compatible con un disparo, había que determinar desde dónde procedía, y un sonido registrado por un micrófono no contiene automáticamente sus coordenadas. Era necesario recurrir a técnicas de localización acústica.

Los cuatro impulsos

La HSCA utilizó la película de Zapruder como referencia temporal: si se podía identificar el momento exacto del impacto craneal, situado aproximadamente en el fotograma 312, ese punto podía utilizarse para sincronizar la película con la grabación. A partir de allí, los investigadores buscaron correspondencias entre los impulsos acústicos y los acontecimientos visibles, y la reconstrucción produjo cuatro posiciones temporales principales: 157-161, 188-191, 295-296 y 312. La última correspondía aproximadamente al impacto mortal observado en la película. La coincidencia parecía extraordinaria, pero todavía quedaba por demostrar que los cuatro impulsos fueran realmente disparos.

El primer impulso se situaba alrededor de los fotogramas 157-161, un momento en que Kennedy todavía se encontraba en una zona parcialmente obstruida desde la ventana del sexto piso; no existe una reacción corporal claramente visible que permita identificarlo como un impacto. Esto era ya un problema: la acústica parecía señalar un disparo, pero la película no mostraba una consecuencia física evidente. El segundo impulso, alrededor de los fotogramas 188-191, resultaba mucho más interesante: coincidía aproximadamente con el momento en que Kennedy y Connally se encontraban en una alineación compatible con la trayectoria de la bala única, y las reacciones corporales de ambos podían interpretarse como compatibles con un impacto. Por ello, la HSCA consideró que este impulso podía corresponder al disparo que alcanzó a ambos hombres.

El tercer impulso, alrededor de los fotogramas 295-296, era el dato más explosivo de toda la investigación: la posición espacial determinada por el análisis acústico apuntaba hacia el área del **grassy knoll**. Porque si aquel impulso era realmente un disparo y procedía de esa zona, entonces la conclusión de Warren —un único tirador situado en el sexto piso— quedaba seriamente comprometida. Ya no se trataba de un testimonio, ni de una impresión visual: era una supuesta localización acústica. El cuarto impulso, alrededor del fotograma 312, resultaba una correspondencia extraordinariamente atractiva, porque ese fotograma se encontraba inmediatamente antes del famoso 313, y era precisamente el momento en que Kennedy sufría la herida craneal mortal. La hipótesis parecía encajar: primer disparo, segundo disparo, tercer disparo, cuarto disparo mortal. Pero existía una dificultad: la evidencia médica indicaba que el impacto craneal había procedido desde atrás, mientras que la localización acústica sugería que el tercer impulso procedía del grassy knoll. La investigación tenía que determinar cuál de los impulsos correspondía realmente al impacto mortal.

Una conclusión compleja

La HSCA terminó adoptando una posición compleja: consideró que los cuatro impulsos eran disparos, pero concluyó que el tercero, aunque aparentemente procedente del grassy knoll, no había alcanzado a Kennedy; el cuarto impulso era el que correspondía al impacto craneal, y la evidencia médica indicaba que ese impacto había procedido desde atrás. Por tanto, la HSCA

podía sostener simultáneamente que hubo probablemente cuatro disparos, que uno procedió del grassy knoll, y que ese disparo no alcanzó al presidente. Era una conclusión extraordinaria.

A partir de esa interpretación, la HSCA llegó a una conclusión que la Comisión Warren no había aceptado: que Kennedy probablemente fue asesinado como resultado de una conspiración. La diferencia fundamental entre ambas investigaciones era ésta: Warren sostenía que Oswald disparó tres veces desde el sexto piso; la HSCA, que la evidencia indicaba probablemente cuatro disparos, uno de ellos procedente de una segunda posición. Pero la HSCA no identificó al supuesto segundo tirador, ni pudo determinar quién había organizado la conspiración. La conclusión era, por tanto, limitada: existía evidencia de un segundo tirador, pero no una identificación del mismo.

El problema de los 1,66 segundos

Aquí apareció una contradicción mecánica. Los dos primeros impulsos acústicos estaban separados por aproximadamente **1,66 segundos**, pero el rifle Carcano utilizado por Oswald necesitaba un intervalo mayor para realizar dos disparos consecutivos: las pruebas del arma habían establecido un intervalo mínimo promedio de aproximadamente **2,3 segundos**. Por tanto, si los dos primeros impulsos eran disparos, no podían proceder ambos del mismo rifle en la secuencia interpretada. La consecuencia parecía evidente: había que considerar más de un arma, y por extensión, más de un tirador.

La HSCA consideró que esta dificultad reforzaba la hipótesis de dos tiradores: uno podía haber disparado desde el Texas School Book Depository, otro desde el área del grassy knoll. La combinación permitiría explicar el intervalo corto, el supuesto disparo del grassy knoll, y el número total de impulsos. Pero esta conclusión dependía de una premisa fundamental: que los impulsos fueran disparos reales. Si no lo eran, toda la construcción se debilitaba.

Los especialistas que trabajaron para la HSCA encontraron que la grabación contenía una serie de sonidos cuya naturaleza no podía determinarse simplemente por audición, por lo que se recurrió a métodos estadísticos y comparativos: se analizaron patrones, se estudiaron características de los impulsos, y se compararon con grabaciones experimentales. La intención era establecer si los sonidos podían distinguirse de ruidos ordinarios. La investigación fue técnicamente sofisticada para su época, pero la calidad de los datos originales imponía límites claros.

El análisis acústico intentó determinar también la dirección de llegada de los sonidos: la comparación de señales registradas por diferentes elementos del sistema permitió estimar una dirección, y el resultado situó uno de los impulsos en una zona compatible con el grassy knoll. Esto fue interpretado como una señal de que allí había existido un tirador. Pero aquí existe una distinción fundamental: una dirección acústica compatible con un lugar no demuestra que un arma estuviera físicamente allí. Para demostrarlo se necesitaría evidencia independiente —un

arma, una bala, un casquillo, un testigo fiable, una imagen, o una trayectoria compatible—, y la HSCA no consiguió identificar ese conjunto independiente de pruebas.

Testimonios, memoria y la ausencia de una bala

El grassy knoll ya ocupaba un lugar importante en los testimonios recogidos después del asesinato: algunas personas afirmaron haber oído disparos desde aquella zona, otros dijeron haber visto personas sospechosas, algunos describieron humo, otros señalaron el ruido hacia la valla. Pero los testimonios eran contradictorios: había personas que apuntaban hacia el depósito, otras hacia el montículo, otras hacia el paso elevado, y algunas no pudieron determinar el origen. La evidencia acústica parecía ofrecer una oportunidad para resolver esas contradicciones.

Los testimonios recogidos inmediatamente después del asesinato tienen un valor particular, pero incluso los contemporáneos pueden verse afectados por el estrés, el ruido, la distancia, la confusión y la percepción direccional. Además, una persona que oye una detonación puede percibirla como proveniente de una dirección distinta a la real debido a reflexiones acústicas, y Dealey Plaza era especialmente problemática en este sentido: los edificios podían producir ecos, y la geometría del espacio podía confundir la procedencia aparente de los sonidos. Por eso el testimonio humano debía tratarse siempre como evidencia complementaria.

Aquí aparece una dificultad seria. Si realmente existió un disparo desde el grassy knoll, ¿dónde estaba la bala? ¿A quién alcanzó? ¿Dónde impactó, y dónde quedó? No existe una bala atribuida de forma concluyente a un segundo tirador situado allí, ni una víctima identificada como alcanzada por ese supuesto disparo. La HSCA resolvió el problema sosteniendo que el supuesto cuarto disparo no alcanzó ni a Kennedy ni a Connally, pero entonces surge otra pregunta: ¿dónde terminó ese proyectil? La respuesta nunca fue establecida. Una bala disparada desde un arma de alta velocidad normalmente produce alguna evidencia —impacto, fragmentación, penetración, marca, proyectil o casquillo—, pero la escena del asesinato había sufrido una transformación inmediata: la multitud se desplazó, la policía cerró algunas zonas, se produjeron movimientos de vehículos, se recogieron objetos, y la investigación forense inicial no fue concebida como una investigación de cuatro disparos. Por tanto, la ausencia de una bala no permite descartar automáticamente el disparo. Pero tampoco permite afirmarlo.

La revisión científica: la National Academy of Sciences

La hipótesis acústica tenía una estructura lógica clara: si los impulsos eran disparos, y si estaban correctamente sincronizados con Zapruder, y si la localización era correcta, entonces podía existir un segundo tirador. El problema estaba en la primera condición: ¿eran realmente disparos? La respuesta a esa pregunta sería revisada después de la conclusión de la HSCA, y esa revisión cambiaría radicalmente la interpretación del caso.

Antes de la HSCA, el propio FBI había examinado la grabación, y sus expertos no consideraron que existiera evidencia suficiente para concluir que los sonidos registrados fueran

disparos: la cuestión quedó abierta. La HSCA, sin embargo, consideró que sus propios especialistas habían identificado evidencia acústica suficiente para llegar a una conclusión diferente. Aquí encontramos, entonces, dos evaluaciones científicas enfrentadas, no sobre una teoría política, sino sobre la misma grabación.

Años después de la conclusión de la HSCA, la National Academy of Sciences examinó nuevamente la evidencia acústica. El objetivo era determinar si las conclusiones de la HSCA podían sostenerse científicamente, y la revisión fue particularmente importante porque no partía de una teoría sobre quién había matado a Kennedy: se concentraba en una cuestión concreta — ¿la grabación acústica demostraba que hubo disparos adicionales?—. La respuesta sería negativa. En 1982, un panel del National Research Council concluyó que el análisis acústico utilizado por la HSCA no demostraba que hubiera existido un disparo adicional: la sincronización entre los impulsos acústicos y la película de Zapruder presentaba problemas, y la evidencia no permitía establecer que los impulsos fueran sonidos de disparos ocurridos durante el asesinato. Esta conclusión tuvo una consecuencia enorme: la principal base científica de la conclusión de conspiración de la HSCA quedaba seriamente debilitada.

El problema fundamental estaba en la sincronización. La HSCA había considerado que determinadas señales acústicas podían alinearse con la película de Zapruder, pero los especialistas posteriores observaron que el patrón acústico no proporcionaba una correspondencia suficientemente sólida: en otras palabras, la coincidencia aparente podía ser accidental. Si la sincronización no era fiable, tampoco podía utilizarse para afirmar que un sonido determinado había ocurrido exactamente cuando Kennedy fue alcanzado, y sin esa relación temporal, la localización acústica perdía gran parte de su valor probatorio.

Lo que realmente demuestra esta revisión

La revisión posterior no demostró que Oswald hubiera actuado solo. Demostró algo diferente: que la evidencia acústica utilizada por la HSCA no era suficiente para demostrar un segundo tirador. Esta distinción es esencial, porque una evidencia que no demuestra una hipótesis no demuestra automáticamente la hipótesis contraria. Por tanto, la caída de la evidencia acústica no prueba por sí sola la inocencia de Oswald; simplemente elimina una de las principales bases científicas utilizadas para sostener la existencia de un segundo tirador.

La conclusión de la HSCA quedó, así, en una situación paradójica: su informe final sostenía que probablemente existió una conspiración, pero la evidencia científica fundamental que había utilizado para llegar a esa conclusión fue posteriormente considerada insuficiente. Esto significa que afirmar «la HSCA demostró que hubo cuatro disparos» es incorrecto. Lo que realmente ocurrió fue que la HSCA interpretó determinadas señales acústicas como cuatro disparos, y que un análisis científico independiente concluyó después que esa interpretación no estaba demostrada. Ésta es una diferencia histórica fundamental.

Es necesario, entonces, distinguir dos afirmaciones: que «la HSCA concluyó que probablemente hubo una conspiración» es correcto; que «la ciencia demostró que hubo un cuarto

disparo» es incorrecto, porque esa segunda afirmación no se sostiene después de la revisión de la evidencia acústica. Una investigación rigurosa debe conservar ambas cosas —la conclusión histórica de la HSCA, y la crítica científica posterior— sin borrar una de ellas para que la otra parezca más fuerte.

¿Significa esto que todo está resuelto? No. Y éste es uno de los errores más frecuentes en la discusión del asesinato: la invalidación de una evidencia concreta no resuelve automáticamente todas las demás controversias. Todavía existen preguntas sobre la trayectoria de los disparos, la identificación de Oswald, la evidencia fotográfica, la cadena de custodia, las declaraciones de testigos, la actuación de las agencias de inteligencia, y las contradicciones surgidas alrededor de la investigación. Pero ninguna de esas cuestiones puede utilizarse como sustituto de la evidencia acústica perdida. Cada una debe analizarse por separado.

Una lección metodológica

La historia del Dictabelt es un ejemplo perfecto de cómo funciona una investigación histórica compleja. Una evidencia puede parecer decisiva, puede ser sometida a análisis científico, puede modificar una conclusión oficial, y años después puede ser revisada nuevamente. Eso no significa necesariamente que alguien haya mentido; puede significar, simplemente, que la metodología inicial era insuficiente. La ciencia avanza precisamente mediante la posibilidad de revisar conclusiones anteriores.

El caso Kennedy exige, por eso, una disciplina particularmente estricta: separar los hechos observados, las interpretaciones, las hipótesis, las conclusiones oficiales y las revisiones posteriores. La grabación acústica demuestra que existían determinados impulsos; la HSCA interpretó esos impulsos como disparos; la National Academy of Sciences concluyó posteriormente que esa identificación no estaba demostrada. El hecho permanece. La interpretación cambia.

Después de estudiar la evidencia acústica podemos establecer, con seguridad razonable, lo siguiente: que la policía de Dallas tenía una grabación automática de sus comunicaciones; que en ella aparecen impulsos acústicos cuya naturaleza fue objeto de investigación; que la HSCA interpretó cuatro de esos impulsos como disparos; que uno fue localizado acústicamente en dirección al grassy knoll; que la HSCA utilizó esa evidencia para sostener la hipótesis de un segundo tirador; que posteriormente el National Research Council cuestionó científicamente esa interpretación; y que, por tanto, la grabación no constituye hoy una prueba sólida de un cuarto disparo.

La evidencia acústica parecía, inicialmente, una puerta hacia la conspiración. Después de su revisión científica, esa puerta se estrechó considerablemente. No desaparecieron las preguntas, pero disminuyó la fuerza de una de las principales pruebas utilizadas para responderlas. Esto nos obliga a regresar a la escena. No al sonido, ni a las teorías, sino a los objetos físicos: el rifle, las balas, los casquillos, las huellas, los fragmentos, las fotografías, y las manos que estuvieron en contacto con cada una de esas piezas.

Hasta ahora hemos aceptado provisionalmente una premisa: que el rifle encontrado en el sexto piso era el arma utilizada para matar al presidente. Pero esa afirmación merece un capítulo propio, porque no basta con encontrar un rifle. Hay que establecer quién lo compró, quién lo poseía, cómo llegó al edificio, quién lo manipuló, qué huellas quedaron en él, qué balas podía disparar, si los casquillos encontrados procedían de esa arma, y si los fragmentos recuperados podían vincularse a ella. Y existe, además, un elemento particularmente importante: las huellas dactilares y palmares. Aquí la investigación vuelve a centrarse directamente en Lee Harvey Oswald.

CAPÍTULO IX

El rifle de Carcano: el arma, las huellas y la cadena de custodia

Si la película de Zapruder nos permitió reconstruir el asesinato en el tiempo y la evidencia acústica intentó reconstruirlo mediante el sonido, ahora debemos volver a un objeto físico: un rifle italiano, un **Carcano modelo 91/38**, calibre 6,5 mm. Su aparición en el Texas School Book Depository se convirtió en uno de los pilares de la acusación contra Lee Harvey Oswald. Pero encontrar un arma en un edificio no demuestra, por sí mismo, que esa arma haya sido utilizada para matar al presidente. La verdadera pregunta es mucho más exigente: ¿qué cadena de evidencias permite relacionar ese rifle con los disparos de Dealey Plaza y, posteriormente, con Oswald?

El descubrimiento y la identificación del arma

Poco después de los disparos, la policía comenzó a registrar el Texas School Book Depository. Los agentes buscaban al responsable del asesinato y también cualquier evidencia que pudiera indicar desde dónde habían sido efectuados los disparos. En el sexto piso se encontraron casquillos, y posteriormente apareció el rifle, oculto entre cajas, cerca de una ventana desde la que era posible observar Elm Street. Su posición resultaría inmediatamente significativa: no se había encontrado abandonado en cualquier lugar del edificio, sino precisamente en el nivel desde el que, según la teoría de la Comisión Warren, habían sido efectuados los disparos.

El arma era un fusil italiano **Carcano M91/38**, calibre 6,5 × 52 mm, fabricado en Italia y posteriormente vendido en Estados Unidos. Poseía un número de serie que permitió identificarlo: **C2766**. Esa identificación fue importante porque permitió seguir su historia comercial, y esa historia conduciría directamente a Oswald: la investigación descubrió que el rifle había sido adquirido por correo utilizando un nombre falso, **A. Hidell**, un nombre que no era desconocido para los investigadores, porque aparecía relacionado con Lee Harvey Oswald en otros documentos. La conexión entre Oswald y el rifle no dependía, por tanto, exclusivamente de encontrar el arma en el edificio: existía además una relación documental. Pero todavía había que demostrar que Oswald había tenido físicamente el rifle.

El pedido había sido realizado mediante correo, bajo el nombre de A. Hidell, con el pago efectuado mediante un giro postal. La documentación de la compra permitió establecer una conexión entre el comprador ficticio y Oswald, y esto constituyó una pieza importante porque transformaba el rifle de un objeto anónimo encontrado en una escena criminal en un objeto con una historia previa identificable. El número de serie del arma permitió, además, realizar una

trazabilidad particularmente sólida: no se trataba de un arma sin historia, sino de una pieza con una identificación individual que permitió vincularla con documentos comerciales, y esos documentos condujeron al nombre de A. Hidell. La investigación pudo entonces establecer una cadena: fabricante, distribuidor, vendedor, comprador, y finalmente Oswald. Esta cadena documental es uno de los aspectos más sólidos de toda la evidencia relacionada con el arma.

¿Por qué utilizó Oswald el nombre A. Hidell? La respuesta tiene relación con sus actividades anteriores y con otros documentos: el nombre aparece asociado a una identidad ficticia que Oswald ya utilizaba en otros contextos. La compra del rifle bajo ese nombre no fue una casualidad; demuestra intención de ocultar la identidad del comprador, algo particularmente significativo porque el objeto adquirido era precisamente un rifle. Pero incluso aquí debemos mantener la precisión: comprar un arma bajo un nombre falso no demuestra intención de asesinar al presidente. Demuestra posesión o adquisición encubierta de un arma. La conexión criminal surge únicamente cuando se combina con la evidencia de Dealey Plaza.

La fotografía del patio

Aquí aparece una de las pruebas fotográficas más controvertidas del caso. En 1963 habían aparecido fotografías de Oswald sosteniendo un rifle en el patio de una vivienda, junto con publicaciones políticas. Durante décadas fueron objeto de controversia: el propio Oswald afirmó que algunas fotografías habían sido manipuladas, y la investigación posterior intentó determinar si realmente se trataba de imágenes auténticas.

La comparación visual resultó significativa: el rifle que aparece en las fotografías presenta características compatibles con el Carcano encontrado en el Texas School Book Depository — longitud, configuración, correa, mira y otros detalles visibles—. La coincidencia no era, por sí sola, una prueba balística, pero sí reforzaba la relación entre Oswald y el arma. Las fotografías cumplen, en la cadena completa de evidencia, una función intermedia particularmente importante: la documentación comercial demuestra que el arma estaba relacionada con una identidad ficticia asociada a Oswald; la fotografía demuestra que Oswald tenía físicamente un rifle de esas características; el arma encontrada demuestra que ese mismo rifle estaba en el edificio. Cada eslabón, por separado, admite objeciones. Juntos, forman una cadena considerablemente más difícil de descartar.

Las huellas

El arma también fue sometida a análisis de huellas, y aquí conviene distinguir dos conceptos que no son equivalentes: las huellas dactilares y las huellas palmares —una huella palmar puede encontrarse en superficies diferentes de aquellas donde normalmente se busca una huella dactilar—. En el caso del Carcano, la evidencia más importante no fue una huella dactilar completa encontrada de manera espectacular, sino una **huella palmar** atribuida a Oswald. La Comisión Warren consideró esa evidencia significativa, pero existe una cuestión temporal que no puede

ignorarse: una huella indica contacto, no indica automáticamente cuándo se produjo ese contacto. Podía haberse producido antes del asesinato, durante la preparación del rifle, al transportar el arma, o en otro momento cualquiera. Por eso la huella debía combinarse siempre con las demás pruebas. También se analizaron las cajas de cartón encontradas cerca de la ventana, y algunas presentaban huellas atribuibles a Oswald; la interpretación de estas huellas fue importante porque podía demostrar que había manipulado cajas próximas a la posición del disparo, pero nuevamente aparece la misma limitación: una huella demuestra contacto, no necesariamente el momento del contacto. La evidencia debía integrarse con la presencia de Oswald en el edificio y con la cronología del día.

Los casquillos y las marcas del arma

La evidencia más directa de que el Carcano había sido disparado en Dealey Plaza procedía de los tres casquillos encontrados en el sexto piso. Su calibre era compatible con el rifle, y el análisis balístico permitió relacionarlos con el arma —una conexión mucho más sólida que una simple coincidencia de calibre, porque un mismo calibre puede ser utilizado por diferentes armas—. Cuando un cartucho es disparado, diferentes partes del mecanismo pueden dejar marcas características sobre el casquillo: el percutor, la recámara, el extractor y el eyector. Estas marcas pueden establecer una relación entre un casquillo y un arma concreta, y los examinadores concluyeron que los tres casquillos recuperados del sexto piso habían sido disparados por el Carcano encontrado allí. Esto proporcionaba una conexión física extraordinariamente importante.

La existencia de tres casquillos tiene, además, una importancia cronológica: la Comisión Warren sostuvo que Oswald había disparado tres veces, dos de las cuales habrían producido los impactos que alcanzaron a Kennedy y Connally, mientras que la tercera habría fallado. En esta reconstrucción, tres casquillos equivalen a tres disparos desde el sexto piso, y la película de Zapruder debía utilizarse entonces para determinar cuáles de esos disparos podían corresponder a las reacciones observadas.

La ventana más importante del sexto piso era, precisamente, la conocida como sniper's nest, desde donde existía una línea de visión directa hacia Elm Street: el rifle estaba allí, los casquillos estaban allí, y la trayectoria era compatible con esa posición. La combinación de las tres evidencias era considerablemente más fuerte que cualquiera de ellas por separado.

La bala CE 399, brevemente reconsiderada

En este punto de la cadena aparece nuevamente CE 399, la bala examinada en profundidad en un capítulo anterior. Conviene recordar su lugar en esta reconstrucción sin repetir todo su análisis: si CE 399 realmente atravesó a Kennedy y Connally —entrando por la espalda del presidente, saliendo por su cuello, entrando en la espalda de Connally, atravesando su tórax, golpeando su muñeca y alojándose finalmente en su muslo—, entonces una de las mayores objeciones a la teoría de un único tirador pierde fuerza. La geometría de esa trayectoria depende

de la posición relativa exacta de ambos hombres —Connally sentado más abajo y hacia un lado, ambos cuerpos capaces de inclinarse y girar durante el trayecto—, y tanto la Comisión Warren como la HSCA concluyeron que esa geometría era posible. Connally, sin embargo, sostuvo siempre que no había sido alcanzado por el mismo disparo que Kennedy —su impresión personal era que había escuchado un disparo y que después había sido alcanzado por otro—, aunque la percepción subjetiva del intervalo temporal en una situación traumática presenta una dificultad conocida: la experiencia del tiempo puede diferir considerablemente de su duración real. Por eso el testimonio de Connally debe compararse siempre con la película de Zapruder, que permite observar objetivamente cuándo comienza su reacción, independientemente de lo que él recordara después.

El movimiento de Oswald: Marion Baker y el segundo piso

El problema central pasa entonces del rifle a la persona. ¿Estaba Oswald en el edificio? Sí, trabajaba allí. ¿Tenía relación con el rifle? La documentación de compra y las fotografías apuntaban hacia él. ¿Había manipulado el arma? La evidencia de huellas apuntaba hacia él. ¿El arma había sido utilizada para disparar en Dealey Plaza? Los casquillos y la balística apuntaban hacia ella. La cadena comenzaba a cerrarse. Pero todavía faltaba una pregunta decisiva: ¿dónde estaba Oswald cuando se produjeron los disparos?

Los testimonios situaron a Oswald en diferentes lugares del edificio durante la mañana; después de los disparos, algunos trabajadores lo vieron, otros no. La hipótesis oficial sostenía que Oswald se encontraba en el sexto piso cuando disparó, y que después habría abandonado rápidamente esa zona, bajando por las escaleras hasta aparecer en el segundo piso. Uno de los episodios más importantes de esa reconstrucción ocurrió cuando el agente de policía **Marion**

Baker entró en el edificio: había escuchado los disparos y corrió hacia el interior, y en las escaleras se encontró con un hombre. Ese hombre era Lee Harvey Oswald. Baker estaba acompañado por Roy Truly, supervisor del edificio, y el encuentro fue extraordinariamente importante porque situaba a Oswald dentro del edificio pocos minutos después de los disparos.

La secuencia temporal resulta crucial: Baker llegó al edificio muy poco después de los disparos, y encontró a Oswald en el segundo piso, no en el sexto. Si la teoría oficial era correcta, eso significaba que Oswald había tenido que desplazarse desde la posición de tiro hasta el segundo piso en un intervalo muy corto. La pregunta era si tenía tiempo suficiente para hacerlo, y la Comisión Warren concluyó que sí, aunque la reconstrucción temporal exacta merece un análisis propio, porque exige conocer la posición exacta del rifle, la ruta utilizada, la velocidad de desplazamiento, la posición de los testigos, y el momento preciso del encuentro con Baker; pequeñas diferencias temporales pueden cambiar por completo la interpretación.

El encuentro se produjo cerca de una máquina de bebidas. Baker declaró posteriormente que Oswald parecía tranquilo, que no llevaba un rifle, y que no parecía estar huyendo. Esto fue utilizado por algunos investigadores como argumento contra su culpabilidad, pero también

admite otra lectura: si Oswald había abandonado el sexto piso antes de encontrarse con Baker, la ausencia del rifle sería exactamente lo esperable. La cuestión depende, en última instancia, de la secuencia temporal exacta.

La cadena de custodia y sus límites

Existe, además, otro aspecto fundamental: la cadena de custodia. Una evidencia física solamente tiene valor si podemos establecer razonablemente quién la encontró, cuándo, dónde, cómo fue manipulada, dónde fue almacenada, y quién la examinó. En un caso tan controvertido como el asesinato de Kennedy, esta cuestión adquiere una importancia extraordinaria: una evidencia puede ser auténtica, pero si su procedencia no puede reconstruirse con claridad, su valor probatorio disminuye. El arma fue fotografiada y examinada por los agentes, y posteriormente pasó a manos de especialistas que realizaron pruebas balísticas y documentaron sus características. La cadena de custodia del rifle fue objeto de estudio precisamente porque el caso se convirtió en uno de los expedientes criminales más importantes de la historia estadounidense, pero no existe una demostración sólida de que el rifle presentado como evidencia hubiera sido sustituido por otro. La hipótesis de una sustitución requiere evidencias específicas que, hasta hoy, no han aparecido.

Esto no significa que toda la investigación del arma fuera perfecta: hubo confusión inicial, los agentes no conocían todavía la importancia que tendría cada pieza, se realizaron identificaciones apresuradas, y existieron errores administrativos y diferencias en algunos registros. Pero debemos distinguir cuidadosamente entre la imperfección de una investigación — documentada en numerosos aspectos del caso — y la manipulación deliberada de evidencia, que exige pruebas mucho más fuertes que las disponibles hasta ahora.

El argumento del «rifle plantado»

La hipótesis alternativa sería que alguien colocó el rifle en el sexto piso después del asesinato para incriminar a Oswald. Para que esa hipótesis fuera cierta, deberían explicarse varios hechos simultáneamente: ¿cómo llegó allí un rifle comprado bajo un nombre vinculado a Oswald? ¿Por qué era compatible con las fotografías? ¿Por qué los casquillos encontrados fueron disparados por ese mismo rifle? ¿Por qué existían huellas relacionadas con Oswald? ¿Cómo se coordinó todo esto sin dejar evidencia independiente? Una conspiración de este tipo es lógicamente posible. Pero su plausibilidad depende enteramente de la evidencia disponible, y una investigación rigurosa no debe descartar una hipótesis simplemente porque sea compleja, aunque tampoco debe aceptarla solo porque sea posible. Debe preguntarse qué evidencia adicional exige: si el rifle fue plantado, debería existir alguna evidencia de esa operación; si hubo un segundo tirador, debería existir alguna evidencia de su presencia; si los casquillos fueron manipulados, debería existir alguna evidencia de esa manipulación; si las fotografías fueron falsificadas, deberían existir pruebas de falsificación. La ausencia de esas pruebas no demuestra que una

conspiración fuera imposible. Pero sí aumenta considerablemente la carga probatoria de esa hipótesis.

Lo que el arma demuestra, y lo que no demuestra

Llegados a este punto debemos evitar otro error: demostrar que el Carcano fue utilizado en Dealey Plaza no demuestra automáticamente que Oswald disparara todas las balas. Podría haber otra persona utilizando el arma; podría haber existido una conspiración; podrían existir otros tiradores. La evidencia del arma demuestra algo más concreto: que un rifle relacionado de manera significativa con Oswald fue utilizado en el escenario del asesinato. La atribución personal de los disparos requiere el resto de la cadena.

Sin embargo, cuando combinamos el rifle con la evidencia restante, aparece una estructura considerablemente más difícil de ignorar: Oswald tenía acceso al edificio; el rifle estaba relacionado documentalmente con él; había sido fotografiado con un arma compatible; el rifle apareció en el lugar desde donde podían efectuarse los disparos; los casquillos encontrados allí fueron disparados por ese rifle; se encontraron huellas relacionadas con Oswald; y Oswald fue localizado dentro del edificio inmediatamente después del asesinato. La cuestión ya no es si existe una evidencia aislada, sino si toda esa cadena puede explicarse razonablemente como una coincidencia.

Pero todavía queda un problema. Incluso aceptando toda esta cadena, debemos explicar la trayectoria exacta de los proyectiles: una cosa es demostrar que el rifle disparó, y otra muy distinta es demostrar qué disparos efectuó, a quién alcanzaron, cuántos fueron, y si las heridas de Kennedy y Connally pueden proceder efectivamente de ellos. El rifle de Carcano constituye, en definitiva, una de las piezas más importantes de la evidencia física: su presencia en el Texas School Book Depository no fue un hallazgo aislado, existe una cadena documental que lo relaciona con Oswald, existe evidencia fotográfica compatible con esa relación, existe evidencia de contacto, los casquillos recuperados fueron relacionados con el arma, y su posición era compatible con la teoría de los disparos desde el edificio. Pero una investigación rigurosa debe detenerse exactamente aquí. El rifle demuestra mucho. No demuestra todo.

Para completar la cadena necesitamos ahora abandonar el arma y regresar a la persona que, según toda esta evidencia, la utilizó. Porque hasta aquí hemos estudiado objetos: un rifle, unos casquillos, una bala, unas fotografías. Ha llegado el momento de estudiar a un hombre. Quién era Lee Harvey Oswald antes de convertirse en el nombre más discutido de la historia estadounidense del siglo XX; qué lo llevó de los Marines a la Unión Soviética, y de la Unión Soviética de regreso a Estados Unidos; y qué relación tuvo, en los meses previos al 22 de noviembre, con Cuba, con México, y con las organizaciones que vigilaban de cerca cada uno de sus movimientos.

CAPÍTULO X

CE 399: el balance final de la bala única

Hemos dedicado ya un capítulo entero a reconstruir la trayectoria de CE 399, sus heridas, su geometría y sus controversias. No es necesario repetir ese análisis; conviene, en cambio, cerrarlo con la pieza que todavía faltaba: lo que el análisis por activación neutrónica de la HSCA reveló sobre el número total de proyectiles involucrados en el asesinato.

La técnica permite comparar la composición elemental de distintas muestras metálicas, y en el caso Kennedy se utilizó para comparar los fragmentos recuperados —de la limusina, de la muñeca de Connally y del cráneo de Kennedy— con CE 399 misma. El resultado fue doblemente significativo. Por un lado, reforzó la relación entre CE 399 y los fragmentos extraídos de la muñeca de Connally, apoyando la hipótesis de que ambos procedían de la misma bala. Por otro lado, y quizá más importante, el análisis no encontró evidencia de un tercer proyectil entre los fragmentos suficientemente grandes para ser examinados: toda la evidencia química recuperada resultaba compatible con solamente **dos balas** —una correspondiente a CE 399 y a la muñeca de Connally, y otra correspondiente a los fragmentos de la limusina y del cráneo de Kennedy—.

Esto tiene una consecuencia directa sobre la arquitectura completa del caso. Si solo dos proyectiles dejaron fragmentos identificables, la necesidad de introducir un tercer o cuarto disparo capaz de alcanzar a alguien se reduce considerablemente, reforzando —desde una disciplina distinta a la balística de heridas y a la geometría ya estudiadas— la misma conclusión: que la secuencia de Dealey Plaza es explicable con el número de proyectiles compatibles con un único rifle disparado por una sola persona, sin que eso demuestre todavía, por sí solo, que esa persona actuó sola.

Conviene, sin embargo, mantener la cautela metodológica que hemos aplicado a toda evidencia de este caso: el análisis por activación neutrónica establece relaciones químicas entre muestras, no reconstruye posiciones, momentos ni direcciones. Su valor es real, pero limitado, y solo adquiere su fuerza completa cuando se combina —como en efecto se combina— con la medicina, la fotografía y la geometría ya examinadas.

CE 399 puede explicar, entonces, una parte fundamental del asesinato. Pero no explica por sí sola quién disparó, no demuestra que Oswald actuara solo, y no elimina la posibilidad lógica de otros tiradores. Es una pieza extraordinariamente importante. Sigue siendo, sin embargo, una pieza entre muchas —y todavía queda una cuestión crítica que depende directamente de la exactitud de las heridas mismas: qué ocurrió realmente con el cuerpo de Kennedy durante la autopsia, un terreno que ya hemos recorrido en detalle, y al que ahora sumaremos la pregunta que falta responder: quién era, verdaderamente, Lee Harvey Oswald.

Lee Harvey Oswald: el hombre en el centro del enigma

Después de revisar las heridas, las trayectorias, la bala CE 399, la autopsia de Bethesda, la controversia acústica y el rifle de Carcano, la investigación conduce inevitablemente hacia un nombre: **Lee Harvey Oswald**. En torno a él se concentran algunas de las evidencias materiales más importantes del caso. Pero también algunas de las circunstancias más desconcertantes. Oswald no apareció en Dallas de la nada. Tenía una historia: había servido en los Marines, había viajado a la Unión Soviética, había intentado establecer una nueva vida en Minsk, había regresado a Estados Unidos con su esposa soviética, había desarrollado actividades políticas relacionadas con Cuba, había viajado a México, había sido investigado por el FBI, y finalmente trabajaba en el mismo edificio desde el cual la investigación oficial situaría los disparos contra la caravana presidencial. La pregunta ya no es solamente quién disparó. Es otra: ¿quién era realmente Lee Harvey Oswald?

Una infancia sin padre

Lee Harvey Oswald nació el 18 de octubre de 1939 en Nueva Orleans, Luisiana. Su padre, Robert Edward Lee Oswald, había muerto antes de su nacimiento, y Oswald creció junto a su madre, Marguerite —una mujer de personalidad fuerte, con quien mantuvo una relación compleja— y sus dos hermanos mayores, Robert y John. La familia atravesó dificultades económicas, los cambios de residencia y de escuela fueron frecuentes, y la vida doméstica no proporcionó una estructura particularmente estable. Este contexto sería posteriormente utilizado por diferentes biógrafos para explicar determinados rasgos de su personalidad, pero conviene evitar convertir una infancia problemática en una explicación automática de un asesinato.

Oswald tuvo dificultades de adaptación escolar y llegó a abandonar temporalmente los estudios durante su adolescencia; su formación académica quedó incompleta, pero desarrolló una notable capacidad autodidacta. Leía con interés particular sobre temas políticos e históricos, y durante esa etapa comenzó a identificarse con ideas marxistas —una identificación que fue intensificándose con los años, aunque nunca de manera teóricamente sofisticada—. Aprendió ruso por iniciativa propia, una decisión que resultaría extraordinaria años después: un joven estadounidense de los años cincuenta decidiendo aprender la lengua del principal adversario geopolítico de su país. Quienes lo conocieron durante esa etapa describieron a un joven reservado, poco sociable, capaz de mostrarse obstinado y de reaccionar con hostilidad cuando se sentía cuestionado.

Los Marines

En octubre de 1956, poco antes de cumplir diecisiete años, Oswald se incorporó al **Cuerpo de Marines de Estados Unidos**. La decisión era significativa: los Marines proporcionaban entrenamiento militar, disciplina, estructura y manejo de armas de fuego. Recibió entrenamiento básico y formación relacionada con el uso de rifles, obteniendo la clasificación de **Sharpshooter**. Este dato adquiriría enorme importancia después del asesinato: si Oswald era efectivamente el autor de los disparos desde el sexto piso, su experiencia militar ayudaba a explicar su capacidad para utilizar un rifle. Pero conviene mantener una diferencia esencial —saber disparar no demuestra haber disparado a Kennedy—; es evidencia contextual, no prueba individual del crimen. Su desempeño como tirador fue suficiente para demostrar competencia, aunque no lo situó entre los mejores tiradores de los Marines, lo que ha dado lugar a interpretaciones opuestas: para algunos, su entrenamiento demuestra que podía realizar los disparos; para otros, su rendimiento cuestiona que pudiera ejecutar una secuencia especialmente exigente. Mientras estaba en el servicio militar, continuó estudiando ruso por su cuenta.

La desertión y Moscú

En 1959, poco antes de finalizar el período completo que se esperaba de él, Oswald abandonó los Marines —afirmó que necesitaba atender a su madre— y viajó a Europa con destino final a la Unión Soviética. No fue una decisión improvisada: había preparado el viaje. Llegó a Moscú en octubre de 1959, con apenas veinte años, y se presentó como alguien dispuesto a abandonar Estados Unidos; en determinados momentos afirmó haber renunciado a su ciudadanía estadounidense. Las autoridades soviéticas no lo trataron inmediatamente como un héroe: la Unión Soviética desconfiaba de los extranjeros, y un joven marine que llegaba afirmando ser marxista podía ser considerado tanto una oportunidad propagandística como un posible agente. Durante un período en un hotel de Moscú, Oswald manifestó ideas suicidas, y la situación fue suficientemente preocupante como para requerir atención médica y, posteriormente, su ingreso en un centro psiquiátrico. El episodio resulta importante para comprender su personalidad, aunque debe evitarse una interpretación retrospectiva simplista: una crisis no demuestra incapacidad para tomar decisiones racionales.

Después de ese período, las autoridades soviéticas le permitieron permanecer en el país. En 1960 fue trasladado a **Minsk**, donde recibió un apartamento y un trabajo como operario de fábrica. Llevaba allí una vida modesta, con dificultades para integrarse socialmente; para muchos ciudadanos soviéticos, Oswald era una rareza: un estadounidense, exmilitar, que había decidido vivir en la Unión Soviética. El KGB mantuvo registros sobre él —una vigilancia no extraordinaria para un extranjero con antecedentes militares, pero que adquiriría enorme importancia para quienes investigaron después el asesinato de Kennedy—. No existe evidencia

concluyente de que Oswald fuera reclutado por la inteligencia soviética, pero esa posibilidad sería examinada repetidamente en los años siguientes.

Marina y el regreso

En Minsk, Oswald conoció a **Marina Prusakova**, una joven ciudadana soviética; la relación avanzó rápidamente, y se casaron en abril de 1961. El matrimonio cambió completamente su situación: ya no estaba solo, tenía una esposa soviética, y posteriormente tendrían una hija. Comenzó entonces a considerar su regreso a Estados Unidos —un giro particularmente interesante, porque el hombre que había declarado su rechazo a su país de origen ahora quería regresar—. La experiencia soviética no había cumplido todas sus expectativas: la vida cotidiana era difícil, el trabajo poco estimulante, y la sociedad soviética no se parecía necesariamente a la imagen idealizada que Oswald había construido desde Estados Unidos. Había imaginado una sociedad y encontró otra, y esa experiencia produjo una transformación en su relación con sus propias ideas políticas, sin que abandonara completamente el marxismo.

En 1962, Oswald regresó a Estados Unidos acompañado por Marina y su hija. El gobierno estadounidense permitió el retorno, e incluso le proporcionó asistencia financiera para el viaje —un detalle extraordinario desde el punto de vista político: había desertado, había vivido en la Unión Soviética, había declarado su oposición a Estados Unidos, y sin embargo pudo regresar sin mayores obstáculos—. Existen varias explicaciones posibles: el gobierno podía considerar que Oswald no representaba una amenaza real, o podía interesarle conocer qué había hecho durante su estancia soviética. Pero no existe evidencia suficiente para afirmar que su regreso formara parte de una operación de inteligencia. Marina llegó a un país completamente diferente, sin hablar inglés con fluidez y dependiendo de su esposo; la pareja se estableció en el área de Dallas-Fort Worth, donde Oswald buscó trabajo en medio de una situación económica que continuó siendo inestable. Ya no era exactamente el joven que había abandonado Estados Unidos: había vivido casi tres años en la Unión Soviética, había formado una familia, y regresaba con nuevas experiencias políticas.

El activista de Nueva Orleans

A partir de ese momento, su actividad política aumentó. Oswald comenzó a identificarse públicamente con el **Fair Play for Cuba Committee**, organización que defendía el derecho de Cuba a desarrollar su revolución sin intervención estadounidense, y llegó a fundar una delegación local en Nueva Orleans, donde vivió durante buena parte de 1963. Aquí aparece un rasgo importante de su personalidad: no era simplemente un simpatizante privado. Quería ser visto. Distribuía material, participaba en manifestaciones, entregaba folletos, buscaba publicidad para su causa, y llegó a aparecer en fotografías relacionadas con esas actividades. Eso significa que, antes del asesinato, ya existía documentación pública sobre su identidad política.

En agosto de 1963 fue detenido después de una confrontación callejera relacionada con la distribución de panfletos del Fair Play for Cuba, en un episodio protagonizado también por

Carlos Bringuier, un exiliado cubano opuesto a Castro. El enfrentamiento resulta llamativo por su misma naturaleza pública: Oswald defendía a Castro, Bringuier lo combatía, y ambos terminaron interactuando directamente ante la policía y la prensa. El periodista William Gaudet, que había observado la actividad de los panfletos, ayudó a que la prensa se interesara en el episodio, y Oswald aprovechó la detención para conceder una entrevista, presentándose como representante del comité. Su comportamiento parecía deliberadamente público: si pretendía realizar una operación secreta, esa conducta resulta difícil de explicar. Caben varias lecturas — que simplemente quisiera convertirse en activista, que buscara construir una identidad política, o que su actividad pública fuera utilizada, como sostienen algunos investigadores, para fabricar deliberadamente una imagen—.

El general Walker

En abril de 1963 ocurrió otro episodio fundamental. Oswald disparó contra la residencia del general retirado **Edwin Walker**, una figura política de extrema derecha y fervientemente anticomunista. El disparo no alcanzó a Walker, y durante algún tiempo el hecho no fue atribuido públicamente a Oswald; sin embargo, después de su muerte aparecieron notas manuscritas y otros elementos que permitieron relacionarlo con el intento. Si Oswald fue realmente responsable del ataque, el episodio tiene una enorme importancia: demostraría que, meses antes del asesinato de Kennedy, ya había utilizado un arma de fuego contra una figura política. Pero existe una diferencia fundamental —el ataque contra Walker no demuestra que Oswald asesinara a Kennedy—; sí proporciona, en cambio, un antecedente conductual relevante. Y aquí aparece una característica desconcertante de su perfil: Walker representaba una corriente radicalmente anticomunista, mientras que Oswald había expresado simpatías comunistas y pro-Cuba. Si se acepta su responsabilidad en ambos episodios, su violencia política no encaja perfectamente en una sola dirección. No era simplemente un militante que atacaba a enemigos de Castro, ni un activista de extrema derecha: su trayectoria ideológica era considerablemente más compleja y contradictoria de lo que cualquier explicación simple permite.

México, brevemente

En septiembre de 1963, pocas semanas antes del asesinato, Oswald viajó a **Ciudad de México**, donde visitó las embajadas soviética y cubana con el objetivo de obtener documentación para viajar a Cuba y posteriormente regresar a la Unión Soviética. Este episodio —que incluye su contacto con el funcionario soviético Valeriy Kostikov, vinculado según investigaciones posteriores a una sección del KGB relacionada con operaciones— resultará decisivo para comprender qué sabían las agencias de inteligencia antes de Dallas, y merece un capítulo propio, al que llegaremos más adelante. Baste aquí con establecer el hecho central:

pocas semanas después de ese viaje, Oswald regresó a Dallas, encontró trabajo, y comenzó a trabajar en el **Texas School Book Depository**.

El rifle, las huellas y las fotografías del patio

Y entonces aparece la pieza material decisiva: el rifle **Mannlicher-Carcano** de calibre 6,5 mm encontrado en el sexto piso del edificio, que la investigación estableció había sido adquirido por correo bajo el nombre falso de **A. Hidell** —una identidad que Oswald ya utilizaba en otros documentos—. Éste es uno de los vínculos materiales más importantes del caso: ya no se trata solamente de opiniones políticas, sino de un arma. La evidencia física no terminaba en la documentación de compra: se recuperó una huella de la palma de Oswald en el cañón desmontado del rifle, y también aparecieron huellas suyas en las cajas de cartón que componían el llamado «nido de tirador». Una compra puede ser indirecta y una fotografía puede discutirse, pero una huella constituye una forma diferente de asociación física —aunque, como ya hemos visto en el capítulo dedicado al rifle, una huella demuestra contacto, no necesariamente el momento de ese contacto.

Existe, además, otro conjunto de imágenes conocidas como las **Backyard Photos**: fotografías en las que Oswald aparece sosteniendo el rifle Carcano y un revólver, en el patio de una vivienda. El propio Oswald afirmó posteriormente que algunas eran falsas, lo que alimentó durante décadas la discusión sobre su autenticidad; los análisis técnicos posteriores — examinados con más detalle en el capítulo sobre el rifle— no encontraron evidencia sólida de manipulación. El revólver que aparece en esas fotografías adquiriría, a su vez, una importancia crucial, porque Oswald sería acusado también del asesinato del agente de policía **J. D. Tippit**, ocurrido aproximadamente una hora después del ataque a Kennedy. Fue detenido poco después en el Texas Theatre, tras resistirse a la policía con un revólver. En pocas horas había pasado de ser un empleado prácticamente desconocido del Depósito de Libros a convertirse en el principal sospechoso de dos asesinatos.

La acumulación de evidencia, y sus límites

Si observamos ahora las piezas juntas, la situación resulta extraordinaria: un hombre con entrenamiento militar; un rifle adquirido bajo un nombre falso; el mismo rifle encontrado en el lugar desde donde se situaron los disparos; sus huellas asociadas al arma y al lugar; fotografías que lo muestran sosteniendo el rifle; un historial político radical; un intento previo contra Edwin Walker; y su posterior detención por el asesinato de Tippit. Esta acumulación es lo que convierte a Oswald en el centro de la investigación. Pero acumulación no significa explicación total: cada pregunta —¿por qué estaba en el edificio? porque trabajaba allí; ¿por qué estaba relacionado con el rifle? porque lo había comprado; ¿por qué había huellas? porque lo había manipulado— debe responderse por separado, y ninguna, aislada, demuestra la culpabilidad completa.

Cuando observamos retrospectivamente su trayectoria completa —Marine, desertor, residente en la Unión Soviética, esposo de una mujer soviética, regresado a Estados Unidos, activista pro-Cuba, presunto atacante de Walker, trabajador en Dallas, sospechoso del asesinato de Kennedy—, el conjunto parece diseñado para una novela. Pero fue una vida real, y precisamente por eso debemos desconfiar de los perfiles psicológicos construidos después del asesinato: es tentador explicar el crimen diciendo que «Oswald era exactamente el tipo de persona capaz de hacerlo», pero eso no es una prueba. Una persona puede tener una personalidad inestable y no cometer un asesinato; otra puede parecer completamente normal y cometerlo. La investigación debe concentrarse en los hechos verificables.

Un hombre que no pudo ser interrogado

Existe una circunstancia que transformó para siempre la investigación: Oswald nunca llegó a ser juzgado. No pudo prestar declaración ante un tribunal, ni responder formalmente a las acusaciones, ni ser interrogado públicamente durante un proceso judicial. Dos días después del asesinato de Kennedy fue asesinado por Jack Ruby. Habló con periodistas, habló con policías, negó ser responsable del asesinato —pero nunca tuvo la oportunidad de presentar una defensa completa ante un tribunal—, y su muerte convirtió cualquier explicación posterior sobre sus motivaciones en una reconstrucción basada en documentos, testimonios y evidencias indirectas. Ésta es una de las razones por las que su figura continúa generando controversia.

Con el paso del tiempo, Oswald dejó de ser simplemente un individuo para convertirse en un símbolo: para algunos, el asesino solitario; para otros, el chivo expiatorio perfecto; para otros más, un agente utilizado por fuerzas que nunca llegaron a ser identificadas. Pero antes de convertirlo en cualquiera de esas figuras hay que regresar al expediente y preguntarse, con toda la disciplina posible, qué podemos realmente demostrar.

El pasado de Oswald no demuestra que fuera culpable. Pero sí explica por qué, inmediatamente después del asesinato, las agencias de inteligencia comenzaron a examinarlo con extraordinaria atención: era imposible ignorar su relación con la Unión Soviética, con Cuba, con el marxismo, y con México. Quizá el mayor error sea intentar convertir a Oswald en una sola cosa —un héroe, un monstruo, un agente, un loco, un patriota, un comunista, un asesino—. Probablemente la realidad humana era más complicada que cualquiera de esas etiquetas.

Su vida contiene, en definitiva, demasiadas coincidencias para ser ignorada, y demasiadas lagunas para permitir una conclusión conspirativa automática. Su trayectoria lo llevó desde una infancia inestable hasta los Marines; de los Marines a la Unión Soviética; de la Unión Soviética de regreso a Estados Unidos; de Estados Unidos a una actividad política pro-Cuba; de Nueva Orleans a México; y de México nuevamente a Dallas. Después llegó Dealey Plaza. Después Tippit. Después el Texas Theatre. Y finalmente Jack Ruby. La historia parece avanzar hacia un único punto, pero una pregunta permanece abierta: ¿quién sabía que Lee Harvey Oswald terminaría exactamente donde terminó? Porque si Oswald actuó solo, su trayectoria puede entenderse como la evolución imprevisible de un individuo radicalizado. Pero si alguien lo

utilizó, su biografía podría contener las huellas de una operación que comenzó mucho antes del 22 de noviembre.

Para averiguarlo debemos entrar en el episodio que puede ser el más comprometedor de todos: México. Allí Oswald dejó registros, nombres, contactos y conversaciones que posteriormente serían examinados por la CIA, el FBI y la Comisión Warren. Y allí aparece un personaje cuyo nombre volverá una y otra vez a lo largo de esta investigación: Valeriy Kostikov.

Jack Ruby: el hombre que silenció al único sospechoso

A las 11:21 de la mañana del domingo 24 de noviembre de 1963, mientras la policía de Dallas trasladaba a Lee Harvey Oswald desde su celda hacia la cárcel del condado, un hombre emergió de entre la multitud reunida en el sótano de la sede policial y disparó un único tiro contra su abdomen. Las cámaras de televisión, que transmitían la operación en directo, captaron el instante exacto. Oswald fue trasladado al Parkland Memorial Hospital —el mismo hospital donde Kennedy había muerto dos días antes— y falleció a la 1:07 de la tarde. El hombre que había disparado se llamaba **Jack Ruby**, y con ese único gesto transformó para siempre la naturaleza de la investigación: el principal sospechoso del asesinato del presidente moría sin haber sido juzgado, sin haber podido declarar formalmente ante un tribunal, y sin dejar la posibilidad de que la sociedad conociera jamás su versión completa de los hechos bajo el escrutinio de un proceso judicial.

Jacob Rubenstein

Jack Ruby se llamaba, en realidad, **Jacob Rubenstein**. Era propietario de clubes nocturnos en Dallas, una figura conocida en determinados ambientes de la ciudad, descrita habitualmente como impulsiva y de temperamento agresivo. No era, en ningún sentido formal, un miembro de una organización de inteligencia ni un funcionario público: era un empresario del entretenimiento nocturno, con una red social considerablemente más amplia que la de un ciudadano ordinario, formada por artistas, empleados, clientes, promotores y, de manera particularmente relevante para lo que ocurriría después, un número significativo de policías de Dallas, a quienes solía ofrecer bebidas y entradas gratuitas a sus locales. Esta relación informal con el cuerpo policial no era, por sí sola, sospechosa —era una práctica habitual entre propietarios de clubes nocturnos en muchas ciudades estadounidenses—, pero adquiriría una importancia extraordinaria cuando Ruby consiguiera atravesar el dispositivo de seguridad organizado alrededor del principal sospechoso de un magnicidio.

La pregunta del acceso

La operación de traslado de Oswald era pública, conocida de antemano, y estaba siendo observada por decenas de periodistas y varias cámaras de televisión. Y sin embargo, un civil armado logró aproximarse lo suficiente como para disparar a corta distancia. La pregunta más incómoda del episodio no es únicamente por qué lo hizo Ruby, sino cómo pudo hacerlo: por dónde entró, cómo llegó hasta el sótano, cómo atravesó el dispositivo policial, y por qué pudo situarse tan cerca del detenido. La explicación más sencilla es un fallo de seguridad —el sótano estaba abarrotado, la transferencia se había convertido en un espectáculo mediático, y los agentes

trabajaban bajo una presión extraordinaria—, y un entorno de esas características puede explicar, sin necesidad de conspiración alguna, que un hombre con contactos informales entre la policía local consiguiera colarse. Pero la misma circunstancia admite una segunda lectura: si existiera una operación planeada para silenciar a Oswald, precisamente ese caos habría proporcionado la oportunidad ideal para alguien que conocía el terreno y a las personas que lo custodiaban.

La explicación de la Comisión Warren

La Comisión Warren concluyó que Ruby había actuado por iniciativa propia, sin cómplices, movido por un impulso esencialmente emocional: según esta interpretación, deseaba evitarle a Jacqueline Kennedy el sufrimiento de tener que regresar a Dallas para un juicio contra el asesino de su esposo. Ruby mismo ofreció explicaciones en esa línea, mezcladas con expresiones de patriotismo. La conclusión resultaba coherente con la tesis general de la Comisión: Oswald había actuado solo al matar a Kennedy, y Ruby había actuado solo al matar a Oswald. Dos episodios protagonizados por individuos aislados, sin conexión conspirativa entre ambos.

Esta explicación tiene, sin embargo, una dificultad evidente: Ruby no era simplemente un espectador emocionado que se dejó llevar por un impulso. Era un hombre que llevaba un arma, que tenía contactos, que poseía experiencia en ambientes conflictivos, y que disponía de la capacidad concreta para acercarse a Oswald en un momento extraordinariamente específico. Que su personalidad fuera compatible con un acto impulsivo no excluye que, al mismo tiempo, mantuviera relaciones que merecen una investigación más profunda. Ambas cosas pueden ser ciertas simultáneamente.

La HSCA y el patrón telefónico

La reapertura de la investigación durante la década de 1970 modificó considerablemente el panorama. La HSCA examinó con mucho mayor detalle las relaciones de Ruby con el crimen organizado, y encontró un volumen inusual de llamadas telefónicas entre Ruby y operadores vinculados a redes criminales en los meses anteriores al asesinato —comunicaciones asociadas,

entre otros, a **Carlos Marcello**, poderoso jefe criminal de Nueva Orleans, y **Santos**

Trafficante, figura destacada del crimen organizado en Florida y en las redes vinculadas a Cuba—. Ambos hombres tenían motivos documentados para sentir hostilidad hacia la administración Kennedy: Robert Kennedy, como fiscal general, había intensificado considerablemente la persecución federal contra el crimen organizado, y tanto Marcello como Trafficante habían sido blanco de esa presión.

Este hallazgo transformó la investigación: ya no podía limitarse a aceptar la explicación personal de Ruby sin examinar con quién hablaba, cuándo, cuánto tiempo, y qué relación tenían esas personas con el entorno criminal. Pero conviene mantener, aquí, la misma disciplina metodológica que hemos aplicado en capítulos anteriores: una llamada telefónica demuestra contacto, no demuestra el contenido de la conversación, y mucho menos demuestra una orden de

asesinato. Establecer una conspiración exige demostrar no solamente una relación, sino una intención, una comunicación específica, una coordinación y, finalmente, una acción resultante de esa coordinación. La HSCA consideró que las circunstancias del asesinato de Oswald eran compatibles con un silenciamiento por encargo del crimen organizado, y ésa es una afirmación completamente distinta de sostener que la HSCA demostró que Ruby recibió una orden de matar a Oswald. La distinción entre «compatible con» y «demostrado por» es, en este episodio como en tantos otros del caso, la línea que separa una investigación seria de una acusación prematura.

El motivo que falta

Aquí aparece, además, una dificultad adicional para la hipótesis mafiosa: si Ruby actuó para impedir que Oswald hablara, hace falta explicar qué podía revelar Oswald que resultara peligroso específicamente para el crimen organizado. La trayectoria conocida de Oswald lo relaciona mucho más claramente con Cuba, la Unión Soviética, el marxismo y sus actividades políticas personales que con estructuras mafiosas. Esto no descarta la hipótesis —existe la posibilidad de que Oswald hubiera sido utilizado como ejecutor o como chivo expiatorio sin formar parte consciente de una red más amplia, y que Ruby hubiera aparecido después simplemente para cerrar el círculo—, pero sí añade una capa considerable de complejidad: una operación de ese tipo requeriría seleccionar a Oswald, garantizar su posición en el Depository, asegurar el acceso al rifle, organizar los disparos, preparar una cobertura, y finalmente eliminar al sospechoso a través de un tercero. Cuantos más elementos coordinados exige una hipótesis, mayor es la cantidad de evidencia independiente que se necesita para sostenerla, y esa evidencia, hasta ahora, no ha aparecido de forma concluyente.

Tres muertes, una cadena incompleta

Ruby fue detenido de inmediato —no intentó huir, no abandonó Dallas— y posteriormente juzgado. Fue condenado a muerte; la condena fue anulada más tarde y se ordenó un nuevo juicio, pero Ruby nunca llegaría a enfrentarlo: murió de cáncer en 1967, mientras se encontraba bajo custodia. Su muerte cerró otra fuente potencial de información, del mismo modo que la muerte de Oswald había cerrado la posibilidad de un testimonio directo sobre el asesinato de Kennedy. La secuencia completa —Kennedy asesinado, Oswald detenido y muerto antes de ser juzgado, Ruby condenado y muerto antes de completar su propio proceso judicial— dejó a la investigación histórica sin ninguno de sus tres protagonistas centrales disponibles para el interrogatorio directo. Cada muerte prematura eliminó una fuente de información, y en ese vacío documental encontraron terreno fértil las teorías de conspiración: para sus defensores, la secuencia resulta demasiado conveniente para ser accidental; pero una coincidencia, por extraordinaria que parezca, sigue siendo una coincidencia hasta que aparece evidencia capaz de establecer una causalidad demostrable.

El equilibrio necesario

La posición más rigurosa no consiste en elegir prematuramente entre ambas explicaciones, sino en mantenerlas activas hasta que la evidencia permita descartar una de ellas. Lo que puede afirmarse con seguridad documental es lo siguiente: Ruby mató a Oswald; Ruby mantenía contactos frecuentes con policías de Dallas y con personas vinculadas al crimen organizado; la HSCA encontró un patrón de comunicaciones que consideró compatible con un posible silenciamiento; y no existe, en la documentación disponible, una prueba directa —una orden documentada, un pago identificado, un testigo directo de la instrucción— que demuestre que Ruby actuó siguiendo instrucciones de una organización criminal. Ambas hipótesis —el acto impulsivo de un hombre emocionalmente inestable, y el silenciamiento organizado por el crimen organizado— siguen siendo, con la evidencia actualmente disponible, posibilidades legítimas. Lo único que puede afirmarse sin reservas es que la muerte de Oswald privó a la historia de su testimonio directo, y que esa pérdida es, en sí misma, uno de los hechos más determinantes de todo el caso.

El puente hacia las agencias

La conducta de Ruby, sin embargo, no puede examinarse de forma aislada de una pregunta mucho más amplia. Si Oswald había sido vigilado antes del asesinato; si sus actividades políticas, su viaje a la Unión Soviética, su matrimonio con una ciudadana soviética y su reciente estancia en México eran ya conocidos por las agencias de inteligencia estadounidenses; y si esas agencias disponían de información sobre sus contactos antes del 22 de noviembre, entonces la investigación debe ampliarse necesariamente más allá de los individuos que estuvieron físicamente presentes en Dallas. Ya no basta con preguntar quién disparó, ni quién silenció al sospechoso. Hay que preguntar qué sabían la CIA y el FBI sobre Lee Harvey Oswald antes de que llegara a Dealey Plaza, y qué hicieron —o dejaron de hacer— con esa información.

CAPÍTULO XIII

México: Oswald, Cuba, la Unión Soviética y la CIA

Si existe un episodio capaz de transformar por completo la interpretación de la vida de Lee Harvey Oswald, es su viaje a Ciudad de México. Hasta ese momento, su trayectoria podía reconstruirse como la de un joven estadounidense políticamente radicalizado, con una experiencia excepcional en la Unión Soviética y una creciente actividad pública en favor de Cuba. Pero en México confluyen, en apenas unos días, los elementos que convertirían su historia en un problema de inteligencia internacional: Oswald, Cuba, la Unión Soviética y la CIA, todo ello concentrado en un viaje realizado apenas unas semanas antes del asesinato de John F. Kennedy.

El viaje y su propósito

Oswald salió de Nueva Orleans a finales de septiembre de 1963, viajó en autobús, cruzó la frontera siguiendo rutas comerciales ordinarias, y llegó a Ciudad de México con un objetivo concreto: obtener una visa cubana que le permitiera viajar a la isla y, desde allí, continuar eventualmente hacia la Unión Soviética. No era una decisión improvisada ni una fantasía abstracta: había defendido públicamente a la Cuba revolucionaria, había distribuido propaganda del Fair Play for Cuba Committee, y ahora pretendía convertir esa simpatía política en un desplazamiento real. México resultaba, para ese propósito, un destino lógico: era uno de los pocos países del hemisferio occidental donde podían encontrarse simultáneamente representantes diplomáticos de Cuba y de la Unión Soviética, lo que permitía a un viajero intentar resolver ambos trámites en una sola ciudad.

La gestión, sin embargo, no resultó sencilla. Las autoridades cubanas exigían determinados requisitos que Oswald no cumplía plenamente, y su solicitud de visa quedó vinculada a la obtención previa de documentación soviética —si conseguía el permiso cubano pero no el soviético, o viceversa, su itinerario completo quedaba en entredicho—. La burocracia diplomática se convirtió así en fuente de una frustración creciente, agravada por un rasgo de personalidad que ya conocemos: Oswald era impaciente, propenso a los enfrentamientos, y no siempre reaccionaba con diplomacia cuando las cosas no avanzaban a su ritmo.

La embajada soviética y Valeriy Kostikov

Para resolver la segunda parte de su plan, Oswald acudió también a la embajada soviética, donde entró en contacto con un funcionario cuyo nombre adquiriría, después del asesinato, una importancia extraordinaria: **Valeriy Vladimirovich Kostikov**. La inteligencia estadounidense identificaba a Kostikov como vinculado al **Departamento 13 de la KGB**, una estructura asociada a operaciones de sabotaje. La cadena resultaba, vista en retrospectiva,

inquietante: un antiguo marine estadounidense, desertor hacia la Unión Soviética, activista pro-Cuba, que ahora visitaba la embajada soviética y conversaba con un funcionario vinculado a una unidad de operaciones especiales, todo ello en las semanas inmediatamente anteriores al asesinato de un presidente.

Pero aquí es necesario aplicar, con especial rigor, una distinción que hemos sostenido a lo largo de todo este libro: contactar con un funcionario de una estructura de inteligencia no demuestra que Oswald recibiera instrucciones de él, ni que fuera, de ningún modo, un agente a su servicio. Una reunión puede ser burocrática, diplomática, política o personal, y para determinar cuál de esas posibilidades corresponde a este caso concreto necesitamos evidencia sobre el contenido y el propósito de la conversación —evidencia que, hasta hoy, no existe de forma concluyente—. Lo que sí sabemos es que la CIA consideraba a Kostikov una figura de interés operativo, y que por esa razón cualquier contacto suyo con un ciudadano estadounidense de antecedentes soviéticos activaba de inmediato los sistemas de vigilancia.

La vigilancia y sus límites

La CIA mantenía en Ciudad de México una estación con una intensa operación de vigilancia sobre las embajadas soviética y cubana: cámaras fotográficas registraban a quienes entraban y salían, y existían capacidades para interceptar determinadas comunicaciones telefónicas. El objetivo de ese dispositivo no era Oswald en particular, sino el seguimiento general de la actividad soviética y cubana en la región; pero cuando Oswald apareció en las inmediaciones de ambas embajadas, quedó automáticamente incorporado a ese sistema. Aquí aparece una de las grandes ironías del caso: Oswald probablemente no sabía hasta qué punto estaba siendo observado, pero la misma organización que después tendría que explicar qué sabía antes del asesinato ya disponía, en aquel momento, de información sobre sus movimientos. El problema histórico no fue, entonces, la ausencia de vigilancia. Fue qué se hizo, después, con la información obtenida.

Uno de los episodios más discutidos de todo el expediente mexicano es una llamada telefónica atribuida a Oswald, registrada por los sistemas de interceptación de la CIA. Después del asesinato, cuando esa grabación fue revisada, surgió un problema serio: la voz registrada no coincidía con claridad con la voz que posteriormente se atribuyó a Oswald, y en algunos informes la descripción física del hombre observado en las inmediaciones de las embajadas tampoco coincidía plenamente con la suya. Esto alimentó, durante décadas, la hipótesis de que alguien más podría haber estado utilizando su identidad —una posibilidad conocida en la literatura del caso como la hipótesis del «hombre equivocado» o del doble—. Conviene, sin embargo, aplicar aquí exactamente el mismo rigor metodológico que hemos aplicado a cualquier otra evidencia ambigua: una fotografía borrosa o una identificación vocal imperfecta no constituye, por sí sola, prueba de una operación de suplantación. Para aceptar la existencia de un doble deliberado tendríamos que demostrar que esa persona existía, que utilizaba conscientemente la identidad de Oswald, que tenía relación con alguna operación concreta, y que esa impostura perseguía un propósito identificable. Esa cadena de evidencia no existe. Lo más

probable, dada la calidad limitada de los sistemas de vigilancia de la época, es que estemos ante un problema técnico de identificación —las grabaciones no siempre eran nítidas, las fotografías no siempre eran utilizables, y los funcionarios trabajaban a menudo con descripciones incompletas—, no ante una operación de inteligencia paralela.

Información fragmentada, no necesariamente encubierta

La información recogida en México no permaneció allí: fue transmitida tanto a la sede central de la CIA como al FBI, que ya poseía un expediente sobre Oswald desde su época soviética. Esto demuestra que las autoridades estadounidenses tenían conocimiento, al menos parcial, de su actividad reciente antes de que llegara a Dallas. Y aquí surge la pregunta que dominará el resto de esta investigación: si las agencias conocían a Oswald, ¿por qué no fue considerado una amenaza mayor?

La explicación más sencilla es que Oswald no parecía representar, en aquel momento, una amenaza concreta: miles de personas en Estados Unidos simpatizaban con Cuba o con ideas marxistas sin convertirse jamás en actores violentos, y su perfil, por extraño que resultara, no se distinguía cualitativamente de otros expedientes de vigilancia rutinaria. Pero existe una explicación complementaria, menos dramática que una conspiración pero igualmente seria: la información sobre Oswald estaba fragmentada entre distintas organizaciones —la CIA poseía una parte, el FBI otra, el Departamento de Estado otra, la policía local otra—, y ninguna poseía necesariamente el cuadro completo. Las estructuras de inteligencia funcionan compartimentando información por razones operativas legítimas, pero esa misma compartimentación puede impedir que distintas piezas se conecten a tiempo. Error, negligencia y encubrimiento deliberado son tres explicaciones distintas para un mismo resultado —información incompleta—, y cada una tiene un significado histórico completamente diferente. Una investigación rigurosa no puede tratarlas como si fueran intercambiables.

El contradictorio comportamiento de un presunto agente secreto

Existe, además, un argumento de sentido común que merece conservarse: si Oswald hubiera sido efectivamente un agente clandestino, entrenado y disciplinado, su comportamiento resulta extraño en casi todos sus aspectos. Un agente secreto normalmente intenta reducir su exposición pública; Oswald parecía hacer exactamente lo contrario. Utilizaba su propio nombre en sus gestiones diplomáticas, había desarrollado una actividad política visible en Nueva Orleans, había sido detenido públicamente, había concedido entrevistas a la prensa. Caben varias explicaciones: que simplemente fuera torpe en materia de seguridad personal, que no fuera, de hecho, un agente de ninguna potencia extranjera, o que su perfil público hubiera sido construido deliberadamente por terceros para que, en caso de un futuro atentado, la responsabilidad pudiera dirigirse naturalmente hacia Cuba o la Unión Soviética —la hipótesis conocida como operación de

bandera falsa—. Esta última posibilidad no puede descartarse por principio, pero exige una advertencia metodológica importante: una hipótesis de bandera falsa puede explicar cualquier

anomalía precisamente porque convierte toda evidencia contraria en parte del propio encubrimiento, y una teoría que absorbe automáticamente cualquier objeción deja de ser verificable. La investigación histórica debe funcionar en la dirección opuesta: primero se establece la evidencia, y después se construyen las hipótesis compatibles con ella —no se parte de una conspiración y se seleccionan solamente los hechos que parecen confirmarla.

Lo que México demuestra, y lo que no demuestra

México demuestra que Oswald estaba inmerso, en las semanas previas al asesinato, en un entorno político internacional extraordinariamente sensible; que tenía un interés genuino y activo en viajar a Cuba y a la Unión Soviética; y que entró en contacto directo con funcionarios diplomáticos de ambos países, incluido uno vinculado por la CIA a una estructura de inteligencia. Pero México no demuestra que Oswald recibiera allí una orden para asesinar a Kennedy, ni que Cuba o la Unión Soviética hubieran organizado o autorizado un atentado —una operación de ese tipo habría implicado, para cualquiera de los dos países, un riesgo geopolítico extraordinario: si se hubiera descubierto una participación estatal directa, la respuesta estadounidense podía desembocar en una guerra, y ni Moscú ni La Habana tenían motivos racionales para asumir semejante apuesta apenas un año después de que el mundo hubiera estado al borde de un enfrentamiento nuclear por la Crisis de los Misiles—.

La Comisión Warren examinó el viaje mexicano y concluyó que, si bien Oswald había tenido contactos reales con ambas embajadas, no existían pruebas suficientes para establecer que esos contactos formaran parte de una conspiración. La HSCA, años más tarde, llegó a una conclusión más cautelosa pero relacionada: no encontró evidencia de que Oswald hubiera sido agente soviético o cubano, aunque sí identificó problemas serios en la manera en que las agencias habían manejado la información disponible antes del asesinato —problemas que alimentarían, más adelante, su propia conclusión sobre la probabilidad de una conspiración, aunque esa conclusión, como ya sabemos, dependió en gran medida de la evidencia acústica posteriormente cuestionada—.

El regreso a Dallas

Después de varios días infructuosos, Oswald abandonó México sin haber conseguido ninguna de las dos visas y regresó a Texas. Su vida pareció normalizarse: consiguió empleo en el Texas School Book Depository, continuó viviendo con Marina y sus hijas, y no dio ninguna señal pública de estar preparando algo extraordinario. El hombre que acababa de visitar las embajadas soviética y cubana en la capital mexicana terminó, semanas después, trabajando en el edificio que dominaba la ruta de la caravana presidencial —una coincidencia extraordinaria que, como toda coincidencia en este caso, sigue siendo exactamente eso hasta que aparezca evidencia capaz de convertirla en una conexión causal demostrada.

La pregunta que deja México, entonces, no es tanto «¿era Oswald un espía?», sino algo más preciso y más productivo desde el punto de vista histórico: ¿qué naturaleza tuvieron realmente

sus contactos con Cuba y la Unión Soviética, y qué comprendieron exactamente las agencias estadounidenses acerca de ellos antes del 22 de noviembre? Ésa es una pregunta documental, y puede investigarse examinando directamente el comportamiento de esas agencias —no solamente lo que hicieron, sino también lo que omitieron; no solamente lo que conservaron, sino también lo que desapareció de sus archivos; y no solamente lo que declararon después del asesinato, sino lo que habían escrito, con otro propósito y sin saber lo que vendría, antes de que ocurriera.

Las agencias de inteligencia: qué sabían antes de Dallas

El asesinato de John F. Kennedy no puede comprenderse completamente si se observa únicamente a los individuos que estuvieron físicamente presentes en Dallas. Existe otra dimensión del caso que transcurre lejos de Dealey Plaza: en despachos oficiales, en archivos de inteligencia, en informes de vigilancia, en memorandos internos y en documentos que, con el paso de las décadas, desaparecieron, fueron destruidos o permanecieron clasificados. Cuando la investigación abandona la escena del crimen y entra en el territorio de las agencias, la pregunta cambia de naturaleza. Ya no basta con preguntar qué ocurrió el 22 de noviembre. Hay que preguntar quién sabía qué, cuándo lo supo, y qué hizo —o dejó de hacer— con esa información.

Tres instituciones, tres funciones

En esta investigación aparecen tres organismos fundamentales, cada uno con una función distinta. La **CIA**, creada en 1947, desarrollaba inteligencia exterior: su mirada estaba puesta, sobre todo, en Cuba y en la Unión Soviética, los dos ejes de la amenaza estratégica en el hemisferio. El **FBI**, dirigido entonces por J. Edgar Hoover, operaba fundamentalmente dentro del territorio estadounidense, investigando actividades y amenazas internas. Y el **Servicio**

Secreto tenía una responsabilidad distinta y extraordinariamente concreta: proteger físicamente al presidente. La existencia de tres organismos con competencias diferentes significaba, desde el principio, que ningún servicio disponía necesariamente de toda la información relevante sobre un mismo individuo. La especialización permitía protección de fuentes y de métodos operativos; pero también podía producir compartimentos estancos, en los que un dato conocido por una oficina nunca llegaba a la que más lo necesitaba.

Lee Harvey Oswald no era, para ninguna de las tres instituciones, un desconocido absoluto. El FBI mantenía información sobre él desde su desertión a la Unión Soviética en 1959: el gesto de intentar renunciar a su ciudadanía estadounidense había sido suficientemente llamativo para atraer la atención de la contrainteligencia, y esa atención se mantuvo, con distinta intensidad, durante su estancia en Minsk, su regreso a Estados Unidos en 1962 junto a Marina, y su posterior activismo pro-Cuba en Nueva Orleans. La CIA, por su parte, había registrado directamente sus movimientos durante el viaje a Ciudad de México en septiembre de 1963: había interceptado llamadas relacionadas con las embajadas soviética y cubana, y había fotografiado sus entradas a ambas instalaciones. Es decir: la agencia no recibió información sobre Oswald únicamente después del asesinato, de manera retrospectiva. La había obtenido antes.

La nota de Hosty

Dentro de este entramado institucional aparece un episodio particularmente inquietante, y a diferencia de tantos otros elementos del caso, no se trata de una fotografía ambigua ni de una interpretación balística: se trata de un documento concreto que existió y que después dejó de existir. El agente del FBI **James P. Hosty**, con base en la oficina de Dallas, tenía responsabilidades de seguimiento sobre personas relevantes para la contrainteligencia, y Oswald había entrado en su ámbito de trabajo —Hosty había mantenido, incluso, contacto directo con Marina Oswald en relación con el expediente—. A comienzos de noviembre de 1963, pocas semanas antes del asesinato, Oswald dejó en la oficina del FBI una nota manuscrita dirigida a Hosty, en la que le exigía que dejara de interrogar a su esposa.

La existencia de esa nota demuestra, por sí sola, algo importante: que Oswald sabía que el FBI tenía interés activo en su entorno, y que la relación entre ambos no era abstracta ni distante. Pero lo verdaderamente significativo ocurrió después del asesinato: según las declaraciones posteriores del propio Hosty, sus superiores le ordenaron destruir la nota, y él la eliminó físicamente. El documento original nunca llegó a manos de los investigadores, y todo lo que sabemos hoy sobre su contenido depende de testimonios y reconstrucciones posteriores a su desaparición —una limitación que, como hemos aplicado sistemáticamente a lo largo de este libro, exige distinguir entre lo que alguien recuerda, lo que alguien declaró, y lo que puede verificarse de forma independiente—.

¿Por qué destruir un documento relacionado con un hombre que, horas después del asesinato, se convertiría en el principal sospechoso de un magnicidio? Existen, al menos, dos explicaciones posibles, y ninguna de ellas exige asumir automáticamente la más grave. La primera es puramente administrativa: las oficinas del FBI estaban sometidas, en los días posteriores al 22 de noviembre, a una presión extraordinaria, recibiendo solicitudes urgentes de información sobre un caso que todavía nadie comprendía en su totalidad, y la eliminación de un documento interno pudo parecer, en ese momento, una decisión rutinaria sin mayores consecuencias. La segunda es defensiva: si la nota demostraba que Oswald había tenido contacto reciente con la oficina de Dallas poco antes del asesinato, su existencia podía generar preguntas institucionalmente incómodas —¿había sido investigado suficientemente? ¿se había alertado a otras agencias? ¿se había comunicado su situación al Servicio Secreto?—. Ninguna de las dos explicaciones puede darse por demostrada sin evidencia adicional sobre quién dio exactamente la orden, con qué justificación explícita, y qué sabía esa persona en el momento de darla. Lo que sí puede afirmarse sin reservas es que una pieza documental potencialmente relevante para reconstruir la relación entre Oswald y el FBI dejó de estar disponible para la historia, y que esa pérdida, incluso con la explicación más benigna posible, constituye un problema documental serio.

Información versus alerta

Aquí conviene introducir una distinción que resultará decisiva para todo lo que sigue:

información no es lo mismo que **alerta**. Una agencia puede poseer datos sobre un individuo sin llegar a evaluarlo formalmente como amenaza y sin comunicar ese riesgo a quien tiene capacidad de actuar sobre él. La CIA sabía que Oswald había estado en México; el FBI sabía que había vivido en la Unión Soviética, que simpatizaba abiertamente con Cuba, y que probablemente había disparado contra el general Edwin Walker meses antes. Cada uno de esos datos, por separado, resultaba interesante pero no necesariamente alarmante: miles de estadounidenses simpatizaban con ideas radicales sin convertirse jamás en actores violentos, y la existencia de un expediente de inteligencia no equivale a vigilancia activa y continua. La pregunta relevante no es, entonces, «¿sabían las agencias quién era Oswald?» —la respuesta es claramente sí, en distintos grados—, sino algo mucho más exigente: «¿sabían algo que hubiera justificado modificar o cancelar la visita presidencial a Dallas?».

El verdadero problema, probablemente, no fue la ausencia de información, sino su **fragmentación**. La CIA poseía la pieza de México: Cuba, la Unión Soviética, el contacto con Kostikov. El FBI poseía la pieza de Dallas: Oswald, Marina, sus antecedentes, la nota destinada a Hosty. El Servicio Secreto poseía la responsabilidad de la protección presidencial, pero dependía por completo de que las otras dos instituciones le transmitieran cualquier dato relevante. Ninguna de las tres, aparentemente, llegó a construir a tiempo el cuadro completo. Y aquí aparece una paradoja que merece conservarse con precisión: el problema no fue que nadie conociera a Oswald. Fue que varias instituciones conocían fragmentos distintos de su historia, y esos fragmentos nunca se integraron en una sola evaluación de riesgo antes del 22 de noviembre.

El caso Joannides y el problema de la transparencia posterior

La cuestión institucional adquiere otra dimensión, distinta pero relacionada, con el caso de **George Joannides**, un oficial de la CIA que en 1963 actuaba como controlador financiero del **Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE)**, una organización de exiliados cubanos anticastristas con la que Oswald había tenido, meses antes del asesinato, un enfrentamiento público en Nueva Orleans. Años después, cuando la HSCA investigó el caso, la CIA designó precisamente a Joannides como su oficial de enlace con el comité investigador —sin revelar en ningún momento a los investigadores que ese mismo hombre había estado, en 1963, directamente relacionado con una organización que había cruzado el camino de Oswald—. Este episodio no demuestra por sí solo una conspiración: no equivale a probar que la CIA participara en el asesinato. Pero sí plantea un problema serio de transparencia institucional, porque ocultar una relación relevante a un comité investigador oficial es una conducta distinta —aunque no menos grave en su propio orden— de ocultar una participación directa en un crimen.

Ambas cosas producen secretismo. No significan lo mismo, y una investigación rigurosa debe mantenerlas separadas.

Lo que las desclasificaciones no han encontrado

Después de décadas de desclasificaciones progresivas —incluyendo la apertura masiva de archivos impulsada por la JFK Records Act de 1992—, un hecho permanece firme: no ha aparecido una orden escrita, ni un plan explícito documentado, de la CIA, el FBI o cualquier instancia de la Casa Blanca para asesinar a Kennedy. La ausencia de esa «pistola humeante» no resuelve todas las preguntas abiertas sobre la actuación de las agencias, pero sí establece un límite metodológico importante que esta investigación debe respetar: no podemos presentar como hecho demostrado algo que ningún documento desclasificado hasta hoy ha llegado a mostrar.

Lo que sí cambió, de manera profunda y verificable, fue la percepción pública e histórica de la actuación institucional. La investigación dejó de preguntar únicamente quién disparó, para empezar a preguntar qué sabía el Estado y por qué determinados organismos no compartieron toda la información disponible entre sí. Son preguntas históricas legítimas, y las respuestas —al menos hasta donde permite avanzar la documentación actualmente disponible— apuntan hacia una conclusión intermedia y menos espectacular que cualquier gran conspiración, pero no por ello menos seria: existieron fallas reales de coordinación, hubo al menos un documento relevante deliberadamente destruido, y al menos un episodio de falta de transparencia frente a investigadores oficiales años después de los hechos. Ninguna de esas fallas, por sí sola ni en conjunto, constituye una prueba de que las agencias organizaran o permitieran deliberadamente el asesinato de Kennedy. Pero tampoco permiten cerrar el expediente institucional con la simple afirmación de que «las agencias no sabían nada» —porque sabían cosas, y la pregunta que la historia todavía debe responder es cuánto, cuándo, y con qué consecuencias.

Es precisamente en los espacios que esas fallas dejaron abiertos donde, durante más de sesenta años, han prosperado las grandes teorías de conspiración que rodean este caso. El próximo capítulo debe entrar en ese terreno —no para aceptarlas sin más, ni para descartarlas de antemano, sino para examinarlas una por una: quién las formuló, qué evidencia utilizan, qué elementos pueden verificarse de forma independiente, y cuáles pertenecen, en definitiva, únicamente al territorio de la especulación.

Las grandes teorías de conspiración

Durante las seis décadas transcurridas desde el asesinato de John F. Kennedy, probablemente ninguna otra muerte política del siglo XX haya producido una literatura conspirativa tan extensa. La cantidad de libros, documentales, investigaciones periodísticas y testimonios publicados sobre el caso es verdaderamente extraordinaria. Pero cantidad no equivale a calidad probatoria. Algunas hipótesis nacieron de documentos genuinos; otras, de testimonios sinceros pero imprecisos; otras, de contradicciones reales en las investigaciones oficiales; y otras surgieron, simplemente, de la necesidad humana de encontrar una causa proporcional a la magnitud del acontecimiento. El asesinato de un presidente parece exigir una explicación extraordinaria, y la posibilidad de que un individuo relativamente oscuro hubiera podido, él solo, modificar el curso de la historia mundial resulta, para muchas personas, psicológicamente difícil de aceptar. De ahí nació la pregunta que acompañaría al caso durante generaciones: ¿pudo Lee Harvey Oswald haber actuado realmente solo?

Esa pregunta no apareció de la nada. La muerte de Oswald a manos de Jack Ruby, apenas dos días después del asesinato, eliminó al único acusado que podía ser interrogado y sometido a juicio: nunca pudo explicar públicamente su versión, nunca pudo enfrentarse a las pruebas ante un tribunal, y la Comisión Warren tuvo que reconstruir su conducta completa sin poder interrogarlo directamente. Ese vacío —la ausencia de un proceso judicial contradictorio, con pruebas de cargo y de descargo confrontadas públicamente— fue decisivo para que, desde los primeros días, surgieran dudas legítimas sobre la versión oficial.

El mapa de las teorías

Con el paso de las décadas, las hipótesis conspirativas terminaron organizándose en un número relativamente pequeño de grandes familias, cada una construida alrededor de un conjunto de hechos reales, aunque con conclusiones que van considerablemente más allá de lo que esos hechos permiten demostrar por sí solos.

La primera corriente atribuye el asesinato a sectores del propio aparato de seguridad nacional estadounidense —la CIA, el Pentágono, o una combinación de ambos—. Sostiene que Kennedy había entrado en conflicto real con esas estructuras: el fracaso de Bahía de Cochinos, que Kennedy asumió públicamente pero que dejó una relación deteriorada con la CIA; su progresivo distanciamiento de las posiciones más agresivas sobre Vietnam, documentado en directivas como la NSAM 263; y su búsqueda, después de la Crisis de los Misiles, de vías de distensión con la Unión Soviética. La película *JFK*, dirigida por Oliver Stone en 1991, popularizó esta interpretación con un impacto cultural extraordinario, apoyándose en parte en la investigación del fiscal de Nueva Orleans **Jim Garrison**, quien había llevado a juicio —sin éxito— a un hombre acusado de participar en una conspiración local relacionada con Oswald. Pero aquí debe

aplicarse un principio que gobierna toda esta investigación: una relación deteriorada entre un presidente y una agencia no equivale a una conspiración de asesinato. Los presidentes chocan con sus agencias de inteligencia con cierta regularidad; los militares discrepan de decisiones políticas; los funcionarios protegen sus propios intereses institucionales. Para convertir ese conflicto genérico en una acusación criminal concreta hace falta demostrar la existencia de una decisión específica de matar al presidente, y esa demostración —más allá de las coincidencias de contexto— no ha aparecido en ningún documento desclasificado hasta la fecha.

La segunda corriente sitúa el origen de la conspiración en el crimen organizado, con nombres como **Carlos Marcello**, **Santos Trafficante** y **Sam Giancana**. El argumento parte de un hecho real: Robert Kennedy, como fiscal general, había intensificado agresivamente la persecución federal contra la Mafia, generando un resentimiento documentado entre sus principales figuras; y existía, además, una colaboración históricamente comprobada entre sectores de la CIA y determinados capos mafiosos en varios planes destinados a asesinar a Fidel Castro, lo que demuestra que, durante esos años, las fronteras entre inteligencia, crimen organizado y operaciones anticastristas eran extraordinariamente difusas. Pero aquí aparece uno de los errores lógicos más frecuentes en toda la literatura conspirativa del caso: demostrar que A estaba relacionado con B, y que B tenía un motivo, no equivale a demostrar que A y B organizaron el asesinato. Cada eslabón de una cadena de asociaciones necesita su propia evidencia —un plan, una comunicación, una orden, una ejecución vinculada directamente con los hechos de Dallas—, y esa cadena completa, para la hipótesis mafiosa como para las demás, sigue sin estar documentada de forma concluyente.

La tercera corriente involucra a los exiliados cubanos anticastristas, muchos de los cuales consideraban que Kennedy los había traicionado después del fracaso de Bahía de Cochinos. El **Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE)** aparece repetidamente en esta línea, reforzada por la revelación posterior de que George Joannides, oficial de enlace de la CIA con la HSCA años después, había sido en 1963 el controlador financiero de esa misma organización —un hecho que plantea, como ya hemos visto, un problema serio de transparencia institucional, aunque no demuestra participación directa del DRE en el asesinato—. Aquí existe, además, una paradoja llamativa que conviene no perder de vista: Oswald se presentaba públicamente como simpatizante de Cuba, mientras que los grupos anticastristas lo consideraban un enemigo político declarado, al punto de haber protagonizado con él un enfrentamiento público en Nueva Orleans. Un hombre situado políticamente en el bando contrario de sus supuestos cómplices resulta, cuando menos, un candidato extraño para una conspiración organizada por ese mismo bando.

La cuarta corriente apunta hacia Cuba y la Unión Soviética, con variantes que van desde una represalia directa ordenada por Fidel Castro —en respuesta a los repetidos intentos estadounidenses de asesinarlo, documentados dentro de la Operación Mongoose— hasta una operación soviética, o incluso la hipótesis más sofisticada de un Oswald manipulado como «agente inconsciente», sin pertenecer formalmente a ninguna estructura de inteligencia extranjera. Esta última variante resulta particularmente difícil de refutar precisamente porque no

exige demostrar una relación institucional explícita, pero por esa misma razón resulta también imposible de demostrar con evidencia concreta. Conviene recordar aquí un dato relevante ya mencionado en el capítulo sobre México: los propios documentos soviéticos posteriormente examinados describían a Oswald como una persona inestable, y Moscú tenía motivos estratégicos poderosos —el temor fresco a una escalada nuclear tras la Crisis de los Misiles— para evitar cualquier acción que pudiera interpretarse como una agresión directa contra el presidente estadounidense.

La quinta corriente, más política que institucional, señala directamente a **Lyndon B.**

Johnson, en una interpretación asociada a autores como Barr McClellan y Roger Stone, según la cual el vicepresidente habría coordinado el asesinato con el respaldo de poderosos intereses petroleros de Texas, motivado por el deseo de evitar investigaciones en su contra y de alcanzar la presidencia. La hipótesis tiene, sin duda, una lógica narrativa poderosa: Johnson era vicepresidente, Kennedy murió, y Johnson asumió inmediatamente el cargo. Pero la sucesión constitucional no constituye, por sí misma, una prueba de participación en el crimen que la hizo posible, y demostrar una hipótesis de esta magnitud exigiría contactos documentados entre Johnson y los organizadores, órdenes, financiación y una cadena de pruebas que vincule esas acciones con Oswald o con los ejecutores materiales —ninguno de esos elementos ha aparecido hasta hoy.

El motivo no es suficiente

Aquí conviene fijar una regla que debería gobernar la evaluación de cualquiera de estas cinco corrientes: un motivo responde a la pregunta «¿por qué alguien podría haber querido hacerlo?», pero no responde a la pregunta «¿lo hizo?». Miles de personas y organizaciones tenían, en 1963, motivos reales y documentados para desear la muerte de Kennedy —la CIA por Bahía de Cochinos, la Mafia por la persecución de Robert Kennedy, los anticastristas por la traición percibida, Cuba por los repetidos intentos de asesinar a Castro, incluso sectores internos por razones políticas—. Eso no convierte automáticamente a ninguno de ellos en responsable. La historia exige demostrar el vínculo intermedio entre el motivo y la ejecución; sin ese vínculo, lo que tenemos son coincidencias contextuales, no una cadena causal probada.

Por qué sobrevivieron estas teorías

Resulta legítimo preguntarse por qué estas hipótesis se sostuvieron con tanta fuerza durante seis décadas, y la respuesta tiene menos que ver con la solidez de cada teoría individual que con el deterioro progresivo de la confianza pública en las instituciones estadounidenses. Vietnam, Watergate y las revelaciones del Comité Church sobre operaciones clandestinas de la CIA —incluidos planes de asesinato contra líderes extranjeros— demostraron, de manera fáctica y verificable, que altos funcionarios podían mentir sistemáticamente al público, que administraciones enteras podían ocultar información deliberadamente, y que instituciones

consideradas respetables podían participar en operaciones ilegales sin rendir cuentas durante años. Después de Watergate, la sociedad estadounidense estaba mucho más dispuesta a considerar la posibilidad de un encubrimiento oficial en el caso Kennedy, y ese cambio de clima explica, en gran medida, por qué la HSCA llegó en 1979 a una conclusión tan distinta de la de Warren en 1964: no solamente por la nueva evidencia acústica —posteriormente cuestionada—, sino por un contexto político e institucional radicalmente diferente. La propia película de Oliver Stone, estrenada en 1991, no fue un documental sino una obra de ficción con fuerza persuasiva; pero su impacto cultural fue suficiente para presionar al Congreso a aprobar la JFK Records Collection Act, que impulsó la desclasificación masiva de documentos que todavía hoy sigue nutriendo esta investigación.

El elemento real detrás de cada teoría

Lo más interesante de las grandes teorías de conspiración del caso Kennedy no es su falsedad, sino que ninguna de ellas nace de la nada. Cada una parte de un hecho verificable: la CIA efectivamente desarrolló operaciones clandestinas contra Castro; la Mafia efectivamente colaboró con la CIA en algunos de esos planes; Oswald efectivamente viajó a México y tuvo contacto con funcionarios soviéticos y cubanos; la CIA efectivamente vigiló esos movimientos; el FBI efectivamente conocía el historial de Oswald; Jack Ruby efectivamente mantenía conexiones con ambientes criminales; y George Joannides efectivamente estuvo relacionado con el DRE. El problema no es que estos hechos sean inventados. El problema es que cada teoría da el salto lógico de «A ocurrió» y «B ocurrió» a «por tanto A causó B», sin proporcionar el eslabón intermedio que convertiría una relación contextual en una cadena causal demostrada.

Estudiar estas teorías no significa aceptarlas, pero tampoco significa descartarlas de antemano solo por ser teorías conspirativas: significa reconstruir con precisión de qué evidencia disponen realmente, distinguir lo verificado de lo especulado, y reconocer, con la misma honestidad, tanto los puntos donde apuntan a fallas institucionales reales como los puntos donde exceden ampliamente lo que la evidencia disponible permite afirmar. Ésa ha sido, y seguirá siendo, la disciplina de este libro.

El asesinato de J. D. Tippit: la segunda escena del crimen

El asesinato de John F. Kennedy no terminó en Dealey Plaza. Mientras los médicos de Parkland luchaban por salvar al presidente, el hombre que la investigación identificaría posteriormente como el principal sospechoso ya había abandonado el edificio desde el que, según la acusación oficial, había disparado. Cuarenta y cinco minutos más tarde, un policía de Dallas moriría a varios kilómetros de allí, en el barrio de Oak Cliff. Su nombre era **J. D.**

Tippit, tenía treinta y nueve años, y llevaba varios años patrullando esa zona de la ciudad. La relación entre ambos crímenes constituye una de las piezas más importantes de toda la investigación: si Oswald fue realmente el autor de los disparos contra Kennedy, el asesinato de Tippit ofrece una segunda cadena de evidencia completamente independiente de la primera —no depende de la interpretación de la película de Zapruder, ni de la trayectoria de CE 399, ni de la autopsia presidencial. Tiene su propia víctima, su propia escena, su propia arma y sus propios testigos.

La huida desde el Depository

Después de abandonar el Texas School Book Depository —donde, según la reconstrucción oficial, dejó el rifle oculto entre cajas antes de bajar por las escaleras y ser observado brevemente por otros trabajadores del edificio—, Oswald hizo algo que resulta, a primera vista, difícil de interpretar: regresó brevemente a su habitación alquilada en Oak Cliff. Allí lo vio su casera,

Earlene Roberts, cuyo testimonio proporciona un punto temporal verificable en la reconstrucción. Antes de llegar hasta allí, Oswald había tomado primero un autobús —que quedó detenido por el tráfico generado por la conmoción presidencial— y después un taxi conducido por **William Whaley**, otro testigo independiente que confirmó el trayecto. Según la reconstrucción oficial, permaneció en su habitación solo unos minutos antes de volver a salir, esta vez llevando consigo un revólver.

Si Oswald acababa de participar en el asesinato del presidente, ¿por qué regresar a su alojamiento en lugar de huir directamente? No existe una prueba directa que permita conocer su intención exacta: pudo haber ido a buscar dinero, ropa, o simplemente el arma; pudo estar actuando bajo el pánico de quien improvisa sobre la marcha, sin un plan de fuga organizado. Su situación económica era precaria y no disponía de una red evidente de transporte privado más allá de autobuses y taxis, lo que hace poco probable que estuviera ejecutando una fuga internacional planificada de antemano. Lo que sí sabemos con certeza es que, cuando volvió a salir, llevaba un arma corta que resultaría decisiva pocos minutos después.

El encuentro fatal

Mientras Oswald se desplazaba por Oak Cliff —la ciudad entera se encontraba en estado de alarma, y la policía había ordenado a sus agentes mantenerse especialmente atentos ante cualquier sospechoso—, el agente Tippit, que patrullaba en su automóvil, se detuvo junto a un hombre que caminaba por la calle. Bajó del vehículo; los dos hombres intercambiaron algunas palabras que no conocemos con certeza; y, pocos segundos después, Tippit recibió cuatro disparos y cayó junto a su propio coche patrulla. El atacante huyó de inmediato. Varios testigos —entre ellos **Helen Markham** y **Domingo Benavides**— observaron distintas partes de la escena desde diferentes posiciones, y aunque sus testimonios no coincidieron perfectamente entre sí —algo esperable en un episodio que duró apenas segundos, con la atención concentrada en el policía caído y el atacante huyendo de inmediato—, contribuyeron a reconstruir tanto la secuencia como la dirección de la fuga.

En el lugar se encontraron cuatro casquillos del mismo calibre que el revólver que Oswald llevaría consigo poco después. Aquí aparece un detalle técnico que merece explicación: el arma de Oswald era un revólver, no una pistola semiautomática, y un revólver no expulsa automáticamente los casquillos tras cada disparo —éstos permanecen alojados en el cilindro hasta que alguien lo abre manualmente—. La presencia de cuatro casquillos sueltos en la calle implica, entonces, que el atacante se detuvo lo suficiente para abrir el cilindro y vaciarlo antes de huir, un gesto que puede realizarse en pocos segundos y que no contradice la rapidez general del episodio.

El Texas Theatre

Después de la huida, Oswald continuó desplazándose a pie hasta entrar en el **Texas Theatre**, un cine cercano, donde compró una entrada y se sentó en la sala. Poco después, la policía —que ya había recibido y difundido entre sus agentes una descripción del sospechoso relacionado con el ataque a Tippit— fue alertada de que un hombre con esas características podía encontrarse dentro del cine. Los agentes lo localizaron, intentaron detenerlo, y Oswald se resistió violentamente: durante el forcejeo intentó utilizar el revólver que llevaba encima, pero los agentes consiguieron reducirlo y asegurar el arma. Esa resistencia no demuestra, por sí sola, que Oswald hubiera matado a Kennedy; pero sí demuestra que sabía que la policía intentaba detenerlo, y que estaba dispuesto a enfrentarse a ella con violencia armada.

La cronología completa de esos cuarenta y cinco minutos resulta notablemente compacta y sin huecos inexplicables: el asesinato de Kennedy hacia las 12:30, la salida del Depository, el paso breve por la habitación, el desplazamiento hacia Oak Cliff, la muerte de Tippit hacia la 1:15, la entrada al Texas Theatre poco después, y la detención hacia la 1:50 de la tarde. El recorrido completo era físicamente posible dentro de ese margen de tiempo —lo cual no

demuestra, por sí solo, que efectivamente ocurriera así, pero sí elimina la objeción de que la secuencia oficial fuera cronológicamente imposible—.

La balística: ¿disparó realmente el revólver de Oswald?

Aquí la investigación deja de depender de fotografías y testimonios, y entra directamente en el terreno del laboratorio. El arma que Oswald llevaba en el cine era un **Smith & Wesson Victory calibre .38 Special**, adquirido —como el rifle— mediante un pedido por correo bajo el nombre falso de **A. Hidell**, lo cual proporciona una cadena documental que conecta el arma con Oswald mucho antes de que existiera ningún motivo para fabricar esa conexión artificialmente. La pregunta central es estrictamente forense: ¿los cuatro casquillos y los proyectiles recuperados de la escena y del cuerpo de Tippit fueron efectivamente disparados por ese revólver específico?

La balística comparativa funciona mediante el examen de marcas microscópicas: el percutor de un arma deja una huella característica sobre el fulminante de cada casquillo al dispararlo, y esas marcas pueden compararse con las producidas por disparos de prueba realizados con el arma sospechosa. Los examinadores de la época concluyeron que existían suficientes características compatibles entre los casquillos recuperados y el revólver de Oswald como para atribuirle los disparos. Conviene, sin embargo, aplicar aquí la misma cautela metodológica que hemos sostenido a lo largo de todo este libro: la identificación balística no funciona como una prueba de ADN, no produce un porcentaje estadístico preciso, sino una comparación de patrones sujeta al juicio profesional del examinador; y los estándares forenses de 1963 no exigían el mismo rigor sobre tasas de error, reproducibilidad y sesgo del examinador que las ciencias forenses contemporáneas. Esto no invalida la conclusión original, pero sí exige interpretarla dentro del conocimiento metodológico disponible en su época, sin atribuirle una certeza matemática que la disciplina, incluso hoy, no puede ofrecer.

Los proyectiles recuperados del cuerpo de Tippit fueron sometidos a un análisis equivalente, comparando las estrías que el cañón del arma imprime sobre cada bala al dispararla. No todos los proyectiles ofrecían la misma calidad de evidencia —algunos se habían deformado más que otros al atravesar tejido—, pero el conjunto resultó, según los examinadores, compatible con el revólver de Oswald.

El peso del conjunto

La fuerza real de la evidencia contra Oswald en el caso Tippit no reside en un solo elemento aislado, sino en la convergencia de varios: poseía el arma, documentada desde su compra; el calibre coincidía; las marcas microscópicas de los casquillos y proyectiles resultaron compatibles con ese revólver específico; fue localizado, armado con esa misma arma, dentro del intervalo de tiempo físicamente compatible con la huida; y su comportamiento —la resistencia violenta, el

intento de usar el arma contra los agentes— es difícil de reconciliar con la inocencia absoluta. Para sostener que toda esta cadena fue fabricada o que el arma fue «plantada» posteriormente, sería necesario explicar cómo llegó el revólver a manos de Oswald durante un forcejeo público presenciado por varios agentes, y quién habría controlado simultáneamente el registro de compra, los casquillos, los proyectiles, los testigos y la escena —una conspiración de una complejidad considerablemente mayor que la explicación directa.

El principio de parsimonia —preferir, entre dos hipótesis que explican igualmente bien la evidencia, la que requiere menos supuestos adicionales— favorece aquí la conexión directa entre Oswald y el asesinato de Tippit. Pero conviene recordar, como hemos hecho en cada capítulo de evidencia física de este libro, que la parsimonia no cierra automáticamente un caso: la historia está llena de conspiraciones reales que en su momento parecían menos parsimoniosas que la explicación oficial. Lo que sí puede afirmarse con un grado de confianza considerable es que el revólver encontrado en poder de Oswald estaba relacionado con el asesinato de Tippit por una cadena de evidencia mucho más sólida que una simple coincidencia de calibre.

Lo que Tippit añade, y lo que todavía no resuelve

Si aceptamos esta conexión, Oswald deja de ser únicamente el hombre situado en el edificio desde el que se disparó contra Kennedy: pasa a ser también el hombre armado que, cuarenta y cinco minutos después, aparece directamente relacionado con la muerte de un policía en su ruta de huida. Cualquier hipótesis que pretenda presentar a Oswald como un simple chivo expiatorio —tal como él mismo se describió, con la palabra «patsy», durante su breve interrogatorio— debe explicar no solamente el rifle y los casquillos del sexto piso, sino también el revólver, los testigos, los casquillos de Oak Cliff y la huida hacia el Texas Theatre. Cuantos más elementos independientes debe absorber una hipótesis conspirativa, mayor es la evidencia adicional que necesita para sostenerse, y hasta ahora esa evidencia adicional no ha aparecido.

Sin embargo, esta cadena de evidencia —por sólida que resulte para reconstruir los movimientos físicos de Oswald durante esos cuarenta y cinco minutos— no responde las preguntas más profundas que este libro sigue teniendo pendientes. No explica por qué Kennedy fue asesinado. No explica si Oswald actuó completamente solo o si alguien más participó en la planificación. No explica todas las contradicciones que hemos ido documentando a lo largo de esta investigación. Y no explica, sobre todo, por qué el propio Oswald, en las pocas horas que vivió después de su detención, insistió una y otra vez en que era inocente y en que había sido convertido en un chivo expiatorio. Para acercarnos a esas preguntas, la investigación debe abandonar momentáneamente las escenas del crimen y regresar a la trayectoria vital del hombre mismo: quién era Lee Harvey Oswald antes del 22 de noviembre de 1963, y qué fuerzas — políticas, personales, e incluso internacionales— pudieron haber convergido en él.

CAPÍTULO XVII

Nueva Orleans y los planes contra Castro: la guerra secreta que cambió el contexto

Hasta aquí hemos investigado a Oswald como sospechoso, como poseedor de armas, como sujeto de vigilancia. Falta todavía un elemento de contexto que resulta indispensable para comprender por qué su perfil político resultó, después de Dallas, tan extraordinariamente sugerente: durante los años previos al asesinato, el gobierno de Estados Unidos había desarrollado, en el más absoluto secreto, una guerra clandestina destinada a derrocar —y en algunos casos, directamente asesinar— a Fidel Castro. Este hecho no demuestra, por sí solo, quién mató a Kennedy. Pero cambia radicalmente el marco dentro del cual debemos interpretar cualquier conexión entre Oswald, Cuba y la Unión Soviética.

La guerra secreta contra Castro

Después del fracaso de Bahía de Cochinos en abril de 1961 —una operación heredada de la administración Eisenhower que Kennedy asumió públicamente como propia—, la administración estadounidense no abandonó su hostilidad hacia el gobierno cubano: la intensificó. En noviembre de ese mismo año se estableció la **Operación Mongoose**, un programa clandestino compuesto por múltiples líneas de actividad —propaganda, sabotaje, apoyo a grupos opositores, inteligencia, y planificación de acciones destinadas a derrocar al régimen—, supervisado dentro de la estructura de seguridad nacional y con participación directa de la CIA y el Departamento de Defensa. Robert Kennedy, como fiscal general, adquirió un papel central en la coordinación de esos esfuerzos.

Dentro de ese programa, y esto no pertenece al terreno de la teoría conspirativa sino de la historia documentada, existieron propuestas y planes concretos destinados a asesinar físicamente a Castro. La propia CIA reconoció su existencia en una investigación interna realizada en 1967, cuyo informe final —elaborado por el Inspector General de la agencia— alcanzó las ciento cuarenta y tres páginas. Los métodos explorados abarcaron desde lo convencional —un francotirador durante una aparición pública— hasta lo casi novelesco: un puro explosivo, aprovechando la conocida afición de Castro por los cigarros; un traje de buceo contaminado; objetos envenenados que pudieran hacerle llegar. Uno de los aspectos más graves de estas operaciones fue el recurso a intermediarios del crimen organizado: la CIA, a través de figuras como Robert Maheu, estableció contacto con **Johnny Roselli**, vinculado a la Mafia, y por esa vía llegaron a involucrarse también **Sam Giancana** y **Santos Trafficante Jr.** —el mismo nombre que, como vimos en el capítulo sobre Jack Ruby, reaparecería en las investigaciones sobre sus contactos telefónicos—. El razonamiento que sustentaba esa colaboración era

puramente pragmático: la CIA quería eliminar a Castro, y ciertos sectores del crimen organizado querían recuperar los negocios e intereses perdidos en Cuba tras la Revolución. Existía, al menos en la superficie, un terreno común entre una agencia gubernamental y organizaciones criminales.

Esta dimensión de la política exterior estadounidense permaneció oculta al público durante más de una década. Solo salió completamente a la luz en 1975, cuando el **Comité Church** del Senado —creado en el contexto de desconfianza institucional generado por Watergate y la Guerra de Vietnam— investigó sistemáticamente las operaciones clandestinas de las agencias de inteligencia estadounidenses, incluidos los intentos de asesinato contra líderes extranjeros, entre ellos Castro. La revelación pública modificó de manera radical la percepción histórica del caso Kennedy: ahora existía un hecho documentado y reconocido por la propia CIA de que Estados Unidos había considerado y apoyado activamente planes para asesinar a un jefe de Estado.

El salto lógico que no debe darse

Pero aquí debemos aplicar, con el mismo rigor que en cada capítulo anterior, una distinción fundamental. De la existencia probada de estos planes contra Castro no se desprende automáticamente que Cuba hubiera respondido asesinando a Kennedy. Son dos hechos distintos: que Estados Unidos conspirara para eliminar a Castro es una cosa; que Kennedy fuera asesinado en Dallas es otra; y la existencia documentada del primero no demuestra por sí sola quién ejecutó el segundo. El motivo para una represalia cubana existía —Castro había sufrido una invasión, sabotajes, y sobrevivido a múltiples intentos de asesinato—, pero un motivo, como hemos repetido en este libro, no es una prueba. Además, el riesgo que habría implicado para Cuba una participación directa y descubierta en el asesinato de un presidente estadounidense era existencial: la reacción de Washington podría haber sido devastadora, posiblemente militar. El mismo cálculo de riesgo se aplica a una eventual operación soviética. Hasta hoy, la documentación desclasificada no proporciona una orden cubana o soviética inequívoca para asesinar a Kennedy, y esa ausencia es un dato tan importante como cualquier evidencia positiva.

Lo que la existencia de los planes contra Castro sí demuestra, de manera incuestionable, es que la eliminación física de un adversario extranjero no era, para el aparato clandestino estadounidense de la Guerra Fría, una idea ajena ni inconcebible. Esto no prueba una conspiración contra Kennedy. Pero destruye la idea, sostenida durante mucho tiempo, de que un asesinato político orquestado por un servicio de inteligencia resultaba sencillamente inimaginable en ese contexto histórico. Los gobiernos de la Guerra Fría contemplaron el asesinato político como instrumento de poder. Lo planificaron. Y en algunos casos, como el de Castro, buscaron activamente ejecutarlo.

Nueva Orleans: el activista que parecía querer ser visto

Es precisamente este contexto el que da su verdadera dimensión a un episodio que, de otro modo, podría parecer una simple curiosidad biográfica: la actividad pública de Oswald en Nueva

Orleans durante 1963. Allí, Oswald construyó frente a las cámaras, la prensa y la policía una identidad política que, después de Dallas, parecería diseñada casi a propósito para señalar hacia Cuba. Distribuyó públicamente propaganda del Fair Play for Cuba Committee —una organización con presencia pública, no clandestina—, intentó fundar una sección local, concedió entrevistas a periodistas y a la radio en las que se presentó abiertamente como marxista y

simpatizante de Castro, y llegó a enfrentarse públicamente con **Carlos Bringuier**, un exiliado cubano anticastrista, en un episodio que terminó con su detención y con una cobertura periodística que dejó su nombre registrado mucho antes de que nadie sospechara de él.

Aquí aparece una de las primeras grandes contradicciones del perfil de Oswald, que ya hemos señalado en capítulos anteriores pero que merece subrayarse en este contexto: un agente clandestino entrenado normalmente busca reducir su exposición pública; Oswald hacía sistemáticamente lo contrario. No intentaba ocultar sus simpatías. Las exhibía, las defendía en entrevistas, buscaba la confrontación con sus opositores. Caben, como hemos visto, varias explicaciones no excluyentes entre sí: que fuera simplemente un radical auténtico que necesitaba reconocimiento después de una vida marcada por fracasos personales y laborales; que disfrutara genuinamente de la provocación; o que su perfil público, deliberadamente construido por él o utilizado por terceros, resultara conveniente para atribuir posteriormente su conducta a una influencia cubana o soviética. Esta última posibilidad —una operación de atribución falsa, en la jerga de inteligencia una operación de «bandera falsa»— exigiría demostrar quién construyó esa identidad y con qué propósito operativo concreto, y esa demostración, hasta hoy, no existe. La explicación más simple y mejor respaldada por la evidencia biográfica disponible sigue siendo psicológica, no operativa: Oswald parecía necesitar, con una intensidad casi compulsiva, ser reconocido como alguien políticamente importante, y encontró en el activismo pro-Cuba una identidad que le permitía desafiar simultáneamente a la sociedad estadounidense que sentía que lo había rechazado y a los círculos anticastristas que representaban, para él, todo lo contrario de sus convicciones.

El punto de intersección

Al cerrar este capítulo, podemos trazar una estructura de hechos verificados que resulta, cuando menos, inquietante en su acumulación: Washington quería eliminar a Castro. Castro sabía que Washington quería eliminarlo. Oswald simpatizaba públicamente con Castro. Oswald había vivido en la Unión Soviética. Semanas antes del asesinato, Oswald visitó las embajadas soviética y cubana en México. Y Kennedy fue asesinado poco después. Cada uno de estos hechos es cierto y está documentado. Lo que todavía no sabemos —y lo que la evidencia disponible hasta este punto no permite establecer— es si estas líneas forman una red operativa real, o si simplemente se cruzaron por la casualidad de una época en la que Cuba y la Unión Soviética eran, para cualquier estadounidense políticamente radicalizado, los polos naturales de atracción ideológica. La pregunta que queda abierta, y que ya hemos comenzado a explorar en el capítulo dedicado a México, no es solamente qué hizo Oswald, sino quién pudo haber tenido, si

alguien lo tuvo, acceso suficiente a su identidad, sus movimientos y su perfil político como para utilizarlo con un propósito que él mismo, quizás, nunca llegó a comprender del todo.

CAPÍTULO XVIII

Dallas: la seguridad del presidente

Hasta ahora hemos seguido las huellas de Lee Harvey Oswald: su pasado, su paso por la Unión Soviética, su activismo en Nueva Orleans, su viaje a México, y la información que las agencias de inteligencia habían acumulado sobre él. Conviene ahora invertir la dirección de la pregunta. Ya no se trata solamente de quién era Oswald, sino de algo distinto: ¿qué condiciones hicieron posible que el presidente de Estados Unidos quedara expuesto a un ataque desde un edificio situado junto a su propio recorrido? Porque el asesinato de Kennedy no fue únicamente un problema de puntería. Fue también, y quizá antes que nada, un problema de seguridad.

Un estado hostil, una ciudad tensa

Kennedy llegó a Texas en noviembre de 1963 dentro de una gira con objetivos políticos concretos, pero no llegaba a un terreno neutral. Existía una oposición intensa a su administración en determinados sectores del estado, alimentada por las tensiones en torno a Cuba, Vietnam, los derechos civiles y la política económica. Dallas, en particular, había adquirido en los meses previos una reputación de hostilidad especialmente marcada: pocas semanas antes de la visita presidencial, el embajador estadounidense ante las Naciones Unidas, **Adlai Stevenson**, había sido agredido físicamente durante una visita a la ciudad —un episodio que debería haberse incorporado, con toda claridad, a cualquier evaluación seria del clima de seguridad—. El propio Kennedy conocía este ambiente. Pero conocer un clima político hostil no equivale a anticipar un intento de asesinato, y la decisión de mantener la visita —con caravana abierta incluida— respondía a una lógica política que la propia naturaleza de la presidencia moderna imponía: un presidente que evita sistemáticamente el contacto público transmite una imagen de debilidad y distancia que Kennedy, deliberadamente, no quería proyectar.

La tensión irresoluble entre visibilidad y protección

Aquí aparece una tensión estructural que ninguna medida de seguridad puede eliminar por completo: la visibilidad que una campaña política necesita es, exactamente, la misma visibilidad que convierte a un mandatario en un blanco. Un automóvil descubierto permite que el pueblo vea a su presidente; también permite que cualquiera con intenciones hostiles lo vea, y lo alcance. El Servicio Secreto tenía la responsabilidad de evaluar amenazas y reducir oportunidades de ataque, pero su tarea era, en un sentido estricto, imposible de cumplir en términos absolutos: ningún dispositivo de seguridad puede controlar simultáneamente cada ventana, cada azotea y cada rostro entre una multitud de miles de personas a lo largo de un recorrido urbano completo.

No existe evidencia sólida de que el Servicio Secreto hubiera recibido, antes del viaje, una advertencia específica —un lugar, una fecha, un método, un nombre— que describiera el ataque

tal como efectivamente ocurrió. Las amenazas genéricas contra un presidente estadounidense son, lamentablemente, una constante institucional; una amenaza específica es harina de otro costal, y de esa segunda categoría no hay rastro documentado para Dallas. La ruta de la caravana, además, había sido publicada con anticipación —una práctica habitual, destinada a permitir la participación ciudadana—, lo que significa que cualquier persona, con intenciones hostiles o no, podía conocer de antemano por dónde pasaría el presidente. Esto no demuestra una filtración secreta. Demuestra, simplemente, que la transparencia inherente a una visita presidencial pública conlleva, de manera inevitable, un riesgo que no puede eliminarse sin transformar la naturaleza misma del cargo.

La coincidencia del edificio

Dentro de ese marco aparece uno de los elementos más discutidos de todo el caso: Oswald trabajaba, desde hacía apenas unas semanas, en el Texas School Book Depository, el edificio que dominaba precisamente el tramo de la ruta donde la caravana debía reducir su velocidad al girar hacia Elm Street. Si Oswald quería ver pasar al presidente, no necesitaba desplazarse a ningún lado: el recorrido pasaría prácticamente frente a su lugar de trabajo. Ésta es, sin duda, una de las coincidencias más extraordinarias de toda la investigación, y admite dos lecturas opuestas. La primera es puramente casual: Oswald necesitaba empleo, consiguió ese puesto por gestiones ordinarias —a través de un contacto conocido de su familia—, y la ruta presidencial se anunció públicamente después. La segunda es conspirativa: alguien pudo haber facilitado deliberadamente que Oswald obtuviera precisamente ese trabajo, en ese edificio, en ese momento. Pero para sostener la segunda hipótesis con seriedad histórica haría falta demostrar quién organizó esa colocación, con qué medios, y con qué conocimiento anticipado de una ruta que en el momento de su contratación todavía no se había hecho pública. Esa demostración no existe. Lo que tenemos es una coincidencia extraordinaria, y las coincidencias extraordinarias, aunque incómodas, no dejan de ser coincidencias hasta que aparece evidencia capaz de convertirlas en otra cosa.

Falló la seguridad, no necesariamente por diseño

Después del asesinato, el Servicio Secreto transformaría radicalmente sus protocolos: las rutas empezarían a analizarse con mucho mayor rigor, los edificios adyacentes recibirían controles estrictos, y la exposición presidencial en espacios abiertos se reduciría de manera permanente. Ese cambio histórico demuestra, de forma retrospectiva, que la seguridad de 1963 era considerablemente menos sofisticada que la actual. Pero aprender de un fracaso después de que ocurra no permite, por sí solo, determinar si ese fracaso original fue simplemente humano o si fue deliberadamente facilitado. Aquí conviene fijar, con toda la claridad posible, una distinción que debe cerrar este capítulo: una cosa es demostrar que la seguridad falló —y esa afirmación está ampliamente respaldada por la evidencia disponible—; otra, completamente distinta, es demostrar que alguien provocó intencionalmente ese fallo. La primera es un hecho

histórico bien establecido. La segunda sigue siendo, hasta hoy, una hipótesis sin sustento documental suficiente.

Lo que sí sabemos, con la misma certeza que atraviesa la trama entera de este libro, es que Oswald no esperó tranquilamente la llegada de la policía. Abandonó el edificio, se desplazó por Dallas, y se encontró con el agente J. D. Tippit en circunstancias que ya hemos reconstruido en detalle. Fue finalmente detenido en el Texas Theatre, y durante su brevísimo interrogatorio pronunció una frase que se convertiría, con el paso de las décadas, en una de las más citadas de todo el caso: «**I'm a patsy!**» —«¡Soy un chivo expiatorio!»—. Esa declaración ha sido interpretada de dos maneras completamente opuestas: como la prueba de que Oswald sabía, desde el primer momento, que estaba siendo utilizado por alguien más; o, con la misma legitimidad interpretativa, como la reacción desesperada de un hombre que se veía acusado de un crimen que negaba haber cometido, sin tiempo ni recursos para organizar una defensa. Nunca sabremos con certeza cuál de las dos lecturas es correcta, porque la investigación nunca llegó a enfrentar públicamente a Oswald con la totalidad de las pruebas reunidas en su contra. Jack Ruby apareció antes de que pudiera celebrarse un juicio, y con la muerte de Oswald desapareció la única persona que habría podido responder, en un tribunal y bajo interrogatorio formal, a cada una de las acusaciones que hoy seguimos examinando sesenta años después.

La mafia y Kennedy: Sam Giancana, Carlos Marcello y el otro lado del poder

La historia del asesinato de John F. Kennedy tiene una característica que la distingue de casi cualquier otro crimen político del siglo XX: cuanto más se investiga, más personas aparecen alrededor del escenario. Agentes de inteligencia. Exiliados cubanos. Funcionarios. Militares. Y también hombres que no necesitaban ningún cargo oficial para ejercer un poder real: hombres que operaban desde restaurantes, hoteles, clubes nocturnos y sindicatos. La mafia. Durante décadas, una de las hipótesis más persistentes sostuvo que sectores del crimen organizado pudieron haber participado en el asesinato. La teoría no nació únicamente de rumores: tenía un contexto histórico real, documentado y verificable. Pero, como en cada capítulo anterior, debemos separar con precisión dos afirmaciones: que existiera una relación real entre determinados sectores de la mafia y las operaciones estadounidenses contra Castro es un hecho histórico probado; que esa relación desembocara en el asesinato de Kennedy es una hipótesis que todavía necesita demostración.

La Habana antes de Castro

Antes de la revolución de 1959, Cuba había adquirido una importancia extraordinaria para determinados sectores del crimen organizado estadounidense. La Habana era un destino turístico de primer nivel; los casinos atraían enormes cantidades de dinero, los hoteles concentraban inversiones millonarias, y una economía clandestina de contrabando y lavado de capital prosperaba bajo la protección política del gobierno de Fulgencio Batista. Uno de los personajes centrales de ese mundo fue **Meyer Lansky**, un organizador financiero que había construido una red de intereses vinculada al juego y mantenía relaciones con distintas familias criminales estadounidenses. La revolución cambió todo de manera abrupta: el gobierno revolucionario nacionalizó propiedades, cerró los casinos, intervino los negocios, y los hombres que habían construido aquella estructura económica quedaron expulsados de la isla, con pérdidas económicas cuantiosas. Para estos sectores, Fidel Castro no era solamente un enemigo político. Era, ante todo, un enemigo económico —y esa distinción resulta relevante, porque una organización criminal puede actuar tanto por motivos ideológicos como por intereses puramente financieros, y ambos coincidían aquí en un mismo objetivo—.

El encuentro entre la CIA y el crimen organizado

En Chicago, uno de los hombres más poderosos del crimen organizado era **Sam Giancana**, cuyo poder se apoyaba en relaciones con políticos, sindicatos y otras

organizaciones criminales. Como ya hemos visto en el capítulo dedicado a los planes contra Castro, la CIA recurrió, en su búsqueda de vías para eliminar al líder cubano, a personas vinculadas al crimen organizado —entre ellas, el propio Giancana—, bajo una lógica tan sencilla como brutal: si el gobierno estadounidense no podía eliminar directamente a Castro por vías convencionales, podía utilizar a quienes ya tenían experiencia en operaciones clandestinas y violencia organizada. Los documentos desclasificados décadas después confirmaron que esos contactos existieron realmente, lo cual transformó una hipótesis durante mucho tiempo considerada especulativa en un hecho histórico documentado. Pero, de nuevo, aparece aquí el mismo límite metodológico que hemos aplicado a cada pieza de este expediente: una operación contra Castro no es una operación contra Kennedy, y una persona que participó en la primera no se convierte automáticamente en partícipe de la segunda.

Carlos Marcello y la ofensiva de Robert Kennedy

Otro nombre aparece con fuerza particular cuando la investigación se traslada a Nueva Orleans: **Carlos Marcello**, una de las figuras principales del crimen organizado en Luisiana, con intereses económicos considerables y una influencia que se extendía mucho más allá del mundo estrictamente criminal. La relación entre Marcello —y el crimen organizado en general— con la familia Kennedy se volvió abiertamente hostil a partir de 1961, cuando Robert Kennedy, como fiscal general, impulsó una ofensiva sin precedentes contra las estructuras del crimen organizado estadounidense. Para la mafia, aquello no era simplemente una cuestión política: era, literalmente, una cuestión de supervivencia económica e institucional. John y Robert Kennedy representaban una nueva relación con el poder federal, en la que el Departamento de Justicia dejaba de tratar con tolerancia relativa a organizaciones criminales que, durante décadas, habían mantenido acuerdos tácitos con sectores políticos de distintas ciudades.

Giancana, Judith Campbell y los límites de la especulación

La figura de Giancana resulta particularmente interesante porque reúne, en un solo hombre, varios de los mundos que atraviesan este libro: Chicago, Cuba, el crimen organizado, la política y los contactos con la inteligencia estadounidense. A esto se suma un elemento adicional que alimentó durante décadas la imaginación pública: Giancana mantenía una relación personal con

Judith Campbell, quien simultáneamente sostenía una relación con el propio John F. Kennedy. Esta circunstancia dio pie a especulaciones sobre la existencia de un canal informal entre la Casa Blanca y el mundo criminal. Pero también aquí es imprescindible distinguir hechos de interpretación: que Campbell conociera a Giancana es un hecho documentado; que mantuviera una relación con Kennedy también lo está; que esa doble relación constituya evidencia de que Giancana ordenó o participó en el asesinato es una conclusión completamente distinta, que ningún documento desclasificado hasta hoy permite sostener. Las conexiones pueden ser perfectamente reales sin que la conclusión conspirativa que se construye sobre ellas sea, por eso mismo, correcta.

Un interés compartido, no una alianza demostrada

El interés compartido en torno a Cuba es, probablemente, el punto donde las historias de la mafia y de la CIA se acercan más entre sí: los mafiosos habían perdido negocios cuantiosos, la CIA quería eliminar a Castro, los exiliados cubanos anticastristas querían recuperar su país, y todos ellos podían coincidir, al menos parcialmente, en un mismo objetivo estratégico. Pero Kennedy, después de la Crisis de los Misiles, había comenzado a buscar una relación más controlada con la Unión Soviética, e incluso explorado contactos exploratorios relacionados con la propia Cuba —una evolución que generó tensiones reales dentro del aparato de seguridad nacional estadounidense, donde algunos sectores consideraban que el presidente ya no era suficientemente firme frente a Castro—.

La dificultad de convertir el motivo en cadena operativa

Al cerrar este capítulo, conviene fijar con precisión lo que la evidencia disponible permite afirmar, y lo que no. Existían, sin ninguna duda, motivos reales y documentados: la persecución de Robert Kennedy había convertido a figuras como Marcello y Giancana en enemigos directos y personales de la administración; la colaboración entre la CIA y sectores del crimen organizado en los planes contra Castro estaba fehacientemente probada; y las conexiones personales —como la que unía a Giancana con Campbell, y a ésta con el propio Kennedy— añadían una capa adicional de proximidad entre mundos que, en otras circunstancias, jamás se habrían cruzado. Pero convertir todo este entramado de motivos y contactos reales en una cadena operativa demostrada —una decisión, una orden, una ejecución vinculada directamente con los hechos de Dallas— es un salto que la evidencia disponible, hasta el día de hoy, no permite dar. La dificultad no reside en la falta de motivo: los motivos, aquí como en tantas otras corrientes conspirativas que hemos examinado, sobran. La dificultad reside en que un motivo, por poderoso que sea, sigue sin ser una prueba.

Los hombres alrededor de Oswald: David Ferrie y George de Mohrenschildt

Hay personas que adquieren importancia en una investigación porque participaron directamente en los hechos. Y hay otras que la adquieren por una razón completamente distinta: porque estuvieron demasiado cerca. **David Ferrie y George de Mohrenschildt** pertenecen a esta segunda categoría. Ninguno de los dos fue acusado formalmente de participar en el asesinato de Kennedy, y no existe una prueba concluyente que permita afirmar que formaron parte de una conspiración para matarlo. Pero ambos estuvieron relacionados con Lee Harvey Oswald antes del 22 de noviembre de 1963, y sus historias conducen hacia ambientes que ya conocemos: Nueva Orleans, Cuba, el anticomunismo, la inteligencia, los contactos internacionales. Sus nombres sobrevivieron no porque hayan resuelto el misterio, sino porque contribuyeron a hacerlo más complejo.

David Ferrie y el mundo clandestino de Nueva Orleans

David William Ferrie era una figura difícil de clasificar: había sido piloto, había trabajado para compañías aéreas, poseía sólidos conocimientos de aviación, y tenía una personalidad peculiar que llamaba poderosamente la atención de quienes lo conocían. Su nombre terminó relacionado con Oswald por una combinación específica de factores. El primero era antiguo: ambos habían estado vinculados, años antes del asesinato, al mismo entorno de aviación juvenil de la **Civil Air Patrol**. Una relación de esa antigüedad no demuestra, por sí sola, ningún vínculo operativo posterior —dos personas pueden conocerse durante la adolescencia sin mantener contacto significativo en la edad adulta—, pero en el caso de Ferrie la historia no se detiene allí: desarrolló relaciones activas con sectores anticomunistas, un ambiente de entrenamiento, aviación y recaudación de fondos vinculado a la lucha contra Castro, exactamente el mismo ecosistema clandestino de Nueva Orleans por el que Oswald, con su activismo público en favor de Cuba, también circulaba —aunque desde la trinchera política opuesta—.

Esta contradicción —Oswald defendiendo públicamente a Castro, Ferrie moviéndose en círculos profundamente anticomunistas— es uno de los elementos que más ha llamado la atención de los investigadores a lo largo de las décadas. Pero admite, como tantas otras anomalías de este caso, una explicación sencilla que no requiere conspiración alguna: Oswald podía estar actuando como provocador, podía estar buscando publicidad, o simplemente creía con sinceridad en la causa que defendía en público. Ambos hombres, en cualquier caso, pertenecían al mismo ecosistema político clandestino de Nueva Orleans, aunque ocuparan posiciones ideológicamente opuestas dentro de él.

La investigación de Garrison y el juicio de Clay Shaw

En 1967, el fiscal de distrito de Nueva Orleans **Jim Garrison** inició una investigación que transformaría definitivamente la imagen pública de Ferrie: convencido de que Oswald no había actuado solo, Garrison buscó conexiones entre Oswald, Ferrie y el empresario **Clay Shaw**, a quien finalmente llevó a juicio bajo la acusación de haber participado en una conspiración para asesinar al presidente. Uno de los elementos centrales de la acusación fue el testimonio de

Perry Russo, quien afirmó haber presenciado una reunión en la que los tres hombres habrían discutido un plan relacionado con el asesinato —una escena que, en su propia estructura narrativa, parecía casi diseñada para confirmar la teoría conspirativa—. Pero el testimonio de Russo fue intensamente cuestionado durante el proceso, y el jurado finalmente absolvió a Shaw. Esto no significa que toda la investigación de Garrison careciera de valor histórico, pero sí significa que sus conclusiones nunca pudieron tratarse como hechos judicialmente demostrados.

La historia de Ferrie tuvo, además, un giro extraordinario: en febrero de 1967, poco después de que la investigación de Garrison comenzara a centrarse específicamente en él, apareció muerto en su apartamento de Nueva Orleans. La muerte fue inicialmente atribuida a causas naturales o a un posible suicidio, y la circunstancia alimentó de inmediato las sospechas, porque Ferrie podía haber sido un testigo capaz de responder preguntas fundamentales sobre Oswald, sus relaciones y sus actividades vinculadas a Cuba. Murió antes de poder hacerlo ante un tribunal. Pero, como hemos sostenido sistemáticamente en este libro, una coincidencia temporal —por sospechosa que resulte— no demuestra por sí sola un asesinato ni una operación de silenciamiento.

George de Mohrenschildt: la alta sociedad de Dallas

Si Ferrie representa el mundo clandestino de Nueva Orleans, **George de Mohrenschildt** representa una dimensión completamente distinta: Dallas, la alta sociedad, los círculos de emigrados europeos, y una relación extraordinariamente cercana con la familia Oswald. De Mohrenschildt era considerablemente mayor que Oswald, poseía educación, había viajado extensamente, y contaba con contactos internacionales que lo situaban en un círculo social muy alejado del de un joven exmarine sin recursos, recién regresado de la Unión Soviética con una esposa soviética y prácticamente sin conocidos en la ciudad. La explicación más sencilla de su interés por los Oswald es también la más benigna: se trataba de una pareja joven, aislada y con dificultades económicas, y de Mohrenschildt sentía curiosidad genuina, quizá incluso deseo de ayudar. Pero había algo más: de Mohrenschildt mantenía contactos con personas vinculadas al mundo de la inteligencia, entre ellas **J. Walton Moore**, funcionario de la CIA en Dallas dentro de la División de Contactos Domésticos, con quien declaró ante la Comisión Warren haber hablado sobre Oswald. La HSCA examinó posteriormente este vínculo, pero no logró

demostrar que de Mohrenschildt hubiera actuado como intermediario de la agencia para acercarse a Oswald; la documentación de la propia CIA tampoco estableció, antes del asesinato, un vínculo formal entre la agencia, de Mohrenschildt y Oswald.

El episodio del rifle y la «broma»

Durante una de sus visitas al apartamento de los Oswald ocurrió un episodio extraordinariamente llamativo: **Jeanne de Mohrenschildt**, esposa de George, vio un rifle con mira telescópica en la vivienda, poco después de que Oswald hubiera disparado —según la reconstrucción posterior— contra el general Edwin Walker. George le preguntó entonces a Oswald, en tono aparentemente humorístico, si había sido él quien había atacado a Walker. La reacción descrita por los testigos resultó llamativa: Oswald cambió de expresión, quedó casi sin palabras, y la conversación terminó abruptamente. La Comisión Warren registró el episodio, y de Mohrenschildt sostuvo que su comentario había sido simplemente una broma —explicación que la Comisión aceptó como compatible con la evidencia disponible—. Pero la pregunta legítima persiste: ¿cómo podía de Mohrenschildt conocer, o al menos sospechar, la posibilidad de que Oswald hubiera atacado a Walker? No existe una respuesta documental definitiva.

La relación entre ambos adquirió, además, otra dimensión relevante a través de las llamadas **fotografías del patio trasero**, en las que Oswald aparece sosteniendo el rifle Carcano. Entre los documentos personales de de Mohrenschildt apareció, tras su muerte, otra copia de una de esas fotografías, con una inscripción en el reverso atribuida al propio Oswald; el análisis de escritura respaldó la autenticidad de esa firma, y la HSCA concluyó que las fotografías no mostraban evidencias de manipulación, y que el rifle representado era consistente con el hallado en el Texas School Book Depository —hallazgo que ya examinamos con detalle en el capítulo dedicado al arma—.

Una muerte más, un testigo menos

En 1963, poco antes del asesinato, los de Mohrenschildt abandonaron Estados Unidos para instalarse en Haití, lo cual reduce considerablemente cualquier hipótesis que pretendiera situarlo como participante físico en los hechos de Dallas. Años después, en 1977, cuando investigadores y periodistas volvieron a interesarse intensamente por su historia, George de Mohrenschildt murió por suicidio. Una vez más, la muerte de un personaje estrechamente relacionado con Oswald se produjo antes de que pudiera ofrecer una explicación pública completa, y una vez más esa circunstancia alimentó las sospechas —sin que, por ello, la muerte constituyera prueba alguna de una conspiración—. Lo que sí produjo, de manera indiscutible, fue la pérdida de un testigo capaz de responder preguntas que hoy permanecen abiertas.

Un patrón que no cierra en conspiración

Ferrie representaba el mundo de Nueva Orleans: los anticastristas, la aviación, las actividades clandestinas. De Mohrenschildt representaba Dallas: los emigrados, las relaciones internacionales, los círculos sociales elevados. Y Oswald —un hombre aparentemente marginal, exmarine, con pocos recursos, una esposa soviética y una historia política peculiar— aparece relacionado con ambos. Ésa es la verdadera anomalía del caso: no que existiera una conspiración demostrada, sino que un hombre situado en los márgenes de la sociedad estadounidense terminara cruzándose con personas pertenecientes a mundos tan distintos entre sí. La investigación debe preguntarse cómo ocurrió esto, no asumir automáticamente que ocurrió porque alguien lo planificó deliberadamente. La evidencia disponible no permite construir una cadena demostrable que vaya de Ferrie a de Mohrenschildt, de éste a Oswald, y de Oswald a una conspiración organizada. Esa cadena, con la documentación actualmente disponible, sencillamente no existe.

Ferrie murió. De Mohrenschildt murió. Oswald murió. Ruby murió. Muchos de los hombres que podrían haber explicado con precisión estas conexiones ya no pueden hacerlo, y esa sucesión de muertes prematuras ha alimentado enormemente la leyenda del caso. Pero la muerte de un testigo, por sospechosa que resulte su circunstancia, no convierte automáticamente su silencio en una confesión. Lo que queda son documentos, testimonios, fotografías, registros y contradicciones —y precisamente esas contradicciones son las que, después de recorrer seis décadas de investigación, nos obligan finalmente a formular la pregunta que ha sobrevivido a todas las demás: ¿quién mató, en definitiva, a John F. Kennedy? Antes de intentar responderla por última vez, es necesario reconocer algo fundamental: el asesinato no terminó cuando murió Kennedy. Tampoco terminó cuando murieron Oswald, Ruby, Ferrie o de Mohrenschildt. El asesinato continuó, y continúa todavía hoy, en los documentos, en los archivos, en las contradicciones, en las sucesivas investigaciones, y en la memoria colectiva de un país que, sesenta años después, sigue intentando determinar exactamente qué ocurrió aquel mediodía de noviembre en Dallas.

EPÍLOGO

El crimen que transformó la Guerra Fría

Hay asesinatos que terminan con la muerte de la víctima. El de John Fitzgerald Kennedy no. El 22 de noviembre de 1963, a las 12:30 del mediodía, tres disparos —o quizá cuatro, según la hipótesis que se adopte— atravesaron Dealey Plaza y cambiaron para siempre la historia de Estados Unidos. Pero aquel día no murió solamente un presidente. Murió también una cierta confianza: la confianza en que las instituciones conocían la verdad completa; la confianza en que una investigación oficial podía cerrar, de una vez y para siempre, un crimen de semejante magnitud; y, para millones de personas, la confianza elemental en que el Estado decía todo lo que sabía. Desde entonces, Dallas dejó de ser únicamente un lugar en un mapa de Texas. Se convirtió en una pregunta que Estados Unidos —y el mundo entero— sigue formulándose sesenta años después.

Lo que sabemos con certeza

Después de recorrer veinte capítulos de evidencia, conviene regresar al principio. No para repetir la historia, sino para reconstruirla con la disciplina que ha gobernado todo este libro: separar lo probado de lo probable, lo posible de lo demostrado, la evidencia de la interpretación.

Sabemos que Kennedy llegó a Dallas el 22 de noviembre de 1963, que su caravana atravesó Dealey Plaza, que fue alcanzado por disparos, y que murió pocas horas después en el Parkland Memorial Hospital. Sabemos que Lee Harvey Oswald fue detenido ese mismo día, que había trabajado en el Texas School Book Depository, y que allí se encontró un rifle documentalmente asociado a él. Sabemos que también fue acusado del asesinato del agente J. D. Tippit, con una cadena balística independiente que lo relaciona con ese segundo crimen. Y sabemos que, dos días después, Jack Ruby le disparó dentro del edificio de la policía de Dallas, ante las cámaras de televisión de todo el país. Ninguno de estos hechos depende de una teoría. Forman parte de la historia documentada, verificada de forma independiente por múltiples fuentes.

Lo que resulta altamente probable

La evidencia física y balística —el rifle, los casquillos, la bala CE 399, las huellas, la fotografía del patio— convirtió a Oswald en el principal y más sólidamente documentado sospechoso. La Comisión Warren concluyó, en 1964, que había disparado contra Kennedy y que había actuado solo. Quince años después, la HSCA llegó a una conclusión distinta en un aspecto decisivo: consideró probable que el asesinato hubiera sido resultado de una conspiración. Pero, como hemos examinado en detalle, esa conclusión dependía en gran medida de la evidencia acústica del Dictabelt, y esa evidencia fue posteriormente cuestionada por la National Academy of Sciences: la existencia de un cuarto disparo no quedó demostrada, y una de las principales bases científicas de la hipótesis conspirativa perdió, con ello, buena parte de su fuerza.

Lo que sigue sin explicación completa

Pero refutar una prueba no elimina todas las preguntas pendientes. El caso continúa presentando elementos genuinamente difíciles: las discrepancias entre los testimonios de Parkland y Bethesda; la destrucción de las notas originales de la autopsia; la historia de la nota que Oswald dejó para el agente Hosty, destruida por orden superior; las operaciones secretas de la CIA contra Castro, con la colaboración documentada del crimen organizado; los contactos de Oswald en México con funcionarios soviéticos vinculados a la inteligencia; la conducta de Jack Ruby y sus llamadas a hombres relacionados con Marcello y Trafficante; y la muerte, en circunstancias que alimentaron nuevas sospechas, de testigos como David Ferrie y George de Mohrenschildt. Todo ello contribuyó, con el paso de las décadas, a crear una atmósfera en la que la explicación oficial dejó de resultar suficiente para una parte importante de la sociedad estadounidense.

El error de los dos extremos

Durante décadas, el debate público quedó atrapado entre dos posiciones igualmente simplificadoras. Una afirmaba que Oswald actuó completamente solo, sin ninguna zona de sombra. La otra sostenía que Kennedy fue víctima de una gigantesca conspiración perfectamente organizada y ejecutada. La realidad histórica, después de todo lo examinado en este libro, resulta bastante más incómoda que cualquiera de esos dos extremos: entre ambas posibilidades existe un territorio enorme, formado por secretos parciales, operaciones clandestinas reales, agencias que no compartían información entre sí, funcionarios que ocultaban actividades por razones ajenas al asesinato, grupos anticastristas con agendas propias, criminales ocasionalmente utilizados por la inteligencia estadounidense, y un joven llamado Lee Harvey Oswald que parecía moverse, de manera genuinamente extraordinaria, por demasiados mundos distintos para que su biografía resulte sencilla.

Debemos recordar, además, el momento histórico exacto en que todo esto ocurrió: la Guerra Fría en uno de sus puntos más álgidos, Cuba convertida en el principal escenario de confrontación entre las superpotencias, Bahía de Cochinos como fracaso reciente, la Crisis de los Misiles todavía fresca en la memoria colectiva, y un sistema internacional entero en el que las operaciones clandestinas formaban parte estructural, no excepcional, de la política exterior de las grandes potencias. En ese mundo, el secreto no era una anomalía. Era, sencillamente, parte del sistema.

El problema de las coincidencias retrospectivas

Cuando conocemos el final de una historia, cada acontecimiento anterior adquiere retrospectivamente un significado que quizá nunca tuvo en el momento en que ocurrió. El hombre que conoció a Oswald en 1962 puede parecer importante únicamente porque Oswald se convirtió después en el principal sospechoso de un magnicidio; la persona que habló con él en Nueva Orleans puede parecer un intermediario; un contacto con un funcionario de inteligencia

puede parecer, retrospectivamente, una operación; una fotografía puede parecer una prueba; una muerte puede parecer un silenciamiento. Pero cada una de esas interpretaciones necesita, todavía, ser demostrada con evidencia independiente, y no simplemente inferida de la dirección en que sabemos que la historia terminó.

Existe, además, un problema estrictamente lógico que cualquier gran teoría de conspiración debe enfrentar: una operación capaz de asesinar al presidente de Estados Unidos habría requerido una coordinación extraordinaria —decenas de personas guardando silencio durante décadas, armas, vehículos, comunicaciones y financiación organizados con precisión, una historia común sostenida de manera uniforme, y un control eficaz de las consecuencias posteriores al crimen—. Después de más de sesenta años y de sucesivas oleadas de desclasificación documental, no ha aparecido una cadena completa capaz de demostrar quién habría dado la orden, quién habría coordinado la operación, y quién habría ejecutado cada parte concreta del plan. Esto no demuestra que una conspiración fuera imposible. Pero sí significa que, con la evidencia disponible hoy, no puede afirmarse como un hecho históricamente demostrado.

La muerte que impidió cerrar el caso

La muerte de Oswald fue, probablemente, el acontecimiento que más daño causó a la posibilidad de cerrar definitivamente este expediente. Si hubiera sobrevivido, habría tenido que responder ante un tribunal, ser interrogado formalmente, y enfrentarse en público a cada una de las pruebas reunidas en su contra. Habríamos conocido su versión completa: podría haber negado los cargos, explicado sus relaciones, señalado a otras personas, o incluso confesado. Nunca lo sabremos. Jack Ruby eliminó esa posibilidad, y con ella eliminó también la posibilidad de que la historia contara jamás con un relato completo desde la única persona que, según toda la evidencia disponible, estuvo físicamente en el centro de los hechos.

Ni todo es conspiración, ni todo es error inocente

Quizá uno de los aprendizajes más importantes que deja el caso Kennedy sea la demostración de cuánto puede alterar la percepción histórica el secreto de Estado. Durante años, los ciudadanos conocieron solamente una parte de la información disponible; después comenzaron a aparecer archivos, informes, memorandos y testimonios que habían permanecido clasificados, y cada nueva publicación modificó parcialmente la imagen anterior. Pero esta afirmación merece repetirse con toda claridad: un gobierno puede ocultar información por razones legítimas de seguridad nacional sin haber participado jamás en un asesinato; una agencia puede proteger sus propios métodos operativos sin haber organizado el crimen; un funcionario puede mentir para proteger una operación clandestina completamente distinta; y una institución puede cometer errores graves simplemente porque está formada, como todas, por seres humanos falibles.

Existe, en efecto, una explicación que a veces resulta menos atractiva que cualquier conspiración: el caos administrativo. Las burocracias fallan, las agencias no comparten información con la fluidez que deberían, los testigos olvidan, los documentos se pierden, y los

acontecimientos verdaderamente extraordinarios pueden producir, sin necesidad de ningún diseño deliberado, una acumulación igualmente extraordinaria de errores humanos e institucionales. No todo misterio necesita, para explicarse, un conspirador. Pero tampoco todo error es necesariamente inocente, y la dificultad más honesta de todo este caso reside precisamente en determinar dónde termina exactamente el error humano y dónde comienza la ocultación deliberada. Esa frontera —difusa, cambiante, y todavía hoy objeto de disputa entre historiadores— es, probablemente, la gran cuestión irresuelta del caso Kennedy.

La verdadera herencia de Dallas

Quizá ésa sea la verdadera herencia del 22 de noviembre de 1963: no una respuesta definitiva, sino una advertencia permanente. El poder puede equivocarse. El poder puede ocultar información legítima o ilegítimamente. El poder puede, en ciertas circunstancias, manipular lo que hace público. Y el poder, paradójicamente, también puede convertirse en víctima de sus propios secretos, atrapado entre la necesidad de proteger operaciones reales y la sospecha, jamás disipada del todo, de estar ocultando algo mucho más grave.

La historia no funciona como un tribunal perfecto. No siempre puede determinar culpables con la certeza que exigiría un proceso judicial; no siempre puede recuperar documentos destruidos; no siempre puede reconstruir con exactitud una conversación ocurrida hace sesenta años. Pero sí puede, y debe, establecer grados de certeza. Puede decir: esto ocurrió, con la documentación que lo prueba. Puede decir: esto es altamente probable, según la evidencia disponible. Puede decir: esto es posible, aunque no demostrado. Y también debe tener el valor intelectual de decir, sin vergüenza: esto, con lo que sabemos hoy, no lo sabemos.

Lo que no debemos hacer, y lo que sí

No debemos convertir una sospecha en un hecho. No debemos convertir una coincidencia en una conexión demostrada. No debemos convertir un testimonio aislado en una prueba definitiva. No debemos convertir una anomalía documental en una conspiración cerrada. Y no debemos, tampoco, aceptar automáticamente una versión oficial por el simple hecho de haber sido emitida por una institución respetada. Lo que sí debemos hacer, siempre, es volver a las pruebas: al rifle, a los proyectiles, a los casquillos, a las fotografías, a las radiografías, a la película de Zapruder, a los testimonios contrastados, a los documentos desclasificados, a las autopsias, a las cadenas de custodia, a las cronologías milimétricas, y a las relaciones verificables entre las personas que atravesaron esta historia.

Una última reconstrucción

Después de todo lo investigado en este libro, podemos imaginar nuevamente aquella mañana. Dallas. El sol de noviembre. La multitud agolpada a lo largo de la ruta. La caravana presidencial avanzando lentamente por el centro de la ciudad. Kennedy sentado junto a Jacqueline, saludando

a los ciudadanos que se habían acercado para verlo. John Connally, delante de ellos, girado levemente hacia la derecha. El automóvil descendiendo por Elm Street. La plaza. El edificio. Las ventanas. Los espectadores con sus cámaras. Y, en algún punto elevado, un rifle. Después, el sonido. El primer disparo, ambiguo, que muchos no llegan a comprender de inmediato. Otro disparo. El presidente llevándose las manos al cuello. Connally, herido, encogiéndose de dolor. Y finalmente, el disparo que destruyó, en una fracción de segundo capturada para siempre en 486 fotogramas de una cámara doméstica, la vida del trigésimo quinto presidente de Estados Unidos. A partir de ese instante preciso, la historia dejó de pertenecer únicamente a quienes estuvieron físicamente presentes en Dealey Plaza aquel mediodía. Pasó a pertenecer al mundo entero.

Y el mundo entero preguntó, y sigue preguntando: ¿fue Oswald? ¿Fue Oswald acompañado por alguien más? ¿Hubo un segundo tirador? ¿Existió realmente una conspiración, y quién habría podido organizarla? ¿Cuba? ¿La Unión Soviética? ¿La mafia? ¿Sectores de la propia CIA? ¿Los exiliados anticastristas? ¿Alguna combinación imprevisible de esos mundos que, por razones distintas, coincidían en desear la muerte del presidente? ¿O, simplemente, un hombre profundamente marcado por una vida de fracasos y radicalización personal, que encontró, por puro accidente geográfico y biográfico, la oportunidad de cometer un crimen que ninguna teoría necesita para explicarse?

La respuesta más honesta

Después de todo lo examinado a lo largo de este libro, la respuesta más honesta que podemos ofrecer no es completamente satisfactoria, y quizá nunca lo sea. La evidencia disponible sostiene, con una fuerza considerable y multidisciplinaria —balística, médica, fotográfica, documental—, la participación directa de Lee Harvey Oswald como tirador desde el sexto piso del Texas School Book Depository. Pero esa misma evidencia no permite construir una demostración definitiva de una conspiración mayor, coordinada y ejecutada por alguna de las organizaciones que hemos investigado en detalle. Las hipótesis alternativas contienen, en su gran mayoría, elementos genuinamente reales y documentados —motivos, contactos, operaciones paralelas, contradicciones institucionales—, pero esos elementos no siempre pueden conectarse en una cadena causal completa y verificable. Y las contradicciones que permanecen, después de sesenta años de investigación acumulada, no son suficientes, por sí solas, para determinar con certeza quién más, si alguien más, estuvo detrás del asesinato de John F. Kennedy.

Reconocer esta incertidumbre no significa que la investigación haya fracasado. Significa, exactamente lo contrario, respetar la evidencia hasta sus últimas consecuencias. Una investigación histórica seria no tiene la obligación de producir una respuesta espectacular ni satisfactoria emocionalmente. Tiene la obligación, mucho más exigente, de decir con precisión hasta dónde puede llegar legítimamente. Y, llegado ese límite, detenerse.

El crimen que transformó la Guerra Fría

Kennedy murió en uno de los momentos más peligrosos de la historia contemporánea, en el corazón mismo de la Guerra Fría, en un país atravesado por tensiones raciales, sociales y políticas, en un mundo donde dos superpotencias poseían la capacidad tecnológica de destruirse mutuamente, y en un sistema internacional donde las operaciones clandestinas formaban parte estructural, y no excepcional, de la política exterior de las grandes potencias. Por eso Dallas tuvo una repercusión histórica que excedió, de manera casi inconmensurable, a su propia víctima. Lyndon B. Johnson asumió la presidencia; la Guerra Fría continuó su curso; Vietnam se convirtió en una tragedia nacional de proporciones históricas; y la sociedad estadounidense perdió, de manera progresiva pero irreversible, buena parte de su confianza institucional. El asesinato de Kennedy fue el primero de una serie de conmociones políticas que marcarían profundamente la década siguiente: después llegarían los asesinatos de Martin Luther King Jr. y de Robert Kennedy, y la violencia política pareció instalarse, con una persistencia inquietante, en el corazón mismo de la democracia estadounidense.

La pregunta que nunca desapareció

Han pasado más de sesenta años. Los protagonistas originales han muerto; los investigadores de la Comisión Warren y de la HSCA también. Los documentos se han acumulado en cantidades que ningún investigador individual podría llegar a leer por completo. Las imágenes han sido digitalizadas, analizadas con tecnología que sus contemporáneos ni siquiera podían imaginar, y los archivos han sido abiertos, parcial pero progresivamente, a sucesivas generaciones de historiadores que han vuelto a estudiar el mismo crimen desde ángulos cada vez más precisos. Y sin embargo, la pregunta permanece intacta. No solamente la pregunta obvia —¿quién mató a Kennedy?—, sino otra, más profunda e inquietante: ¿por qué este asesinato en particular sigue produciendo dudas legítimas, cuando tantos otros crímenes históricos de magnitud comparable terminaron encontrando, con el tiempo, una explicación ampliamente aceptada?

Quizá porque Dallas reunió, en un solo acontecimiento, una combinación verdaderamente excepcional de elementos: una víctima extraordinaria en un momento extraordinario de la historia mundial; un sospechoso principal que murió antes de poder ser juzgado; un segundo hombre armado que apareció, ante las cámaras de televisión, antes de que pudiera celebrarse ese juicio; servicios de inteligencia que operaban en los márgenes más oscuros de la legalidad; una Guerra Fría al borde del abismo nuclear; Cuba como epicentro geopolítico; el crimen organizado entrelazado, de maneras documentadas, con la propia inteligencia estadounidense; testigos que se contradijeron entre sí desde el primer día; documentos que permanecieron clasificados durante décadas; y, sobrevolando todo ello, una cantidad verdaderamente extraordinaria de preguntas legítimas que nunca llegaron a recibir una respuesta completa.

El último límite

La investigación termina, necesariamente, donde termina la evidencia disponible. Más allá de ese límite comienza la interpretación; y más allá de la interpretación, si no se ejerce la disciplina suficiente, comienza simplemente la creencia. El investigador —y también el lector— debe aprender a distinguir con claridad entre esos tres territorios, porque la historia no necesita que el misterio sea artificialmente destruido con una conclusión prematura. Necesita, en cambio, que sea comprendido en toda su complejidad real, con sus zonas de certeza y sus zonas de sombra debidamente señalizadas.

Quizá nunca sepamos cada detalle de aquel día de noviembre. Quizá nunca sepamos con precisión qué pensaba Lee Harvey Oswald en los minutos que precedieron a los disparos. Quizá nunca sepamos por qué determinadas personas se cruzaron, de manera tan improbable, en los últimos años de su vida. Quizá nunca sepamos exactamente qué información permaneció deliberadamente oculta durante décadas, y es posible, incluso, que algunas respuestas hayan desaparecido para siempre junto con quienes las conocían de primera mano. Pero una cosa permanece, inmutable, sesenta años después: la escena. La plaza. El automóvil descendiendo por Elm Street. El presidente. Los disparos. Y, después, el silencio.

El asesinato que nunca terminó

John Fitzgerald Kennedy murió en Dallas el 22 de noviembre de 1963. Pero el asesinato, en un sentido que trasciende lo estrictamente forense, nunca terminó del todo. Continuó en las sucesivas investigaciones oficiales; en los archivos que siguen desclasificándose hasta el día de hoy; en las universidades donde generaciones enteras de historiadores han dedicado sus carreras a este caso; en los documentales y en los libros que continúan publicándose año tras año; y en la memoria de generaciones que ni siquiera habían nacido en 1963. Continúa ahora mismo, cada vez que alguien vuelve a mirar aquella película de apenas veintiséis segundos y se pregunta, con la misma inquietud que sintieron los primeros investigadores en 1964, qué ocurrió realmente aquel mediodía.

Tal vez ésa sea, en definitiva, la razón última por la que Dallas todavía nos inquieta sesenta años después. Porque detrás de la pregunta evidente sobre quién apretó el gatillo existe otra, mucho más profunda y perturbadora: ¿podemos confiar completamente en lo que creemos saber sobre los grandes acontecimientos que definen nuestra historia colectiva? El caso Kennedy demuestra, con una claridad que pocos episodios históricos igualan, que esa confianza nunca debe darse por sentada. Hay que investigarla. Hay que contrastarla, una y otra vez, contra la evidencia disponible. Hay que cuestionarla sin descanso. Y, sobre todo, hay que aceptar, con la honestidad intelectual que este libro ha intentado sostener en cada uno de sus capítulos, que algunas verdades históricas pueden permanecer, quizá para siempre, irremediablemente incompletas.

Porque cuando las pruebas terminan, comienza la honestidad. Y quizá ésa sea la única manera legítima de acercarnos, más de sesenta años después de aquel disparo en Dealey Plaza, a

la verdad del 22 de noviembre de 1963: no afirmando lo que no podemos demostrar con evidencia sólida. No negando, tampoco, lo que todavía no hemos conseguido explicar por completo. Y no permitiendo, nunca, que el atractivo narrativo del misterio termine sustituyendo a la evidencia misma.

Dallas sigue allí. La pregunta, también. Y quizá sea precisamente por eso —porque se resiste, con una obstinación casi histórica, a convertirse del todo en pasado cerrado— que el asesinato de John Fitzgerald Kennedy, sesenta años después de aquel mediodía de noviembre, todavía no ha terminado.

GLOSARIO DE ORGANISMOS, SIGLAS Y TÉRMINOS

Este glosario reúne los principales organismos, instituciones, términos históricos, militares, forenses y expresiones específicas que aparecen a lo largo de esta investigación. Su finalidad no es sustituir un estudio especializado, sino ofrecer al lector una referencia clara para situar el contexto institucional, político, militar y técnico del caso.

A. Organismos e instituciones

CIA (Central Intelligence Agency). Organismo de inteligencia exterior de Estados Unidos, creado en 1947, encargado de obtener, analizar y producir inteligencia relacionada con la seguridad nacional, además de realizar determinadas operaciones encubiertas autorizadas. En el caso Kennedy adquiere especial relevancia por sus operaciones relacionadas con Cuba, su actividad de vigilancia en Ciudad de México y sus archivos sobre Lee Harvey Oswald.

FBI (Federal Bureau of Investigation). Principal organismo federal estadounidense de investigación criminal y contrainteligencia interna. Después del asesinato desempeñó un papel central en la investigación, recopilando evidencias, entrevistando testigos y elaborando informes sobre Oswald, Ruby y otros aspectos del caso. La HSCA consideraría después que el FBI había investigado ampliamente la responsabilidad de Oswald, pero criticó su investigación de una posible conspiración y su intercambio de información con otras agencias.

Servicio Secreto de Estados Unidos (U.S. Secret Service). Organismo federal encargado, entre otras funciones, de la protección del presidente. Participó en la planificación de la visita a Dallas y en la protección directa de Kennedy; la HSCA concluyó posteriormente que existieron deficiencias en su desempeño relacionadas con esa protección.

Departamento de Justicia (Department of Justice). Departamento federal responsable de la aplicación de las leyes federales y de la representación jurídica del gobierno. Mantuvo una relación directa con el FBI y, posteriormente, con diversas investigaciones relacionadas con el asesinato.

Departamento de Estado (Department of State). Responsable de la política exterior estadounidense. Sus archivos incluyen documentación sobre la desertión de Oswald a la Unión Soviética, su regreso a Estados Unidos y otros aspectos internacionales del caso.

NARA (National Archives and Records Administration). Organismo federal encargado de conservar los documentos históricos del gobierno estadounidense. Custodia la President John F. Kennedy Assassination Records Collection, que reúne millones de páginas de documentos, fotografías, películas, grabaciones y otros materiales relacionados con el asesinato.

JFK Assassination Records Collection. Conjunto centralizado de documentos gubernamentales relacionados con el asesinato y sus investigaciones, establecido a partir de la JFK Records Act de 1992, con NARA como depositario principal.

JFK Records Act (President John F. Kennedy Assassination Records Collection Act of 1992). Ley aprobada por el Congreso el 26 de octubre de 1992 para reunir y facilitar progresivamente la divulgación de los registros relacionados con el asesinato. Creó mecanismos para revisar las restricciones de acceso a los documentos y estableció el Assassination Records Review Board.

ARRB (Assassination Records Review Board). Organismo independiente creado por la legislación de 1992 para supervisar la revisión y divulgación de documentos relacionados con el asesinato. Funcionó entre 1994 y 1998, con autoridad para revisar decisiones gubernamentales sobre documentos cuya publicación había sido aplazada.

Comisión Warren (Warren Commission; President's Commission on the Assassination of President Kennedy). Creada por el presidente Lyndon B. Johnson mediante la Orden Ejecutiva 11130 del 29 de noviembre de 1963, y presidida por el presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren. Su misión consistió en investigar el asesinato de Kennedy y la muerte posterior de Oswald. Publicó su informe en septiembre de 1964 y concluyó que Oswald había actuado solo.

HSCA (House Select Committee on Assassinations). Comité creado por la Cámara de Representantes en 1976 para volver a investigar los asesinatos de Kennedy y de Martin Luther King Jr. Publicó sus conclusiones en 1979: consideró sustancial la investigación sobre la responsabilidad de Oswald, calificó de inadecuada la investigación sobre una posible conspiración, y concluyó que Kennedy probablemente había sido asesinado como resultado de una conspiración —conclusión posteriormente cuestionada, entre otras razones, por los problemas hallados en la evidencia acústica utilizada.

Comisión Rockefeller (Rockefeller Commission; President's Commission on CIA Activities within the United States). Creada por el presidente Gerald Ford en 1975 para investigar determinadas actividades de la CIA dentro de Estados Unidos. Sus archivos relacionados con Kennedy incluyen información sobre operaciones y planes contra Fidel Castro.

Comité Church (Church Committee; Senate Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities). Comité

especial del Senado creado en 1975 para investigar las actividades de los servicios de inteligencia estadounidenses, incluidos los intentos de asesinato contra líderes extranjeros.

Comité Pike (Pike Committee; House Select Committee on Intelligence).

Comité de la Cámara de Representantes que investigó las actividades de inteligencia estadounidenses durante los años setenta; parte de sus archivos se relaciona indirectamente con el caso Kennedy.

ONI (Office of Naval Intelligence). Organismo de inteligencia de la Marina de Estados Unidos, relevante para comprender el entorno de inteligencia militar en el que Oswald estuvo inserto durante su servicio en los Marines.

KGB (Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti). Principal organismo de seguridad e inteligencia de la Unión Soviética durante gran parte de la Guerra Fría. Aparece en el caso debido a la estancia de Oswald en territorio soviético y a las investigaciones posteriores sobre sus contactos, incluido el de Valeriy Kostikov en Ciudad de México.

Cuerpo de Marines de Estados Unidos (U.S. Marine Corps). Fuerza militar en la que Oswald sirvió entre 1956 y 1959; su paso por ella resulta clave para comprender su formación y su entrenamiento con armas de fuego.

B. Términos históricos, militares y forenses

Guerra Fría. Periodo de rivalidad política, militar, económica e ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivos aliados. Aunque no produjo una guerra directa entre ambas superpotencias, estuvo marcado por conflictos indirectos, espionaje, operaciones clandestinas, carrera armamentística y amenaza nuclear.

Contrainteligencia. Conjunto de actividades destinadas a detectar, impedir y neutralizar operaciones de inteligencia de servicios extranjeros; en el caso Kennedy resulta especialmente relevante por las relaciones entre Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba.

Operación encubierta. Operación realizada de manera que el gobierno que la autoriza procura mantener oculta o ambigua su participación; fue una herramienta habitual de las grandes potencias durante la Guerra Fría.

Inteligencia. Información obtenida, procesada y analizada para ayudar a un gobierno u organismo a comprender amenazas, capacidades, intenciones y acontecimientos relevantes para la seguridad nacional.

Defector (desertor). Persona que abandona un país, organización o servicio y pasa a otro Estado o permanece en el extranjero por razones políticas o ideológicas. Oswald fue considerado un desertor durante su permanencia en la Unión Soviética.

Balística. Disciplina que estudia el movimiento de los proyectiles y los efectos que producen; suele distinguirse entre balística interna, externa y terminal.

Balística comparativa. Análisis destinado a determinar si un proyectil o casquillo pudo haber sido disparado por un arma determinada, mediante la comparación de las marcas que su mecanismo imprime; fue una de las áreas fundamentales en la investigación del rifle hallado en el Depository.

Casquillo. Parte metálica de un cartucho que contiene el fulminante y la carga propulsora y que, en un arma convencional, permanece tras el disparo. Los tres casquillos hallados en el sexto piso del Depository fueron una pieza clave de la evidencia balística.

Proyectil. Elemento que sale del cañón de un arma de fuego al producirse el disparo; en el lenguaje común suele llamarse simplemente «bala», aunque técnicamente «bala» y «cartucho» no son equivalentes.

Cartucho. Unidad completa de munición que, en un arma convencional, contiene proyectil, casquillo, propelente y fulminante.

Cerrojo. Mecanismo de un arma de fuego que permite introducir, cerrar, disparar y extraer un cartucho. El Mannlicher-Carcano utilizado en el caso es un fusil de cerrojo.

Rifle de cerrojo. Arma de fuego en la que el tirador debe accionar manualmente el cerrojo para extraer el casquillo disparado e introducir un nuevo cartucho; el Carcano modelo 91/38 atribuido a Oswald pertenece a esta categoría.

Trayectoria. Recorrido seguido por un proyectil desde que abandona el arma hasta que impacta contra un objeto o pierde su energía.

Ángulo de incidencia. Ángulo con el que un proyectil alcanza una superficie; su análisis puede contribuir a determinar la dirección aproximada de un disparo.

Evidencia circunstancial. Evidencia que permite inferir un hecho a partir de otros hechos demostrados, sin constituir una observación directa del acontecimiento principal. Gran parte de la reconstrucción histórica de la responsabilidad de Oswald pertenece a esta categoría.

Cadena de custodia. Registro documentado de las personas que han tenido bajo su control una evidencia determinada, desde su recuperación hasta su análisis o presentación, con el fin de demostrar que no fue alterada, sustituida ni contaminada.

Autopsia. Examen médico y anatómico realizado después de la muerte para determinar, entre otras cuestiones, las lesiones, causas y circunstancias del fallecimiento. La autopsia realizada en Bethesda constituye uno de los elementos más discutidos de todo el caso.

Herida de entrada. Lesión producida cuando un proyectil penetra en el cuerpo.

Herida de salida. Lesión producida cuando un proyectil atraviesa el cuerpo y sale por otro punto.

Fragmentación. Proceso por el cual un proyectil, hueso u otro material se rompe en múltiples fragmentos como consecuencia del impacto.

Radiografía. Imagen obtenida mediante rayos X; las radiografías del cráneo de Kennedy forman parte de la evidencia médica examinada por sucesivas investigaciones.

Evidencia fotográfica. Material visual utilizado para documentar una escena, persona, objeto o acontecimiento; en este caso comprende fotografías de Dealey Plaza, del Depository, del rifle, de la limusina y de otros elementos.

Evidencia fílmica. Registro realizado mediante película cinematográfica; la película de Zapruder constituye la pieza fílmica más importante relacionada con el asesinato.

C. Términos específicos del caso

Dealey Plaza. Plaza situada en el centro de Dallas, atravesada por Elm Street; fue el lugar por el que pasó la caravana presidencial y donde Kennedy recibió los disparos mortales.

Texas School Book Depository. Edificio situado en Dealey Plaza donde Oswald trabajaba en noviembre de 1963; actualmente se conoce como Dallas County Administration Building, aunque históricamente permanece asociado al asesinato.

Sexto piso. Zona del Depository desde la que la investigación oficial concluyó que se efectuaron los disparos contra la caravana; allí fueron hallados el rifle Carcano y los tres casquillos.

Ventana del sexto piso. Ventana situada en el extremo sureste del sexto piso, posición desde la que se realizaron las principales reconstrucciones de la trayectoria de los disparos.

Carcano modelo 91/38. Fusil italiano de cerrojo utilizado por Oswald y posteriormente identificado como el arma relacionada con los disparos contra Kennedy, diseñado sobre la familia de fusiles Carcano con alimentación mediante cargador en bloque.

A. Hidell. Nombre utilizado por Oswald como identidad alternativa, vinculado a la documentación de compra del rifle y a otros episodios de su vida.

CE (Commission Exhibit). Abreviatura utilizada para identificar las piezas de evidencia presentadas ante la Comisión Warren, numeradas mediante un sistema propio de identificación.

CE 399. Denominación asignada por la Comisión Warren al proyectil de calibre 6,5 mm recuperado en el Parkland Memorial Hospital y asociado posteriormente a la teoría de la bala única; una de las piezas de evidencia más conocidas y controvertidas del caso.

Bala única (Single Bullet Theory). Hipótesis según la cual un mismo proyectil atravesó el cuerpo de Kennedy y produjo después las heridas del gobernador Connally, explicando así cómo un número limitado de disparos pudo causar la totalidad de las heridas observadas. Fue fundamental para la reconstrucción presentada por la Comisión Warren.

Película de Zapruder. Película de 8 mm filmada por Abraham Zapruder durante el paso de la caravana por Dealey Plaza; conserva la secuencia visual más importante del asesinato y ha sido objeto de innumerables análisis históricos, médicos, forenses y cinematográficos.

Fotograma. Cada una de las imágenes individuales que componen una película; los investigadores utilizan números de fotograma para situar con precisión acontecimientos dentro de la película de Zapruder.

Limusina presidencial. Automóvil oficial en el que viajaban Kennedy, Jacqueline Kennedy, el gobernador John Connally y Nellie Connally durante la visita a Dallas; se convirtió en una pieza fundamental de la evidencia física.

Parkland Memorial Hospital. Hospital de Dallas al que fue trasladado Kennedy inmediatamente después de recibir los disparos, y donde también fue llevado Oswald tras el disparo de Jack Ruby.

Bethesda Naval Hospital. Hospital militar de Bethesda, Maryland, donde se realizó la autopsia de Kennedy tras su traslado desde Dallas; su documentación e interpretación constituyen uno de los aspectos más controvertidos del caso.

Oak Cliff. Zona de Dallas al sur del río Trinity, hacia donde se desplazó Oswald tras abandonar el Depository; allí ocurrieron el asesinato del agente Tippit y la posterior huida hasta el Texas Theatre.

Texas Theatre. Cine de Oak Cliff donde Oswald fue detenido el 22 de noviembre de 1963, después de que la policía recibiera información sobre la presencia allí de un sospechoso.

J. D. Tippit. Agente del Departamento de Policía de Dallas asesinado el 22 de noviembre de 1963, aproximadamente cuarenta y cinco minutos después del atentado contra Kennedy; su muerte es clave para reconstruir los movimientos de Oswald tras abandonar el Depository.

Jack Ruby. Propietario de un club nocturno de Dallas que disparó contra Oswald el 24 de noviembre de 1963 en el sótano de la sede policial, impidiendo que el principal sospechoso del asesinato de Kennedy llegara a ser juzgado.

Ciudad de México. Destino del viaje que Oswald realizó en septiembre de 1963, durante el cual visitó las embajadas de Cuba y de la Unión Soviética; sus movimientos y contactos allí se convirtieron después en una de las áreas más investigadas por la CIA.

Fair Play for Cuba Committee (FPCC). Organización estadounidense que defendía el derecho de Cuba a desarrollar su propio sistema político sin intervención estadounidense; Oswald se identificó públicamente con ella y distribuyó su propaganda durante su estancia en Nueva Orleans.

Bahía de Cochinos. Invasión de Cuba de abril de 1961, realizada por una fuerza de exiliados cubanos con apoyo y entrenamiento estadounidenses; su fracaso tuvo consecuencias profundas para la política de Kennedy hacia Cuba y para su relación con la CIA.

Crisis de los Misiles de Cuba. Crisis internacional de octubre de 1962, provocada por el descubrimiento de instalaciones soviéticas de misiles nucleares en Cuba; uno de los momentos de mayor tensión de la Guerra Fría y antecedente indispensable para comprender el contexto político del asesinato.

201 File. Sistema de archivo utilizado por la CIA para reunir información sobre personas de interés para la inteligencia; el 201 File de Oswald contiene documentación relacionada con él, incorporada después a la colección de registros del asesinato.

Archivos desclasificados. Documentos que estuvieron sujetos a restricciones de acceso por razones de seguridad nacional u otras disposiciones legales, y que posteriormente fueron autorizados para su consulta pública, total o parcialmente.

JFK Records. Forma abreviada de referirse a los registros relacionados con el asesinato reunidos bajo el marco de la JFK Records Act, procedentes de numerosas agencias y organismos gubernamentales.

Documento clasificado. Documento cuyo acceso está restringido por el gobierno debido a que su divulgación puede afectar intereses considerados sensibles para la seguridad nacional; la clasificación puede establecer distintos niveles de restricción.

FOIA (Freedom of Information Act). Legislación estadounidense que permite solicitar acceso a determinados registros de organismos federales; fue utilizada ampliamente por investigadores del caso Kennedy para obtener documentación inicialmente reservada.

Conspiración. Acuerdo entre dos o más personas para realizar conjuntamente un acto ilícito. En el contexto de este caso, el término debe utilizarse con precisión: demostrar que existió una conspiración requiere evidencia de coordinación entre sus participantes, no simplemente la existencia de anomalías, coincidencias o información secreta.

Hipótesis del tirador único. Explicación según la cual los disparos contra Kennedy fueron realizados por una sola persona. La Comisión Warren concluyó que Oswald actuó solo; el HSCA, en cambio, concluyó que probablemente existió una conspiración, apoyándose en evidencia acústica cuya validez sería después cuestionada.

Evidencia acústica. Registro sonoro utilizado para intentar determinar el número y la procedencia de los disparos; desempeñó un papel central en la conclusión del HSCA sobre una posible conspiración, aunque estudios posteriores cuestionaron su valor probatorio.

Grassy Knoll. Zona elevada y cubierta de césped situada al noroeste de Dealey Plaza; desde las primeras horas posteriores al asesinato surgieron testimonios y teorías que situaban allí a un posible segundo tirador.

Valla de madera (fence). Valla situada en la zona del Grassy Knoll, convertida en uno de los puntos centrales de las teorías sobre un segundo tirador.

Umbrella Man («hombre del paraguas»). Persona visible en la película de Zapruder sosteniendo un paraguas abierto cerca de la trayectoria de la caravana. Su presencia generó numerosas teorías conspirativas, aunque el hombre —identificado años después como Louie Steven Witt— explicó públicamente ante el propio HSCA que el paraguas era una referencia simbólica a la política de apaciguamiento de Neville Chamberlain, dirigida contra el padre del entonces embajador Joseph Kennedy.

Dark Complexed Man (hombre de tez oscura). Expresión utilizada en algunos testimonios y documentos iniciales para describir a una persona observada en las inmediaciones

del Depository; las descripciones de los testigos sobre personas vistas en ventanas y alrededores del edificio fueron diversas y, en algunos casos, contradictorias entre sí.

Exhibit. Pieza de evidencia presentada ante una comisión, tribunal o investigación; en los documentos de la Comisión Warren, las piezas fueron identificadas mediante números precedidos habitualmente por las letras CE.

Record Group. Sistema utilizado por los National Archives para organizar grandes conjuntos documentales procedentes de organismos gubernamentales; los registros de la Comisión Warren, por ejemplo, están identificados como Record Group 272, y los del FBI como Record Group 65.

Assassination Record. Categoría documental definida por la JFK Records Act y ampliada después por el ARRB, que incluye cualquier documento capaz de documentar, describir, analizar o interpretar actividades, personas o acontecimientos razonablemente relacionados con el asesinato o con las investigaciones posteriores.

Investigación de Garrison. Investigación dirigida por Jim Garrison, fiscal de distrito de Nueva Orleans, sobre una posible conspiración relacionada con el asesinato; culminó en el proceso contra Clay Shaw, absuelto en 1969.

Clay Shaw. Empresario de Nueva Orleans acusado por Garrison de participar en una conspiración relacionada con el asesinato de Kennedy; fue juzgado en 1969 y declarado no culpable.

Conclusión oficial. Expresión utilizada para referirse a las conclusiones de una investigación gubernamental, en particular las de la Comisión Warren, que no deben confundirse con una sentencia judicial: conviene recordar que Oswald murió antes de ser juzgado por el asesinato del presidente.

Evidencia primaria. Documento, objeto, fotografía, grabación o testimonio procedente directamente del periodo o acontecimiento estudiado.

Fuente secundaria. Obra posterior que interpreta, analiza o sintetiza fuentes primarias; los libros históricos, las investigaciones periodísticas y los estudios académicos pertenecen generalmente a esta categoría.

Desclasificación. Proceso mediante el cual un documento deja de estar sometido a una determinada clasificación de seguridad y puede divulgarse, total o parcialmente; en el caso Kennedy constituye un proceso prolongado que sigue incorporando documentación a los archivos públicos.

Documento redactado. Documento publicado en el que determinadas palabras, nombres o fragmentos han sido ocultados para impedir temporalmente su lectura, apareciendo habitualmente como bloques negros o espacios omitidos.

Registro de inteligencia. Documento producido o conservado por un organismo de inteligencia, que contiene información recopilada, analizada o transmitida en el marco de sus funciones.

Informante. Persona que proporciona información a una autoridad, organismo policial o servicio de inteligencia; la existencia de informantes en torno a determinadas organizaciones políticas o grupos relacionados con Cuba y la extrema derecha es un elemento recurrente en la documentación del caso.

Activo de inteligencia. Persona utilizada por un servicio de inteligencia para proporcionar información o realizar determinadas actividades; el término no implica necesariamente que la persona sea empleada formal de la agencia.

Nota final del glosario

Las instituciones y organismos mencionados en este glosario no deben interpretarse como participantes en el asesinato por el simple hecho de aparecer relacionados con la investigación. Una agencia puede haber investigado un hecho, ocultado información, cometido errores, poseído documentos relevantes o desarrollado operaciones clandestinas, sin que ello demuestre su participación en el crimen. Del mismo modo, que una persona figure en un archivo de inteligencia no significa necesariamente que haya sido agente, colaboradora o conspiradora. En una investigación histórica, el contexto de una relación es tan importante como la relación misma —un principio especialmente relevante en el caso Kennedy, donde durante décadas se han utilizado documentos auténticos para sostener interpretaciones que exceden aquello que esos documentos permiten demostrar.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

La investigación de *El Caso Kennedy* se desarrolló a partir de fuentes de naturaleza diversa. Para facilitar su valoración, se presentan agrupadas en fuentes primarias, investigaciones oficiales, documentación archivística, estudios históricos y periodísticos, y obras de investigación independiente. La inclusión de una obra en esta bibliografía no implica que todas sus conclusiones sean compartidas por el autor: algunas se han utilizado precisamente para confrontar interpretaciones distintas de una misma evidencia.

I. Fuentes primarias y documentación oficial

National Archives and Records Administration (NARA). *JFK Assassination Records Collection*. Washington, D.C. Colección central de los documentos gubernamentales relacionados con el asesinato: registros de numerosas agencias, documentación de las investigaciones oficiales, fotografías, películas, grabaciones, exhibits y material administrativo, todavía en proceso de digitalización.

President's Commission on the Assassination of President Kennedy. *Report of the President's Commission on the Assassination of President Kennedy*. Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 1964. Conocido como el Warren Report, constituye la investigación oficial fundamental realizada inmediatamente después del asesinato.

Hearings Before the President's Commission on the Assassination of President Kennedy. Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 1964. Colección de testimonios, documentos y exhibits presentados ante la Comisión Warren; permite consultar no solo sus conclusiones finales, sino buena parte del material utilizado para construirlas.

Warren Commission Exhibits (CE). Conjunto de fotografías, documentos, armas, mapas, diagramas y demás piezas de evidencia presentadas ante la Comisión, entre ellas CE 399, el proyectil asociado a la teoría de la bala única. Los archivos de NARA incluyen los registros y listas completas de los exhibits.

II. House Select Committee on Assassinations

House Select Committee on Assassinations. *Report of the Select Committee on Assassinations of the U.S. House of Representatives*. Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 1979. Investigación desarrollada durante los años setenta para revisar los asesinatos de Kennedy y de Martin Luther King Jr.; una de las fuentes oficiales más importantes para comprender la revisión crítica de la investigación Warren.

Hearings Before the Select Committee on Assassinations of the U.S.

House of Representatives. Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 1978-1979. Conjunto de audiencias y testimonios del HSCA, con declaraciones de testigos, especialistas, investigadores y funcionarios, además de material documental y técnico.

House Select Committee on Assassinations — Staff Reports and

Appendices. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office. Los informes del personal técnico del comité resultan especialmente relevantes por sus análisis específicos sobre Oswald, las agencias de inteligencia, la evidencia fotográfica, las armas y la evidencia médica. NARA conserva numerosas colecciones documentales del HSCA, incluidos archivos sobre Oswald, Ruby, el FBI, la CIA y la evidencia balística.

III. Investigaciones sobre inteligencia

United States Senate, Select Committee to Study Governmental

Operations with Respect to Intelligence Activities. *Final Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities.*

Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1976. Conocido como el Church Committee Report; su importancia para el caso Kennedy deriva especialmente de la documentación sobre operaciones clandestinas y los planes contra Fidel Castro.

President's Commission on CIA Activities within the United States.

Report to the President by the Commission on CIA Activities within the United States.

Washington, D.C., 1975. Documento fundamental para comprender las investigaciones realizadas durante los años setenta sobre determinadas actividades de la CIA dentro de Estados Unidos.

Central Intelligence Agency. Documentación relacionada con Lee Harvey Oswald, Ciudad de México, Cuba, la Unión Soviética y las operaciones de inteligencia desarrolladas durante la Guerra Fría, parcialmente integrada hoy en la JFK Assassination Records Collection.

Federal Bureau of Investigation. Archivos relacionados con la investigación del asesinato, de Oswald, de Ruby y de otras personas vinculadas al caso, posteriormente utilizados tanto por la Comisión Warren como por el HSCA.

IV. Assassination Records Review Board

Assassination Records Review Board. *Final Report of the Assassination Records Review Board.* Washington, D.C., 1998. Informe final de la junta independiente creada por la

JFK Records Act para supervisar la revisión y publicación de documentos; fundamental para comprender el proceso mediante el cual numerosos documentos gubernamentales fueron identificados, revisados y puestos a disposición del público.

V. Documentos desclasificados

National Archives and Records Administration. *JFK Assassination Records.* Registros desclasificados y publicados progresivamente bajo el marco de la JFK Records Act, con documentación procedente de la CIA, el FBI, el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, el HSCA y otras instituciones. Tienen especial importancia, dentro de esta colección, los documentos relacionados con Oswald y con Ciudad de México: la embajada soviética, la embajada cubana, la CIA, los servicios de inteligencia mexicanos y las comunicaciones entre agencias estadounidenses, incluida documentación del HSCA específicamente centrada en el viaje de Oswald a México.

VI. Fuentes médicas y forenses

National Archives — Medical Evidence. Documentación médica relacionada con las heridas de Kennedy y de Connally, la autopsia, las radiografías, las fotografías médicas, los informes de los médicos militares y los análisis posteriores de esa evidencia.

Testimonios médicos. Entre las fuentes primarias se cuentan los testimonios de los médicos del Parkland Memorial Hospital y de los especialistas que participaron en la autopsia de Bethesda, fundamentales para comprender las distintas interpretaciones de las trayectorias y las heridas.

VII. Evidencia fotográfica y filmica

Zapruder Film. Película de 8 mm registrada por Abraham Zapruder durante el paso de la caravana presidencial; una de las fuentes visuales primarias más importantes del asesinato, cuyo análisis ha dado lugar a numerosas reconstrucciones de la secuencia de los disparos.

Fotografías de Dealey Plaza. Conjunto de imágenes tomadas antes, durante y después del asesinato: la plaza, el Depository, el Grassy Knoll, la limusina presidencial, los agentes del Secret Service, la policía de Dallas, las evidencias halladas en el edificio y las reconstrucciones posteriores.

VIII. Obras históricas y periodísticas

Las siguientes obras fueron seleccionadas por su importancia dentro del debate histórico sobre el asesinato:

Posner, Gerald. *Case Closed: Lee Harvey Oswald and the Assassination of JFK*. Nueva York: Random House, 1993. Investigación orientada a defender la hipótesis de que Oswald actuó solo.

Bugliosi, Vincent. *Reclaiming History: The Assassination of President John F. Kennedy*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 2007. Una de las investigaciones más extensas sobre el caso; examina la evidencia histórica, documental, forense y testimonial, y defiende la responsabilidad de Oswald.

Summers, Anthony. *Not in Your Lifetime: The Definitive Book on the JFK Assassination*. Nueva York: Marlowe & Company. Investigación que examina numerosas hipótesis de conspiración y cuestiona diversos aspectos de la versión oficial.

Groden, Robert J., y Harrison Edward Livingstone. *High Treason: The Assassination of President John F. Kennedy and the New Evidence of Conspiracy*. Nueva York: Berkley Books, 1990. Obra orientada a la hipótesis conspirativa, con especial atención a la evidencia fotográfica y fílmica.

Los trabajos de investigadores especializados en la película de Zapruder y en la evidencia fotográfica en general han sido utilizados, adicionalmente, para contrastar interpretaciones distintas sobre la secuencia del asesinato.

IX. Lee Harvey Oswald

Eddowes, Michael. *The Oswald File*. Nueva York: Clarkson N. Potter, 1977. Obra dedicada a la vida y trayectoria de Oswald y a las circunstancias de su relación con la Unión Soviética y con el asesinato.

Los testimonios y declaraciones de Marina Oswald Porter ante la Comisión Warren y, posteriormente, ante el HSCA constituyen fuentes primarias relevantes para reconstruir la vida personal de Oswald, sus armas y determinados acontecimientos previos al asesinato; el propio material de referencia del HSCA remite extensamente a esos testimonios.

X. Jim Garrison y Nueva Orleans

Garrison, Jim. *On the Trail of the Assassins*. Nueva York: Sheridan Square Press, 1988. Relato de la investigación desarrollada por el fiscal de distrito de Nueva Orleans sobre una posible conspiración; debe considerarse una fuente de interpretación y testimonio personal de Garrison, no una fuente neutral.

XI. Estudios sobre las agencias de inteligencia

Los informes del HSCA y del Senado estadounidense constituyen fuentes esenciales para estudiar las relaciones entre la CIA, Cuba, las organizaciones anticastristas, las operaciones clandestinas, el crimen organizado y los acontecimientos políticos de la época; los registros archivísticos del HSCA incluyen colecciones específicas de documentación de la CIA y del FBI.

XII. Fuentes sobre la evidencia acústica

Bolt Beranek and Newman Inc. *Analysis of Recorded Sounds Relating to the Assassination of President John F. Kennedy.* Informe preparado en el contexto de la investigación acústica del HSCA; su interpretación tuvo un papel fundamental en la conclusión del comité sobre una posible conspiración, aunque diversos análisis científicos posteriores la cuestionaron. Las referencias oficiales del propio HSCA incluyen este informe entre sus materiales documentales.

XIII. Fuentes sobre la Guerra Fría

Para comprender el contexto político en el que ocurrieron los hechos se han utilizado fuentes históricas sobre la Guerra Fría, la Unión Soviética, Cuba, la Crisis de los Misiles, Bahía de Cochinos, las relaciones soviético-estadounidenses, las relaciones entre Estados Unidos y Cuba, y las operaciones de inteligencia de la época. Los propios archivos del HSCA incorporaron estudios preparados por el Congressional Research Service sobre las relaciones soviético-estadounidenses y sobre las relaciones entre Estados Unidos y Cuba durante los años de Kennedy.

XIV. Criterio de utilización de las fuentes

No todas las fuentes tienen el mismo valor probatorio. Para esta investigación se estableció la siguiente jerarquía general:

Nivel 1 — Fuentes primarias. Documentos contemporáneos a los acontecimientos, registros oficiales, fotografías originales, películas, grabaciones, informes médicos, documentos de inteligencia y testimonios realizados en el contexto inmediato de los hechos.

Nivel 2 — Investigaciones oficiales. Comisión Warren, HSCA, ARRB y otras investigaciones gubernamentales.

Nivel 3 — Documentación institucional posterior. Archivos desclasificados, revisiones, estudios técnicos y documentación publicada después por NARA y otros organismos.

Nivel 4 — Investigación histórica y periodística. Libros, estudios y trabajos de investigadores especializados.

Nivel 5 — Testimonios y reconstrucciones posteriores. Relatos publicados años después, memorias, entrevistas tardías y reconstrucciones basadas en recuerdos; pueden resultar valiosos, pero exigen especial precaución debido al efecto del paso del tiempo sobre la memoria y a la posibilidad de que los relatos se modifiquen con los años.

XV. Sobre las fuentes contradictorias

En determinados puntos del caso existen fuentes que ofrecen interpretaciones incompatibles entre sí. En lugar de eliminar automáticamente una de ellas, este libro procura presentar la contradicción cuando resulta relevante para comprender el problema —algo especialmente importante en la evidencia médica, las trayectorias de los disparos, la teoría de la bala única, la película de Zapruder, la evidencia acústica, los movimientos de Oswald, las actividades de inteligencia y las hipótesis de conspiración. Una fuente no se considera verdadera simplemente porque coincida con la hipótesis que se defiende: su valor depende de su autenticidad, su proximidad temporal, su independencia, su consistencia interna y su compatibilidad con el resto de la evidencia.

XVI. Recursos archivísticos principales

La fuente documental central para consultas futuras sigue siendo la National Archives and Records Administration — JFK Assassination Records Collection, que reúne documentos de múltiples organismos y continúa siendo la referencia fundamental para cualquier investigación seria sobre el asesinato. NARA proporciona además índices, registros de colecciones y material digitalizado de acceso público; los registros liberados en sus distintas etapas incluyen documentación que antes permaneció restringida o parcialmente redactada.

Consideración final sobre la bibliografía

La bibliografía de este libro no pretende demostrar una conclusión previamente determinada. Su función es permitir al lector comprobar de dónde procede la información utilizada y, si lo desea, consultar directamente las fuentes. El asesinato de Kennedy ha generado una cantidad excepcional de literatura, y por eso una bibliografía verdaderamente útil no debe limitarse a reunir títulos: debe mostrar qué tipo de evidencia representa cada obra y desde qué posición interpreta el caso. El lector encontrará aquí fuentes que defienden la conclusión de que Oswald actuó solo, y fuentes que sostienen la existencia de una conspiración. Incluir ambas no significa equipararlas. Significa permitir la comparación. Porque una investigación histórica rigurosa no teme a las fuentes que contradicen su conclusión. Las necesita.

ANEXO I — CRONOLOGÍA COMPLETA DEL CASO

Introducción

La cronología que sigue amplía la Cronología esencial presentada al comienzo de este libro. Su finalidad es ofrecer una reconstrucción temporal más detallada de los acontecimientos que condujeron al asesinato de John Fitzgerald Kennedy, de los movimientos de Lee Harvey Oswald y de Jack Ruby, de las investigaciones oficiales, y de los principales hitos posteriores que fueron modificando la comprensión pública del caso. Las horas correspondientes al 22 de noviembre de 1963 deben entenderse, cuando así se indica, como aproximaciones: la reconstrucción de determinados movimientos fue realizada después mediante testimonios, registros policiales, documentos, fotografías, películas y evidencia física. La propia Comisión Warren elaboró una cronología detallada de Oswald, Ruby y otras personas relacionadas con el caso, cuyos registros conserva hoy el National Archives como parte de la documentación de la investigación.

Los años formativos de Oswald (1939-1958)

Lee Harvey Oswald nace el 18 de octubre de 1939 en Nueva Orleans, hijo de Robert Edward Lee Oswald —fallecido antes de su nacimiento— y de Marguerite Claverie Oswald. Entre 1940 y 1952 crece en distintos lugares de Estados Unidos junto a su madre y sus hermanos, en una familia marcada por las dificultades económicas y los cambios frecuentes de residencia. Hacia 1952 comienza a interesarse por cuestiones políticas e ideológicas, y durante su adolescencia desarrolla una fascinación creciente por el marxismo y por la Unión Soviética. En octubre de 1956 se incorpora al Cuerpo de Marines, donde recibe entrenamiento militar y formación en el manejo de armas de fuego. En 1957 es destinado a Japón, donde obtiene acceso a instalaciones militares estadounidenses y profundiza sus conocimientos de ruso; su expediente registrará más tarde sus calificaciones como tirador. Durante 1958 continúa su servicio y protagoniza diversos episodios disciplinarios que, años después, serían examinados por quienes investigaron su personalidad y su comportamiento.

La desertión a la Unión Soviética (1959-1960)

El 11 de septiembre de 1959, Oswald recibe su baja del servicio activo y abandona poco después Estados Unidos. El 20 de septiembre viaja a Europa con destino final a la Unión Soviética, adonde llega en octubre; una vez en Moscú comunica su intención de renunciar a la ciudadanía estadounidense, lo que provoca la intervención de representantes diplomáticos de su país. Durante los meses siguientes intenta establecerse en territorio soviético: se hospeda inicialmente en un hotel de Moscú y es trasladado después a Minsk, donde reside durante 1959 y 1960, obtiene alojamiento y trabajo, y lleva una vida relativamente estable dentro de la sociedad soviética, período durante el cual mantiene un diario personal y correspondencia regular.

Oswald y Marina (1960-1961)

En marzo de 1960, Oswald conoce a Marina Nikoláyevna Prusakova en Minsk; se casan el 30 de abril de 1961. Durante ese mismo año la pareja continúa viviendo en la Unión Soviética, mientras Oswald comienza a manifestar el deseo de regresar a Estados Unidos y establece contacto con representantes estadounidenses para iniciar los trámites del regreso —un proceso que sería examinado después, con detenimiento, tanto por organismos de inteligencia como por la propia Comisión Warren—. El 15 de febrero de 1962 nace en Minsk la primera hija del matrimonio, June Lee Oswald, pocos meses antes de que la familia consiguiera finalmente autorización para abandonar la Unión Soviética.

El regreso a Estados Unidos y el contexto internacional (1961-1962)

Mientras Oswald permanecía en la Unión Soviética, la escena internacional se transformaba con rapidez. El 20 de enero de 1961, John Fitzgerald Kennedy asumía la presidencia de Estados Unidos. En abril fracasaba la invasión de Bahía de Cochinos, provocando una crisis profunda entre Kennedy y sectores de la comunidad de inteligencia estadounidense. En junio, Kennedy se reunía con Nikita Jrushchov en Viena, mientras la Guerra Fría continuaba intensificándose; el 13 de agosto comenzaba la construcción del Muro de Berlín. Oswald, Marina y su hija llegaron a Estados Unidos el 13 de junio de 1962, y la familia se instaló primero en Texas y después, entre junio y julio, en Fort Worth, donde Oswald comenzó a buscar empleo. El regreso de un ciudadano estadounidense que había desertado a la Unión Soviética lo convirtió de inmediato en una persona de interés para las autoridades. A lo largo de 1962 entró en contacto con ambientes políticos diversos, sin dejar de expresar posiciones favorables al marxismo y a la Revolución cubana; en octubre de ese año, la Crisis de los Misiles de Cuba llevaría a Estados Unidos y a la Unión Soviética al borde de una confrontación nuclear, un episodio de importancia decisiva tanto para la política exterior estadounidense como para las interpretaciones posteriores del caso Kennedy.

Dallas, Nueva Orleans y el intento contra Walker (1962-1963)

En noviembre de 1962, Oswald se trasladó con Marina a Dallas; en diciembre, mientras la familia se adaptaba a su nueva vida en Texas, comenzó a buscar nuevas oportunidades laborales y a desarrollar actividades políticas, que a comienzos de 1963 lo llevarían a participar más activamente en causas favorables a Cuba y al Fair Play for Cuba Committee. El 10 de abril de 1963 se produjo un intento de asesinato contra el general retirado Edwin A. Walker en Dallas; la investigación Warren relacionaría después a Oswald con el ataque mediante evidencia que incluye el rifle y documentación asociada, y lo consideraría un elemento importante para valorar su comportamiento previo al 22 de noviembre. Ese mismo mes, Oswald abandonó temporalmente Dallas mientras Marina permanecía bajo la protección de conocidos de la familia. Entre mayo y junio se instaló en Nueva Orleans, donde comenzó a desarrollar públicamente sus actividades a favor de Cuba; durante el verano distribuyó material político y participó en

actividades callejeras que generaron enfrentamientos con grupos anticastristas. El 9 de agosto de 1963 fue detenido tras un altercado relacionado con la distribución de propaganda, episodio que recibió atención de la prensa local y que lo llevó, poco después, a protagonizar una discusión pública sobre sus actividades políticas en la radio y la televisión.

El viaje a Ciudad de México (septiembre-octubre de 1963)

Entre el 20 y el 23 de septiembre de 1963, Oswald viajó hacia México, adonde llegó el día 26; se hospedó en un hotel y comenzó a realizar gestiones relacionadas con su intención de viajar a Cuba. Durante esos días visitó tanto la embajada cubana como la embajada soviética, cuyas inmediaciones eran objeto de vigilancia por parte de la CIA. Las comunicaciones y registros generados durante ese período adquirirían, con el tiempo, una importancia extraordinaria para las investigaciones posteriores. Oswald abandonó México el 3 de octubre y regresó a Estados Unidos al día siguiente.

El regreso a Dallas (octubre-noviembre de 1963)

De regreso en Dallas, Oswald encontró a Marina instalada en Irving, en casa de Michael y Ruth Paine, junto con sus hijas. El 16 de octubre de 1963 comenzó a trabajar en el Texas School Book Depository, edificio situado junto a Dealey Plaza —una contratación que resultaría, después del 22 de noviembre, decisiva para la reconstrucción del asesinato—. Durante las semanas siguientes continuó visitando a Marina en Irving mientras la relación matrimonial atravesaba dificultades; el 20 de octubre nació su segunda hija. Entre finales de octubre y noviembre, Oswald mantuvo una vida aparentemente rutinaria: trabajaba en el Depository durante la semana y visitaba ocasionalmente a su familia. La visitó nuevamente el 1 de noviembre, y de nuevo entre el 8 y el 11. A mediados de mes se intensificaron los preparativos de la visita presidencial a Texas, que incluía Dallas en su itinerario; el 16 de noviembre quedaron ultimados los detalles del recorrido de la caravana, cuya ruta atravesaría Dealey Plaza. El 21 de noviembre, Kennedy inició su gira por Texas —ese día se encontraba en San Antonio y después en Houston y Fort Worth—, mientras que, esa misma noche, Oswald visitó por última vez a Marina y a sus hijas en Irving.

22 de noviembre de 1963

Por la mañana, Oswald regresó a Dallas y se dirigió al Texas School Book Depository llevando consigo, según la reconstrucción oficial, un paquete largo de papel que sería relacionado después con el transporte de su rifle desmontado. Entre las ocho y las once de la mañana, los empleados del edificio desarrollaban su jornada habitual mientras la ciudad se preparaba para recibir al presidente. A las 11:40 aproximadamente, el avión presidencial llegó a Love Field; Kennedy, Jacqueline Kennedy, Lyndon Johnson y sus respectivas comitivas descendieron y la caravana inició el recorrido por Dallas, abandonando el aeropuerto hacia las

11:50 entre multitudes concentradas a lo largo de la ruta. Poco después del mediodía, la caravana avanzaba ya por el centro de la ciudad, en dirección a Dealey Plaza.

Hacia las 12:29, la caravana entró en la plaza y la limusina redujo su velocidad para tomar el giro hacia Elm Street. Aproximadamente a las 12:30 se produjeron los disparos: Kennedy recibió heridas mortales y el gobernador John Connally resultó también herido; la secuencia exacta de los disparos y sus trayectorias se convertiría, con el tiempo, en uno de los principales puntos de controversia de todo el caso. Inmediatamente después, la limusina aceleró hacia el Parkland Memorial Hospital mientras los agentes del Servicio Secreto y los miembros de la comitiva intentaban proteger al presidente; la caravana llegó al hospital hacia las 12:33, y los médicos iniciaron de inmediato su tratamiento. Al mismo tiempo, la policía de Dallas comenzaba a recibir información sobre el posible origen de los disparos, dirigiendo su atención hacia el Depository.

Poco después de los disparos, los empleados del edificio abandonaron parcialmente sus puestos mientras la policía iniciaba el registro. Hacia las 12:40 se encontró un rifle en el sexto piso —identificado después como un Mannlicher-Carcano— junto con tres casquillos de cartucho; los investigadores hallarían también, poco después, un paquete de papel cerca de la ventana que la investigación Warren concluiría había sido utilizado para transportar el arma. En Parkland, los médicos intentaron estabilizar al presidente entre las 12:30 y la 1:00 de la tarde, pero la gravedad de las heridas hizo imposible su recuperación; a la 1:00 p. m. se declaró oficialmente la muerte de John Fitzgerald Kennedy, de 46 años. Poco después, su cuerpo fue preparado para el traslado, mientras la conmoción se extendía de inmediato por Estados Unidos y el resto del mundo.

La huida de Oswald, Tippit y el Texas Theatre

Después de abandonar el Depository, Oswald se dirigió hacia la zona donde alquilaba una habitación: según la reconstrucción oficial, tomó primero un autobús, lo abandonó debido a la congestión del tráfico y utilizó después un taxi; llegó a su habitación, cambió de ropa y volvió a salir. La Comisión Warren concluyó que todos estos desplazamientos eran temporalmente posibles. Aproximadamente a la 1:15 de la tarde, el agente J. D. Tippit —que patrullaba en Oak Cliff— se aproximó a un hombre que los investigadores identificarían después como Oswald; poco después, Tippit recibió varios disparos y murió en el lugar. El arma relacionada con su muerte se convertiría en una pieza importante de la investigación. Entre la 1:40 y la 1:50 de la tarde, Oswald entró en el Texas Theatre, mientras la policía recibía información que relacionaba al sospechoso con el asesinato de Tippit; hacia la 1:50 fue detenido tras forcejear con los agentes, llevando consigo un revólver. Durante la tarde fue trasladado a la sede de la policía de Dallas, donde comenzaron los interrogatorios.

El primer interrogatorio y la sucesión presidencial

Oswald negó desde el principio haber participado en el asesinato de Kennedy; en una de sus declaraciones ante la prensa afirmó ser un «patsy» —un chivo expiatorio—, expresión que se

convertiría, con el tiempo, en una de las más citadas de todo el caso. Mientras tanto, el cuerpo de Kennedy era trasladado desde Dallas hasta Love Field. A las 2:38 de la tarde, a bordo del Air Force One, Lyndon B. Johnson prestó juramento como presidente de Estados Unidos, con Jacqueline Kennedy presente en la ceremonia.

23 al 25 de noviembre de 1963

El 23 de noviembre, Oswald continuó detenido e interrogado repetidamente mientras se preparaban los cargos relacionados con ambos asesinatos, y la prensa internacional permanecía concentrada en Dallas. La mañana del 24 de noviembre, la policía anunció públicamente el traslado de Oswald desde la sede policial, ante numerosos periodistas presentes. Hacia las 11:21 de la mañana, Jack Ruby se aproximó a él en el sótano del edificio y le disparó con un revólver; Oswald fue trasladado al Parkland Memorial Hospital y murió allí hacia la 1:07 de la tarde, a los 24 años, sin llegar nunca a ser juzgado por el asesinato de Kennedy. El 25 de noviembre se celebró el funeral del presidente, enterrado en el Cementerio Nacional de Arlington, en una ceremonia que se convertiría en uno de los acontecimientos televisivos más relevantes de la época.

La investigación Warren (1963-1964)

El 29 de noviembre de 1963, mediante la Executive Order 11130, Lyndon B. Johnson creó la President's Commission on the Assassination of President Kennedy —la Comisión Warren—, con la misión de investigar tanto el asesinato de Kennedy como la muerte de Oswald a manos de Ruby. Durante diciembre, el FBI, el Servicio Secreto, el Departamento de Estado y otras agencias entregaron sus informes a la nueva comisión, que comenzó a organizar la enorme cantidad de material recibido. En enero de 1964 inició una intensa etapa de entrevistas y análisis documental que se prolongaría durante todo el año: se recibieron centenares de testimonios y se analizaron fotografías, películas, documentos, armas, casquillos, proyectiles, registros médicos, informes policiales, archivos de inteligencia y la vida completa de Oswald y de Ruby. El 24 de septiembre de 1964, la Comisión presentó su informe al presidente Johnson; se publicó tres días después, el 27 de septiembre, con una conclusión central: Oswald había sido el único autor de los disparos, no existía evidencia de una conspiración, y Ruby había actuado solo al matar a Oswald.

Garrison y Nueva Orleans (1967-1969)

En 1967, el fiscal de distrito de Nueva Orleans Jim Garrison hizo pública su propia investigación sobre una posible conspiración; durante 1968 la intensificó, centrando su atención en personas vinculadas a Nueva Orleans y a los ambientes anticastistas. En 1969 llevó a juicio a Clay Shaw, a quien acusaba de haber participado en una conspiración relacionada con el asesinato; el 1 de marzo de ese año, Shaw fue declarado inocente. La investigación de Garrison quedó desacreditada para algunos sectores, mientras que para otros se convirtió en una de las

primeras investigaciones importantes que cuestionaron públicamente, con repercusión nacional, la conclusión de la Comisión Warren.

La crisis de inteligencia y el HSCA (1975-1979)

Durante la década de 1970 comenzaron a revelarse operaciones clandestinas y abusos cometidos por organismos de inteligencia estadounidenses, revelaciones que transformaron profundamente la percepción pública de la CIA y del gobierno federal, y que tendrían consecuencias directas sobre el examen posterior del asesinato de Kennedy. En 1975, el presidente Gerald Ford creó la Comisión Rockefeller para investigar determinadas actividades de la CIA dentro de Estados Unidos, incluyendo información relacionada con Oswald; ese mismo año y el siguiente, el Senado creó el Comité Church, cuyas investigaciones sobre operaciones clandestinas y planes de asesinato contra dirigentes extranjeros contribuirían a reabrir el debate sobre las operaciones de la CIA contra Fidel Castro. En 1976, la Cámara de Representantes creó el House Select Committee on Assassinations, con el mandato de revisar los asesinatos de Kennedy y de Martin Luther King Jr. Entre 1977 y 1978, el HSCA volvió a examinar a Oswald, a Ruby, a la propia Comisión Warren, a la CIA, al FBI, a Cuba, a la Unión Soviética, al crimen organizado, a la evidencia médica y balística, a la película de Zapruder y a los registros acústicos policiales. En 1978, el comité estudió las grabaciones de radio de la policía de Dallas mediante un análisis acústico destinado a determinar si existían indicios de más de tres disparos, y sus especialistas concluyeron que la evidencia era compatible con un cuarto disparo. El informe final, publicado en 1979, mantuvo que Oswald había efectuado los disparos que causaron las heridas mortales, pero concluyó que Kennedy probablemente había sido asesinado como resultado de una conspiración, sin identificar de manera concluyente a los presuntos conspiradores —una conclusión que se convertiría, después, en objeto de fuertes controversias científicas debido a los problemas detectados en el análisis acústico.

La apertura de los archivos (1980-2000)

Durante la década de 1980 continuaron las investigaciones independientes: se publicaron nuevos libros, documentales y análisis de la película de Zapruder, que pasó a ocupar un lugar central tanto en la cultura popular como en la investigación de las trayectorias de los disparos. En 1991, la película *JFK*, de Oliver Stone, generó una controversia pública extraordinaria al dramatizar la investigación de Jim Garrison y presentar una amplia conspiración alrededor del asesinato; aunque se trataba de una obra cinematográfica y no de una investigación histórica, su impacto sobre la opinión pública contribuyó a impulsar nuevas iniciativas para abrir los archivos gubernamentales. El 26 de octubre de 1992, el Congreso aprobó la JFK Records Act, que estableció un procedimiento específico para reunir, revisar y publicar los documentos relacionados con el asesinato, y creó el Assassination Records Review Board. El ARRB comenzó a revisar la documentación entre 1994 y 1998, identificando registros previamente desconocidos, revisando restricciones de acceso y ordenando la divulgación de numerosos documentos; publicó su informe final en 1998, ampliando de manera considerable el archivo

público del caso. Durante esos años, millones de páginas fueron incorporándose progresivamente a la colección de registros, aportando mayor precisión sobre las operaciones de inteligencia, los contactos de Oswald, la vigilancia sobre Cuba, la relación entre las distintas agencias, los procesos internos de la Comisión Warren y las investigaciones posteriores —aunque la apertura de documentos nunca produjo una explicación única capaz de sustituir automáticamente a las conclusiones anteriores.

El siglo XXI y las desclasificaciones recientes

La digitalización transformó por completo la investigación del caso: los estudiosos pueden hoy acceder a documentos, fotografías y registros que antes exigían consultar físicamente los archivos, y las nuevas tecnologías permiten ampliar fotografías, comparar documentos, reconstruir espacios y analizar imágenes con una precisión antes inalcanzable. Entre 2017 y 2018, la administración estadounidense autorizó nuevas tandas de documentos, aunque una parte permaneció sujeta a restricciones o revisiones de seguridad, demostrando una vez más que el archivo Kennedy sigue siendo un corpus documental vivo. En 2022 se publicaron nuevos documentos previamente restringidos o parcialmente retenidos, relacionados con Oswald, la CIA, México y otras cuestiones de inteligencia, que historiadores e investigadores continúan revisando. Entre 2023 y 2024, la National Archives and Records Administration prosiguió digitalizando y catalogando su documentación, cuya sola estructura archivística —con registros de múltiples organismos, fotografías, películas, grabaciones y material administrativo— basta para dar una idea de la magnitud de la investigación acumulada durante más de sesenta años. Entre 2025 y 2026, nuevas publicaciones y revisiones documentales volvieron a colocar el caso en el centro de la atención pública, permitiendo comparar las investigaciones antiguas con información que no estuvo disponible para los primeros investigadores. Pero conviene no perder de vista un principio elemental: un documento nuevo no constituye, por sí mismo, una nueva explicación del asesinato. Su valor depende de su autenticidad, su contexto, su contenido, y su relación con el resto de la evidencia acumulada.

Las grandes etapas de la investigación

Visto en perspectiva, el caso puede dividirse en siete grandes períodos: la investigación inmediata y la Comisión Warren (1963-1964); la investigación de Nueva Orleans encabezada por Jim Garrison (1967-1969); la crisis de confianza en las agencias de inteligencia y la investigación del HSCA (1975-1979); la expansión de las investigaciones independientes (1980-1991); la apertura institucional de los archivos y el trabajo del ARRB (1992-1998); la digitalización y revisión progresiva del archivo (1999-2024); y la nueva etapa de publicación y reevaluación documental (2025-2026).

Los tres momentos decisivos

Aunque el caso comprende más de sesenta años de investigaciones, tres fechas dominan toda su historia. El 22 de noviembre de 1963, Kennedy es asesinado en Dealey Plaza. El 24 de noviembre, Lee Harvey Oswald es asesinado por Jack Ruby. Y el 29 de noviembre, Lyndon B. Johnson crea la Comisión Warren. El segundo de estos tres momentos es, probablemente, el más determinante de todos: la muerte de Oswald eliminó para siempre la posibilidad de un interrogatorio judicial y de un juicio público del principal sospechoso, una ausencia que atraviesa, todavía hoy, cada intento de reconstruir con certeza absoluta lo ocurrido aquel mediodía.

Una investigación que nunca terminó

La historia del asesinato de Kennedy puede representarse como una sucesión ininterrumpida de investigaciones: primero la policía de Dallas; después el FBI y el Servicio Secreto; luego la Comisión Warren; más tarde las investigaciones de Nueva Orleans; después las comisiones y comités creados durante la crisis de inteligencia de los años setenta —el HSCA, el ARRB—; y finalmente generaciones sucesivas de investigadores independientes que continúan trabajando sobre archivos cada vez más extensos. Cada etapa heredó los documentos de la anterior. Cada una formuló nuevas preguntas. Y algunas llegaron a conclusiones distintas de las que las precedieron.

Consideración final

La cronología completa permite observar una característica fundamental del caso Kennedy: el asesinato duró apenas unos minutos; la investigación lleva ya más de seis décadas. El 22 de noviembre de 1963 produjo una secuencia de acontecimientos extraordinariamente breve, pero alrededor de esa secuencia se construyó una investigación que atravesó generaciones enteras, administraciones presidenciales sucesivas, crisis internacionales, transformaciones tecnológicas profundas, y un cambio radical en la relación entre el ciudadano estadounidense y sus instituciones. La historia del caso no terminó con la muerte de Kennedy. Tampoco con la muerte de Oswald. Ni con el Informe Warren, ni con el HSCA, ni con la apertura sucesiva de los archivos. Cada generación ha heredado el mismo conjunto de preguntas, junto con una cantidad cada vez mayor de documentos con los que intentar responderlas. Por eso esta cronología no termina, en rigor, en una fecha. Termina en una condición: la investigación continúa.

ANEXO II — PERSONAS PRINCIPALES

El asesinato de John F. Kennedy involucró, directa o indirectamente, a cientos de personas: presidentes, agentes de inteligencia, policías, médicos, militares, periodistas, testigos, familiares, investigadores y simples ciudadanos quedaron incorporados, de una u otra manera, al enorme expediente documental generado después del 22 de noviembre de 1963. Este anexo no pretende ofrecer una biografía completa de cada individuo mencionado en la investigación; su objetivo es identificar a quienes tuvieron una actuación, un testimonio o una relación especialmente relevante para comprender el caso, agrupados según su vínculo principal con los acontecimientos.

I. Los protagonistas centrales

John Fitzgerald Kennedy (1917-1963). Trigésimo quinto presidente de Estados Unidos. Nacido en Brookline, Massachusetts, llegó a la presidencia en enero de 1961 y enfrentó durante su mandato algunos de los momentos más peligrosos de la Guerra Fría, entre ellos Bahía de Cochinos, la construcción del Muro de Berlín y la Crisis de los Misiles de Cuba. Fue asesinado el 22 de noviembre de 1963 mientras recorría Dealey Plaza en Dallas, un hecho que desencadenaría una de las investigaciones criminales y políticas más extensas de la historia estadounidense.

Jacqueline Bouvier Kennedy (1929-1994). Primera dama y esposa de John F. Kennedy. Se encontraba junto al presidente en la limusina cuando se produjeron los disparos; su testimonio y sus recuerdos fueron considerados por la Comisión Warren, y su imagen tras el asesinato se convirtió en uno de los documentos visuales más poderosos de la tragedia.

Lee Harvey Oswald (1939-1963). Exmarine estadounidense y principal sospechoso del asesinato. Había vivido en la Unión Soviética y regresado después a Estados Unidos; durante 1963 desarrolló actividades políticas relacionadas con Cuba y el marxismo, y trabajaba en el Texas School Book Depository cuando Kennedy visitó Dallas. Fue detenido el mismo 22 de noviembre y acusado de los asesinatos de Kennedy y del agente J. D. Tippit; negó siempre haber participado en el atentado presidencial. Murió el 24 de noviembre, asesinado por Jack Ruby. La Comisión Warren concluyó que había actuado solo.

Jack Leon Ruby (1911-1967). Propietario de clubes nocturnos de Dallas. El 24 de noviembre de 1963 disparó contra Oswald en el sótano de la sede policial, eliminando la posibilidad de que el sospechoso fuera sometido a juicio y a un interrogatorio público. Fue condenado inicialmente a muerte; la condena fue anulada y se ordenó un nuevo juicio, pero murió en 1967 antes de que pudiera celebrarse. Sus relaciones con distintos personajes de Dallas y su decisión de matar a Oswald hicieron de él una de las figuras más investigadas de todo el caso.

II. La familia Kennedy

Robert Francis Kennedy (1925-1968). Hermano menor del presidente y fiscal general de Estados Unidos durante gran parte de su administración; tuvo un papel central en las decisiones de política exterior y seguridad nacional del gobierno. Tras el asesinato colaboró con la transición presidencial y mantuvo una relación estrecha con determinados aspectos de la investigación. Fue asesinado en Los Ángeles en 1968, cinco años después que su hermano.

III. La familia de Oswald

Marina Nikoláyevna Oswald Porter. Esposa de Lee Harvey Oswald. Nacida en la Unión Soviética, lo conoció en Minsk en 1960 y se casó con él el 30 de abril de 1961; fue una de las personas que mejor conoció su vida privada en los años inmediatamente anteriores al asesinato, y proporcionó extensos testimonios a la Comisión Warren sobre sus armas, sus comportamientos, sus relaciones personales y el intento contra Edwin Walker, convirtiéndose en una fuente fundamental para los investigadores.

Marguerite Oswald (1907-1981). Madre de Lee Harvey Oswald. Su personalidad y sus declaraciones fueron objeto de atención durante las investigaciones; defendió públicamente a su hijo y cuestionó diversos aspectos de la investigación oficial.

Robert Edward Lee Oswald Jr. Hermano mayor de Lee Harvey Oswald; su testimonio contribuyó a reconstruir parte de la infancia y la juventud del futuro sospechoso.

John Edward Pic. Hermano de Oswald por parte materna, cuya relación con él permitió a los investigadores reconstruir determinados aspectos de la vida familiar.

IV. Los Paine

Ruth Hyde Paine. Amiga de Marina Oswald, permitió que ella y sus hijos residieran en su casa de Irving, que se convirtió en uno de los lugares clave para reconstruir la vida de la familia Oswald en los meses previos al asesinato; la Comisión Warren examinó en detalle sus relaciones con Marina y con Lee Oswald.

Michael Ralph Paine. Esposo de Ruth Paine durante el período relevante. Conoció a Oswald y tuvo contacto con Marina; su relación con determinadas organizaciones políticas y su interés por cuestiones internacionales fueron examinados por la investigación.

V. Los Kennedy y la administración presidencial

Lyndon Baines Johnson (1908-1973). Vicepresidente bajo Kennedy; asumió la presidencia inmediatamente después de su muerte y prestó juramento a bordo del Air Force One el 22 de noviembre de 1963. Posteriormente creó la Comisión Warren para investigar el asesinato. Su posición como sucesor de Kennedy convirtió inevitablemente su figura en objeto de numerosas especulaciones, aunque una investigación histórica rigurosa debe distinguir siempre entre esas sospechas y la evidencia documental efectivamente disponible.

Earl Warren (1891-1974). Presidente de la comisión que investigó el asesinato. Había sido gobernador de California y era, en 1963, presidente de la Corte Suprema de Estados Unidos; su prestigio institucional otorgó una autoridad extraordinaria al informe final de la Comisión.

Allen Welsh Dulles (1893-1969). Director de la CIA entre 1953 y 1961. Aunque ya no dirigía la agencia cuando Kennedy fue asesinado, integró la Comisión Warren; su conocimiento de las operaciones de inteligencia estadounidenses y su experiencia en asuntos relacionados con Cuba y la Unión Soviética resultaron particularmente relevantes.

John J. McCloy (1895-1989). Miembro de la Comisión Warren. Abogado, diplomático y funcionario de alto nivel con una larga trayectoria en asuntos de seguridad nacional; participó activamente en la evaluación de la evidencia y en las deliberaciones de la Comisión.

Gerald Rudolph Ford (1913-2006). Miembro de la Comisión Warren, y posteriormente presidente de Estados Unidos; su participación constituye uno de los vínculos entre la investigación de 1963-1964 y la posterior historia política estadounidense.

Richard Russell Jr. (1897-1971). Senador por Georgia y miembro de la Comisión Warren. Fue uno de los integrantes que manifestó reservas respecto de algunas de sus conclusiones —en particular, como se detalla en el capítulo dedicado a CE 399, respecto de la teoría de la bala única—, demostrando que incluso dentro de la propia Comisión existieron dudas sobre determinados elementos de la reconstrucción oficial.

VI. Los investigadores de la Comisión Warren

J. Lee Rankin (1907-1996). Consejero general de la Comisión Warren; supervisó gran parte del trabajo jurídico e investigativo y fue una de las figuras fundamentales en la organización de los testimonios y la documentación.

Arlen Specter (1930-2012). Abogado e investigador de la Comisión, especialmente conocido por su participación en el análisis de las heridas de Kennedy y de Connally y por la formulación de la teoría de la bala única; desarrolló después una extensa carrera política.

Wesley J. Liebeler. Abogado e investigador de la Comisión, que participó en el análisis de los testimonios y documentos relacionados con Oswald, con un trabajo especialmente importante para reconstruir determinados movimientos y circunstancias de su vida.

VII. Los médicos

Charles J. Carrico. Médico del Parkland Memorial Hospital, uno de los primeros profesionales en atender a Kennedy tras su llegada; su testimonio fue incorporado a la investigación Warren.

Malcolm O. Perry. Cirujano de Parkland que participó en el tratamiento de Kennedy; su descripción inicial de las heridas se convertiría en objeto de amplio debate debido a las diferencias con las conclusiones posteriores de la autopsia.

Robert N. McClelland. Cirujano de Parkland que participó en los esfuerzos por salvar la vida del presidente y prestó testimonio posterior sobre las heridas observadas.

William M. Kemp Clark. Neurocirujano y director de Neurocirugía de Parkland; su testimonio fue utilizado para reconstruir la naturaleza de las heridas craneales.

George Thomas Shapard. Médico militar que participó en la autopsia de Kennedy en Bethesda; su participación fue examinada por las distintas investigaciones oficiales.

James Joseph Humes. Patólogo militar principal durante la autopsia; participó en la elaboración del informe correspondiente, cuyo trabajo y circunstancias fueron objeto de numerosos análisis posteriores.

Thornton Boswell. Patólogo militar que colaboró con Humes y Finck en el examen del cuerpo presidencial.

Pierre Finck. Coronel y patólogo militar que participó en la autopsia y declaró después ante la Comisión Warren y otras investigaciones; su testimonio sobre la trayectoria de los proyectiles y las limitaciones del propio examen se convirtió en fuente importante del debate médico.

VIII. Los testigos visuales y documentales

Abraham Zapruder (1905-1970). Fabricante de ropa de Dallas que, el 22 de noviembre de 1963, filmó accidentalmente el paso de la caravana presidencial con una cámara de 8 mm. La película resultante constituye probablemente el documento visual más importante del

asesinato, y ha permitido reconstruir, fotograma a fotograma, momentos decisivos de la secuencia.

Orville Nix. Ciudadano de Dallas que también filmó parte de la caravana; su película fue utilizada posteriormente para realizar comparaciones con la de Zapruder.

Charles L. Bryant, Bill Newman y Jean Hill. Testigos presentes en Dealey Plaza cuyas declaraciones se incorporaron a la enorme colección testimonial de la investigación; Newman fue fotografiado junto a su esposa en el momento mismo de los disparos, y las declaraciones posteriores de Hill fueron objeto de considerable atención por parte de investigadores independientes.

Mary Moorman. Mujer que se encontraba en Dealey Plaza y tomó una fotografía instantánea durante el momento del asesinato; su imagen se convertiría en una de las más estudiadas por los investigadores de las teorías de conspiración.

IX. La policía de Dallas

Jesse Edward Curry. Jefe del Departamento de Policía de Dallas en noviembre de 1963; supervisó la respuesta policial inmediata y fue una de las figuras principales de la investigación inicial.

J. D. Tippit (1924-1963). Oficial del Departamento de Policía de Dallas, asesinado aproximadamente cuarenta y cinco minutos después que Kennedy; la policía vinculó rápidamente a Oswald con su muerte, y la evidencia relacionada con Tippit constituye una parte fundamental del caso reunido en su contra.

Will Fritz. Capitán de la Policía de Dallas al frente de la oficina de homicidios; participó en los interrogatorios de Oswald, y su testimonio fue utilizado para reconstruir las primeras horas de la investigación policial.

James Leavelle. Detective de Dallas que se encontraba junto a Oswald durante su traslado el 24 de noviembre; la fotografía de ambos, esposados, se convirtió en una de las imágenes más conocidas del caso.

Marvin Wiseman. Detective relacionado con la investigación policial, que participó en el procesamiento de distintos elementos de evidencia.

X. El FBI

J. Edgar Hoover (1895-1972). Director del FBI desde 1924 hasta 1972. El FBI tuvo una participación fundamental en la investigación inicial; Hoover recibió informes sobre Oswald y mantuvo comunicación con el gobierno federal después del asesinato, y su relación con la Comisión Warren fue examinada posteriormente por investigadores y comités del Congreso.

James P. Hosty. Agente del FBI destinado en Dallas, que había tenido contacto con información relacionada con Oswald antes del asesinato —incluida la nota que Oswald dejó en su oficina, examinada en el capítulo dedicado a las agencias de inteligencia—; su actuación fue posteriormente revisada tanto por la Comisión Warren como por investigaciones ulteriores.

XI. La CIA

John A. McCone (1902-1991). Director de la CIA entre 1961 y 1965; dirigía la agencia cuando Kennedy fue asesinado, lo cual resulta relevante para comprender la estructura de inteligencia estadounidense de aquel momento.

James Jesus Angleton (1917-1987). Funcionario de alto nivel de la CIA, responsable de importantes funciones de contrainteligencia; su nombre aparece repetidamente en investigaciones relacionadas con Oswald, Cuba y las operaciones de inteligencia de la época.

Richard Helms (1913-2002). Funcionario de la CIA durante el período Kennedy, y posteriormente director de la agencia; fue interrogado en distintas investigaciones sobre las actividades de inteligencia relacionadas con Cuba y con Oswald.

XII. México y el caso Oswald

Winston Scott. Funcionario de la CIA destinado en Ciudad de México, donde dirigía las operaciones de la agencia durante el período en que Oswald visitó la ciudad; su nombre aparece en numerosos documentos relacionados con la vigilancia de sus movimientos.

Silvia Odio. Mujer cubana vinculada a círculos anticastristas que declaró haber recibido, poco antes del asesinato, la visita de hombres relacionados con Oswald; su testimonio fue examinado tanto por la Comisión Warren como, después, por el HSCA.

XIII. Cuba y los círculos anticastristas

Fidel Castro (1926-2016). Líder de la Revolución cubana y primer ministro de Cuba durante la presidencia de Kennedy. La hostilidad entre ambos gobiernos constituye uno de los

elementos esenciales del contexto histórico del caso; Castro fue objeto de numerosos planes de asesinato por parte de organismos estadounidenses durante la Guerra Fría, un hecho histórico documentado que, sin embargo, no demuestra por sí solo ninguna participación cubana en el asesinato de Kennedy.

Antonio Veciana. Exiliado cubano y fundador de Alpha 66, que afirmó posteriormente haber tenido contactos con personas relacionadas con la CIA y con actividades anticastristas; su testimonio fue examinado por investigadores del caso.

Luis Posada Carriles (1928-2018). Exiliado cubano y antiguo colaborador de inteligencia, cuyo nombre aparece en investigaciones relacionadas con operaciones anticastristas y actividades clandestinas —sin que la existencia de esos vínculos equivalga, por sí sola, a una demostración de participación en el asesinato de Kennedy.

XIV. Nueva Orleans

Jim Garrison (1921-1992). Fiscal de distrito de Nueva Orleans que desarrolló, durante los años sesenta, la investigación independiente más conocida sobre el asesinato, sosteniendo que Kennedy había sido víctima de una conspiración; su investigación culminó en el proceso contra Clay Shaw.

Clay Shaw (1913-1974). Empresario de Nueva Orleans acusado por Garrison de participar en una conspiración para asesinar a Kennedy; fue declarado inocente en 1969.

David Ferrie (1919-1967). Piloto e instructor vinculado a círculos anticastristas de Nueva Orleans; Garrison investigó sus posibles relaciones con Oswald y con otros individuos. Murió en 1967, antes de poder declarar en un eventual juicio relacionado con esa investigación.

Leonard Coleman. Persona vinculada a los círculos investigados en Nueva Orleans, cuyo nombre aparece en documentación relacionada con la investigación de Garrison y las conexiones políticas de la época.

XV. Figuras relacionadas con el crimen organizado

Santo Trafficante Jr. (1914-1987). Jefe de la mafia en Tampa; su nombre aparece en documentación relativa a las operaciones contra Castro y a los contactos entre la inteligencia estadounidense y organizaciones criminales. Fue considerado por investigadores posteriores como una posible figura de interés, aunque no existe una prueba concluyente que establezca su participación en el asesinato de Kennedy.

Carlos Marcello (1910-1993). Importante jefe de la mafia de Nueva Orleans, investigado por el HSCA y por otros investigadores en relación con una posible motivación contra Kennedy; su nombre aparece repetidamente en la literatura sobre una eventual conspiración.

Sam Giancana (1908-1975). Jefe de la mafia de Chicago, con relaciones documentadas con Frank Sinatra y con determinados ambientes políticos, y también con contactos utilizados en las operaciones contra Fidel Castro examinadas en este libro. Murió asesinado en 1975, antes de poder declarar ante el Congreso sobre diversos asuntos relacionados con sus actividades.

Jimmy Hoffa (1913-1975). Presidente de la International Brotherhood of Teamsters, con relaciones con figuras del crimen organizado; su conflicto con Robert Kennedy, que lo había investigado intensamente como fiscal general, fue incorporado después a algunas teorías sobre una posible motivación, aunque no existe evidencia concluyente que lo vincule con el asesinato de Kennedy.

XVI. La investigación del HSCA

G. Robert Blakey (1936-2021). Consejero jefe del House Select Committee on Assassinations; dirigió gran parte de su trabajo jurídico e investigativo y participó en la elaboración de las conclusiones que consideraron probable una conspiración, aunque modificó después algunas de sus opiniones sobre la investigación y sobre determinadas pruebas.

Richard Sprague. Investigador y primer director de personal del HSCA, encargado de la organización inicial del trabajo del comité; fue reemplazado posteriormente por Robert Blakey.

XVII. La Assassination Records Review Board

John Tunheim. Presidente del ARRB, que supervisó buena parte del proceso de revisión y apertura de documentos relacionados con el asesinato.

David Marwell. Director ejecutivo del ARRB, que participó en el proceso de identificación, revisión y publicación de los registros.

XVIII. Investigadores independientes

Mark Lane (1927-2016). Abogado y escritor, autor de *Rush to Judgment*; fue uno de los primeros investigadores en cuestionar públicamente la conclusión de la Comisión Warren, y su obra tuvo una influencia enorme sobre la literatura conspirativa posterior.

Sylvia Meagher (1921-1982). Investigadora independiente, autora de *Accessories After the Fact*, con una crítica detallada de la investigación Warren.

Thomas Buchanan. Periodista y escritor, autor de *Who Killed Kennedy?*, obra perteneciente a la primera generación de libros que cuestionaron la explicación oficial.

Anthony Summers. Periodista e investigador británico, autor de *Conspiracy* y posteriormente de *Not in Your Lifetime*, que ha investigado extensamente los archivos del caso y sus distintas hipótesis conspirativas.

Gerald Posner. Periodista y escritor, autor de *Case Closed*; defiende la conclusión de que Oswald actuó solo, y su investigación representa una de las principales respuestas modernas a la literatura conspirativa.

Vincent Bugliosi (1934-2015). Fiscal y escritor, autor de *Reclaiming History*, una defensa exhaustiva de la responsabilidad de Oswald que se convirtió en una de las investigaciones más extensas sobre el caso.

Robert Groden. Investigador especializado en fotografía y película, que ha trabajado extensamente sobre la de Zapruder y la evidencia visual en general, defendiendo una interpretación conspirativa del asesinato.

XIX. Oliver Stone

Oliver Stone. Director de cine estadounidense cuya película *JFK* (1991) dramatizó la investigación de Jim Garrison y presentó una amplia hipótesis conspirativa. La película no constituye una fuente histórica primaria, pero su importancia cultural es enorme: contribuyó a reactivar el debate público y político sobre la publicación de los archivos del asesinato.

XX. Personas que adquirieron importancia por su testimonio

El caso contiene numerosos testigos cuya relevancia no deriva de haber participado en los acontecimientos, sino de haberlos observado. Entre los más conocidos figuran Howard Brennan, que afirmó haber visto a un hombre disparando desde una ventana del Depository; los empleados del edificio Charles Givens, Bonnie Ray Williams, Harold Norman, Eddie Piper y Victoria Adams; Buell Wesley Frazier, conocido de Oswald; Roy Truly, superintendente del edificio; William Shelley, su supervisor; y Billy Lovelady, empleado cuya imagen fue después objeto de controversia fotográfica por su parecido con el propio Oswald. Sus testimonios contribuyeron, en conjunto, a reconstruir los movimientos dentro del edificio durante los minutos que rodearon el asesinato.

XXI. Personas relacionadas con la evidencia balística

Robert A. Frazier. Especialista en armas de fuego del FBI que examinó el rifle atribuido a Oswald y diversas piezas de evidencia balística; su trabajo fue fundamental para las conclusiones oficiales sobre el arma.

Joseph D. Nichols. Médico militar y especialista relacionado con el análisis de evidencia médica y balística, que participó en distintos aspectos técnicos de la investigación.

XXII. Personas relacionadas con el Servicio Secreto

Clinton J. Hill. Agente asignado a la protección presidencial, presente en la caravana de Dallas; su reacción inmediata a los disparos quedó registrada en la película de Zapruder.

Rufus Youngblood. Agente que se encontraba en el vehículo del vicepresidente Johnson; su actuación durante los disparos forma parte de la reconstrucción oficial de la caravana.

William Greer. Conductor de la limusina presidencial en el momento del asesinato, y por tanto testigo directo de los acontecimientos.

Roy Kellerman. Agente que viajaba en la parte delantera de la limusina; su testimonio fue fundamental para reconstruir la reacción de los agentes durante los disparos y el traslado al hospital.

XXIII. Personas relacionadas con la presidencia de Johnson

Walter Jenkins. Asesor y colaborador cercano de Lyndon Johnson, cuyo papel pertenece principalmente al contexto de la transición política posterior al asesinato.

Una distinción fundamental

La presencia de una persona en este anexo no significa que haya sido sospechosa de participar en el asesinato. El expediente Kennedy contiene nombres que aparecen por motivos completamente distintos: víctimas, sospechosos, testigos, investigadores, funcionarios, médicos, periodistas, contactos de inteligencia, e individuos investigados sin que posteriormente se demostrara participación alguna. Confundir estas categorías constituye uno de los errores más frecuentes de la literatura conspirativa sobre el caso.

El mapa humano del caso

La estructura humana del expediente puede resumirse en ocho grandes círculos: la familia presidencial (Kennedy, Jacqueline, Robert Kennedy y su entorno); Oswald y los suyos (Marina, Marguerite, sus hermanos y la familia Paine); Dallas (policía, testigos, empleados del Depository, médicos de Parkland y ciudadanos presentes en la plaza); el gobierno federal (Johnson, Warren, el FBI, la CIA, el Servicio Secreto y el Departamento de Estado); la inteligencia (la CIA, el FBI, organismos militares y las redes vinculadas a Cuba y a la Unión Soviética); Nueva Orleans (Garrison, Shaw, Ferrie y las personas investigadas por el fiscal); el crimen organizado (Marcello, Trafficante, Giancana y otros nombres surgidos en investigaciones posteriores); y los investigadores (Warren, el HSCA, el ARRB y generaciones sucesivas de investigadores independientes).

Consideración final

La extraordinaria cantidad de personas vinculadas al caso puede producir una impresión engañosa: cuantos más nombres aparecen en una investigación, más fácil resulta construir conexiones entre ellos. Pero una conexión no es, por sí misma, una conspiración. Dos personas pueden haberse conocido; una puede haber trabajado para una agencia de inteligencia; otra puede haber tenido contacto con Cuba; una tercera puede haber conocido a alguien del crimen organizado. Nada de eso demuestra, por sí solo, que hayan participado en el asesinato de Kennedy. La verdadera dificultad de esta investigación consiste, precisamente, en separar con rigor lo que sabemos, lo que podemos inferir razonablemente, lo que alguien afirmó, lo que después fue contradicho, y lo que nunca pudo demostrarse.

ANEXO III — ARMAS Y EVIDENCIA BALÍSTICA

Este anexo funciona como referencia rápida de la evidencia física y balística del caso, ya examinada en profundidad en los Capítulos IV, V, VI y IX. Aquí se resume lo esencial y se añaden algunos elementos —el episodio del «hombre del paraguas», el llamado «Badge Man», y una tabla comparativa de la evidencia principal— que no fueron desarrollados en el cuerpo del libro.

El arma: un Mannlicher-Carcano con historia documental

El rifle hallado en el sexto piso del Texas School Book Depository era un **Carcano Modelo 91/38**, calibre 6,5 mm, con número de serie **C2766**. Su designación —«Mannlicher-Carcano»— combina el sistema de alimentación de cargador en bloque, diseñado por Ferdinand Mannlicher, con el diseño italiano de la familia Carcano; la denominación conjunta, aunque técnicamente híbrida, es la que consolidó la literatura del caso. Oswald lo había adquirido por correo en marzo de 1963, bajo el nombre falso de **A. Hidell**, según la documentación examinada por la Comisión Warren. Esa compra constituye el primer eslabón de una cadena documental que el Capítulo IX reconstruye en detalle: pedido, pago, envío, posesión, fotografías, y finalmente la aparición del arma en el Depository.

Los casquillos, el proyectil y los fragmentos

En el sexto piso se encontraron **tres casquillos** de calibre 6,5 mm, cuyas marcas microscópicas —producidas por el percutor y el mecanismo del arma— fueron comparadas por los examinadores con el rifle C2766. El proyectil conocido como **CE 399**, hallado en el Parkland Memorial Hospital, y los fragmentos recuperados de la limusina presidencial y de las heridas de Kennedy y Connally, son objeto de análisis exhaustivo en el Capítulo V; baste aquí recordar que la llamada «teoría de la bala única» no sostiene que un solo proyectil explicara todo el ataque, sino que un proyectil concreto produjo las heridas no mortales de ambos hombres, permitiendo así que tres disparos —y no cuatro o más— resultaran suficientes para explicar la totalidad de la evidencia física recuperada.

El «hombre del paraguas» y el «Badge Man»

Dos figuras fotográficas alimentaron durante décadas la imaginación conspirativa del caso. La primera es el llamado «**hombre del paraguas**»: en la película de Zapruder aparece un espectador sosteniendo un paraguas abierto pese a ser un día soleado, situado cerca de la ruta

presidencial. Identificado años después como **Louie Steven Witt**, declaró ante la HSCA que el paraguas era una forma de protesta política, alusiva a la política de apaciguamiento británica asociada a Joseph Kennedy, padre del presidente, en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. No existe evidencia que relacione el paraguas con los disparos ni con ninguna señal encubierta, y su testimonio fue aceptado por el comité. La segunda figura es el llamado «**Badge Man**»: una supuesta silueta, detectada en ampliaciones fotográficas realizadas décadas después sobre imágenes del área del grassy knoll, que algunos investigadores interpretaron como un tirador uniformado. Los análisis fotográficos posteriores no han producido una identificación concluyente; la imagen permanece, en el mejor de los casos, ambigua.

Lo que la balística puede demostrar, y lo que no puede demostrar por sí sola

La evidencia balística puede establecer con distintos grados de certeza el calibre y el tipo de arma, si un casquillo o un proyectil fueron disparados por un arma determinada, y si distintas piezas pertenecen al mismo conjunto de munición. No puede establecer, por sí sola, quién sostenía el arma en un instante dado, cuál era su motivo, ni si existió una conspiración más amplia. Ésta es la distinción fundamental que atraviesa todo el libro: la evidencia balística responde con notable solidez a la pregunta de si Oswald disparó desde el sexto piso; no puede responder, por sí sola, si fue el único participante en el asesinato.

Tabla de la evidencia principal

Evidencia	Qué es	Relación con el caso
Rifle C2766	Carcano 6,5 mm	Vinculado documental y balísticamente con Oswald
Tres casquillos	Munición disparada	Encontrados en el sexto piso
CE 399	Proyectil recuperado	Base de la teoría de la bala única
Fragmentos	Restos de proyectiles	Relacionados con las heridas y la limusina
Película de Zapruder	Filmación de 8 mm	Principal registro visual del ataque
Película de Nix	Filmación de 8 mm	Registro visual complementario
Fotografías de Oswald	Imágenes previas al asesinato	Relacionan a Oswald con un rifle del mismo tipo
Limusina presidencial	Vehículo del ataque	Contiene evidencia física del recorrido de los disparos
Informes médicos	Documentación clínica y de autopsia	Permiten estudiar heridas y trayectorias
Grabaciones policiales	Comunicaciones de radio	Base del posterior análisis acústico

Consideración final

Ninguna pieza aislada explica por completo el asesinato; su fuerza aparece en la cadena completa —compra del rifle, posesión, fotografías, empleo en el Depository, arma encontrada en

el sexto piso, casquillos, evidencia balística, reconstrucción de trayectorias—, examinada capítulo a capítulo a lo largo de este libro. La balística puede acercarnos extraordinariamente al *cómo*. Para responder al *por qué*, al *para quién*, y sobre todo a si alguien más participó, es necesario abandonar el microscopio y regresar al conjunto de la investigación: las agencias de inteligencia, las investigaciones oficiales, y los documentos que continúan desclasificándose seis décadas después.

ANEXO IV — LAS PRINCIPALES INVESTIGACIONES OFICIALES

El asesinato de Kennedy no fue examinado por una sola institución, sino por una sucesión de organismos con mandatos, métodos y momentos históricos distintos. Esta diferencia es fundamental: algunas investigaciones intentaron determinar quién había cometido el crimen; otras revisaron la actuación de las propias agencias; otras se ocuparon, simplemente, de abrir los archivos. Este anexo ofrece un mapa de conjunto; el desarrollo narrativo de cada una de estas investigaciones se encuentra en los Capítulos III, VIII y XIV.

Las primeras investigaciones: policía, FBI y Secret Service

La responsabilidad inicial correspondió al **Dallas Police Department**, que localizó el rifle y los casquillos en el sexto piso, identificó a Oswald como empleado del edificio, lo vinculó con el asesinato del agente Tippit, y lo detuvo en el Texas Theatre —hasta que su muerte a manos de Ruby, el 24 de noviembre, alteró para siempre la naturaleza de la investigación: ya no habría juicio, ni interrogatorio judicial, ni una versión completa de los hechos contada por el propio sospechoso. El **FBI**, bajo la dirección de J. Edgar Hoover, asumió la investigación federal: reconstruyó la biografía completa de Oswald, examinó el rifle y sus pruebas de funcionamiento, y proporcionó buena parte del material que después utilizaría la Comisión Warren —aunque la investigación del FBI y el Informe Warren nunca deben confundirse entre sí, al ser trabajos institucionalmente distintos—. El **Secret Service**, por su parte, no investigó tanto quién había disparado como algo igualmente relevante: cómo fue posible que un presidente protegido por el gobierno federal resultara expuesto a un ataque desde un edificio situado junto a su propia ruta.

Warren, Garrison, Church, Rockefeller y HSCA

La **Comisión Warren** (1963-1964), la investigación de **Jim Garrison** en Nueva Orleans (1967-1969), el **Church Committee** del Senado (1975-1976), la **Comisión Rockefeller** (1975) y la **HSCA** (1976-1979) forman la columna vertebral de la investigación oficial e independiente del caso, y cada una recibe tratamiento extenso en los capítulos correspondientes de este libro. Baste aquí recordar el hilo que las conecta: Warren estableció la explicación oficial inicial —Oswald actuó solo—; Garrison intentó, sin éxito judicial, demostrar una conspiración local en Nueva Orleans; el Church Committee reveló la existencia de operaciones clandestinas y planes de asesinato contra líderes extranjeros, transformando el contexto en el que se interpretaría después toda nueva evidencia; la Comisión Rockefeller revisó actividades domésticas de la CIA sin establecer participación en el asesinato de Kennedy; y la HSCA, apoyándose principalmente en la evidencia acústica —posteriormente cuestionada por la

National Academy of Sciences—, concluyó que Kennedy había sido probablemente víctima de una conspiración, sin identificar de manera concluyente a los responsables.

El ARRB y los Archivos Nacionales

El **Assassination Records Review Board** (1994-1998) tuvo una función distinta de todas las anteriores: no investigó el asesinato como causa criminal, sino que supervisó la identificación, revisión y desclasificación de los documentos gubernamentales relacionados con el caso, ampliando de manera extraordinaria el archivo público disponible. Desde entonces,

NARA continúa preservando y publicando progresivamente ese corpus documental, que sigue creciendo con cada nueva desclasificación.

Comparación de las principales investigaciones

Investigación	Período	Organismo	Pregunta principal	Conclusión principal
Policía de Dallas	1963	Dallas Police Department	¿Quién cometió los asesinatos?	Oswald como principal sospechoso
FBI	1963-1964	FBI	Investigación federal	Evidencia contra Oswald
Secret Service	1963-1964	Secret Service	¿Cómo ocurrió el fallo de seguridad?	Revisión de la protección presidencial
Warren	1963-1964	Comisión Warren	¿Quién asesinó a Kennedy?	Oswald actuó solo
Garrison	1967-1969	Fiscalía de Nueva Orleans	¿Existió conspiración?	Acusación de Clay Shaw; absolución
Church Committee	1975-1976	Senado	¿Qué hicieron los servicios de inteligencia?	Revelación de operaciones clandestinas
Rockefeller	1975	Comisión presidencial	Actividades de la CIA	No estableció participación en el asesinato
HSCA	1976-1979	Cámara de Representantes	Reexaminar el asesinato	Probable conspiración
National Academy of Sciences	Década de 1980	Academia científica	¿Era válida la evidencia acústica?	No demostró un cuarto disparo
ARRB	1994-1998	Gobierno federal	¿Qué documentos debían abrirse?	Amplia desclasificación
NARA	1990-presente	Archivos Nacionales	Preservación y publicación	Acceso progresivo al archivo

Por qué existen conclusiones diferentes

Las distintas investigaciones no siempre estudiaron la misma pregunta. Warren preguntó, ante todo, quién asesinó a Kennedy; la HSCA añadió una pregunta distinta —¿existe evidencia que permita considerar probable una conspiración?—; el Church Committee preguntó qué operaciones clandestinas realizaban las agencias estadounidenses; y el ARRB preguntó,

simplemente, qué documentos debían hacerse públicos. Comparar sus conclusiones sin tener en cuenta esta diferencia de preguntas conduce a errores de interpretación frecuentes en la literatura popular sobre el caso.

Existe, además, una distinción semántica que este libro ha sostenido en cada capítulo: cuando una investigación concluye que «no encontró evidencia» de una conspiración, eso significa que no encontró evidencia *suficiente* para demostrarla —no que cada hipótesis imaginable haya sido refutada de manera absoluta—. Y cuando una investigación posterior califica una conspiración de «probable», esa conclusión no equivale a haber identificado a los conspiradores. Confundir ambas formulaciones es, probablemente, la fuente más común de malentendidos sobre lo que las investigaciones oficiales realmente establecieron.

La fuerza y los límites del expediente

El expediente acumulado durante más de sesenta años puede dividirse, de forma aproximada, en evidencia física (armas, proyectiles, casquillos, fotografías, películas), documental (informes, memorandos, registros de inteligencia), testimonial (declaraciones de testigos, agentes, médicos y familiares), analítica (reconstrucciones balísticas, médicas, acústicas y geométricas) y circunstancial (relaciones, comportamientos, oportunidades y motivos posibles). Cada categoría posee fortalezas y limitaciones propias, y ninguna sustituye a las demás.

De aquí surge la gran paradoja del caso Kennedy: cuanto más documentos se han hecho públicos, más posibilidades existen de construir explicaciones alternativas, pero disponer de más información no equivale a disponer de una respuesta más sencilla. La apertura documental confirmó algunos hechos, cuestionó otros, y dejó abiertos problemas que quizá nunca se cierren del todo. La historia institucional del caso puede resumirse, en definitiva, en una secuencia que se repite generación tras generación: investigar, concluir, cuestionar, reexaminar, desclasificar, y volver a investigar. El resultado no es una respuesta única y universalmente aceptada. Es algo más complejo y, en cierto modo, más honesto: un expediente extraordinariamente documentado, pero todavía sometido a interpretación.

ANEXO V — DOCUMENTOS Y ARCHIVOS DESCLASIFICADOS

Pocos acontecimientos históricos han generado un archivo documental comparable al asesinato de Kennedy: millones de páginas, fotografías, películas, grabaciones, informes policiales, documentos de inteligencia, registros militares y comunicaciones internas. Durante décadas, una parte de ese material permaneció clasificada o parcialmente censurada, y la sola existencia de documentos secretos alimentó la sospecha pública. Pero conviene fijar, desde el principio, un principio metodológico que gobierna todo este anexo: **un documento**

clasificado no es, por sí mismo, un documento que contenga la verdad

oculta del asesinato. Puede tratarse de información sobre fuentes, métodos operativos, relaciones diplomáticas o asuntos completamente ajenos a la responsabilidad criminal por la muerte de Kennedy. La desclasificación de un documento no equivale automáticamente al descubrimiento de una nueva prueba; su valor depende, en cada caso, de lo que efectivamente contiene.

El archivo Kennedy

La **President John F. Kennedy Assassination Records Collection**, custodiada por los National Archives and Records Administration (NARA), constituye una de las mayores colecciones documentales jamás reunidas en torno a un único acontecimiento de la historia estadounidense: según la propia NARA, contiene más de **seis millones de páginas**, además de fotografías, películas y grabaciones sonoras. En 1992, el Congreso aprobó la **JFK Assassination Records Collection Act**, que estableció un procedimiento para reunir esos registros —hasta entonces dispersos entre numerosas agencias— y ponerlos progresivamente a disposición del público, creando además el **Assassination Records Review Board (ARRB)**, cuya función no era volver a juzgar el asesinato, sino revisar documentos y supervisar su desclasificación. Entre 1994 y 1998, el ARRB transformó radicalmente el acceso público a esta información.

El archivo puede dividirse en grandes categorías: documentos de inteligencia (CIA, FBI, inteligencia militar, estaciones en el extranjero), documentos policiales (informes de Dallas, interrogatorios, huellas, registros de evidencia), documentos médicos (Parkland, la autopsia, radiografías), documentos militares (el servicio de Oswald en los Marines) y documentos diplomáticos (Cuba, México, la Unión Soviética). Especialmente relevante es el material relacionado con la estación de la CIA en Ciudad de México —incluida la llamada **Mexico**

City Station History, cuya información relacionada con el asesinato los propios Archivos Nacionales confirman como disponible al público—, que permite reconstruir tanto la vigilancia ejercida sobre Oswald durante su viaje de septiembre-octubre de 1963 como las dificultades reales que tuvieron las agencias para seguir correctamente sus movimientos, cuestión ya examinada en el Capítulo XIII.

La gran desclasificación de 2025-2026

El año 2025 marcó un punto de inflexión documental. El **23 de enero de 2025**, mediante la Executive Order 14176, se ordenó acelerar la desclasificación de los registros relacionados con los asesinatos de John F. Kennedy, Robert F. Kennedy y Martin Luther King Jr. La publicación masiva comenzó el **18 de marzo de 2025**: en menos de veinticuatro horas se hicieron públicas más de **80.000 páginas** de documentos previamente clasificados, en lo que los Archivos Nacionales describieron como una de las mayores liberaciones individuales de registros de la historia estadounidense. A esa primera tanda siguieron nuevas publicaciones —el 20 y el 26 de marzo, y el 3 de abril de 2025—, y el proceso continuó más allá de ese año: el **30 de enero de 2026**, NARA añadió **11.022 páginas adicionales, correspondientes a 140 archivos PDF**. El archivo Kennedy, por tanto, no puede tratarse como un corpus cerrado desde 1998: sigue siendo un expediente vivo, todavía en expansión al momento de escribir estas líneas.

Conviene, sin embargo, una precisión importante: «documento desclasificado» no equivale a «documento nuevo». Un documento puede ser nuevo para el público —existía desde hacía décadas, pero permanecía clasificado—, nuevo para la colección —fue localizado posteriormente y no formaba parte del conjunto conocido—, nuevo en formato digital —ya era accesible físicamente, pero se digitalizó y publicó en línea—, o nuevo en su totalidad. Estas cuatro situaciones no son intercambiables, y buena parte de la confusión pública sobre las desclasificaciones recientes proviene de tratarlas como si lo fueran. En 2025, además, el FBI transfirió a NARA registros localizados durante un proceso de reorganización de sus propios archivos —la primera remesa el 20 de febrero de 2025, seguida de nuevas transferencias entre marzo y junio—, y los Archivos Nacionales debieron trabajar junto a la Social Security Administration para proteger información personal identificable de personas todavía vivas, recordando que la transparencia documental no elimina la necesidad de proteger derechos individuales.

Leer un documento clasificado: la disciplina necesaria

Durante décadas, muchos documentos aparecieron con fragmentos tachados. Esas censuras podían proteger nombres de agentes, fuentes de inteligencia, métodos operativos, información

diplomática o datos personales; una línea tachada no equivale a «aquí está la prueba de la conspiración», sino, en primer lugar, a «el gobierno consideró que esta información no debía ser pública en ese momento» —una afirmación institucional, no una confesión—. Del mismo modo, un memorando interno puede registrar una sospecha, una hipótesis, un rumor recibido por un agente o una discrepancia administrativa: no todo lo escrito por un funcionario representa un hecho confirmado, y los informes de inteligencia, en particular, incorporan con frecuencia información recibida de fuentes de fiabilidad variable, que debe distinguirse siempre de la información verificada.

Ante cualquier documento del expediente conviene formular tres preguntas, en este orden: ¿qué dice, literalmente? ¿Quién lo escribió, y desde qué posición? Y, sobre todo, ¿qué demuestra realmente? Un documento puede ser auténtico y relevante sin demostrar la hipótesis para la que alguien pretende utilizarlo; y conviene no confundir nunca un dato, un indicio o una contradicción con una prueba. Uno de los errores más frecuentes de la literatura conspirativa consiste, precisamente, en tratar la mera aparición de la CIA en un documento como evidencia automática de conspiración: la agencia estaba profundamente involucrada en la política exterior de la época, por lo que su presencia en documentación sobre Cuba, la Unión Soviética, México u Oswald resulta, en sí misma, poco sorprendente. La pregunta relevante nunca es si un nombre aparece en un documento, sino qué demuestra concretamente ese documento.

¿Cambió la historia en 2025?

La respuesta exige precisión. La desclasificación produjo nueva información disponible para los investigadores; eso no significa, automáticamente, que haya demostrado una nueva explicación del asesinato. Hasta el momento, el principal valor de las publicaciones de 2025-2026 consiste en ampliar el contexto documental sobre el funcionamiento de los servicios de inteligencia y sus operaciones relacionadas con Cuba, México y la Unión Soviética —el mismo contexto examinado en los Capítulos XIII, XIV y XVII de este libro—, más que en aportar una pieza aislada capaz de resolver el caso. La pregunta histórica sigue siendo la misma de siempre: qué documentos contienen evidencia directamente relacionada con el asesinato, y cuáles simplemente iluminan su contexto.

Consideración final

Después de más de seis décadas, el asesinato de Kennedy ya no puede estudiarse únicamente a partir del Informe Warren: el investigador contemporáneo dispone de una cantidad de documentación que habría sido inimaginable en 1964, y las sucesivas desclasificaciones —especialmente las de 1992 y las grandes publicaciones de 2025-2026— han ampliado enormemente el campo de investigación. Pero el archivo no proporciona automáticamente una respuesta. Proporciona algo más valioso: la posibilidad de volver a formular las preguntas con una cantidad de información cada vez mayor. Los documentos desclasificados no deben utilizarse para confirmar una teoría elegida de antemano; deben utilizarse para ponerlas todas a

prueba. Porque una investigación histórica sería no pregunta qué documento demuestra su hipótesis. Pregunta qué demuestra realmente cada documento, incluso cuando la respuesta contradiga lo que esperaba encontrar. Esa diferencia separa la investigación de la creencia. Y en el caso Kennedy, sesenta años después, sigue siendo la diferencia más importante de todas.

ANEXO VI — PRINCIPALES TEORÍAS DE CONSPIRACIÓN Y SU EVIDENCIA

El Capítulo XV examinó las cinco grandes corrientes conspirativas del caso —el aparato de seguridad nacional, el crimen organizado, los anticastistas, Cuba y la Unión Soviética, y la hipótesis Johnson— desde la pregunta de *quién* habría organizado el asesinato. Este anexo aborda una pregunta distinta y complementaria: las teorías centradas en el *mecanismo* del ataque mismo —cuántos disparos hubo, desde dónde, y si la evidencia física fue manipulada—, evaluando cada una según una escala explícita: **hecho documentado** (respaldado por evidencia primaria o múltiples fuentes independientes), **indicio** (relevante, pero con explicaciones alternativas), **evidencia circunstancial** (significativa solo dentro de una hipótesis determinada), **evidencia directa** (vincula a una persona con un acto concreto), e **hipótesis** (explicación posible que todavía requiere evidencia adicional). Esta clasificación importa porque casi todas las teorías del caso Kennedy parten de un hecho real; el problema no suele estar en el hecho inicial, sino en el salto lógico que se construye a partir de él.

El segundo tirador y el grassy knoll

La teoría más general sostiene que Oswald no fue el único tirador, en variantes que van de un segundo hombre en el grassy knoll a una operación coordinada de varios tiradores. A su favor se citan testimonios que ubicaron disparos en distintos puntos de la plaza, ciertas interpretaciones de la película de Zapruder, dudas sobre la trayectoria de la bala única, y el análisis acústico de la HSCA. En contra pesa algo decisivo: no se identificó jamás un segundo rifle, un segundo tirador, ni un proyectil vinculado a un arma distinta del Carcano de Oswald, y la propia base acústica que sostenía la hipótesis del cuarto disparo fue cuestionada por la National Academy of Sciences, como se examinó en el Capítulo VIII. La variante del grassy knoll se apoya, además, en el movimiento hacia atrás de la cabeza de Kennedy tras el impacto craneal —el argumento visual más célebre de todo el caso—, pero ese movimiento depende de factores biomecánicos (dirección del proyectil, daño neurológico, contracciones musculares, dinámica del propio cuerpo) que impiden tratarlo como una prueba balística concluyente por sí sola, tal como se detalló en el Capítulo VII. **Estado: no demostrado**, aunque continúa siendo, por las discrepancias testimoniales reales que la sostienen, la hipótesis más persistente de la literatura conspirativa.

La teoría de la bala múltiple

Rechaza que un único proyectil —CE 399— produjera las heridas no mortales de Kennedy y Connally, y sostiene que harían falta al menos cuatro disparos para explicar el conjunto de

heridas. Se apoya en el estado relativamente conservado del proyectil y en la posición relativa de ambos hombres en la limusina. La respuesta oficial, examinada en profundidad en el Capítulo V, sostiene que el tipo de munición —una bala militar completamente encamisada—, la pérdida de velocidad tras atravesar dos cuerpos, y el fenómeno de yaw explican razonablemente su

aparición. **Estado: discutido;** es una controversia históricamente legítima, pero no constituye por sí sola evidencia de conspiración.

Las teorías de manipulación de evidencia

Un grupo distinto de hipótesis no pregunta quién disparó, sino si la evidencia misma fue alterada: que la autopsia fue manipulada para ocultar una trayectoria frontal, que la película de Zapruder fue editada para eliminar a un tirador, o que existieron cinco o seis disparos en lugar de tres. Estas teorías comparten un mismo problema estructural: ninguna cuenta con una demostración técnica de la alteración que proponen. Los paneles fotográficos y médicos de la HSCA autenticaron las radiografías, fotografías y el original de Zapruder sin encontrar evidencia de manipulación, como se detalló en los Capítulos VI y VII; la hipótesis de manipulación, para sostenerse, necesitaría identificar quién habría alterado el material, cuándo, y con qué medios técnicos disponibles en 1963-1964 —una carga probatoria que, hasta hoy, ninguna de estas variantes ha satisfecho. **Estado: no demostrado.**

El problema de la «convergencia»

Una técnica retórica frecuente en la literatura conspirativa consiste en acumular hechos independientes y verdaderos —Oswald estuvo en México; la CIA vigilaba México; la mafia tenía contactos con la CIA; la mafia y los anticastristas tenían motivos para odiar a Kennedy; existían operaciones contra Castro— para proponer, sin más, que todos ellos formaban parte de una misma conspiración. El problema es que la coexistencia temporal o institucional de varios hechos no demuestra que estén causalmente conectados. Una hipótesis conspirativa sería exigir una cadena completa: motivo, planificación, organización, ejecución y encubrimiento; si falta uno solo de esos eslabones —y en el caso Kennedy, hasta hoy, siempre falta al menos uno—, la hipótesis permanece incompleta, por sólidos que sean los hechos individuales que la componen.

Matriz comparativa

Teoría	Motivo propuesto	Evidencia principal	Principal problema
Segundo tirador	Múltiples responsables	Testimonios, acústica, trayectorias	No se identifica un segundo tirador
Grassy Knoll	Disparo frontal	Testigos, interpretación visual	Sin arma ni proyectil concluyente
CIA	Política exterior / Cuba	Operaciones clandestinas reales	No demuestra participación en el asesinato
Mafia	Kennedy contra crimen organizado	Contactos documentados	Falta cadena directa

Teoría	Motivo propuesto	Evidencia principal	Principal problema
Cuba	Represalia	Contexto de Guerra Fría	Sin orden demostrada
Anticastroistas	Frustración con Kennedy	Redes y contactos reales	Sin vínculo probado con el asesinato
URSS	Guerra Fría	Pasado soviético de Oswald	Sin evidencia de orden soviética
LBJ	Acceso a la presidencia	Motivos políticos alegados	Sin evidencia directa
Autopsia manipulada	Ocultar trayectoria	Discrepancias médicas	Sin demostración de falsificación
Película manipulada	Ocultar tiradores	Supuestas anomalías	Sin demostración técnica
Cuarto disparo	Segundo tirador	Evidencia acústica de la HSCA	Análisis posteriormente cuestionado

¿Puede haber existido una conspiración?

Sí: históricamente es posible, y el propio HSCA consideró probable que existiera una. Pero una posibilidad histórica no equivale a una demostración, y la pregunta que importa no es si una conspiración pudo ocurrir, sino qué evidencia disponible permite identificar a sus participantes. Hasta hoy, ninguna teoría conspirativa ha logrado ofrecer una cadena de evidencia completa y universalmente aceptada.

La posición más prudente: cuatro grados de certeza

A la luz de todo el conjunto documental examinado en este libro, es posible ordenar el caso en cuatro niveles. **Muy fuerte:** la existencia del asesinato, la muerte de Kennedy, la muerte de Oswald, el hallazgo del rifle y los casquillos, y la presencia de Oswald en el Depository.

Fuerte: la relación entre el rifle y la munición, la presencia de Oswald en los lugares clave, la existencia de operaciones clandestinas contra Castro, y la vigilancia de Oswald por agencias estadounidenses.

Discutido: la trayectoria exacta de determinados proyectiles, la interpretación completa de las heridas, el número exacto de disparos, y la evidencia acústica. **No demostrado:** la existencia de un segundo tirador, y la participación de la CIA, la mafia, Cuba, la Unión Soviética o Lyndon Johnson en una conspiración organizada.

Esta clasificación no es definitiva ni inmutable: los archivos desclasificados —examinados en el Anexo V— pueden modificarla en el futuro, y esa posibilidad debe mantenerse siempre abierta. Pero el criterio no puede ser que la sola aparición de un documento nuevo baste para dar por demostrada una conspiración; debe ser, como en cada capítulo de este libro, qué demuestra realmente ese documento. Los hechos que alimentaron estas teorías durante seis décadas son, en su mayoría, completamente reales: Oswald fue asesinado antes de ser juzgado; Ruby lo mató dentro de una comisaría; existieron operaciones secretas contra Castro y contactos documentados entre inteligencia y crimen organizado; los servicios de inteligencia vigilaron a Oswald; existieron discrepancias médicas y una evidencia acústica interpretada de manera contradictoria;

y una enorme cantidad de documentos permaneció clasificada durante décadas. Todos esos hechos son reales. Lo que no es necesariamente real es la explicación conspirativa construida, después, a partir de ellos.

PORTAFOLIO ILUSTRADO



EL CASO KENNEDY

DOCUMENTOS, FOTOGRAFÍAS Y TESTIMONIOS
DE UN MAGNIFICIDIO QUE CONMOCIONÓ AL MUNDO

1963



LA VERDAD SIGUE SIENDO UNA INVESTIGACIÓN ABIERTA



ONIRIX EDITORIAL
VASOS COMUNICANTES

MATERIAL
DOCUMENTAL
DE ÉPOCA



DALLAS · 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

LÁMINA 1

EL ESCENARIO DEL MAGNICIDIO

Antes de reconstruir los hechos, es necesario situar al lector en el espacio físico. Dealey Plaza, la caravana presidencial y el Texas School Book Depository forman el escenario material sobre el que se desarrollaron los acontecimientos del 22 de noviembre.



La caravana presidencial se aproxima a Dealey Plaza.



Vista aérea de Dealey Plaza y su entorno urbano.



Texas School Book Depository, edificio situado en el extremo norte de la plaza.



Policía de Dallas y control del área.



Personas reunidas en Dealey Plaza tras los acontecimientos.

EL LUGAR

Dealey Plaza era un espacio abierto atravesado por Elm Street, Main Street y Commerce Street. El Texas School Book Depository dominaba el extremo norte del recorrido. La configuración de calles, edificios, zonas elevadas y posiciones de los testigos sería fundamental para las posteriores reconstrucciones de la trayectoria de los disparos.

DALLAS · 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

LÁMINA 2

EL ENTORNO Y EL DISPOSITIVO DE SEGURIDAD

El recorrido presidencial se desarrolló en un espacio urbano abierto, con presencia policial, espectadores y edificios que terminarían siendo fundamentales para reconstruir los acontecimientos.



Vehículo del Departamento de Policía de Dallas.



Espectadores reunidos en el área de Dealey Plaza.



Interior del Texas School Book Depository.



El Texas School Book Depository en el entorno inmediato del recorrido.

UN ESPACIO QUE SE CONVERTIRÍA EN EVIDENCIA

Las imágenes posteriores al atentado permiten observar el escenario material sobre el que se desarrollarían las primeras reconstrucciones. El automóvil policial, la concentración de personas y la proximidad del Texas School Book Depository forman parte del contexto físico que los investigadores debieron documentar. La disposición de calles, edificios y accesos sería relevante para establecer posiciones, recorridos y líneas de observación.

UNA PRECAUCIÓN METODOLÓGICA

Una fotografía documental muestra un momento y un ángulo determinados. No constituye por sí sola una reconstrucción completa de lo ocurrido. En este portafolio, las imágenes se utilizan como evidencia visual del escenario y como apoyo para comprender su configuración, no como sustituto del análisis histórico.

DEALEY PLAZA: EL ESCENARIO

Dealey Plaza constituye el espacio central del recorrido presidencial del 22 de noviembre de 1963. Estas imágenes permiten reconocer la configuración del lugar y la relación entre la plaza, sus vías y el Texas School Book Depository.



01 VISTA AÉREA DE DEALEY PLAZA

Configuración urbana de la plaza y de las vías que la rodean.



02 TEXAS SCHOOL BOOK DEPOSITORY

Detalle exterior del edificio.



03 PERSPECTIVA DESDE EL EDIFICIO

Vista del entorno desde una posición elevada.

EL RECORRIDO PRESIDENCIAL

El 22 de noviembre de 1963, la comitiva presidencial recorrió Dallas desde Love Field hacia el Dallas Trade Mart. El tramo por el centro de la ciudad incluyó Main Street, Houston Street y Elm Street antes de atravesar Dealey Plaza.



01 LA COMITIVA EN DALLAS

Fotografía documental del cortejo presidencial del 22 de noviembre de 1963.



02 DALLAS, 1963

Vista aérea histórica del centro de Dallas.



03 EL CENTRO DE LA CIUDAD

Entorno urbano del recorrido presidencial.

RECORRIDO DOCUMENTADO



El tramo decisivo del recorrido pasó de Main Street a Houston Street y luego a Elm Street, desde donde la comitiva continuó hacia el Triple Underpass y el acceso a Stemmons Freeway. Esquema orientativo; no representa distancias ni escala cartográfica.

EL SEXTO PISO: LA EVIDENCIA

El sexto piso del Texas School Book Depository ocupa un lugar central en la investigación oficial del asesinato. Esta lámina muestra el espacio desde una perspectiva documental y museográfica, sin reconstruir trayectorias de disparos ni presentar como hechos cuestiones que continúan siendo discutidas.



01 LA VENTANA DEL SEXTO PISO

Vista documental del exterior del Texas School Book Depository.



02 RECONSTRUCCIÓN MUSEOGRÁFICA

Maqueta de Dealey Plaza utilizada para contextualizar el escenario.



03 MATERIAL EXPUESTO EN EL MUSEO

Recreación museográfica y material contextual de la investigación.

NOTA DE RIGOR DOCUMENTAL

La existencia de una ventana, un espacio o un objeto en el sexto piso no demuestra por sí misma quién disparó, desde dónde se efectuó cada disparo ni la secuencia exacta de los acontecimientos. Esas cuestiones requieren el análisis conjunto de testimonios, fotografías, películas, pruebas físicas y conclusiones de las distintas investigaciones.

LÁMINA 6

GRASSY KNOLL

POSICIONES Y LÍNEAS DE VISIÓN

DEALEY PLAZA · DALLAS · 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

El Grassy Knoll es el montículo situado al norte de Elm Street, frente al Texas School Book Depository. Su configuración —pérgola, valla de madera, escalinata y desniveles— fue examinada en las investigaciones del asesinato y aparece asociada a numerosos testimonios sobre la procedencia de los disparos.



ROBERT CROFT · 22 NOV. 1963 · VISTA DESDE ELM STREET



PHIL WILLIS · 22 NOV. 1963 · LA CARAVANA



FRANK CANCELLARE · 22 NOV. 1963 · SEGUNDOS DESPUÉS

ESQUEMA DE UBICACIÓN Y POSICIONES

NO A ESCALA



ELEMENTOS DEL TERRENO

- Montículo elevado respecto de Elm Street.
- Pérgola de hormigón y zona superior.
- Valla de madera detrás del montículo.
- Escalinata y distintos niveles de terreno.
- Árboles y vegetación que condicionaban la visibilidad.

CRITERIO DOCUMENTAL

Los testimonios sobre el Grassy Knoll no son uniformes y la procedencia de los disparos fue objeto de interpretaciones diferentes. Esta lámina identifica el lugar y las posiciones referidas en la documentación sin afirmar que existiera allí un tirador.

OSWALD Y LA INVESTIGACIÓN

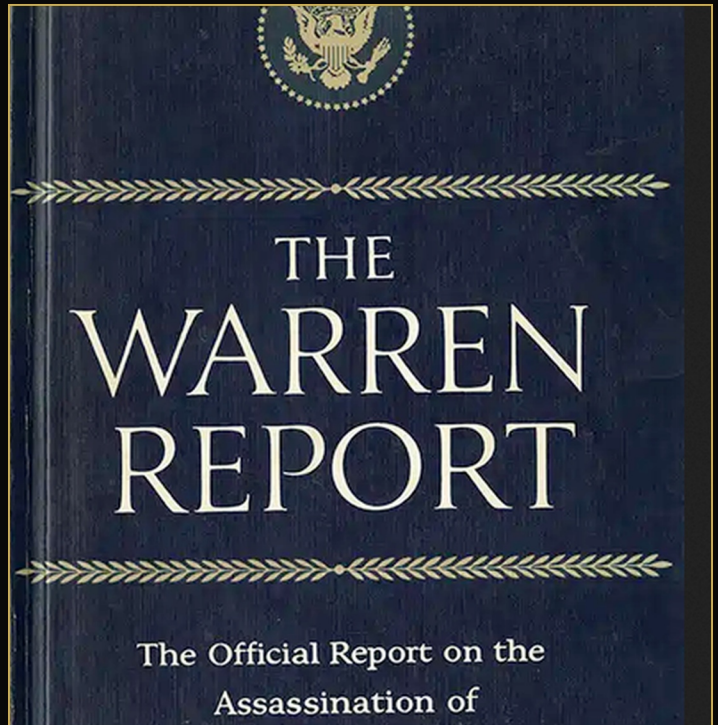
DEL SOSPECHOSO AL INFORME OFICIAL

Tras el asesinato, la investigación se concentró rápidamente en Lee Harvey Oswald. Su detención, la cobertura periodística y la posterior creación de la Comisión Warren formaron parte de un proceso que intentó establecer una explicación oficial de los hechos.



01 LEE HARVEY OSWALD

Fotografía de Oswald bajo custodia policial.



02 THE WARREN REPORT

Informe oficial de la Comisión Warren, publicado en 1964.



03 EL RECORRIDO PRESIDENCIAL

Una imagen del recorrido de la caravana presidencial en Dallas.

UNA DISTINCIÓN NECESARIA

La detención de Oswald y la posterior elaboración del Informe Warren pertenecen a etapas diferentes de la investigación. La existencia de una explicación oficial no elimina la necesidad de examinar las pruebas, los testimonios y las conclusiones que posteriormente fueron discutidas o cuestionadas.

LÁMINA 8

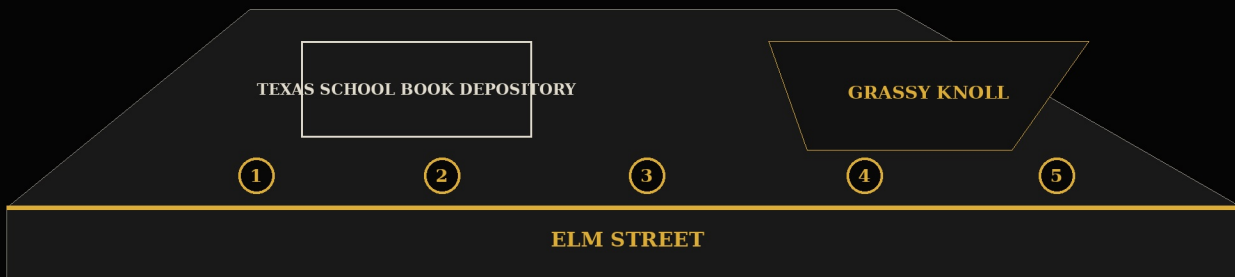
TESTIGOS

PERSONAS Y POSICIONES DOCUMENTADAS

DEALEY PLAZA · DALLAS · 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

Las declaraciones de las personas presentes en Dealey Plaza constituyen una fuente primaria para reconstruir lo ocurrido. Esta lámina muestra posiciones aproximadas y fotografías documentales reales, separando siempre el testimonio de una persona de las conclusiones posteriores de las investigaciones.

POSICIONES GENERALES EN DEALEY PLAZA



1-5: ubicaciones generales mencionadas en testimonios y reconstrucciones documentales; no son coordenadas exactas.



BILL Y JEAN NEWMAN Y SUS HIJOS · DEALEY PLAZA · 22-XI-1963



FOTOGRAFÍA DOCUMENTAL DE PHIL WILLIS · 22-XI-1963

LO QUE DICEN LOS TESTIGOS

COINCIDENCIAS

Muchos testigos describieron la misma secuencia general: la caravana avanzó por Elm Street, se produjeron los disparos y la multitud reaccionó inmediatamente.

DIFERENCIAS

Las percepciones sobre el número de disparos, su dirección y su origen no fueron uniformes.

CAUTELA HISTÓRICA

Una declaración testimonial registra una percepción individual; no equivale por sí sola a una prueba balística, fotográfica o forense.

NOTA DOCUMENTAL

El HSCA analizó las declaraciones de 178 personas presentes en Dealey Plaza. De ellas, 49 creían que los disparos procedían del Texas School Book Depository, 21 del Grassy Knoll, 30 de otros lugares y 78 no pudieron determinar la dirección. El propio informe señala que la capacidad de los testigos para localizar la procedencia de los disparos era limitada y que las declaraciones presentaban diferencias.

FUENTES: National Archives — Warren Commission Records; National Archives — HSCA Final Report; fotografías documentales de 1963. Fotografías utilizadas: material real, sin recreación ni generación.

LÁMINA 9

REACCIÓN INMEDIATA

DEALEY PLAZA DESPUÉS DE LOS DISPAROS

DALLAS · 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

En los segundos posteriores a los disparos, Dealey Plaza pasó de la expectativa de la caravana a la confusión. Espectadores, policías y fotógrafos reaccionaron simultáneamente mientras la limusina presidencial se alejaba hacia el Triple Underpass. Las fotografías contemporáneas permiten observar esta reacción sin reconstrucciones.



BILL Y GAYLE NEWMAN PROTEGEN A SUS HIJOS · 22-XI-1963

Fotografía tomada menos de un minuto después del atentado: la familia Newman permanece tendida junto a Elm Street mientras otros presentes y fotógrafos reaccionan. La imagen de Frank Cancellare está documentada como de dominio público.



**FOTOGRAFÍA DOCUMENTAL DE PHIL WILLIS · 22-XI-1963
LA CARAVANA Y LOS ESPECTADORES**

El registro fotográfico de Dealey Plaza muestra la proximidad entre la caravana, los espectadores y los agentes de seguridad; las imágenes tomadas en esos minutos permiten reconstruir la secuencia visual de la reacción.

LO QUE OCURRE EN LA PLAZA

INMEDIATO

Personas se agachan, corren o buscan protección.

POLICÍA

Agentes se desplazan por Elm Street y hacia el área del montículo.

FOTÓGRAFOS

Varios continúan registrando la escena mientras otros se aproximan a los testigos.

CARAVANA

La limusina presidencial abandona Dealey Plaza rumbo al Triple Underpass.

CONFUSIÓN

Durante los primeros instantes, los presentes intentan determinar qué ha ocurrido y de dónde provinieron los disparos.

NOTA DOCUMENTAL

El Museo del Sexto Piso conserva fotografías de Richard Bothun y Jim Towner tomadas inmediatamente después de los disparos. Bothun #4 fue tomada aproximadamente 90 segundos después del disparo fatal; Towner 2 fue realizada dentro del primer minuto. Ambas muestran la reacción de espectadores, policías, fotógrafos y vehículos en Dealey Plaza.

LÁMINA 10

PARKLAND

LIMUSINA · HOSPITAL · PERSONAL MÉDICO

DALLAS · 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

Tras los disparos en Dealey Plaza, la limusina presidencial fue llevada rápidamente al Parkland Memorial Hospital. Las fotografías conservadas de aquella jornada documentan el exterior del área de emergencias, la presencia policial y el automóvil presidencial; no existen fotografías conocidas que muestren a Kennedy dentro de Parkland ni el momento exacto en que fue retirado de la limusina.



POLICÍA Y PERSONAL EN EL ÁREA DE EMERGENCIAS DE PARKLAND · 22-XI-1963



LIMUSINA PRESIDENCIAL CON EL TECHO COLOCADO · PARKLAND

EL TRASLADO A PARKLAND

SALIDA DE DEALEY PLAZA

La limusina abandonó la plaza y se dirigió al Parkland Memorial Hospital, a poca distancia del lugar del atentado.

ÁREA DE EMERGENCIAS

La llegada movilizó a policías, agentes del Servicio Secreto, personal hospitalario y periodistas.

LA LIMUSINA

El automóvil presidencial permaneció en el hospital mientras se atendía al presidente y posteriormente fue trasladado de regreso a Love Field.

LÍMITE FOTOGRÁFICO

Las fuentes documentales señalan que no se conocen fotografías del interior de Parkland que muestren a Kennedy durante la atención médica.

SECUENCIA DOCUMENTAL

12:30	Disparos en Dealey Plaza.
12:30-12:35	Traslado urgente hacia Parkland.
PARKLAND	La limusina llega al área de emergencias.
DESPUÉS	La zona queda bajo control policial y del Servicio Secreto; continúan llegando periodistas y autoridades.
FUENTES	JFK Library · National Archives · The Sixth Floor Museum · Dallas Times Herald Collection.

EL CASO KENNEDY

PORTAFOLIO ILUSTRADO

IMÁGENES. DOCUMENTOS. PISTAS.
UN ENIGMA QUE AÚN NO SE CIERRA.

El 22 de noviembre de 1963, el presidente John F. Kennedy fue asesinado en Dallas. Desde entonces, el caso que lleva su nombre ha desafiado versiones oficiales, generado investigaciones, teorías y silencios.

Este Portafolio Ilustrado reúne una cuidada selección de fotografías de época, documentos desclasificados, diagramas, recortes periodísticos y material gráfico fundamental para comprender uno de los acontecimientos más examinados del siglo XX.

Cada lámina presenta evidencia, contexto y claves visuales que permiten al lector explorar los hechos, las preguntas sin respuesta y las múltiples aristas de una investigación que continúa abierta.

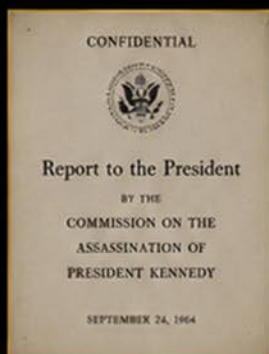
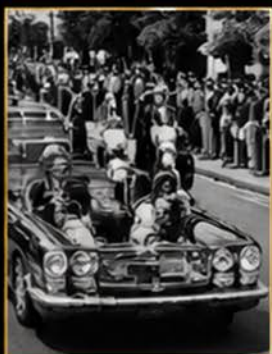
★ FOTOGRAFÍAS REALES
DE ÉPOCA

★ DOCUMENTOS
ORIGINALES

★ RECORTES
PERIODÍSTICOS

★ DIAGRAMAS
Y MAPAS

★ CRONOLOGÍA
VISUAL



Las imágenes presentadas en este Portafolio Ilustrado son de dominio público o provienen de fuentes libres de derechos de autor. Su inclusión tiene fines exclusivamente culturales, históricos y de investigación.

EL CASO KENNEDY

HISTORIA, INVESTIGACIÓN Y VERDADES PENDIENTES

El 22 de noviembre de 1963, el mundo fue testigo de un evento que cambió la historia. El asesinato del presidente John F. Kennedy en Dallas no solo marcó el fin de una era, sino que abrió las puertas a más de seis décadas de preguntas, teorías y controversias.

El caso Kennedy es la investigación más completa y actual sobre el magnicidio que sacudió al mundo y sigue generando preguntas. A través del análisis riguroso de documentos desclasificados, testimonios, informes oficiales, evidencia física y las principales teorías, este libro reconstruye los hechos y examina todas las hipótesis, sin dogmas ni conclusiones definitivas.

PORQUE LA VERDAD NO SIEMPRE ESTÁ
EN LOS HECHOS, SINO EN LO QUE
AÚN QUEDA POR DESCUBRIR.

- ★ LOS HECHOS: CRÓNICA COMPLETA DEL 22/11/1963
- ★ LAS INVESTIGACIONES OFICIALES
- ★ LOS ARCHIVOS DESCLASIFICADOS
- ★ LAS TEORÍAS: DESDE LA SOLEDAD HASTA LA CONSPIRACIÓN
- ★ TESTIMONIOS Y EVIDENCIA CLAVE
- ★ EL LEGADO DE UN CASO QUE SIGUE ABIERTO

ONIRIX
— EDITORIAL —

INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA
RIGOR ★ FUENTES ★ ANÁLISIS

ISBN 978-631-01-7686-4



9 786310 176864